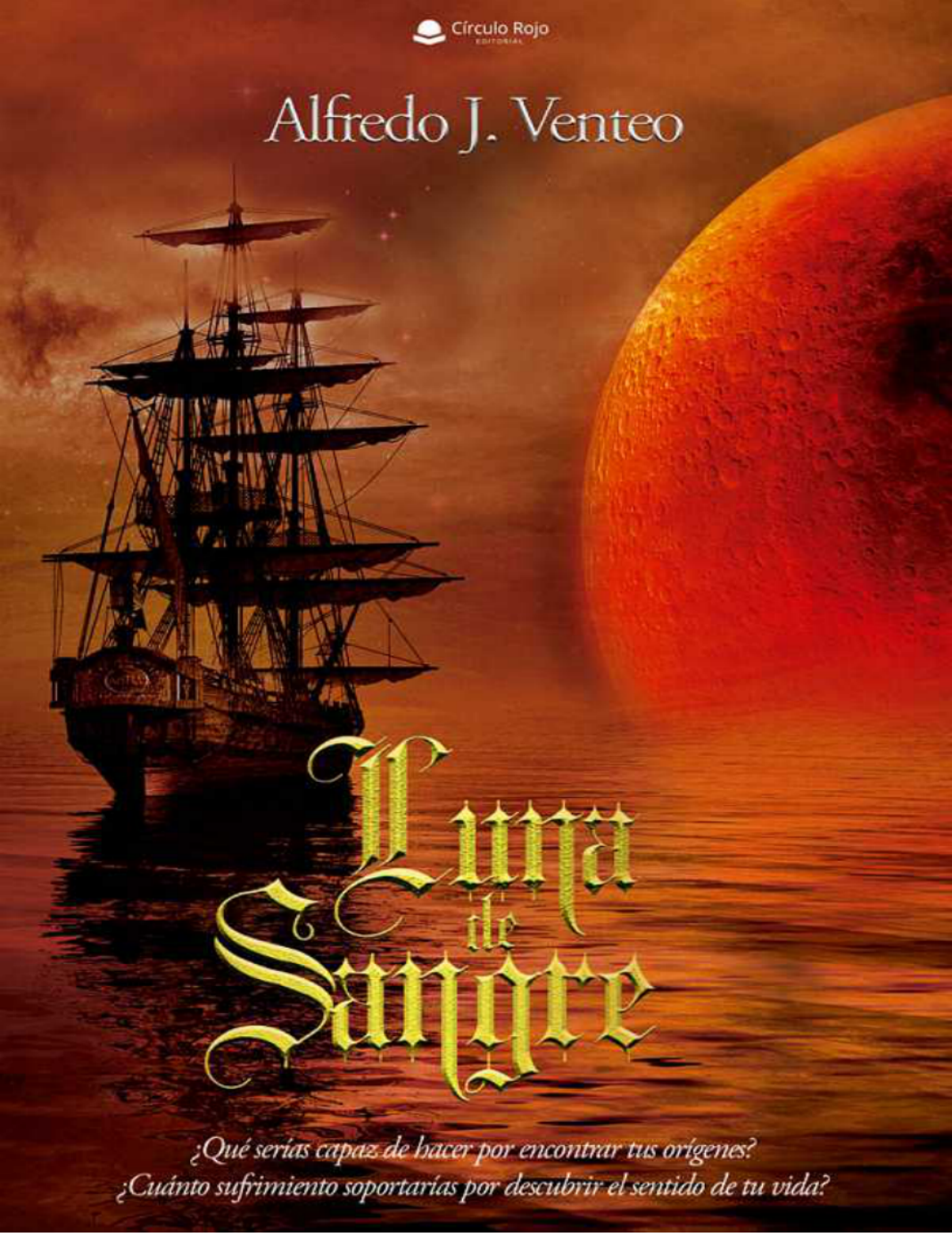
Círculo Rojo
EDITORIAL

Alfredo J. Venteo



Luna de Sangre

¿Qué serías capaz de hacer por encontrar tus orígenes?
¿Cuánto sufrimiento soportarías por descubrir el sentido de tu vida?

Luna de sangre

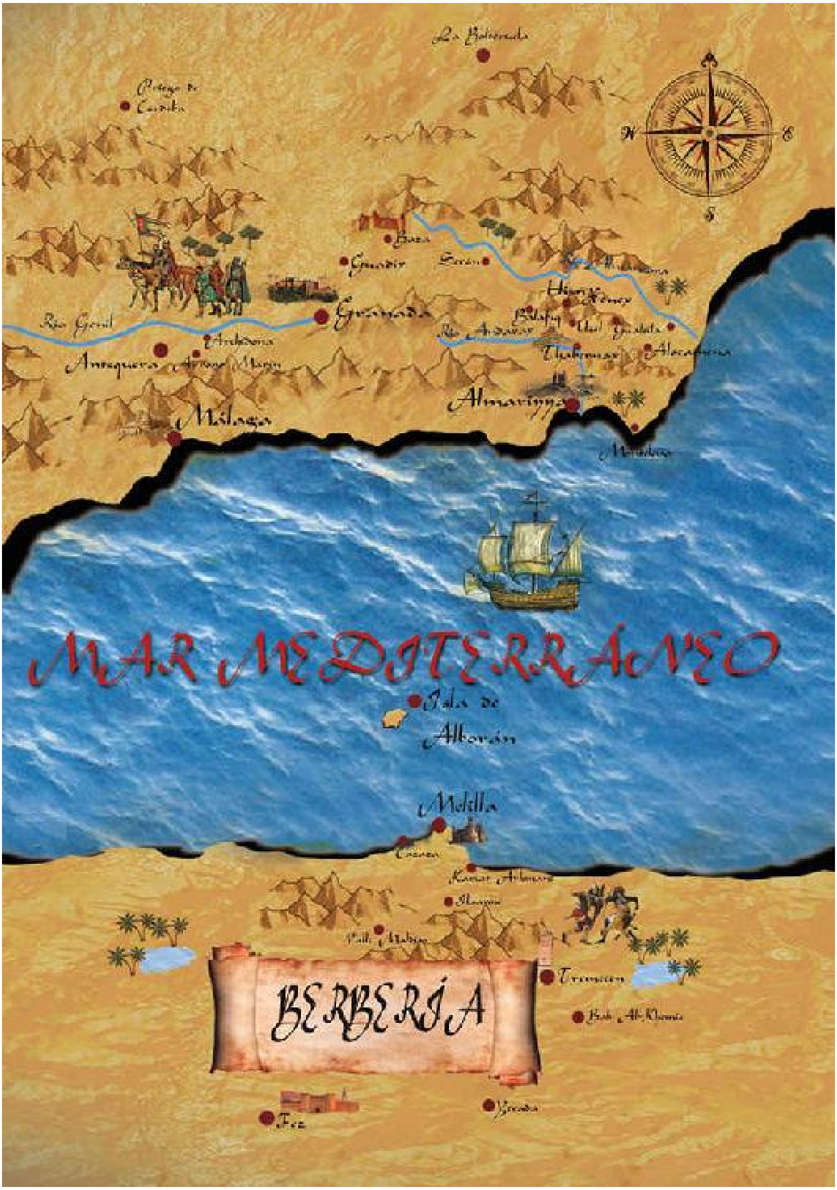
(Testamento de Sangre, 2ª parte)

ALFREDO J. VENTEO

Círculo Rojo
EDITORIAL

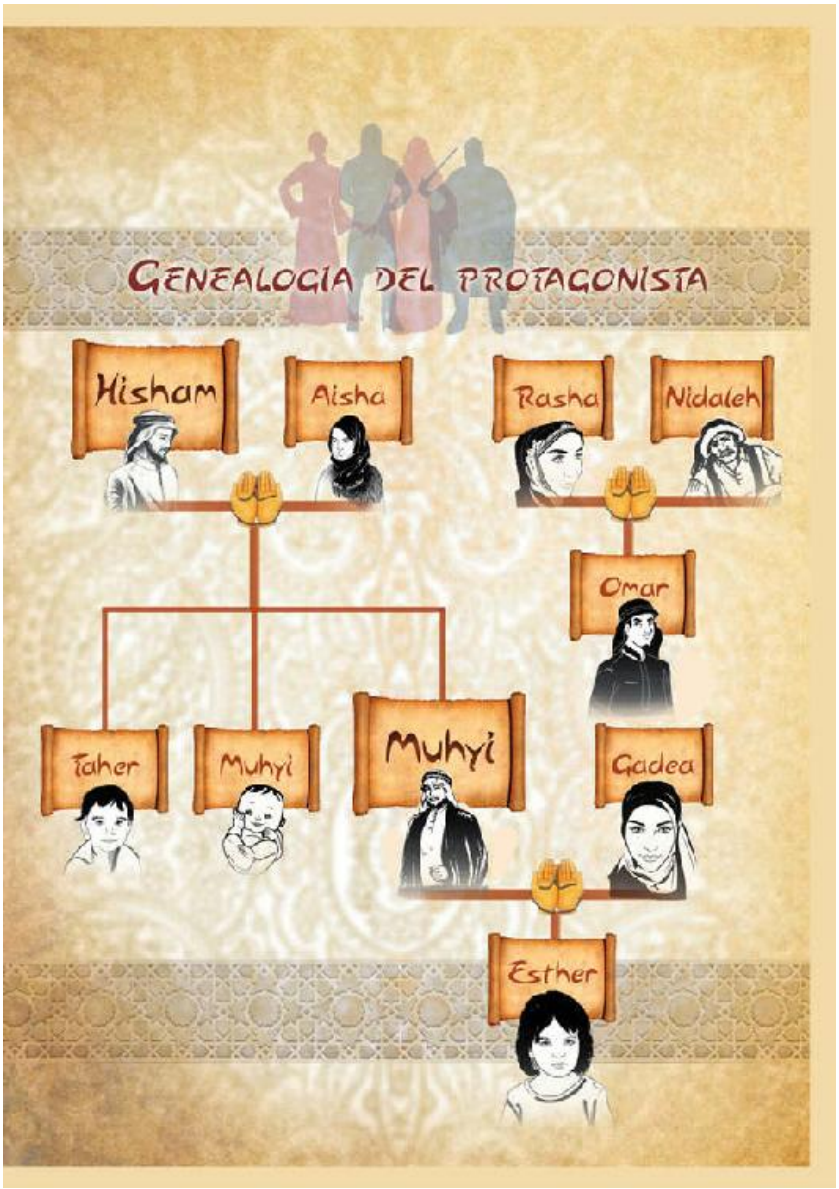
Primera edición: abril 2018
ISBN: 978-84-9194-361-7
Impresión y encuadernación: Editorial Círculo Rojo
© Del texto: Alfredo J. Venteo
© Maquetación: Equipo de Editorial Círculo Rojo
© Portada: Cristina Usero y Alfredo J. Venteo.
© Diseños: Cristina Usero y Alfredo J. Venteo.
Editorial Círculo Rojo
www.editorialcirculorojo.com
info@editorialcirculorojo.com
Impreso en España – Printed in Spain

Dedico esta novela a todas las personas que han sido fuente de inspiración a lo largo de mi vida, en especial a mi esposa Isabel María y a mi hija Esther.



Baza
Guadix
Granada
Río Genil
Archidona
Antequera
Málaga
Almariyya
MAR MEDITERRÁNEO
Isla de
Alborán
Melilla
Tremecen
BERBERÍA
Fez

Reino de Portugal
Reino de Castilla
Corona de Aragón
Reino de Granada
Archipiélago Madeira
FEZ
BERBERÍA


GENEALOGIA DEL PROTAGONISTA
Hisham
Aisha
Rasha
Nidaleh
Omar
Taher
Muhyi
Muhyi
Gadea
Esther

En esta novela se plasma la continuación de la historia narrada en Testamento de Sangre. Es mi deseo que el que la lea disfrute con el relato y, en el caso de que haya leído Testamento de Sangre, solvente su curiosidad sobre el incierto destino de Hisham.

He pretendido, únicamente, contar una parte de la vida de personas que vivieron en aquella época difícil y convulsa, aprovechando para narrar algunos hechos históricos y describir actividades cotidianas.

No ha sido mi intención verter, proclamar o sugerir opiniones, en favor o en contra, de alguno de los bandos enfrentados; siendo por ello las manifestaciones en ese sentido contenidas en la redacción de esta novela, meras circunstancias incardinables en el desarrollo de los personajes y los hechos.

Luna de Sangre

Luna de Sangre es la denominación que se le da a uno de los fenómenos naturales más espectaculares. Siendo tan solo un eclipse en el que la Tierra se sitúa entre el Sol y la Luna, haciendo que ésta aparezca inmensa y rojiza, desde la antigüedad se le ha otorgado a este acontecimiento natural valores apocalípticos y mágicos. En el Antiguo Testamento y en otras Escrituras religiosas aparecen alusiones a este hecho, poco frecuente pero muy inquietante.

INTRODUCCIÓN HISTÓRICA

Apenas ha nacido 1.492, cuando los reyes cristianos toman Granada, el último bastión del dominio musulmán de ocho siglos sobre las tierras hispánicas. Culmina así la ingente empresa que iniciaron siglos atrás sus predecesores: la conquista para la cristiandad de la totalidad de los territorios de la Península Ibérica. Pero Isabel de Castilla y Fernando de Aragón saben que, con esta conquista, lejos de apagar una llama, pueden haber avivado una hoguera incontrolable. La fortaleza de los turcos es formidable y creciente, además, su afinidad religiosa con los inconsistentes reinos del norte de África, puede facilitar una alianza temible. Es por ello una prioridad para los avispados monarcas cristianos, trasladar la frontera con el Islam al otro lado del Mediterráneo. Necesitan, por tanto, conquistar plazas, aunque aisladas, en las costas norteafricanas. Pero un nuevo proyecto va a requerir todas las atenciones y los esfuerzos de la corona: las tierras recién descubiertas en el nuevo mundo.

Aun así, con la ayuda de nobles españoles, atrevidos y ávidos de expansión, se consiguen enarbolar banderas cristianas en algunas ciudades africanas y, con el paso del tiempo, someter a vasallaje a sultanatos gobernados por manejables reyezuelos fácilmente corruptibles.

Pero unos nuevos actores aparecen en el escenario Mediterráneo, y vienen pidiendo papeles estelares: los corsarios berberiscos. Nacidos del poderío turco, y medrados en la aquiescencia de los sultanes magrebíes, un clan destacará sobre los demás como espuma sobre las olas: los Barbarroja se erigirán en dueñon de los mares y costas mediterráneas durante décadas.

El sur de España, pobre y despoblado, por la expulsión de los judíos primero y el incesante éxodo de los musulmanes después, sufre como ningún otro lugar el pillaje y el acoso de las hordas corsarias, hasta el punto de llegar a convertirse en asunto de estado prioritario para el poderosísimo monarca español Carlos I.

Como un presagio de su infeliz destino, el viejo mar no va a conocer la calma: a las tormentas expansionistas y religiosas le suceden ahora tempestades de hostigamiento, extorsión y latrocinio

de los temibles corsarios.

En este escenario convulso, ajetreado e incierto, se desarrolla el argumento de esta novela, en la que el protagonista, Muhyí, vivirá en primera persona los hechos más relevantes de este pedazo de la historia, en su periplo de búsqueda incansable de su padre y de los orígenes de su familia.

– 0 –
PREÁMBULO

(Explicación de enlace con la primera parte: Testamento de Sangre)

Dando por muerto a su esposo y viéndose amenazada, Aisha huye de Fez con Muhyí, su bebé de pocos meses. Les acompañan en su agónica escapada el tullido Nidaleh, esposo de su hermana Rasha, asesinada en Fez, y su sobrino Omar. Los cuatro buscan refugio en una remota aldea de Tremecén. Nidaleh toma la responsabilidad del grupo y convence a Aisha para hacerse pasar los cuatro por una familia.

Inmersa en esa falsa apariencia de esposa, soportando la indiferencia de Nidaleh y la tiranía de Omar, Aisha consume los años, hasta que su hijo se convierte en un joven adolescente.

Llegado ese momento, Muhyí recibe de su madre cumplidas explicaciones del periplo de su vida. A la vista de algunos objetos que custodia Aisha de su esposo, conciben un halo de esperanza. Deciden poner al descubierto el oscuro secreto que Hisham dejó oculto en *Hisn Xénex* y que fue motivo de los mayores escarnios y el agónico exilio a Berbería para la familia.

Con la decisión tomada, reciben una sorprendente visita. Kamal, uno de los amigos más fieles de Hisham, les trae noticias que inducen a pensar que Hisham pueda seguir vivo en un presidio de Fez.

Ahora la misión de Muhyí y su madre es, primero buscar a Hisham y después sacar a la luz los misterios ocultos en el cofre de *Hisn Xénex*.

Pero los dos hombres que han compartido con ellos los últimos años, Nidaleh y Omar, a los que Muhyí consideraba su padre y hermano hasta la confesión de su madre, no están dispuestos a dejarlos marchar. Nidaleh teme que averigüen la verdad.

Primera Parte
HORIZONTE DE ESPERANZA

– 1 –
VÍSPERA DE LO INFINITO

Aldea de *Bab al Khemis* (Tremecén), a 25 días del mes de Yumada al–Wula, año 912 de la Hégira.
(Octubre del año 1.506 del calendario Cristiano)

El sol comienza a ocultarse en los confines del infinito valle que se abre hacia el oeste desde la remota aldea de *Bab al Khemis*, oscureciendo las aguas del río Thrifa y tiñendo de ocre los escarpados farallones que se yerguen imponentes a oriente.

Los pájaros se agolpan por millares en las arboledas de la rivera, mientras los campesinos recogen sus utensilios para abandonar las humildes huertas, tras otra agotadora jornada para arrancar el mísero sustento a la tierra.

El joven Omar, conduce su manada de cabras hacia la orilla del río para abrevarlas. Mientras los animales beben y mordisquean las hierbas tiernas bajo los frondosos tarayes, el muchacho se desprende de su camisola para asearse en un oculto remanso cristalino. Se zambulle en el agua, ya fría en pleno otoño, toma unas manotadas y las esparce por su faz y torso fornido. Con unos tallos de *planta jabonera* se frota la piel con ímpetu para desprenderse del olor a ganado que parece formar ya parte de sí mismo. Cuando levanta la vista, sus ojos menudos y marrones no dan crédito a lo que ven, se vuelve a echar un poco de agua sobre la cara, y constata que es real la visión. Una mujer esbelta y morena permanece petrificada frente a él, al otro lado del remanso de agua. Omar se incorpora, semidesnudo y mojado, mira con descaro a la mujer y ella, estática y rígida, le mantiene la mirada impasible.

El joven se deja llevar por el instinto, por sus hormonas, y en dos zancadas cruza la charca hasta colocarse junto a la espectadora de su baño, que recula unos pasos asustada pero sin dejar de mirarlo.

–Parece que te gusta lo que ves. ¿Me has estado mirando mientras me lavaba?

–No, yo… solo he venido a coger agua… y mientras llenaba este odre has llegado tú. Pero ya me voy, tengo que irme, me espera mi

esposo aquí cerca. –Contesta la mujer a la defensiva e interponiendo entre ambos un recipiente de piel de cabra lleno de agua.

–No tengas prisa, tu esposo no te espera, he bajado por el camino y no hay nadie. –Dice Omar acercándose más y acorralándola contra la espesura.

–¡Tengo que irme! Déjame marchar, si me pones una mano encima gritaré. –Dice la mujer comprendiendo las aviesas intenciones del muchacho, quizá demasiado joven para tanto ímpetu, pero sin poder evitar mirar su cuerpo fibroso y perlado de gotas de agua que caen de su cabellera color castaño.

–Déjame disfrutar del momento, no es usual ver por estos lugares apartados mujeres tan hermosas como tú, reconozco tus ojos… son los mismos que me han observado esta mañana desde el camino, esa mirada no se olvida fácilmente. Llevo todo el día sin poder apartarte de mi mente, el encontrarte aquí de nuevo debe ser una señal divina.

Omar nota como se aviva en su interior un poderoso deseo. Es una mujer madura, tendrá poco más de treinta años, bajo sus amplios ropajes se atisba un cuerpo esbelto y proporcionado y, sobre todo, hay algo misterioso, incitante y lascivo en su mirada descarada. La toma por los brazos e intenta acercarse a su cuerpo. La mujer se resiste y manotea gritando, pero el ruido de la corriente de agua y de los trinos de los pájaros sobre la arboleda, ahogan su desesperada petición de ayuda.

Finalmente, Omar impone la fuerza de sus poderosos brazos y consigue tumbarla sobre la mullida alfombra de hierba. Con una mano le sube la túnica y le arranca las enaguas, mientras con la otra le mantiene atrapadas las dos muñecas. Apaga los gritos desesperados de la indefensa mujer pegándole la boca a los labios carnosos y oscuros, pero recibe un mordisco en los suyos. El joven se aparta con brusquedad empezando a sangrar.

–¡Maldita sea! ¡Eres terca y obstinada! ¡Nada puedes hacer para evitarlo, déjate llevar, todo irá mejor, terminaremos antes!

–¡Eres un hijo de perra! ¡Un mocoso malnacido! ¡Mi esposo te matará cuando le cuente lo que me has intentado hacer! –Grita la mujer entre lágrimas y, dando un tirón, consigue zafarse las manos y propinar un rodillazo en la entrepierna del abusador.

El joven, dolorido y con el labio sangrando abundantemente, se encoge casi sin respiración, mientras la mujer, semidesnuda, consigue incorporarse y trata de huir. Pero Omar actúa con rapidez, desliza una pierna y trastabilla la huida de su presa. Golpeado y herido por la mujer, ciego de ira y de deseo, se incorpora y salta

sobre ella como un felino. Ya está resuelto a concluir lo que tanto desea. La tumba boca arriba, con el cordón del odre le ata las manos al tronco de un arbusto, le ladea las piernas y se acomoda entre ellas. Ella sigue gritando pero, agotada y consciente de su inevitable situación, los gritos son cada vez más apagados. Omar manosea con avidez los pechos generosos y duros y la besa por el cuello esquivando su boca para no ser mordido de nuevo. Los gritos de la mujer se han tornado sollozos apagados, y el joven se recrea en las caricias impuestas, notando como se enerva su virilidad. Desliza una mano a la entrepierna y palpa la suavidad húmeda y cálida de la zona, sorprendiéndose al ver que ella se acompasa a la cadencia de sus manoseos y deja de sollozar. De los labios sedosos y entreabiertos de la hembra salen ahora gemidos casi inaudibles, la respiración se le acelera y unos ojos vidriados lo miran con los parpados casi cerrados, abriéndose ostensiblemente de vez en cuando al compás de las sacudidas que, como estertores, le hacen levantar la espalda del suelo arqueándose en una contorsión imposible. Omar levanta la cara de los senos afilados y, durante un rato, se deleita contemplando extasiado como la mujer, ajena ya a cuanto le rodea, retuerce el cuerpo moreno y grácil al ritmo de sus manos que, aunque poco expertas, se aplican con la mayor de las determinaciones. De forma inevitable, el muchacho nota como su vigor sucumbe y se derrama ante la lúbrica estampa. Derrotado, se le aflojan los brazos y las piernas, dejándose caer hacia un lado entre convulsiones. La mujer, jadeante, mordiéndose el labio inferior, con los ojos abrasados, incrédula se vuelve hacia el derrotado y, llena de rabia y desdén, se atreve a decir:

–¡Maldito infante! ¡El Altísimo ha obrado para que no logres tu sucia pretensión! Si ya has acabado, suéltame las manos y déjame marchar.

–¡Eres una ramera consumada, manejas a los hombres a tu antojo! ¡Si me vuelves a humillar te rebano la garganta, zorra! –Brama Omar rojo de ira, de arrebato y vergüenza.

El joven la coge del cuello y se acerca a su cara para hablarle en voz baja junto al oído.

–Yo diría que te ha gustado, por eso no voy a dejar que te vayas con tanta facilidad, continuaremos con más calma, estoy seguro que lo estás deseando. ¿No es así?

–¡No, déjame, te lo ruego! –Contesta la mujer sin convencimiento.

En ese instante la algarabía de un grupo de chiquillos y los ladridos de varios perros irrumpe en la cercanía.

Omar se incorpora y suelta de un tirón el lazo que ata las manos de su presa.

–Nos veremos de nuevo, vengo cada tarde a estas horas por aquí. Te espero mañana. –Propone el joven tratando de reponer su masculinidad mancillada.

–Estoy de paso, no me quedaré en este mísero lugar. –Responde la mujer cubriendo su cuerpo con la túnica.

La proximidad de los chiquillos apremia a los dos a separarse.

Omar cruza la charca hacia donde ha dejado sus ropas y las cabras pastando.

Jahenna, se sienta en el suelo pensativa. Levanta la vista al cielo y de sus enormes ojos negros brotan lágrimas gruesas y dolorosas. –*¿Cómo he podido dejarme llevar por las caricias de ese joven descarado?* –Se pregunta atormentada.

Es aún una mujer joven, siempre ha sido muy ardiente, y lo sigue siendo. Desde que su esposo estuviera preso en Fez y fuera torturado, no ha gozado de la calidez de un hombre sobre su cuerpo con satisfacción. Ama a Kamal, pero también tiene deseos que el cuerpo mutilado de su esposo ya no puede atender, y que a veces la ofuscan y le nublan la razón. –*No tengo que culparme por esto, yo no puedo dominar mis instintos, además, gracias a ello ese gañán no ha llegado a mancillarme.* –Balbucea Jahenna mientras se lava en la orilla los restos que ha dejado el joven en sus piernas. En esos instantes vuelve a su mente la imagen del joven Omar sonrojado y derrotado a sus pies, sucumbido sin remisión y con premura a sus encantos de mujer. En la cara de Jahenna, surcada de lágrimas, se dibuja una sonrisa de amarga complacencia.

Las gotas de sangre escapan del puño apretado, cayendo al suelo, donde desaparecen absorbidas por la tierra rojiza. El joven aprieta la mano, ignorando el dolor, como si quisiera exprimir todas las vivencias del amuleto que empuña. Las venas de su brazo se esculpen azuladas y un velo rojizo cubre sus ojos, que miran al horizonte sin pestañear. Su cara es la imagen de la determinación, de la osadía, del valor, del arrojo; brotados por la reciente confesión de su madre. Permanece hierático, sentado a la entrada de una casa humilde y pequeña, apartada de las demás, en la parte alta de la aldea, mientras un perro pequeño, negro y juguetón le mordisquea las perneras, ajeno al volcán de pensamientos que arrasan la mente de su amo.

–No habrá otra luz que guíe mis pasos, que la más firme voluntad de encontrar a mi padre y desvelar los secretos que dejó ocultos en Hisn

Xenex. Ese será mi objetivo y a él dedicaré el resto de de mi vida hasta alcanzarlo. –Se dice el joven en su interior.

Es Muhyí, tiene casi quince años y acaba de conocer el amargo exilio de su familia desde las tierras de Al–Ándalus. El relato descarnado y estremecedor de su madre, que ha caído sobre él como una aplastante losa de responsabilidad que asume con determinación impropia de su juventud, le ha puesto de manifiesto con detalle los escarnios y las ignominias que han azotado a su familia desde que su padre, un hombre íntegro y cabal, descubriera las traiciones urdidas por la avaricia de los poderosos. El joven piensa que su madre debe ser la persona más fuerte del mundo: ha soportado, en su huida desesperada, la pérdida de dos hijos, de su marido y de su hermana. Él ha crecido en la humildad, pero con el amor inmenso de su madre, que ha tenido la fortaleza para criarlo ella sola y la entereza de esperar para contarle la verdadera historia de su vida; y todo este tiempo soportando la indiferencia de Nidaleh y la frialdad y la ira de Omar.

Gracias a la confesión de su madre, ahora sabe que Nidaleh no es su padre ni Omar su hermano. Esto es algo que, aunque le ha sorprendido, no le incomoda en absoluto, es más, hasta le reconforta saberlo, pues de estas dos personas solo ha obtenido envidias, tratos despectivos y una absoluta falta de afecto. Omar es su primo, hijo de Rasha la hermana de Aisha, asesinada en Fez, pero nada parece haber en su personalidad de la dulzura y la bondad de su madre, sin duda ha heredado con avaricia toda la inquina y la maldad de su padre.

Muhyí ha sufrido la altanería y la vileza de Omar. No lo ha odiado, a pesar de ello, pero jamás lo ha querido como a un hermano mayor. Pero ahora que acaba de conocer que es hijo del malvado Tarik, la persona que desencadenó los sufrimientos a su familia, que mató a su hermano en el vientre de su madre y que propinó tanto daño gratuito, y que parece tener los mismos adentros de su progenitor, todo cambia en su percepción hacia él.

En cuanto a Nidaleh, como ya le ha expuesto a su madre, le asaltan las dudas sobre su participación en los hechos que precipitaron la huida desesperada de Fez. Cree que Nidaleh es sin duda una persona oscura y taimada, gracias a él no murieron todos en *Hisn Xénex* a manos de Tarik y eso es algo que le han de agradecer de por vida. –*¿Cómo es posible que después fuera capaz de lo*

peor por quedarse con la mujer a la que había deseado durante tantos años en silencio, sin importarle cuanto dolor le provocara con ello? Si es que Nidaleh realmente tuvo algo que ver en los sucesos de Fez, quizá no fuera el amor a mi madre lo que le impulsó a hacerlo, sino la codicia por lograr alguna recompensa por entregar a mi padre a quienes ansiaban encontrar el cofre oculto en Hisn Xénex, con su valioso contenido y sus comprometedores documentos. –Piensa Muhyí contrariado mientras se agacha para acariciar al perro, que se tumba de espaldas para recibir los mimos de su dueño.

El joven siente admiración hacia su padre, aunque no lo ha conocido, del relato de su madre se desprende la entereza moral y la valía de su persona, y agradece que tuviera la valentía de matar a Tarik con sus propias manos.

–Debe ser un momento épico aquél en el que das muerte a la persona que ha tratado de matar a tus seres más queridos. Yo haría lo mismo sin dudarlo y, de estar a mis alcances, me anticiparía para evitar que la maldad de sus actos oscureciera los designios de mi familia. Se trata solo de impartir la justicia que escapa al poder del Altísimo. –Se dice Muhyí para sí al tiempo que tuerce el gesto, advirtiendo que en su pensamiento ha aparecido un reproche a su padre por no haber dado muerte a Tarik antes de sus maléficas acciones.

Muhyí abre la mano en la que tiene el amuleto, y lo contempla empapado en su propia sangre. Se incorpora y se asoma a la entrada de la casa. Dentro está Kamal, el que fuera fiel sirviente de su padre en las lejanas tierras de *Hisn Xenex*, que ha vuelto para hablar de nuevo con su madre. Tras la sorpresiva visita de esta mañana, en la que le ha entregado el amuleto que perteneció a su hijo Taher hasta que falleció y que después portó su esposo, han quedado en retomar la conversación por la tarde mientras Nidaleh y Omar están de nuevo en las faenas del campo.

– Kamal, ¿estás seguro que el hombre que te entregó este amuleto no era Hisham? – Pregunta Aisha mirando a Muhyí para que muestre el colgante.

– Estoy completamente seguro de ello, aquel hombre no era vuestro esposo. Yo conviví en aquella celda varias lunas con el anciano que me entregó el amuleto, y sé que no era él. Reconocería a Hisham por muy envejecido, lacerado y mutilado que estuviese. Lo que sí puedo asegurar es que aquel viejo conocía a vuestro esposo y posiblemente tenía el encargo de entregar esto a alguien conocido que pudiera ayudarle a salir de allí. No sé, es todo muy

confuso, acrecentado por el hecho de que ese anciano estuviera ciego y mudo.

–Nos es obligado averiguar si mi padre sigue con vida. Kamal, según lo que has comentado esta mañana, de los gestos del hombre que te entregó el amuleto, no se puede deducir que mi padre estuviera muerto. ¿No es así? –Inquiere Muhyí desde el quicio de la puerta con la cortina ladeada.

–En efecto muchacho, ese hombre tomó mi cara entre sus manos durante unos instantes, como queriendo testimoniar lo que su boca y ojos no podían expresar. Había mucho de esperanza en aquel gesto. Es muy arriesgado, pero debemos volver a Fez y tratar de averiguar algo. Yo estoy dispuesto a ir con vosotros –dice Kamal poniéndose en pie y abriendo las manos en señal de ofrecimiento. –Tengo secuelas de mi confinamiento que merman mi fortaleza, pero os ayudaré cuanto pueda.

Aisha se levanta y rodea la mesa hasta llegar al lado de su hijo, toma sus manos y le mira a la cara, esa faz que tanto le recuerda a su esposo, se gira hacia Kamal y dice:

–Agradezco tu ofrecimiento, pero es algo que debemos meditar con tranquilidad, sin apresurarnos. Ardo de ganas de emprender la búsqueda de mi esposo, durante años he sufrido su ausencia en silencio, con el único consuelo de mi hijo. Con tu llegada y tus noticias se nos abren horizontes que ya creía oscurecidos para la eternidad.

–Madre, hay poco que meditar. Yo estoy resuelto a emprender la búsqueda de mi padre y a descubrir todo lo que quedó oculto en *Hisn Xenex*. Siento que estoy obligado a ello y nada ni nadie impedirán que lo intente. –Exclama Muhyí apretando de nuevo el amuleto en su mano.

–Lo sé hijo, sin duda es algo que tenemos que hacer, pero la impaciencia no es buena consejera.

Kamal y su esposa Jahenna se han alojado en un pequeño y desvencijado cuartucho que parece abandonado en la parte baja de la aldea. Llevan ya casi una luna esperando a que Aisha y Muhyí se decidan a partir hacia Fez en busca de Hisham o de pistas que le conduzcan a su localización.

Kamal, temiendo ser reconocido por Nidaleh, evita salir de la morada para no coincidir con él, permanece recluido meditando la aventura a la que se avocan si finalmente se ponen en camino y sufriendo la tediosa e insoportable lentitud con la que pasan los días. Con algo menos de cuarenta años, padece secuelas desde las

torturas sufridas en su cautiverio en las mazmorras de Fez, que hacen penosa su vida. Tiene constantes dolores de espalda, le cuesta mucho caminar erguido y lo que peor lleva: la orina escapa de su cuerpo de forma involuntaria manchando sus ropas y provocando una estela de hedor acre en torno a su persona. Él apenas es consciente del tufo que a veces desprende, pues su pituitaria ha acabado por asumir como normal esta situación, sin embargo su esposa siempre le advierte de ello y se lo recrimina. Cuando no tiene posibilidades de asearse trata de encubrir el mal olor con ramitos de plantas aromáticas colgadas de su cinturón.

Jahenna, baja cada día al río a lavar ropas de su marido y a coger agua para el hogar, aprovechando la ocasión para encontrarse con su joven y furtivo acosador. Los escarceos con Omar se han hecho habituales y se ven con asiduidad en el remanso del río cuando llega el ocaso del día. Jahenna anhela con desesperación la llegada del atardecer para acudir a la cita con su amante, que ha podido resarcirse con creces de la humillación que le supuso el desliz ante una hembra tan imponente para su inexperta juventud en su primer encuentro. Jahenna no está enamorada del joven Omar, al que le dobla la edad, pero en sus apasionados encuentros el muchacho le ha hecho recorrer senderos que ya creía inexplorables. Ella por su parte apacigua el temperamento brioso y desbocado del muchacho con las artes de su experiencia. Sin embargo lo que le preocupa y mucho es que el apasionamiento que siente por ella se torne en un enamoramiento pueril y obstinado, pues ello, unido al carácter irascible y violento del joven, le puede acarrear serios problemas. Es consciente de que partirán en pocos días, pues han de abandonar la aldea según le ha anticipado Kamal. Por ello, Jahenna baja hoy al río dispuesta a enfriar su volcánica relación con Omar. Aprovechando que le han llegado los días de la menstruación, hoy ve adecuado el momento de empezar una retirada que su mente juzga necesaria pero que su cuerpo no desea.

Cuando llega al pecaminoso rincón de sus libertinos encuentros, el joven Omar ya la espera con gesto apenado, como si atisbara las intenciones de su amante.

–Omar, hoy no podremos hacer nada, estoy impura. –Se adelanta Jahenna antes de llegar junto a él.

–¡Maldita sea! –Grita el muchacho azorado dando una patada a una rama seca. –Yo tampoco tengo buenas noticias, mañana al alba me marcho con mi padre a la ciudad de Jherada… a llevar unos

corderos al mercado, estaré fuera una semana. He intentado no ir pero el viejo es terco y, además, reconozco que necesita mi ayuda. Jahenna, esos días me van a resultar eternos sin verte, sin tocar tu cuerpo y gozar tus carnes.

–Pasarán pronto, antes que te des cuenta ya estarás de vuelta, y yo te estaré esperando. –Contesta la mujer tratando de templar la situación.

Jahenna se acerca a la orilla y llena una cántara con agua, se despide de Omar con frialdad y emprende el regreso a su casa. El joven queda ofuscado y airado, coge una piedra redondeada, la coloca en la *honda* y se la lanza a una de sus cabras que pace tranquila al otro lado de la charca. El animal sufre el golpe seco en una pata y cae al suelo entre balidos desesperados. Omar sonríe complacido de su puntería.

Cuando Jahenna llega al mísero casetón que les sirve de cobijo, encuentra a Kamal hablando con un joven alto y delgado, moreno, de piel clara y ojos negros, grandes y expresivos, con una incipiente barba de adolescente que le confiere madurez. –*Es un joven realmente guapo*. –Piensa la mujer dirigiéndole una mirada prolongada y escrutadora mientras le pregunta a su esposo sin apartar los ojos del visitante.

–¿Kamal, quién es este joven?

–Es Muhyí, el hijo de Aisha y de Hisham.

–Me alegro de conocerte Jahenna, que el Altísimo te proteja. –Corresponde el muchacho con timidez.

–A mí también me agrada mucho verte Muhyí. Kamal me ha hablado mucho de ti, pero te imaginaba más joven, pensaba que eras un niño, pero veo que ya eres todo un hombre. –Responde Jahenna provocando un repentino enrojecimiento en la cara del joven. –Yo conocí a tu padre y tengo buenos recuerdos de él, era un buen hombre.

–Yo creo que aún sigue siendo un buen hombre, estoy seguro que está vivo, esa es la esperanza que me da las fuerzas necesarias para emprender la travesía en pos de su búsqueda.

–Así lo quiera el Misericordioso, perdóname por hablar como si tu padre ya no estuviera entre los vivos. –Rectifica Jahenna tomando con cariño las manos del muchacho.

–Jahenna, Muhyí ha venido a decirnos que emprendemos viaje hacia Fez. Hemos de aprovechar que Nidaleh y su hijo se ausentan unos días de la aldea, es una oportunidad para salir y poner tierra de por medio para que no puedan alcanzarnos si decidieran ir en

busca de Aisha y de Muhyí. Solo espero que el Profeta nos guíe en este viaje lleno de peligros y de incertidumbres al que nos arrojamos.

–Así es, como dice Kamal, mañana al alba, Nidaleh y Omar salen hacia una aldea a las afueras de la ciudad de Jherada, allí se celebra cada luna nueva el mercado de ganado más grande de la región. Vosotros debéis salir esta noche, varias horas antes del amanecer, para que nadie os vea. Iréis solos por el camino en dirección a Tremecén, una legua antes de llegar a la ciudad encontraréis una fuente bajo unas palmeras, junto al camino, es la fuente de *Yehawel*, allí nos esperaréis a mi madre y a mí. Esta noche, cuando caiga por completo la oscuridad, os traeré un asno para que puedas ir a su lomo. –Muhyí dirige la mirada a Jahenna que asiente con la cabeza –Nosotros partiremos cuando se marchen Nidaleh y Omar. Mi madre dice que para ir a Fez hemos de rodear por la costa, pues el camino directo pasa por la ciudad de Jherada, y sería probable encontrarnos con Nidaleh y su hijo.

–Si *Allah* lo quiere, antes del atardecer de mañana estaremos los cuatro en la ciudad de Tremecén, y en cinco o seis jornadas más alcanzaremos la costa, para tomar el camino que va desde *Kudiat–Cazaza* hasta Fez. Conozco algo esos caminos, por ellos hemos llegado nosotros aquí. –Habla Kamal sabiendo que será el jefe de una expedición en la que le acompañan dos mujeres y un joven que apenas ha salido de esta remota aldea.

Muhyí está tumbado en su jergón, mientras su perro, Bralik, en el suelo a su lado, percibe la intranquilidad de su dueño y se remueve inquieto. El joven es incapaz de conciliar el sueño, su mente se debate contra una cascada de pensamientos e incertidumbres. El destino ha puesto ante él una ardua misión, y no cuenta con la experiencia suficiente debido a su juventud. Por suerte el Altísimo le ha brindado la inestimable colaboración de Kamal, y ello le tranquiliza. Como un bálsamo para el sosiego de su mente resuenan las palabras dichas por su madre: *–Kamal es un hombre bueno y honrado, con una fidelidad demostrada durante los años que fue el compañero inseparable de tu padre. Él ha de ser el faro que nos guíe en nuestra búsqueda. Su aparición con el amuleto de la familia y su ofrecimiento sin reservas es, sin duda, una señal del Creador.*

Muhyí empuña instintivamente el colgante que ahora reposa sobre su pecho, y un estremecimiento de responsabilidad y esperanza le hace respirar profundamente. Mañana emprenderá un viaje que le llevará a lugares ignotos para él, y le abocará a

experiencias para las que duda estar preparado. Abandonará, quizá para siempre, la aldea de *Bab al Khemis*, y ello le apena. Aquí ha crecido, tiene amigos y gente que aprecia; no podrá siquiera despedirse de ellos y casi con seguridad no los volverá a ver jamás. Pero sin duda el motivo de la aventura que emprende es más que justificado, tiene que encontrar a su padre e intentar desvelar las oscuras traiciones que provocaron el ocaso de Al–Ándalus.

Alarga la mano y acaricia el suave lomo peludo de Bralik. Esto le reconforta algo, tiene que intentar conciliar el sueño, pero le resulta casi imposible. Es la víspera de lo infinito.

Con el cielo anaranjado y moteado de estrellas que van muriendo poco a poco, en una mañana fría y escarchada, Nidaleh y Omar abandonan la aldea. El hombre tira de las riendas de un asno que carga víveres para varios días y el joven fustiga a los vociferantes cabritos para que se agrupen en manada. Cuando pasan junto a la morada de Jahenna, Omar se detiene un instante y se queda mirando la puerta. No sabe que ella está ya lejos de *Bab al Khemis*, para no volver nunca.

Mientras tanto, Muhyí y su madre se apresuran a preparar lo necesario para huir y reunirse esa tarde en Tremecén con sus compañeros de viaje. Aisha, con la precaución de no levantar sospechas de Nidaleh, lleva días acopiando víveres para el camino: ha preparado varios quesos, panes, harina, dátiles y tasajos de oveja. En un hato meten las escasas ropas que tienen y, antes de partir escudriña cada rincón de la casa y de los corrales, buscando cuanto de valor pueda tener oculto Nidaleh. Muhyí encuentra en un pequeño almacén junto al establo, bajo unos sacos de grano, una caja de madera envuelta en un pliego de cuero con ataduras. La abre y, para su asombro, descubre que contiene una talega llena de monedas de plata. Corre hacia la casa para mostrarlo a su madre.

–¡Madre, madre! ¡Mira lo que he encontrado en el granero!

Exclama el joven mientras le muestra la bolsa llena de relucientes monedas.

Aisha se lleva la mano a la boca mientras aspira incrédula.

–Esa cantidad de dinero no la hemos podido conseguir en la mísera existencia que llevamos desde que huimos de Fez, sin duda Nidaleh ya la traería cuando vinimos aquí. Es posible que sea el precio que recibiera por traicionar a Hisham, y sus remordimientos le han hecho incapaz de gastarlo, ni siquiera en las épocas de grandes apuros que hemos sufrido, que han sido muchísimas.

–Nos llevaremos este dinero, es justo que lo que pagó la traición a mi padre, nos ayude y nos mitigue ahora las penalidades que nos aguardan para buscarlo. –Sentencia Muhyí cubriendo el pequeño botín con ambas manos sobre su pecho.

–Así lo haremos hijo, ese dinero nos será de gran ayuda y nos evitará pasar apuros. Toma, esto también debes custodiarlo tú. –Dice la madre entregándole un zurrón de piel de cabra. –Contiene los objetos que te mostré de tu padre.

El joven toma el encargo y lo deja sobre la mesa. Saca el puñal del interior para observarlo una vez más con detenimiento. Tiene la empuñadura de madera oscura con inscripciones doradas borrosas, rematada en un arco de plata y un tope con forma triangular, la hoja es grande y curvada, está envainada en una funda de plata con ornamentos vegetales. Tras calar el arma en su cinturón, extrae la camisola que perteneció a su padre, la extiende al contraluz y lee en voz alta la borrosa inscripción con sangre seca:

–Muhyí, la luz está a oriente.

Después toma el Sagrado Libro y lo abre por la página en la que está estampada en sangre la mano de su padre, señalando con el dedo índice una Aleya: ***"Incluso llegasteis a las tumbas".***

–No me separaré de todo esto madre. Es el testamento de sangre de mi padre que he de cumplir, pero no sin antes hacer cuanto pueda para encontrarlo con vida.

Cuando los primeros rayos del sol lancean las cimas más altas, madre e hijo bajan hasta la vereda del río y la toman en dirección al norte, cargando con los víveres y las escasas ropas que tienen. Muhyí, que porta un enorme bulto sobre sus espaldas, retiene el paso para acompasarse al ritmo de su madre. Bralik corretea arriba y abajo, se adelanta a ellos y regresa de nuevo para recibir un halago de sus dueños moviendo el rabo alegremente.

Una incómoda desazón oprime el pecho del joven, que no para de mirar en todas direcciones. Tiene la sensación que alguien les observa, que les siguen, que vigilan sus pasos. *–Es imposible que nadie nos siga o nos observe, el perro lo habría advertido*. –Se dice Muhyí respirando hondo para sacudirse el miedo, al tiempo que da una voz a Bralik azuzándole para que busque en la espesura de unos matorrales a los que ha lanzado una piedra.

El astro rey se despega del horizonte, deshilando con su calidez las brumas matinales de los valles. Sobre la hierba queda un etéreo manto de diamantes.

Aisha contempla a su hijo, que camina con determinación delante de ella. Respira profundamente sintiendo como la humedad entibia su mirada y una dolorosa gelidez le cristaliza el corazón. Emprenden un camino que no sabe a dónde les llevará.

– 2 –
LA HÉGIRA

Manantial de *Yehawel* (Tremecén), a 20 días del mes de Rayab, año 912 de la Hégira.
(Diciembre del año 1.506 del calendario Cristiano)

El Manantial de *Yehawel*, a las afueras de la bulliciosa ciudad de Tremecén, junto al río Agha, es un hervidero de gentes y animales. Bajo las frondosas sombras de los grupos de palmeras se alinean recuas de camellos y asnos; mientras al otro lado del camino, seco y polvoriento, varias manadas de cabras se agrupan bajo los crujidos de los látigos de sus pastores. Todos esperan impacientes su turno para abrevarse. Los balidos de las cabras, los berridos de los camellos, los rebuznos de los asnos, los gritos de los hombres y las risas distendidas de los niños, confieren al lugar un ambiente caótico.

El sol claudica, tiñendo el cielo de oro antes de ocultarse, mientras envía rayos que se cuelan entre las palmeras, definiendo fulgurantes lanzas al atravesar las estelas polvorientas sobre la congregación de seres sedientos. Las paredes rocosas, que protegen este recodo del río por el oriente, toman un aspecto mágico al atardecer, adquiriendo un tono cobrizo que contrasta con el verdor de las huertas y las espesuras que jalonan el cauce del río Agha.

Esta es la estampa que contemplan Muhyí y su madre mientras permanecen sentados en un ribazo junto al camino, aguardando para bajar al manantial. Muhyí sujeta una cuerda que prende del cuello de su perro, que permanece sentado junto a él. Tratan de aguzar la vista para distinguir a Kamal y Jahenna entre el bullicio, tarea imposible desde esta distancia.

–Madre, descansaremos un poco antes de bajar a buscarlos. –Dice el joven, levantando la vista hacia el norte para contemplar los alminares de la ciudad, ya difuminados en el horizonte brumoso del atardecer.

–Sí, será mejor que aguardemos hasta que toda esa multitud se

disipe, me aterroriza meternos en ese enjambre con esa bolsa de dinero que llevamos. Ha sido una ayuda divina encontrarnos con ella, y hemos de procurar no perderla. Será nuestra garantía para no pasar penalidades en la búsqueda de tu padre.

–Descuida madre, el que quiera arrebatármela, tendrá que acabar antes con mi vida. –Dice Muhyí, apretando contra su costado la talega con el dinero que lleva oculta bajo su camisola y empuñando con la mano diestra el puñal que cala en la cintura.

–No te hagas el valiente hijo, tu vida vale más que todas las riquezas del mundo juntas. He penado mucho y he aguantado lo que creía imposible de soportar, pero estoy segura que si te perdiera a ti…, eso, eso ya no… –Balbucea Aisha sin poder concluir la frase.

–Madre no te preocupes por eso, en tu vida has recibido una cuota de sufrimiento que excede de lo normal, el Altísimo ya solo ha de reservar para ti buenos acontecimientos.

Muhyí se acerca a su madre y la abraza con fuerza, sintiendo que ahora, lejos de su hogar y expuestos a la incertidumbre de vagar por caminos y aldeas desconocidas, la fragilidad de la mujer es mayor. Él también siente un escalofrío al pensar que ya casi se ha ocultado el sol y no saben dónde van a pasar esta noche. Así será su vida a partir de ahora, y quizá por mucho tiempo.

Tras un rato de descanso y al comprobar que el manantial se ha despejado, los dos caminantes recorren las revueltas del camino que les quedan para bajar. Serpentean entre huertos de almendros desnudos y se acercan a los abrevaderos. Antes de llegar, Aisha pone su mano en el hombro de su hijo y le hace parar.

–Te quiero decir algo más Muhyí. Kamal y Jahenna no deben saber que llevamos tanto dinero, al menos no por ahora. Sé que Kamal es de fiar, pero de nada conozco a la muchacha. Así que será mejor que nos aseguremos antes de hacerles partícipes de nuestro pequeño botín. Que el Profeta me perdone por ser tan desconfiada con quienes han empeñado su vida para ayudarnos. –Dice la mujer levantando la vista al cielo.

Cuando llegan junto al manantial, Muhyí, que aprovecha para llenar un odre de agua fresca del chorro que mana entre dos rocas negras, escucha desgarradores gritos pidiendo ayuda que provienen de los matorrales junto al río. Sin pensarlo, entrega el recipiente de agua a su madre y se dirige a socorrer al vociferante.

–¡Vuelve aquí hijo! no te metas en asuntos ajenos. –Grita Aisha con desesperación para no ser oída, porque el joven está ya internándose en la espesura de la que provienen los lamentos.

Bralik ladra nervioso e intenta sin resultado seguir a su dueño tirando con fuerza de la cuerda que lo sujeta.

Muhyí ladea las frondosas ramas de las adelfas con sigilo, los gritos han cesado y un silencio tenso se apodera de la escena. Atrás escucha la llamada de su madre pidiéndole que vuelva, pero no lo hará sin antes comprobar qué ocurre. Se interna unos pasos más, pisando con cuidado en las hierbas tupidas del suelo y comienza a escuchar unos sollozos desacompasados. Consciente ya de su temeridad, mira hacia todos lados, más por prevenir que le ataquen a él que por otra cosa. Tendido en el suelo, jadeando y encogido de dolor encuentra a un hombre enjuto que, ante la llegada del joven, vuelve la cara con barbas largas y el pelo amasado en sangre sobre la frente. El herido le implora ayuda con la mirada extendiendo la mano.

Muhyí, desconfiado, vuelve a mirar en todas direcciones de nuevo, y duda si acercarse al desconocido. –*Tal vez sea una burda trampa y he caído en ella.* –Piensa el joven comenzando a temblar de miedo, se gira y sale desesperado de entre los matorrales.

–¡No vuelvas a hacer una locura como esa! –Le recrimina su madre que aguarda junto a Kamal, que acaba de llegar. –¡Somos muy vulnerables y nuestras vidas dependen de que seamos cautelosos y pasemos desapercibidos! Hemos de evitar los problemas a toda costa. ¿De qué se trata? ¿Quién gritaba tan desesperado?

–No es nada, no he visto a nadie. –Miente el joven para no preocupar a su madre. –Me alegro de verte Kamal– ¿Dónde está Jahenna?

–Nos espera más abajo, está muy débil. Ahora debemos apresurarnos para llegar a un refugio antes que caiga la noche. –Dice Kamal indicando el camino en dirección a Tremecén con su brazo.

Los tres toman la vereda río abajo y Muhyí gira la cabeza en varias ocasiones antes de perder de vista el manantial de *Yehawel*. Tras recorrer algo más de una *milla*, por el sendero paralelo al río y encajonado entre desfiladeros de rocas desnudas, el valle se abre a una inmensa llanura tapizada de huertas. Junto a una arboleda hay una casa pequeña que parece colgada del cielo por una columna de humo blanco. En la puerta, junto a un asno cargado con varios bultos, espera Jahenna con el rostro demacrado.

–En esta venta pasaremos la noche. –Dice Kamal satisfecho. –He hablado con el posadero y nos deja dormir en los establos a cambio de limpiarlos antes de marcharnos. Creo que es un buen trato.

–No hace falta que limpiemos nada, podremos pagar por dormir dentro y que el asno descanse en los establos. –Interviene Muhyí con solvencia y con una punzada inmediata de arrepentimiento de lo dicho.

Aisha dirige una mirada de recriminación a su hijo al tiempo que habla, bajando la voz todo lo que puede.

–Claro que limpiaremos esas cuadras a cambio de dormir. Si tenemos algún dinero no debemos gastarlo y, además, es imprescindible que hagamos ostentación de pobreza y humildad a los ojos de todos, así evitaremos que nos roben lo poco que tenemos.

–Tu madre tiene razón Muhyí, eres demasiado joven para pensar en todo como lo hace ella, es normal, el tiempo hará que aprendas estos pequeños detalles. –Dice Kamal echando su brazo sobre los hombros del muchacho.

Las estrellas lucen con esplendor en la noche despejada, todavía huérfana de luna. Muhyí las contempla por el ventanuco de la cuadra, incapaz siquiera de cerrar los ojos, incluso después de todo el día en camino y de haber dormido muy poco la noche anterior. No consigue apartar de su mente la cara del hombre herido en el cañaveral, y por otro lado recuerda martilleantes las consignas de su madre de no meterse en asuntos ajenos. Sabe que estos consejos están cargados de razón, eso es lo que le dice su mente, pero en su pecho late un corazón que le recrimina amargamente haberle negado ayuda al accidentado. –*Quizá no fuera una trampa, estoy casi seguro que no lo era, ese hombre estará agonizando a estas horas, solo en mitad de la noche, a merced de las alimañas.* –Piensa en silencio mientras duda si salir e ir en su búsqueda. Es posible que le pueda ayudar, curarle las heridas y atenderlo; pero por otro lado sabe que si lo encuentra ya muerto lamentará ser culpable de ello por no haberlo atendido esta tarde.

La sombra alargada de Muhyí sobre el asno se recorta en el gris del camino, iluminado por una luna menguada que acaba de nacer sobre las cimas plateadas de los riscos que amurallan el río. Lleva una talega al hombro, y va tiritando de frío y miedo. Arriesga demasiado en esta salida, pero sabe que necesita hacerlo para encontrarse en paz, solo espera volver con la misión cumplida antes

que su madre note su ausencia.

Cuando llega a la altura del manantial se dirige a los setos donde vio al herido. Los aullidos lejanos de los zorros le erizan la piel y los vuelos desesperados de los pájaros que, asustadizos huyen ante su presencia, le encojen el corazón. Lamentando no haber traído a su perro, se interna con torpeza entre los matorrales y llama en voz baja.

–¿Hay alguien ahí…, te puedo ayudar?

Como respuesta escucha los crujidos de la maleza bajo sus pies y todo tipo de sonidos extraños de animales nocturnos. Sigue caminando agazapado y con los brazos extendidos hacia delante, hasta que tropieza con algo y cae de bruces. Se gira cubriéndose la cara del ataque de su miedo, y recula hasta sentir la espalda apoyada en el tronco de un árbol.

Muhyí respira profundamente, e intenta sosegarse para evitar que su corazón le taladre el pecho.

–¡Aquí no hay nadie, es mejor que vuelva cuanto antes! ¡Esto es una maldita locura! –Grita en voz alta para sacudirse el pánico que le atenaza.

Cuando intenta despegar la espalda del tronco para levantarse, algo cae sobre su hombro y lo sujeta impidiéndole hacerlo. Paralizado aguanta la respiración y las ganas de gritar, sintiendo como se le humedece la entrepierna con la calidez de su orina.

Armado de un soplo de valor, de un tirón se deshace de la sujeción y se incorpora de un salto, da varios pasos y se vuelve a parar en seco.

–¡No… no te vayas, ayúdame… no me dejes morir aquí! –Dice una voz apenas audible.

–¿Quién eres? ¡Maldita sea! ¿Por qué me has sujetado del hombro? ¿Acaso quieres que te remate ahora mismo? –Brama Muhyí superado por la situación y girándose para ver, a la luz de los rayos de luna que se cuelan por entre las ramas, al herido apoyado sobre el tronco de una palmera.

–¡No me dejes morir! Me han atacado unos bandidos. Esos malnacidos se han llevado mi mula y me han golpeado de forma inmisericorde hasta darme por muerto. ¡Ayúdame a llegar hasta el manantial para que lave mis heridas! Solo te pido eso, después te puedes marchar. Cuando amanezca alguien me socorrerá. –Suplica el hombre desde el suelo esforzándose y sabiendo que puede ser su única oportunidad de sobrevivir.

–Está bien, *Allah* ha escuchado tus plegarias, te ayudaré a lavar y

curar esas heridas, te dejaré una manta que llevo aquí y después me voy. Pero si intentas hacer algo extraño te juro que te atravieso con mi puñal.

Dice Muhyí tratando de tomar aplomo para que no se le note el temblor, mientras esgrime su arma de hoja brillante. Se acerca al herido y lo coge por las axilas para arrastrarlo de espaldas. Es un hombre largo y huesudo; tirar de su cuerpo venciendo el roce de los matorrales le supone un gran esfuerzo, a pesar de su poderío físico.

Cuando llegan junto a la alberca, lo incorpora para sentarlo en una pedriza y le da de beber agua de una *lagenaria*.

El hombre traga con avidez, toma la cantimplora y se la vuelca sobre la cabeza y el rostro. Pasa la mano por su cara barbuda y suspira aliviado mirando al joven.

–Muchacho…, cuando miré tus ojos esta tarde supe que volverías. Tienes la bondad tallada en tu cara, pido al cielo que conserves la vida muchos años y que alcances tus anhelos.

–Déjame ver esa herida que tienes en la cabeza, ya te he dicho que te curaría y me iba.

Muhyí ladea el pelo y examina la cabeza del herido, no parece haber nada grave, varios cortes tras la oreja y el cuello, pero no son profundos. Después le palpa las costillas por el pecho y la espalda, el hombre se estremece de dolor sin llegar a emitir un quejido.

–¿Puedes mover las piernas? Trata de elevar los pies del suelo.

–Lo intentaré, pero me duele todo el cuerpo. Esos malnacidos me han golpeado sin piedad hasta creer que estaba muerto.

El hombre flexiona ambas rodillas varias veces, y animado por el frescor del agua sobre su cabeza, se incorpora y se pone en pie sujetándose en el hombro de su salvador.

–Parece que no tienes ningún hueso roto, eso creo al menos, vuelve a sentarte y trata de comer un poco de esto. –Dice el joven sacando un mendrugo de pan de su jubón.

–No sé si podré tragar algo.

El herido engulle el alimento con dificultad, ayudándose con tragos de agua.

A la mañana siguiente, Aisha es la primera en levantarse. Junto a la puerta de los establos atiza una fogata sobre la que una humeante tetera esparce el aroma dulzón de la tisana en el gélido ambiente.

Muhyí sale del interior cabizbajo y se acerca a su madre, compungido.

–Madre, perdóname. Tenía que hacerlo, no podía dejarlo morir.

–Ya lo sé hijo mío, ya lo sé… Eres igual que tu padre, y eso no te

lo digo con reproche, al contrario, me llena de orgullo. Solo espero que el Creador te conceda mejor ventura que a él. –Dice la madre mientras lo abraza con ternura.

Aisha y Kamal deciden que el grupo permanecerá otro día más en la posada, para ver si Jahenna cobra fuerzas. Al mismo tiempo el herido que ha socorrido Muhyí se recuperará lo suficiente para valerse por sí mismo. Saben que Nidaleh y Omar tardarán al menos cinco o seis días en volver a *Bab al Khemis*, y para entonces ellos han de estar fuera de su alcance. Aisha se estremece solo de pensar la reacción de Nidaleh cuando regrese y vea que han huido llevándose todo lo que había de valor, en especial la bolsa con el dinero que ocultaba; pero su mayor temor es hacia su sobrino Omar: es un joven alocado, violento y con muy malas entrañas. Llegado el caso lo cree capaz de lo peor. Una lágrima solitaria recorre la piel curtida de su mejilla. Le duele tanto pensar así del hijo de su hermana.

A media mañana, Muhyí ayuda al herido a incorporarse y, con el apoyo de su hombro y alguna dificultad, salen a la puerta del establo y se sientan bajo un cobertizo de ramas, donde se encuentra Kamal, descansando tras hacer las faenas que le ha encargado el posadero. Jahenna ofrece una taza de té al lastimado que, tras una inclinación de cabeza, se la acerca a los labios reconfortándose con el vaho que le humedece la cara.

–Debes comer algo para reponerte, toma un trozo de pan. –Dice Aisha mientras se acerca, cerrando el círculo de espectadores sobre el extraño.

–Gracias señora, sois todos muy generosos y vuestro Dios ha de recompensar cuanto bien hacéis de forma desinteresada. –Responde el hombre con el rostro demacrado.

–¿Nuestro Dios dices? ¿Acaso no tienes el mismo Dios que nosotros?– Pregunta Kamal con incisión.

El hombre toma un trago pausado de té y un bocado de pan remojado, levanta la vista mientras mastica dolorido y pasea su mirada sobre sus benefactores.

–En efecto, todos tenemos el mismo Dios, he errado en mis palabras.

–¿Cómo te llamas y dónde vives? –Pregunta Muhyí.

–Vivo en una aldea cercana a la costa, a varias jornadas de aquí. He venido a Tremecén para cerrar unos tratos muy importantes. Pero la desgracia se cebó en mi persona cuando fui asaltado,

apaleado y robado por un grupo de rufianes. Esos hijos de lucifer me golpearon sin piedad, dejándome en manos de la muerte. Gracias a Dios apareciste tú y ahora puedo contarlo. –Responde dirigiendo una mirada llena de gratitud al joven.

–Y tu nombre es…–Inquiere Jahenna de forma lacónica.

–Me llamo… Alí, si… Alí al Hayi, ese es mi nombre.

Durante el resto del día Muhyí y Kamal se ocupan de cumplir otros encargos que les exige el posadero para dejarles dormir una noche más. Provistos de rudas y desdentadas guadañas, son conducidos a través de un camino empedrado que se interna entre huertas preñadas de frutales y palmeras por Suleyman, un hombre casi anciano, de figura oronda y cara roja con aspecto bonachón. Unas pedrizas blanquecinas primorosamente alineadas bordean el camino y separan las propiedades. Algunos parterres tienen la tierra mullida y alineada en surcos, cobijando las semillas que han de dar los frutos en primavera. Una bulliciosa acequia, con los bordes salpicados de tempranas hinojeras, discurre paralela al camino y de ella parten brazales a cada huerto.

Suleyman saluda a los vecinos que se aplican sobre la tierra sembrando su sudor. Cuando llegan a una pequeña construcción junto al brocal de un pozo, se detiene y aguarda unos instantes para acopiar aire antes de hablar.

–Hemos llegado, estas son mis tierras, llegan hasta esas palmeras del fondo. Tenéis que segar este *marjal* de hierba, luego la recogéis y la almacenáis en ese cobertizo. Después sacad agua del pozo hasta llenar la alberca. Yo me vuelvo a la posada, tengo faenas en que ocuparme allí.

–Así lo haremos, podéis ir tranquilo. –Responde Kamal con resolución.

Los dos hombres se aplican con eficacia a darle vuelo a la guadaña, viendo que ante ellos tienen una buena extensión que segar. Kamal tiene que parar de vez en cuando, su espalda no le permite estos excesos, pero los brazos largos y ágiles de Muhyí compensan el descanso de su compañero. Sin apenas intercambiar palabras entre ellos transcurren las horas hasta que acaban de almacenar toda la hierba.

Es ya media tarde cuando se acercan al brocal del pozo, provisto de un *shaduf*: un largo tronco basculante sobre un puntal, con un contrapeso de piedra en el extremo alejado del pozo para facilitar la elevación del odre de agua.

Muhyí toma la cuerda y pide a Kamal que descanse. Antes de

empezar a izar agua lo mira fijamente y le pregunta.

–Kamal… ¿Qué haremos si no encontramos a mi padre en Fez?

–Entiendo tu preocupación muchacho, eso es algo que tendremos que decidir llegado el momento y sopesando lo que podamos averiguar sobre su destino.

–Yo estoy resuelto a no cesar hasta que halle certeza sobre su paradero. Como sabes, mi padre empeñó su vida por la causa de nuestro pueblo, y tengo el deber de saber qué le ocurrió.

–Bueno… hay cosas que yo desconozco, pero sí sé que tu padre tuvo conocimiento de oscuras traiciones de los poderosos y eso avocó a tu familia a una huida penosa. De cualquier modo fue como un hermano para mí, y yo estaré a tu lado hasta el final de todo Muhyí.

Kamal mueve la cabeza con preocupación y respira profundamente, permanece unos instantes en silencio acrecentando la inquietud del muchacho.

–¿Qué te preocupa?... ¿Por qué te has quedado callado y pensativo? –Pregunta Muhyí

–Me desasosiega nuestra situación… es muy delicada, tenemos enemigos delante y detrás, y es posible que otro entre nosotros. Así las cosas solo el azar y el Altísimo son nuestros aliados para esta cruzada. Pido al Profeta que interceda por nuestra causa. –Concluye Kamal levantando la vista al cielo y abriendo ambas palmas en señal de súplica,

–¿Qué quieres decir con esos enemigos por todos lados?

–Me refiero a que cuando lleguemos a Fez nadie nos va a facilitar nuestra labor, al contrario, cuando empecemos a indagar correremos mucho peligro, te lo digo por propia experiencia. Por otro lado intuirás que Nidaleh no se quedará de brazos cruzados cuando vea que le habéis abandonado, es seguro que imaginará que vais a Fez e intente buscaros.

–Con eso ya contaba, pero lo del enemigo entre nosotros, si te refieres a Alí, creo que no debemos preocuparnos, le he salvado la vida. ¿Qué mal nos puede hacer?

Kamal se incorpora, se acerca al joven y le pone una mano en el hombro mientras le habla con suavidad.

–Muhyí, no quiero que te ofendas, pero no ha sido buena idea rescatar a ese individuo… que dice llamarse Alí. No me inspira confianza. Creo que oculta cosas, no sé... hay algo misterioso en él.

–No debemos preocuparnos en exceso, pude comprobar que no lleva armas, solo un pequeño zurrón con pergaminos que tenía oculto bajo unas piedras. Además, está todavía muy débil, y teme

quedarse solo en Tremecén por si le atacan de nuevo. Mañana emprenderemos viaje y según ha dicho Alí pasaremos cerca de su aldea, se quedará en ella y se acabó.

–¿Un zurrón con documentos? ¿Los has visto?

–Sí, esta mañana he ojeado algo, tienen unas letras que no entiendo y parecen muy viejos. No creo que tengan importancia.

Kamal se queda pensativo un rato con la vista fija en la lejanía, donde apenas se distinguen, en el polvoriento horizonte, las siluetas de los alminares de la ciudad.

–Yo también siento compasión por él, pero espero que esta situación no nos cree problemas. Así lo quiera el Profeta.

–Que así sea Kamal. –Dice el joven, que avoca el odre de agua de forma mecánica haciendo rebosar el borde de la alberca. –¡Hemos terminado la faena! –Concluye dando una palmada en la espalda de su compañero.

A la mañana siguiente el grupo abandona la posada al amanecer. Bordean la ciudad de Tremecén siguiendo el camino que discurre paralelo al río Agha, en dirección a la costa. Caminan despacio para acomodar su ritmo al del herido que, aunque ha mejorado mucho, todavía cojea y sigue dolorido.

– 3 –
ALIENTO DE ARENA

Llanuras áridas de Zaio (Reino de Fez), a 27 días del mes de Rayab, año 912 de la Hégira.
(Diciembre del año 1.506 del calendario Cristiano)
(Mes de Kislev del año 5.267, calendario Hebreo)

Durante varios días han caminado al abrigo de los valles, pensativos, desconfiados y cabizbajos unos, débiles y doloridos otros. Ha sido el silencio el que ha acompañado sus pasos durante las interminables jornadas. Han pasado las noches junto a las espesuras de las riberas, al calor de fogatas y con las estrellas como techo.

Esta mañana ha amanecido más oscura de lo habitual, el tiempo está cambiando, unas nubes grises y deshilachadas aparecen a oriente, cruzando sobre sus cabezas a gran velocidad.

Tras comer unos mendrugos de pan remojados en agua de tomillo y recoger las escasas pertenencias, abandonan los valles que les han protegido durante los últimos días y toman un camino a la izquierda que transcurre por desnudas lomas de terreno árido, expuesto y despoblado. Mediada la mañana, se levanta un viento que ulula y castiga con ráfagas que dificultan el trayecto. Los caminantes se cubren el rostro con pañuelos para evitar que el polvo les entre por los orificios, mientras Bralik aúlla sacudiendo la cabeza y lamentándose por los silbidos del aire en sus oídos.

A la caída de la tarde, Kamal propone parar y buscar un abrigo para protegerse. El vendaval es cada vez mayor y la noche amenaza con ser infernal. Se adentran entre unos promontorios de rocas desnudas y encuentran una tapia que encierra lo que parece ser una cueva de pastores.

Mientras se dirigen al interior, Muhyí recorre los alrededores con su perro Bralik en busca de leña. No hay vegetación alguna por ningún lado, así que se interna por un desfiladero entre las rocas en busca de algún arbusto. El polvo que levanta el viento apenas le

deja ver varios *codos* delante de sus ojos. Tras caminar un rato y tomar varios giros a derecha y a izquierda encuentra un tronco desnudo, retorcido y seco prendido a una grieta. Se encarama a la roca y trata de arrancarlo o partirlo. Tras un rato de lucha consigue arrebatarlo de la dura piedra y, exhausto y cegado por el viento, porta sobre sus hombros la pesada carga.

Arrastrando los pies y haciendo frente a las ráfagas polvorientas intenta regresar al refugio, pero recorre una y otra vez cada senda que aparece ante él y no logra salir de lo que se le antoja un laberinto de piedra y arena. Muhyí trata de tranquilizarse y recordar por dónde llegó hasta el arbusto, pero todo es igual, todo es confuso y se siente desorientado, perdido. Deja el tronco en el suelo y se apoya sobre una roca, el perro se sienta junto a él y lo mira percibiendo su intranquilidad. Muhyí le devuelve la mirada y le acaricia la cabeza al animal, recuperando de forma inmediata la serenidad. Se agacha y coge el tronco.

–¡Bralik, vamos junto a los demás! –Le grita a su fiel compañero para hacerse oír sobre el bramido huracanado.

El perro camina y él se limita a seguirlo hasta la entrada de la cueva dónde están los demás, esperando ajenos a su peligrosa aventura. El joven piensa cuan superiores hizo el Creador a los animales respecto a los humanos en algunos aspectos.

Con los troncos secos que trae Muhyí y algo de estiércol de cabra prenden una fogata en el interior de la cueva, cuyas paredes ya exhiben las huellas de muchas otras hogueras. Fuera, el viento aúlla como un animal herido y no parece tener intención de cejar su ímpetu en toda la noche.

Sentados todos en corro, a la calidez de la lumbre, contemplan en silencio como la columna de humo busca la salida por una grieta en lo más alto de la cueva, mientras sus caras mudan de tonos anaranjados a grises al compás de las llamas movidas por el viento, que penetra con intrepidez por las rendijas.

Aisha reparte unos mendrugos de pan, tasajos de oveja y carne de membrillo. Muhyí entrega parte de su pan a Bralik que, tumbado junto a él, mueve el rabo golpeando el suelo en señal de agradecimiento, mientras engulle su cena casi sin masticar.

–Si mañana no ha cesado el viento, pasaremos aquí el día. Es muy arriesgado ponernos en camino en estas condiciones. –Dice Kamal buscando la aprobación de los demás.

Muhyí asiente con la cabeza y cierra los ojos mientras recuerda su mal trago buscando leña.

–Desde luego que sí, nos quedaremos lo que haga falta, aquí

estamos seguros y abrigos.

–Hay que estar prevenidos por la arena que se acumule fuera, junto a la puerta del refugio, si el viento arrecia podría incluso sepultarnos. –Habla Alí, levantando su cara huesuda y abriendo mucho los ojos. –He visto tormentas de arena que han sepultado caravanas de cientos de hombres y camellos, y he contemplado aldeas enteras engullidas bajo las fauces de temibles tornados en el desierto.

–Aquí no creo probable tal magnitud, aunque estamos en un terreno árido, no hay tanta arena como en el desierto. –Rebate Kamal –¿Dónde has visto esas tormentas Alí?

–Bueno, yo… yo he viajado mucho, he estado en lugares muy alejados, a oriente, más allá incluso de los santos lugares del Islam.

–Alí, ¿quién eres realmente? –Interroga Jahenna con vehemencia, mirándole directamente a los ojos y dejando a todos paralizados. –Merecemos que nos digas la verdad, Muhyí te ha salvado de una muerte segura y ahora compartimos esta dura travesía contigo. No puedes seguir siendo un desconocido para nosotros.

Alí cae al vacío inmenso de los ojos negros de Jahenna y tarda unos instantes en reaccionar, es casi incapaz de coordinar la mandíbula para balbucear la respuesta que le demanda la mujer.

–Bueno…, os ruego…, esto… os pido disculpas. Os he ocultado mi identidad, pero sin el menor resquicio de mala intención, solo ha sido por temor, por miedo. He sufrido tanto por mi condición que ya me planteo presentarme ante el mundo como un mero ser humano, sin más.

Alí carraspea y, antes de continuar, toma un largo trago de agua y recorre con sus ojos las miradas inquisitivas de todos, que esperan en silencio una aclaración.

–Soy *sefardí,* y mi verdadero nombre es Ruy Crespo.

–¿*Sefardí*? ¿Qué es un *sefardí*? –Pregunta Muhyí, intrigado y arrugando el entrecejo.

–Quiero decir que soy judío… judío y nací en *Sefarad*.

–Así que te llamas Ruy Crespo. ¿Dónde está la ciudad de *Sefarad*? –Inquiere de nuevo Muhyí.

El judío, que está sentado junto al joven, le pone una mano amigable sobre el hombro y le dice:

–Te voy a contar un poco de mi vida, me has salvado de una muerte cierta, mereces que te cuente algunos detalles. Bueno os los contaré a todos, quiero decir. *Sefarad* es el nombre con el que los judíos llamamos a los reinos cristianos de la Península Ibérica y las

tierras de Al–Ándalus.

–¡Nosotros somos de Al–Ándalus! Todos menos yo que nací en Fez, pero ellos han nacido y vivido al otro lado del mar. –Interrumpe Muhyí con alegría por la coincidencia.

–Sí, eso es algo que ya intuía desde que os conocí, los andalusíes tenéis formas de ser y costumbres distintas a los habitantes de *Berbería*, aunque supongo que lleváis ya bastantes años aquí, si dices que tú naciste en Fez, debisteis abandonar Al–Ándalus justo después de la conquista cristiana.

–Sí, vivíamos en una villa de Almariyya y, en efecto, tras la conquista de los rumís tuvimos que abandonar nuestro amado Al–Ándalus, dejando todo cuanto teníamos. Allí quedaron enterrados dos de mis hijos. –Dice Aisha mientras afloran lágrimas a sus ojos.

–Siento mucho vuestra pérdida señora, Dios nos pone pruebas que se nos antojan incomprensibles, pero… debemos aceptarlas. ¿En qué villa de *Almariyya* vivíais? Yo conozco bien aquellas tierras.

Jahenna, incómoda, se revuelve y con gesto serio se dirige con brusquedad al judío:

–Te hemos preguntado por tu identidad y has acabado interrogándonos a nosotros. Háblanos primero de ti y después te contaremos nuestro origen.

–Perdonad de nuevo, es que al escuchar que habéis vivido en una villa de *Almariyya* se me ha despertado la curiosidad, pues yo nací y he vivido en esa ciudad.

Kamal, que ha permanecido en un atento silencio hasta ahora, abre los ojos llenos de intriga y se dirige al judío.

–¿Has vivido en *Almariyya*? ¿Hasta cuándo?

Ruy Crespo baja la cabeza y la sacude a un lado y otro, como queriendo apartar amargos recuerdos de su mente, mientras acaricia el lomo de Bralik que permanece tendido entre él y Muhyí, ajeno a las preocupaciones de los humanos.

–Sí, como os he dicho, nací en el seno de la *kheilá* de *Almariyya* hace cuarenta y cinco años. La casa de mi familia estaba en una de las calles principales de la judería, al oeste de la alcazaba. Mi difunto padre, que *Yahveh* lo proteja eternamente, era el rabino de la sinagoga. Era un hombre bueno, justo y sabio; él fue el espejo en el que me miré para encaminar mi vida. Mi infancia está llena de recuerdos maravillosos: en las bulliciosas calles de la ciudad con mis amigos, en la sinagoga recibiendo valiosas lecciones del rabino... Mi padre era un estudioso de la *Cábala* y, desde que tuve edad para discernir, trató de inculcarme el interés por esa sabiduría milenaria.

–¿Qué es la *Cábala*? –Interpela Muhyí.

El interés de su salvador provoca en Ruy Crespo una sonrisa de satisfacción, solo perceptible en su rostro barbudo y demacrado por el brillo de sus ojos pequeños y hundidos.

–No quisiera aburriros con mis explicaciones, pero estoy resuelto a contaros cuanto me pidáis. Verás Muhyí, la *Cábala* es una forma de pensamiento cuyos orígenes se remontan a los del hombre sobre la faz de la tierra. Fue revelada al primer ser humano y con posterioridad también a los grandes profetas como Abraham y Moisés. El pueblo judío ha cultivado esta tradición como algo valioso y ha sido transmitida durante cientos de generaciones. El origen de la *Cábala* antecede a la existencia de las religiones, y es una sabiduría que emana directamente de Dios.

–Si es anterior a las religiones, ¿cómo puede emanar de Dios? –Inquiere Jahenna tratando de buscar la contradicción en la alocución de Ruy Crespo.

–Es que Dios es anterior a las religiones, a las creencias y a la forma en que expresamos nuestra fe. Dios es el mismo para judíos, cristianos y musulmanes; aunque le demos distintos nombres: *Yahveh*, *Allah* o Creador. Fueron las diferentes formas de interpretar el mandato divino las que hicieron aparecer las religiones. El judaísmo es la más antigua, y Abraham es su principal profeta. Después surgió el cristianismo, con el advenimiento de Jesús, al que llamaron el hijo de Dios y finalmente el Islam, de la mano del profeta Mahoma al que le fue revelado El Corán.

El judío hace una pausa y observa el entusiasmo que ha despertado en todos, que lo miran con atención, lo que le anima a continuar su alocución.

–Conozco las Escrituras de las tres religiones que acabo de nombrar. Los judíos y los cristianos compartimos algunos de nuestros sagrados textos, por tanto los orígenes son evidentemente comunes. En cuanto a El Corán, puedo decir de igual modo que lo he estudiado, en Él se alude a Jesús, a la Virgen María y al profeta Abraham como un personaje preeminente. Abraham fue el nexo común de las tres religiones. De él y una esclava egipcia llamada *Agar* nació Ismael, considerado el padre de los pueblos musulmanes, de ahí que se les llame *Agarenos*, por ser todos descendientes de *Agar*.

–¡Pero todo cuanto dices son blasfemias, estas insinuando que todos somos hijos de un mismo Dios! Las autoridades permitirán que profeses tus creencias, pero te ajusticiarían por esas afirmaciones. –Dice Kamal sorprendido por el argumentario de Ruy

Crespo.

–No insinúo que los musulmanes, los judíos y los cristianos somos hijos del mismo Dios… lo afirmo con rotundidad. Así está en los textos sagrados y es algo que los sacerdotes, los rabinos, los imanes y los ulemas deben saber, y de hecho lo saben. Sin embargo los dirigentes religiosos obtienen mayor provecho fomentando el odio entre hermanos, por el mero hecho de profesar distintos credos.

Todos hemos sufrido por esa inquina entre distintos credos, promovida siempre por los poderosos. Vosotros abandonasteis *Almariyya* temiendo la intransigencia de los cristianos, quedaron muchos musulmanes en Al–Ándalus y fueron obligados a renegar de su fe y sus costumbres. Pero para mi pueblo, para los judíos, el odio de los cristianos ha sido más cruel. En el mismo año en que los reyes cristianos tomaron Granada, decretaron la expulsión de todos los judíos de sus reinos. Lo hicieron influidos por la infinita maldad del confesor de la reina, un tal Tomás de Torquemada, un ser despreciable y taimado que consagró su vida a ultrajar a los *sefardís*, quizá para que no cupieran dudas de la pureza de su fe, pues era descendiente de judíos conversos. Los reyes cristianos dieron a todos los *sefardís*, sin excepción, apenas unos meses para abandonarlo todo y salir de sus dominios. Ha sido una de las etapas más tristes para mi pueblo.

–¿Y qué hicisteis con vuestros bienes, con vuestras tierras y animales? –Pregunta Muhyí.

–Los que tenían posesiones tuvieron que malvenderlas a usureros cristianos que se aprovecharon de la situación. Yo por entonces, por suerte quizá, no poseía nada. Mi madre murió joven y mi padre quedó postrado durante muchos años por una extraña enfermedad, por lo que tuvimos que vender la casa para hacer frente a los gastos. Yo me hice cargo de la sinagoga donde ejercía mi padre, y me convertí en rabino. También seguí con mis estudios de la *Cábala*, en los que me ayudaba mi padre, pues su enfermedad no afectó a la lucidez de su mente. Unos años antes de la expulsión, mi padre murió, *Yahveh* le evitó presenciar aquél penoso trance, aunque él ya sabía que ese aciago día estaba por llegar. Era un hombre sabio.

Escuchando el relato del judío, el cansancio vence a los reunidos, que van quedando dormidos, entibiados por la crepitante hoguera.

Al día siguiente, al amanecer, Kamal se levanta en silencio, tira del desvencijado portón de la cueva que cede con facilidad por la

presión de la arena acumulada en el exterior. Una absoluta quietud inunda el ambiente y el cielo luce un color cárdeno, como herido por el viento de la jornada anterior. Camina con dificultad, hundiendo los pies en los cúmulos de arena, hasta salir de los pasillos rocosos a la llanura abierta, donde los castigados matorrales apenas han podido sobrevivir a un entierro en vida. A oriente un halo dorado anuncia un día soleado.

De inmediato, emprenden la marcha para aprovechar la bonanza de la jornada e intentar salir cuanto antes del árido páramo. Tras un interminable llano, la senda se incrusta en un desfiladero rocoso y sombrío. Varias rapaces de negra silueta, enormes y mecidas sobre sus portentosas alas desplegadas, vuelan en círculo sobre la angostura, en espera quizá de una presa fortuita. Bralik, con el pelo del lomo erizado, ladra asustado y el eco de sus ladridos sobre las pétreas laderas acrecienta la tensión.

–No me gusta nada este sitio. –Dice Muhyí alzando la vista al cielo.

–Es un sitio apacible para caminar, protegidos del viento. En ese recodo parece haber un manantial de agua, descansaremos y rellenaremos los odres. –Le contesta Kamal para tranquilizarlo.

Paran en una curva del camino, junto a un frondoso cañaveral. Entre dos rocas grises mana un hilo de agua cristalina que cae a un pequeño pilar tallado en la piedra. Kamal se acerca y ahuecando la mano toma un poco de agua y se la lleva a la boca. La paladea y anuncia a los compañeros que es buena.

Todos se relajan y dejan sus cargas en el suelo para refrescarse. Muhyí desata los odres vacíos del asno y los llena. Bralik sigue nervioso y ladra ante el cañaveral escarbando con una pata en el suelo.

De repente, un crujido de ramas espanta al asno, que resopla con fuerza y, de un respingo, se deshace de la carga que está asegurando Muhyí, quien cae al suelo bajo los pertrechos. El perro acelera la frecuencia de los ladridos y todos se quedan paralizados. Dos hombres salen de entre los matorrales vociferando amenazas. Uno de ellos, alto y desgarbado, con ropas oscuras y cara cubierta con un pañuelo blanco, esgrime un sable oxidado con el filo lleno de mellas. El otro, bajo y orondo, con apariencia de mono, a causa de una barba espesa y negra que le cubre toda la cara y unos larguísimos brazos, eleva amenazante un hacha con la mano derecha.

–¡Entregadnos cuanto llevéis de valor! ¡Que nadie se haga el

valiente si no quiere servir de banquete a los buitres! –Grita el más alto con voz estridente.

Aisha se erige en portavoz y contesta a los asaltantes.

–Somos pobres campesinos, nada llevamos de valor. Tenemos algo de comida, es lo único que os podremos dar.

–No queremos comida, queremos armas y objetos de valor. Y también a esa joven. Los demás podéis elegir entre marcharos o que os matemos. –Dice el barbudo con los ojos avivados, señalando a Jahenna.

Aisha se adelanta unos pasos y se planta ante los ladrones. Postrándose de rodillas en la arena les suplica:

–Tened piedad de nosotros, os daremos todo lo que tenemos pero por el amor de Dios no le hagáis nada a ella.

–¡Quítate de en medio vieja estúpida! –Dice el asaltante fornido dando una patada en el hombro a Aisha, que cae de espaldas a la arena.

Jahenna, de forma instintiva se protege tras Kamal y Ruy Crespo, que avanzan para ayudar a Aisha. Cuando se agachan para levantar a la mujer del suelo, algo silva sobre sus cabezas y, tras un crujido seco, el agresor de Aisha se desploma. El ladrón se lleva las manos a la garganta y trata de arrancarse el puñal que tiene clavado, por cuya hoja mana abundante sangre, mientras mueve las piernas compulsivamente. En instantes sus movimientos pierden vigor y una mueca macabra en su rostro anuncia su ineluctable muerte.

El otro bandido queda estático y poco a poco reacciona arrastrando los pies, reculando unos pasos. Finalmente desaparece entre la espesura de la que surgieron. Muhyí se acerca con rapidez al moribundo, le arranca el puñal del cuello de un tirón y corre tras el huido seguido por Bralik.

Kamal mira a los demás y, con dificultad, sale tras los pasos de Muhyí.

–Tenían dos caballos, ha escapado con ellos. –Informa Muhyí casi sin aliento cuando vuelve junto a sus compañeros.

Al poco regresa Kamal, que se tiende en el suelo agotado.

–Tenemos que enterrar el cuerpo de este desalmado y salir de aquí cuanto antes. –Advierte Aisha.

–Madre, no lo vamos a enterrar, no merece digna sepultura. Es mejor que sirva de comida a las alimañas.

–Debemos abandonar este lugar de inmediato. Estamos en peligro. Puede volver el compañero con refuerzos en cualquier momento. –Dice el judío con cautela.

–¿Muhyí, quién te ha enseñado a lanzar el puñal con esa precisión? –Pregunta Kamal mientras cargan los pertrechos en el asno.

–He practicado algunas veces, pero ha sido un milagro que le haya atinado en la garganta. –Contesta el joven con gesto de incredulidad.

–El Creador ha usado tu mano para protegernos, hijo. –Dice Aisha con orgullo.

A paso rápido abandonan el lugar, dejando al ladrón sobre una mancha de sangre en la arena. Antes de perder de vista el cañaveral, Muhyí gira la cabeza y contempla a los buitres que han reducido el círculo de su recorrido, y ahora vuelan muy bajo sobre su inminente banquete.

Después de media mañana de vigorosa caminata, Muhyí, que sigue apesadumbrado por el incidente, observa como ha cambiado el paisaje. Dejan atrás los llanos desnudos e inician el ascenso por una colina suave llagada por exuberantes barrancos. Cuando llegan a la cima, el joven se queda boquiabierto ante la visión que se abre hacia el norte: a sus pies se extiende un bosque de frondosas encinas que desciende por la ladera hasta la llanura, dando paso a un manto de parcelas de cultivo salpicadas de bosquecillos de palmeras. Finalmente, en el horizonte decorado por una delicada bruma, aparece la inmensidad azul del mar, algo que Muhyí tanto ha imaginado y nunca ha visto.

–¡Eso es el mar, sí… eso es el mar! ¿A que sí Kamal?– pregunta el joven con tanta ilusión que provoca ladridos y saltos de alegría a su perro.

–Así es Muhyí, aunque un poco borroso por las brumas, ese es el Mar Mediterráneo.

–Sí hijo mío, al otro lado está nuestra amada tierra… Al–Ándalus, las tumbas de tus hermanos. Allí dejamos nuestras casas, nuestros bienes y una buena parte de nuestras vidas. –Asiente Aisha con un hilo de voz quebrada por la debilidad y la pena, y bajando mucho la voz se acerca a su hijo. –Y también está allí el secreto de tu padre… y es posible que incluso él se consuma en alguna mazmorra al otro lado del mar.

–Este viaje es para encontrarlo madre, con esa esperanza nos abocamos a esta aventura. Ahora deberíamos descansar un rato en este punto, para comer y disfrutar de esta visión. –Pide Muhyí a sus compañeros.

Sentados sobre rocas, a la sombra de una portentosa encina, mientras el asno mordisquea la hierba tierna y Bralik escudriña por las rendijas en busca de animales, se reparten unos trozos de pan ácimo, queso en aceite y dátiles secos. Aisha apenas ha comido en los últimos dos días, se mantiene a base de infusiones y algo de pan remojado que es lo único que admite su estómago.

Muhyí la mira con preocupación, le anima a comer algo mientras le ofrece un cuenco de *nabid*. Después busca acomodo aparte, en un lugar elevado con la mirada perdida hacia el horizonte que muere en las brumas del mar. Ruy Crespo se acerca a él, le entrega su ración de comida y señala con el brazo, mientras se sienta a su lado.

–Mira, al fondo casi se puede distinguir la aldea de Iksanne, allí está mi hogar. Hace tanto tiempo que salí de ella, que me parece increíble volver sano y salvo. Gracias de nuevo por salvarme la vida muchacho, siempre estaré en deuda contigo, esto es algo que nunca olvidaré, te lo aseguro.

–Solo hice lo que debía Ruy, lo que me pidió mi conciencia.

Las miradas de los dos hombres se cruzan llenas de sincero agradecimiento.

En Muhyí se ha despertado durante los últimos días una especie de fascinación por Ruy Crespo. Hay algo misterioso en su persona, en su discurso pausado y lleno de razonamientos, que hace amena su compañía. Durante las últimas jornadas casi siempre han caminado juntos, y en los descansos también se han acomodado el uno al lado del otro. Muhyí no ha parado de hacerle preguntas sobre los orígenes de los credos y las luchas encarnizadas que han desatado las interpretaciones intransigentes. Este interés del joven, ha incrementado mucho más el agradecimiento y el cariño que el judío ya sentía por Muhyí por haberle rescatado de las fauces de la muerte.

–¿Muhyí, cuál es vuestro destino? –Se aventura a preguntar el judío.

–Bueno eso es algo que ya sabes…, vamos a Fez.

–Me refiero a cuál es vuestra misión, vuestro cometido. Os veo llenos de miedos y desconfianzas, las huellas de la incertidumbre laceran vuestros rostros. ¿Dónde está vuestro hogar?

–Vamos a Fez a reunirnos con mi padre, nuestro hogar estará donde esté él… si lo encontramos. Es todo lo que te puedo decir. –Concluye el joven con sus palabras ahogadas por un nudo en su garganta.

Unos instantes de tenso silencio y reflexión prosiguen a la atrevida pregunta del judío.

–¿Por qué hay un lago junto al mar? Mira, allí al norte, solo separado del mar por una pequeña franja de tierra. –Pregunta el muchacho tratando de desviar la conversación.

–Eso no es un lago, es el Pequeño Mar, se comunica con el mar abierto por la parte oriental, desde aquí no se ve porque lo ocultan aquéllas montañas. Es un refugio codiciado por los marinos y con abundante pesca. Un poco más adelante, hay una ciudad en poder de los cristianos desde hace años, es *Mililiat* aunque ellos la llaman Melilla, un fortín militar con varios millares de soldados. La ambición de los monarcas castellanos no tiene límites y pretenden extender sus dominios también en *Berbería*.

–¿Tan poderosos son sus ejércitos que nadie puede pararlos? Si conquistan estas tierras ¿A dónde iremos? –Pregunta el joven con desazón.

–Espero que los sultanes de Fez y Tremecén no les permitan avanzar. Además, los *rumís* tienen muchos frentes y no disponen de soldados para ser fuertes en todos los lugares. Sin embargo hay nobles poderosos que son grandes estrategas y se manejan como nadie en las intrigas del poder. Hemos de hacer cuanto podamos para que las codicias de los conquistadores no amarguen nuestra existencia.

–¿Y qué vamos a hacer nosotros?

–Se puede hacer mucho, al menos debemos intentarlo.

Muhyí reflexiona unos instantes en las palabras del judío y de inmediato le viene el recuerdo de su padre, de cómo arriesgó su vida enfrentándose a los poderosos por una causa justa.

–Tienes razón… por supuesto que tienes razón. ¿De dónde vienes Ruy?

–Ha sido un viaje muy largo, llevo casi un año en camino, he sufrido muchas penalidades y en varias ocasiones he temido por mi vida, pero tenía que cumplir una misión y en ello estoy. He atravesado desiertos interminables y cruzado ríos inmensos, he soportado tormentas de arena y de agua, agotadoras jornadas de calor extremo y otras de fríos heladores. Vengo de Sion, la ciudad sagrada.

–¿Has hecho ese viaje tan largo tú solo?

–No, me acompañaron varias personas, pero algunas de ellas han quedado en Sion y de los tres que iniciamos viaje de regreso, uno falleció en la travesía del gran río Nilo y al otro le dieron muerte unos asaltantes unos días antes que me rescataras en las proximidades de Tremecén. Soy el único que regreso sano y salvo… si es que al fin consigo llegar a mi hogar.

–Claro que llegarás, ya queda muy poco… incluso se ve desde aquí tu aldea. Ruy… esos documentos que llevas ¿Son importantes verdad? He visto que los proteges mucho, cuando estabas herido miré uno de ellos, pero no entiendo nada de lo que hay escrito.

Ruy queda unos instantes en silencio, buscando el modo de satisfacer la curiosidad del joven sin comprometer su arriesgada misión.

–Estos pergaminos están escritos en dos de las lenguas más antiguas de la humanidad: unos en *acadio* y otros en *líbico*. Solo te puedo decir que son documentos muy importantes para el futuro de la humanidad y que deberán ser entregados en un lugar que todavía está muy lejano.

–¿*Acadio*… *líbico*? –Pregunta Muhyí arrugando la frente.

–El *acadio* es una lengua semítica ya extinta, solo conocida por eruditos judíos, y el *líbico* es la forma primigenia de las lenguas bereberes, igualmente poco conocida. –Aclara Ruy.

–En *Bab al Khemis*, mi aldea, la gente habla bereber, y yo conozco esa lengua, así que podré leer ese documento. –Dice Muhyí sonriendo.

–Puedes intentarlo pero no creo que lo comprendas, el *líbico* es una forma muy arcaica del bereber.

–Has dicho que tu viaje concluirá cuando llegues a tu hogar, ¿Cuándo entregarás esos documentos?

–En efecto, mi viaje terminará en la aldea de Iksanne, pero no el de estos documentos. Se los entregaré a otra persona que continuará la misión, pues deben ser llevados a un lugar al que yo tengo prohibido el acceso.

–¡En Al–Ándalus! Claro, de ahí expulsaron a los judíos y no podéis volver. –Concluye Muhyí con viveza.

La llamada de Kamal interrumpe la conversación en la que Muhyí estaba poniendo en un aprieto a Ruy Crespo.

–¡Daros prisa! Os estamos esperando para continuar la marcha.

Emprenden de nuevo el camino, ya con la vista puesta en la aldea de Iksanne que, conforme avanzan adquiere nitidez en el horizonte.

Muhyí camina junto al judío y la conversación entre ellos es animada, llena de preguntas por parte del fascinado muchacho y de respuestas amplias y complacientes de Ruy Crespo.

En las cercanías de la aldea, mientras caminan por un estrecho sendero entre pedrizas que lo separan de frondosos huertos, se

encuentran con campesinos de regreso a sus hogares y rebaños apresurados en busca de refugio. Un velo gris comienza a oscurecer el rojizo cielo, anunciando el final del día. De uno de los huertos sale un anciano con un haz de forraje a las espaldas, apoyado en una vara y seguido de un perro grande. Los caminantes se detienen para dejarle pasar y el hombre saluda con un gesto de cabeza bajo la pesada carga. Bralik se acerca al perro del lugareño, lo olisquea y entre ellos de desata una pelea endiablada de ladridos y acometidas.

Muhyí se acerca raudo a los animales e intenta separarlos sin atreverse a meter las manos entre el remolino de dientes afilados. El hombre se despoja de la carga de hierba y, con un grito y un latigazo en el lomo de su perro, consigue que éste se aparte y cese la riña.

–Soy Razid, que *Allah* os guarde. Este maldito perro anda siempre a la gresca. –Dice el aldeano a modo de disculpa mientras cruje otro latigazo sobre el animal que se pierde por el camino dando aullidos lastimeros.

Bralik se esconde dolorido tras las piernas de Muyhí temiendo recibir un azote.

–Soy Muhyí. –Contesta el joven, cuando de repente lo interrumpe el judío que se adelanta y se coloca frente al campesino.

–Razid… ¿acaso no me reconoces? –Pregunta incrédulo abriendo los brazos ante él.

El anciano le dirige una mirada escrutadora con sus ojos pequeños y escondidos en una cara arrugada como un cuero viejo. Tras un rato observando contesta.

–¡Ruy, eres Ruy Crespo! ¡Alabado sea el Altísimo! Estás muy delgado.

Responde sorprendido el anciano, mientras mira en todas direcciones y baja el tono de su voz. Toma del brazo al *sefardita* y lo aparta del camino junto a la entrada de su huerto. Los demás los siguen expectantes.

–Te creíamos muerto. ¿Dónde has estado tanto tiempo?

–He estado lejos, muy lejos Razid. Pero ya he vuelto, estoy deseoso de llegar a mi casa.

–Verás Ruy, hay algo que debes saber… no puedes ir a tu casa, no puedes ir a la aldea. ¡Márchate de inmediato de aquí! –Le dice el anciano con la voz temblorosa.

Ruy arruga la frente y pregunta con incredulidad.

–¿Qué quieres decir Razid? ¿Por qué tengo que irme?

–Hace unos días llegó un grupo de hombres armados a la aldea, preguntaban por ti con obsesión, todos les dijimos que hacía meses

que te fuiste y nada sabíamos de tu paradero. Pero eso no les dio satisfacción, entonces se interesaron por tu casa, les dijimos que no tenías, desconfiando de sus intenciones, que nada bueno auguraban a juzgar por el aspecto que tenían esos malnacidos.

–¿Puedes ser un poco más conciso? No des rodeos para decirme lo que sea, nada me asusta ya a estas alturas de mi vida. –Apremia Ruy a su interlocutor.

–Sí, verás, esos hombres torturaron al herrero hasta que consiguieron que le indicara cual era tu casa… la saquearon y la quemaron. –Confiesa el anciano temiendo el derrumbe de Ruy, que en cambio permanece casi impasible, pensativo, como si lo acontecido fuera algo previsible. Tras un espeso silencio reacciona ofuscado.

–¿Y Yunam? ¿Dónde está Yunam? –Interroga el judío con apremio, asiendo al anciano por los antebrazos y sacudiéndolo.

–Él se ocultó cuando asolaron la casa, pero después volvió para intentar apagar el fuego. Todos hicimos lo que pudimos pero fue imposible evitar que quedara reducida a cenizas. Yunam sufrió heridas por un madero en llamas que cayó sobre su cabeza, mi esposa le curó las heridas. Después, Yunam se marchó de la aldea, huyendo de los saqueadores, temiendo por su vida. De esto hace dos días. Desde entonces nada sabemos de él y algunos de esos hombres siguen en la aldea, viven del pillaje y ultrajan a nuestras mujeres. Ninguna autoridad se atreve a poner coto a sus desmanes.

–Esa gente me espera a mí y ellos son la autoridad, reciben órdenes del mismo que envió a los que me apalearon en Tremecén hasta darme por muerto. Gracias por tu ayuda Razid, ha sido providencial que te haya encontrado aquí antes de caer en las garras de esos malnacidos. Ahora debo ir en busca de Yunam.

–Nadie sabe dónde se ha escondido. Esperad aquí y os traeré los caballos que había en tu establo, se salvaron porque Yunam los llevó a mi casa para ocultarlos, él se llevó uno cuando huyó pero los otros dos están allí.

–Está bien, nos esconderemos a esperar, cuando vuelvas con los animales continúa por el camino hasta que nosotros salgamos a tu encuentro.

El anciano emprende la marcha todo lo rápido que su carga y sus castigadas piernas le permiten avanzar, mientras Ruy Crespo y sus acompañantes desaparecen del camino y se ocultan entre los frondosos árboles de los huertos.

Todos han escuchado la conversación con el anciano, pero Muhyí

es el primero que se atreve a preguntar.

–¿Qué vas a hacer? ¿Quién es Yunam y dónde lo vas a buscar?

–Yunam es un buen amigo… el mejor. Yo sé dónde se ocultará. Debo reunirme con él, es el encargado de continuar con la misión. Cuando Razid traiga los caballos debo alejarme de aquí. Si queréis acompañarme buscaremos un lugar seguro donde pasar la noche.

En un recodo del río, lejos de la aldea de Iksanne y apartados del camino, acampan en la oscuridad. Sentados en corro, protegidos por los caballos y el asno, comen algo en silencio, pensativos. La tímida luz de la luna platea el rostro de Aisha, demacrado y pálido por las largas jornadas de camino, por la incertidumbre y el peso de sus penalidades. Desde hace dos días apenas ha comido y, aunque no se ha quejado para no ralentizar la marcha del grupo, ahora siente que las fuerzas la han abandonado por completo. La fiebre ha comenzado a abusar de su debilidad y le hace tiritar como una hoja al viento. Jahenna junto a ella, decide aplicarle paños de agua en la frente para intentar aplacar el sopor.

El judío, a la vista del estado de Aisha, a la que a todas luces le resulta imposible continuar el camino hacia Fez les propone un plan:

–Muhyí, como ves, tu madre está muy enferma y necesita unos días para descansar y recuperarse. En menos de dos jornadas podremos alcanzar un refugio seguro para todos, es un lugar apartado del mundo. Ahí espero encontrar a Yunam. Os propongo que me acompañéis y os quedéis en ese lugar el tiempo necesario hasta que Aisha se recupere, es lo menos que puedo hacer por vosotros.

Aisha se incorpora y habla con dificultad.

–No nos detendremos, hemos de continuar sin descanso. Seguro que mejoraré en los próximos días.

–Madre, haremos lo que propone Ruy. En tu estado no debemos continuar, estás muy débil y es preciso que descanses para reponerte.

Tras otra jornada de camino, agotándose la tarde, el grupo se acerca a unas montañas pétreas y elevadas como una fortaleza, que surgen en mitad de la nada. Aisha se bambolea como una carga inerte sobre el asno, mientras Muhyí y Kamal, que caminan junto a ella sujetándola para que no pierda el equilibrio, se cruzan la mirada preocupados por su estado. Jahenna y Ruy van a lomos de los dos caballos.

La imponente figura rocosa que se yergue ante ellos parece inaccesible, Kamal levanta la vista para tratar de averiguar dónde estará su destino, no encuentra nada y pregunta al judío.

–¿Queda mucho? Solo veo una imponente montaña inexpugnable.

–Llegaremos al abrigo de las rocas antes del anochecer, haremos noche, y mañana buscaremos un camino que accede a un valle perdido en el interior de esos montes, hay que encontrarlo después de vadear un cauce y cruzar a través de las espesuras de un barranco. Ya os dije que es un lugar seguro donde refugiarse.

Muhyí se para un momento y escruta a sus alrededores poniendo la palma de su mano sobre sus ojos a modo de visera. Se gira hacia Ruy y abriendo los brazos le pregunta:

–¿Tenemos que cruzar un río? No hay ningún río, solo hay arena de aquí hasta esas montañas, y de sus paredes de roca desnuda no parece caer ningún torrente.

–Aguardad un poco y lo comprobaremos, entre esos dos promontorios que se ven allí delante hay un desfiladero, es el lecho de un río seco, lo seguiremos y más adelante aparecerá la corriente de agua. Es algo milagroso, en un punto del cauce el agua desaparece en el suelo entre inmensas rocas ovaladas. Lo que hasta allí es un cauce arenoso y seco se convierte desde ese sitio en una corriente de agua vigorosa, pero hemos de tener mucho cuidado, de no beber de esas aguas, son venenosas.

Muhyí y Kamal se miran y ambos se encogen de hombros haciendo un gesto de incredulidad, mientras continúan el camino por el penoso arenal.

Llegan a la entrada de un inmenso desfiladero custodiado por dos paredes de roca que casi se cierran entre sí sobre sus cabezas. Del interior sale un aire cálido y húmedo, que contrasta con el árido y frío del exterior. *–Es como la puerta de otro mundo.* –Piensa Muhyí.

–Aquí pasaremos la noche. –Informa Ruy.

Jahenna busca desesperada un remanso o una corriente de agua para lavar las ropas de Kamal y desprenderlas del olor de días empapadas de orina, pero no lo encuentra.

A la mañana siguiente emprenden la marcha. Aisha acusa la debilidad y un color cetrino demacra su faz. Cuando llegan a una zona donde el lecho de arena da paso a una colada de piedras que engulle el agua ambarina que baja por el río, Ruy advierte a todos que no beban del cauce y se cubran bocas y narices con paños húmedos, también los de los animales, para no respirar los vapores

que se elevan de las aguas. Tras un trecho junto a la corriente vaporosa, llegan bajo una pared de roca desde la que brota el agua amarillenta de una gruta a media altura. Descabalgan, toman una senda escarpada e inician una subida por la que a duras penas pueden encaramarse los caballos y el asno. Muhyí y Kamal portan a Aisha con ímprobos esfuerzos en unas parihuelas, pues ella es incapaz de mantenerse siquiera en pie, mucho menos trepar por este camino de cabras.

Cuando concluyen la subida, se abre ante ellos una pequeña hondonada fertilizada por una corriente de agua bulliciosa y franqueada por frondosos árboles de gran porte.

–Ya podéis quitaros los paños de la boca, aquí el agua y el aire son puros. –Dice Ruy Crespo contemplando como todos quedan boquiabiertos ante la belleza salvaje del entorno que ahora les cobija. –Dentro de poco llegaremos a nuestro destino y podremos descansar. Aquí tendremos que dejar los caballos, pues en el último tramo hay que atravesar una angostura por donde apenas cabe una persona.

Nadie pregunta ni comenta nada, se limitan a contemplar el entorno y el vuelo en círculos sobre ellos de una pareja de cuervos negros, señal de mal augurio para Muhyí.

– 4 –
EL VALLE MALDITO

El Valle Maldito (Reino de Fez), a 29 días del mes de Rayab, año 912 de la Hégira.
(Diciembre del año 1.506 del calendario Cristiano)
(Mes de Kislev del año 5.267, calendario Hebreo)

Una anciana de abundante y largo pelo blanco permanece sentada sobre una roca a la entrada de una cueva. Vestida con una túnica de paño gastada y deshilachada, de un tono parduzco, que denota que en su origen fue de color negra, y con las manos cruzadas sobre las rodillas, gira su cabeza en todas direcciones intentando escuchar cuanto ocurre en su entorno. Sobre su cara angulosa tatuada por los surcos del sufrimiento, resaltan sus ojos cubiertos por un vitelo lechoso que, hace muchos años, dejaron de percibir las imágenes del exterior, pero no por ello Sahar es ajena a cuanto ocurre a su alrededor.

Su vida se inició en las lejanas tierras de Al-Ándalus, en la villa de Serón, donde vivía, de forma próspera y honrada, con su esposo Samuel Ben Ahud, regentando él un comercio de especias y ella asistiendo a sus paisanas en los partos, sanando dolencias cotidianas con cataplasmas y bebedizos y haciendo algún que otro hechizo con milagrosos resultados. Pero el infortunio llegó en su morada para quedarse. Primero segó las vidas, aún adolescentes, de sus dos hijos, Ehud y Raziel, reclutados a la fuerza con apenas catorce y dieciséis años para repeler el envite de las mesnadas cristianas. Luego, sobre ella misma, con el dolor por la pérdida de sus dos vástagos aún latente, recayó una acusación de hechicería y nigromancia y fue condenada a ceguera con hierro candente en un acto obsceno y ejemplarizante en la plaza principal de Serón. El primer párroco cristiano de la villa fue el artífice de la acusación. El clérigo buscaba con este proceso reafirmar su recién alcanzado poder sobre ciudadanos hostiles y medrar en su ascenso en la jerarquía eclesiástica. No lo conseguiría: murió envenenado, retorciéndose de dolor y vomitando bilis, tras una opípara cena con perdices braseadas condimentadas con tomillo y romero. Ocurrió la misma

noche en que los judíos del valle del Almanzora, como almas en pena, cruzaban las Sierra de los Filabres camino del puerto de *Almaryya,* desposeídos de cuanto tenían, para ser embarcados a su destierro definitivo.

En la dura travesía que los arrancaba de su *Sefarad*, de Al-Ándalus, Sahar y Samuel conocieron, entre cientos de judíos hacinados en las insalubres y pestilentes bodegas de una nave veneciana, a Ruy Crespo y a su inseparable amigo Yunam.

Ruy Crespo cayó enfermo en la primera noche de travesía y, durante los interminables días sobre el oleaje embravecido del Mediterráneo, las fiebres altas lo martirizaron y no paró de expeler por todos los orificios de su cuerpo. De no ser por los ruegos y súplicas de Yunam, Sahar y su esposo Samuel, los soldados habrían arrojado al enfermo por la borda para evitar contagios.

Cuando llegaron a *Berbería* se instalaron en la aldea de Iksanne, cercana a las costas de Fez, donde Sahar empleó todos sus conocimientos y experiencia, hasta que logró salvar la vida de Ruy con tratamientos a base de infusiones de *cártamo* y *ulmaria*. En este largo y duro trance de recuperación, entre la anciana y Ruy Crespo surgieron profundos lazos de afecto. Ella procuró al joven convaleciente todos los cuidados que le habría dispensado a un hijo, y él percibió en Sahar la entrega incondicional de una madre. Mientras tanto, Yunam ayudaba a Samuel a buscar plantas y elaborar preparados curativos, ungüentos y perfumes para su venta.

De ese modo Sahar y su esposo retomaron de nuevo sus vidas, en un intento de agotarlas de forma discreta y honrada en su destierro.

Samuel inició de la nada un pequeño dispensario de hierbas y pócimas saludables. Sahar, que había aprendido a convivir con su ceguera de forma increíble, hizo de la necesidad virtud y desarrolló habilidades sobrecogedoras: ahora su olfato era como el de un perro de caza, su oído como el de una rapaz y su tacto sutil, delicado y preciso.

Entre los aldeanos pronto se supo que la anciana ciega, con sus artes en alquimia y esoterismo, había rescatado de una muerte segura a Ruy Crespo. De inmediato todos le atribuyeron poderes sobrenaturales, y contemplaban fascinados a la invidente andando con soltura por las calles de la aldea o por el campo, reconociendo a los vecinos con su sola presencia. Distinguía las plantas por el tacto y el olfato. Todo el que enfermaba en Iksanne buscaba los cuidados de la “hechicera ciega”.

Pero de nuevo la desdicha aguardaba paciente para acomodarse, una vez más, en la infausta vida de Sahar.

El hijo del alcaide de Iksanne, un joven de quince años llamado Buhar; arrogante, sano y rollizo como un potro bien alimentado, cayó enfermo por una extraña dolencia. El muchacho perdió el apetito y la coordinación de sus piernas, el habla se le tornó pastosa y sus músculos se ablandaron hasta perder la fuerza. El gobernante encomendó la sanación de su hijo a la anciana. Sahar ya había visto esta dolencia en *Sefarad*, pues había tratado a un vecino de la villa de Bacares que la había padecido, y sabía que era irremediablemente letal. Sin éxito, intentó convencer al regidor de que lo que su hijo padecía era una tumefacción de los sesos, algo incurable. Ante la insistencia del alcaide, empleó todo su saber y procuró diversos cataplasmas y bebedizos con adormideras, al menos para hacerle más soportable la agonía al muchacho, pero la salud de Buhar empeoraba por momentos.

El fallecimiento del joven desató la ira del gobernante, que acusó a la anciana de haberlo narcotizado en exceso hasta matarlo. Esa misma noche, mientras velaban el cuerpo consumido de Buhar envuelto en impolutas telas blancas, Sahar y su esposo, temiendo una represalia, abandonaron Iksanne para siempre.

Desde entonces, el Valle Maldito es su morada, sabe que aquí nadie la buscará. Samuel y Yunam descubrieron este extraño sitio en sus excursiones en busca de plantas medicinales. Es un lugar ignoto para la mayoría y evitado por todos. En las aldeas de la zona se le considera el averno, la puerta del infierno, pues las personas o animales que se aventuran a penetrar en las angostas entrañas de estas montañas perecen envenenados o asfixiados por los vapores amarillos que exhalan las aguas del río. El motivo es sencillo, la corriente de agua, en su parte baja discurre por una zona subterránea en la que se impregna de esta sustancia tóxica, y la única forma de acceder al valle es atravesar esta parte ponzoñosa del río. Sin embargo en la parte alta las aguas son puras y nada hay que amenace la vida.

Sahar gira la cara y aguza el oído. Hace rato que sabe que alguien se acerca: el vuelo apresurado de los pájaros, el cacareo interrumpido de sus gallinas y el resoplar inquieto de las cabras así se lo han anunciado. Intuye que deben ser Ruy y Yunam, son los únicos que saben que ella vive allí. Sin embargo, ahora que los siente más cerca, percibe que son más de dos personas. No tiene miedo a nada, ya no. Espera paciente a que se aproximen.

–¡Ruy, eres tú! Bienvenido a mi hogar. –Exclama la anciana

desde lo alto de la peña, provocando un susto en los caminantes que se paran en seco, desatando los ladridos de Bralik y el revuelo estruendoso de las gallinas.

Todos levantan la vista y se sobrecogen ante la visión de la anciana con los pelos blancos revueltos y las vestiduras raídas.

–¡Sahar, querida Sahar! ¿Cómo estás? –Saluda Ruy subiendo hacia ella con los brazos abiertos.

–Estoy bien como puedes ver, pero Samuel está mejor que yo.

Ruy se acerca a la anciana y la abraza palpando sus hombros huesudos. Siente realmente un profundo cariño por esta mujer. Levanta la vista y mira en todas direcciones, se incomoda y pegunta nervioso.

–¿No está aquí Yunam?

–Yunam no ha venido por aquí desde finales de verano. ¿Ocurre algo? Estas tenso y nervioso. Cuéntame de qué se trata. ¿Quiénes te acompañan?

–Sahar, ayer regresé a Iksanne después de meses de un largo viaje, antes de llegar me advirtieron que habían arrasado mi casa y unos hombres armados aguardaban mi llegada. Según me dijo el anciano Razid, al que encontramos a las afueras de la aldea, cuando incendiaron mi casa Yunam consiguió huir pero estaba herido. Daba por seguro que habría venido aquí, así lo teníamos acordado en caso de que ocurriera algo.

La anciana mueve la cabeza en señal de reproche y negación, mientras responde.

–Puedes ver que aquí no está, pero es posible que venga después. Si estaba herido ha debido esperar para recuperarse antes de iniciar la dura travesía hasta este valle… Dime Ruy ¿cuándo vas a dejar esos oscuros asuntos de la religión? Sabes que te van a costar la vida, la tuya y la de los que estén cerca de ti.

–No son oscuros asuntos, se trata de una causa noble y justa, el primer mandato que Dios anunció a los hombres y que se ha incumplido de forma obstinada. –Ruy levanta la cara al cielo y sus ojos reflejan el brillo de la luz del sol. –Ahora hay visos de alcanzar el Gran Acuerdo entre los representantes de los tres credos, yo ya tengo el plácet de algunos de los rabinos más influyentes de Jerusalén.

–¡Sigues estando tan loco como siempre! –Exclama la anciana después de una estridente carcajada en la que exhibe una dentadura parca y negruzca. –No hace falta que me cuentes todos esos detalles, ya sabes que hace tiempo perdí mi fe para siempre. Mis dioses son el viento, la lluvia, las estrellas, la luna… y todo cuanto

nos rodea en este mundo terreno.

–¿Y Samuel? ¿Dónde está tu esposo?

–Ya te he dicho que él está mejor que yo. Hace algunos días que murió. –Contesta la anciana de forma lacónica.

Ruy toma las manos sarmentosas de Sahar y le mira la cara en la que no aprecia tristeza por lo que acaba de contarle.

–Siento mucho que Samuel ya no esté con nosotros. –Responde al fin el judío con un nudo en la garganta. –Bien sabes cuanto lo apreciábamos Yunam y yo.

–No lo sientas, alégrate por él. Ya ha dejado de sufrir, y yo lo haré pronto también. No hay ya nada que me ate a este mundo injusto y cruel.

–¡No digas eso! Ofendes a Dios con tus palabras, Él te ha bendecido con la capacidad de valerte por ti misma a pesar de tu ceguera, tienes facultades que solventan con creces tu falta de vista. Tu vida ha sido útil para la humanidad: has sanado a cientos de personas. ¡A mí me salvaste la vida! Ahora también te necesito Sahar. Hay una mujer muy enferma entre los que me acompañan y te ruego que hagas lo que puedas por sanarla.

–Si tú me lo pides, da por hecho que lo intentaré. En la cueva tengo lo necesario para elaborar algunos remedios curativos. Di a tus acompañantes que se acerquen sin miedo, percibo en ellos temor hacía mi persona.

Ante un gesto del judío, Muhyí y Kamal, soportando el peso de Aisha sobre la improvisada camilla y seguidos de Jahenna, que se oculta tras las espaldas de su esposo, se acercan hasta la anciana. Depositan a la enferma con sumo cuidado sobre el suelo rocoso y saludan de forma escueta.

–¡Que el sosiego os acompañe en el Valle Maldito! Mi humilde hogar es también el vuestro. Permitidme que examine al enfermo… bueno en este caso la enferma, pues se trata de una mujer.

Todos dan un paso atrás mientras la anciana se inclina con agilidad sobre el cuerpo consumido de Aisha. Levanta el paño de arpillera que la cubre y desliza sus manos frías sobre el pecho de la enferma.

–Dime mujer ¿cómo te llamas?

–Aisha… Aisha ben Saleh. –Responde con voz apenas audible.

En ese instante la anciana acerca su nariz aguileña a la boca y aspira su aliento. A continuación baja sus manos hasta el vientre y presiona ligeramente por diversas zonas, desatando algunos quejidos de la doliente, luego saca un paño del bolsillo de su harapienta túnica y con él recorre la entrepierna y las axilas de

Aisha para empaparlo de sudor. Con ceremoniosidad toma el paño y lo huele varias veces casi en estado de trance. Tras un rato de tenso silencio, sabiéndose el centro de las miradas de todos, Sahar emite su diagnóstico.

–Aisha, puedo intentar curar la enfermedad de tu cuerpo, pero lo que que mas te debilita son las profundas heridas de tu alma. Estás mermada por las fiebres, y a eso le pondremos remedio. En cuanto a la pena y el sufrimiento que te están secando el corazón, yo nada puedo hacer, salvo ofrecerte mis consejos y mi hogar por el tiempo que lo necesites.

En los días siguientes, tras tomar acomodo en la humilde cueva que sirve de hogar a Sahar, Ruy Crespo y sus acompañantes van reponiendo las fuerzas menguadas tras la dura travesía, todos menos Aisha que, aunque mantenida con las tisanas de hierbas y los brebajes que le prepara la hechicera, su estado no parece ofrecer buen pronóstico.

Al día siguiente de su llegada, la anciana sacrificó una gallina, para hacer un extraño conjuro con la sangre y los sebos del animal, mezclados con aguas sulfurosas del río. Tras hervir la extraña combinación con semillas de *árnica* y de *nigella sativa*, hizo que la enferma la bebiera. A continuación, con la carne del animal, guisada con nabos tiernos y tallos de cardo, elaboró un reconstituyente puchero, que hizo las delicias de todos.

Ruy pasa los días enteros subido a una peña, oteando el desfiladero de entrada al valle, esperando la llegada de su amigo Yunam. Si no aparece, no tiene a quien entregarle los documentos que han de llegar a *Sefarad*, pero lo peor, lo que más le duele, es que pueda perder a una persona que es más que un amigo para él.

Muhyí consume el tiempo junto al lecho de su madre, angustiado por sus padecimientos. Aunque han decidido que Aisha y Jahenna se quedarán en este lugar junto a Ruy y la anciana, el joven desea atisbar algo de mejoría en la enferma antes de partir con Kamal hacia la ciudad de Fez. Los escasos instantes que se separa de ella, los pasa haciendo puntería con su puñal en un grueso tronco de abeto. El incidente con los asaltantes, en el que por casualidad acertó en el cuello de uno de ellos, le ha despertado el interés por el lanzamiento de la daga. Ha decidido perfeccionar al máximo su técnica.

Kamal baja cada día a cuidar de los caballos y el asno, le acompaña Bralik moviendo el rabo y olisqueando por las grietas de las rocas. En alguna ocasión ha conseguido apresar algún pequeño

roedor que luego han cocinado sobre las brasas. Ruy se ha negado a comer esta carne por no estar permitida en su religión.

Jahenna anda de un lado a otro como una fiera enjaulada, se siente nerviosa y angustiada en este lugar. Su cuerpo se estremece azorado y nada le complace. Le agobia la idea de tener que permanecer allí al cuidado de la enferma, en compañía de una anciana chiflada y de Ruy Crespo, un hombre que en todos los días que lleva con ellos ni siquiera le ha dirigido una mirada descarada, impúdica o lasciva; como las que ella está acostumbrada a recibir de todos los hombres cuando la ven. *–¿Acaso he perdido la belleza? ¿Puede ocurrir después de tantos días vagando por caminos y morando en cuevas?* –Se pregunta en silencio Jahenna para acrecentar su pena. Se levanta de inmediato y camina hasta la orilla del río, en un remanso de agua intenta mirar el reflejo de su cara y, aunque los rayos de sol le devuelven una imagen distorsionada e imprecisa, puede comprobar que sus encantos son evidentes. *–Es un hombre muy raro, nada me extrañaría que ese amigo al que tan impaciente espera sea su amante.* –Concluye la mujer con autocomplacencia.

Tras varios días de tensa espera, Muhyí y Kamal deciden partir hacia Fez. Aisha apenas ha mejorado y Yunam no ha vuelto. Ruy les ofrece los caballos para que hagan el viaje y les tranquiliza asegurándoles que Aisha y Jahenna quedarán protegidas en este lugar.

En una mañana fría, sobre una alfombra escarchada que cruje bajo sus pasos y contemplados de forma impasible desde la altura por un alimoche negro mecido por la brisa, los dos hombres cruzan el desfiladero que comunica la fragosidad del Valle Maldito con las áridas llanuras del exterior.

– 5 –
EN LA MEDINA DE FEZ

Ciudad de Fez, 16 días del mes de Sha´ban, año 912 de la Hégira.
(Enero del año 1.507 del calendario Cristiano)
(Mes de Tevet del año 5.267, calendario Hebreo)

Muhyí y Kamal entran a media tarde en la bulliciosa ciudad de Fez. El miedo y la desconfianza les oprimen como una serpiente a su presa. Buscan una posada en un barrio alejado del centro de la ciudad y, tras acomodar los caballos, se dirigen a la plaza principal. Sin rumbo fijo ni plan concreto con el que empezar a investigar algo sobre el paradero de Hisham, deambulan hasta el anochecer casi sin hablar entre ellos. Agotados deciden regresar a la posada.

Sentados a la mesa, frente a un cuenco de ensalada de dátiles con queso de cabra, una jarra de té y pan de cebada, conversan en voz queda.

–¿Cómo lo vamos a hacer? ¿Cómo vamos a buscar a mi padre? – Pregunta el muchacho desalentado.

Kamal termina de tragar un bocado, mueve la cabeza mientras arruga su boca en una mueca de contrariedad.

–No lo sé, es verdaderamente una tarea difícil, ya te lo dije. A mí me costó pasar algún tiempo en la cárcel por el mero hecho de preguntar por él. Además, escapé de esta ciudad después de matar a un hombre. La cautela ha de ser nuestra bandera. Nos quedaremos unos días a ver si conseguimos averiguar algo, alguna pista que nos guíe hacia el paradero de tu padre. Confiemos en el Altísimo…

A la mañana siguiente, salen a las afueras de la ciudad, bajan el camino hasta el puente sobre el río.

–Espera un poco, sentémonos sobre el muro. –Dice Kamal extendiendo su brazo delante del pecho de Muhyí, mientras cruzan el puente.

–¿Qué ocurre? ¿Has visto algo?

–No, no te preocupes muchacho… es que prefiero observar antes de acercarnos más.

Kamal se acerca al oído del joven y le habla en voz baja,

mientras señala a una construcción bajo una frondosa arboleda, junto a la ribera.

–En ese lugar di muerte a un hombre antes de huir a la desesperada de aquí.

–¡Ese es entonces el taller de Rashid! También perteneció a mi padre, pues fue su socio. –Exclama Muhyí aguzando la vista.

–Sí, así es. Te contaré cómo ocurrió todo. –Dice Kamal relajando los hombros y cruzando las piernas. –Verás, cuando llegué a la ciudad, traía una carta de recomendación del judío que compró el negocio de tu familia en *Almariyya*. Con aquella credencial conseguí que me dieran trabajo en ese taller. El dueño, como has dicho, era Rashid, y yo sabía que había sido socio de tu padre hasta los fatídicos hechos de su desaparición. Al poco de estar aquí le pregunté por Hisham, pero me contestó con evasivas y negó que lo conociera. Esa misma noche los soldados del sultán me apresaron y me condujeron a las mazmorras del castillo, allí fue donde un anciano ciego y mudo, tras compartir muchos días de infierno con él, me entregó el amuleto de tu padre. Cuando salí del presidio, me armé de valor y volví a ese taller para interrogar a Rashid. Sabía que me había mentido sobre el paradero de tu padre y que había intercedido para que me apresaran. Como ya te he dicho, al no conseguir una confesión de ese malnacido, lo asesiné con mis propias manos.

Muhyí tienta sus ropas de forma instintiva y se palpa el amuleto que cuelga sobre su pecho. Se pone en pie y le dice a su compañero.

–Quédate aquí, podrían reconocerte los trabajadores, yo me acercaré a las inmediaciones del taller y preguntaré a ver qué puedo obtener.

Kamal asiente con un movimiento de cabeza, a continuación observa al joven que, temeroso, camina por el sendero, hasta que la arboleda lo oculta de su vista. Con el corazón galopando en el interior del pecho, aguarda durante un interminable rato el regreso de su compañero.

–¿Qué has podido averiguar? ¿Con quién has hablado?

Interroga cuando regresa Muhyí y lo tiene al alcance de la vista.

El joven sube la cuesta fatigado y se toma unos instantes antes de responder. Se sienta en una piedra junto a su compañero y pone las palmas sobre sus rodillas, respirando con intensidad.

–He hablado con el dueño del taller, es un hombre joven y se llama Efraim Raozí.

–¿Has dicho Raozí… Efraim Raozí? –Pregunta Kamal abriendo

los ojos sorprendido y, sin esperar confirmación a su pregunta, continúa hablando. –¡No, no puede ser! Es una coincidencia demasiado buena para ser real. Ese hombre nos podrá ayudar… al menos eso espero.

Muhyí se incorpora y se planta delante de su amigo y, agitándolo por los hombros, le habla.

–¡Dime de qué se trata! ¿Quién es ese hombre y qué tiene que ver con nuestra búsqueda?

–Tiene mucho que ver, al menos si es quien yo creo. Verás, el hombre al que tu padre vendió el negocio en *Almariyya* se llamaba Abraham Raozí, era judío, un hombre bueno y leal que había trabajado toda la vida en el negocio con tu abuelo, y da la casualidad que ese hombre tenía un hijo llamado Efraim. El antiguo dueño de este taller, el hombre al que yo di muerte, había sido cliente del negocio de tu abuelo, y después lo siguió siendo de Abraham Raozí. Es posible que el hijo de Raozí sea ahora el dueño de ese telar.

Concluye Kamal mientras se levanta y señala hacia el río, con una luz de entusiasmo en su cara.

–Hemos de hablar con Efraim y preguntarle por su padre. Le he pedido trabajo en el taller y me ha dicho que pase en unos días, por ahora no necesitan a nadie.

–No podremos esperar unos días, tendremos que buscar el modo de hablar con él cuanto antes, pero de forma discreta. Es necesario llegar hasta su padre, él me conoce y estoy seguro que, si puede, nos ayudará. Aguardaremos por aquí hasta el final del día, y cuando salga del taller y se dirija a la ciudad nos acercaremos a él.

Durante todo el día, mudando su posición para reconfortarse en la tibieza de los rayos de un tímido sol invernal y con las tripas protestando el ayuno, esperan impacientes un encuentro con Efraim. A la caída de la tarde, de forma brusca, unas nubes oscuras opacan el cielo acelerando el anochecer. Casi una docena de sombras abandonan el taller y suben con paso cansino hasta el puente. Muhyí afila los ojos para comprobar si entre ellos está su objetivo.

–Es un hombre corpulento, muy alto, de hombros anchos. No viene en ese grupo. –Concluye el joven.

–Mira, debe ser aquél que viene más atrás solo.

–Disculpadme de nuevo Efraim, necesitamos hablaros unos instantes. –Dice Muhyí con tiento cuando llega a su altura.

El joven judío, sobrecogido, recula unos pasos y se muestra temeroso.

–¿Qué queréis? ¿Quiénes sois?

–Soy Muhyí, esta mañana os he pedido trabajo.

–Yo soy Kamal y, si eres quien creo, conozco bien a tu padre. ¿Eres hijo de Abraham Raozí? –Pregunta sin rodeos.

–En efecto, soy hijo de Abraham. ¿De qué lo conoces? ¿Sois andalusíes verdad?

–Sí, sí lo somos. Necesitamos ver a tu padre, es un asunto muy importante. –Responde Muhyí tomando de nuevo la iniciativa de la conversación.

El joven Efraim abre ostensiblemente los orificios de su nariz al percibir el olor a orines que desprende Kamal, gira la cabeza en todas direcciones y continúa andando. Los dos caminan tras él.

–Si no os importa, seguiremos conversando mientras caminamos, tengo algo de prisa. Siento deciros que no podréis ver a mi padre. –Dice sin ambages Efraim. –Tras la conquista cristiana se convirtió a la fe de los opresores, pero hace un par de años lo acusaron de profesar en secreto su antiguo culto, era cierto, pues solo renegó del judaísmo en apariencia para preservar el futuro y el sustento de su familia. El caso es que fue procesado y condenado a muerte. Murió ajusticiado en una plaza pública con el mayor de los escarnios y para regocijo de los exaltados. –Concluye el joven judío escupiendo al suelo.

–Lamento de verdad la muerte de tu padre, yo trabajé para él en su taller de *Alamriyya*, sé bien de la dificultad en esos años tan durísimos bajo el yugo de los *rumís*. Este joven es hijo de Hisham, que fue quien le vendió el taller a tu padre.

–Estamos buscando a mi padre. –Interrumpe Muhyí aprovechando el interés que han despertado en el judío. –Lo apresaron hace muchos años, cuando era el dueño junto con Rashid al Kebdani del taller que ahora es de vuestra propiedad. Mi madre y yo tuvimos que huir de la ciudad para ponernos a salvo.

–Algo he oído de esa historia, mi padre ya me dijo que una desgracia le había ocurrido a Hisham en su destierro en Fez. Yo llevo apenas unos meses en la ciudad, tuve que huir de *Almariyya* tras el proceso contra mi padre, temiendo que me ocurriera lo mismo. Aquí me hice cargo de este negocio que ha pasado a ser propiedad de mi familia por unas deudas contraídas por su antiguo dueño, que apareció asesinado junto al telar. He preguntado en varias ocasiones por el paradero de Hihsam pero nadie sabe nada o no quieren hablar de ello. Mi padre, al ser sentenciado a muerte, me

puso al corriente de algunas cuestiones, entre ellas me dijo que tenía pendiente de pagar a tu padre una cantidad de dinero por la compra del taller de *Almariyya.* Era un hombre honrado y yo he sido educado por él.

–No hemos venido a buscaros para reclamar ningún dinero, de hecho ignoraba lo que me acabáis de decir. Solo buscamos pistas que nos ayuden a encontrar a mi padre.

Efraim se detiene, levanta su cara lampiña, tuerce el labio pensativo y se pasa la mano por la barbilla, tapándose la nariz con disimulo.

–Hay una pequeña plaza…, junto a un templo que llaman la Mezquita Bermeja, en ese lugar se reúnen al atardecer muchos andalusíes. Entonan canciones y hacen bailes de nuestra añorada tierra. Sé que hay muchas gentes en esta ciudad venidas de *Almariyya*, quizá allí podáis encontrar a alguien que os ayude. De todas formas quiero pagarte la deuda que mi padre dejó pendiente con el tuyo, así cumpliré su voluntad.

Esperanzados, Muhyí y Kamal se dirigen hasta el lugar que les ha indicado Efraim. Es ya noche cerrada y avanzan con dificultad por las intrincadas y oscuras callejuelas, apenas iluminadas por rayos de luz que escapan por las rendijas de las puertas. En ese instante se escucha en la lejanía la vaporosa llamada del *almuédano* a la oración de *Ishá*.

Siguiendo las indicaciones de Efraim, suben hasta la parte oriental de la ciudad, atraviesan la inmensa plaza de la Mezquita Mayor y se internan en un barrio apartado, con calles hediondas, embarradas, llenas de excrementos e inmundicias que no pueden ver pero que sus pies aplastan. Tras la caminata, llegan a una plazuela en la que destaca una modesta mezquita de piedra rojiza, iluminada por dos titilantes antorchas junto a la puerta que le dan un aspecto tétrico. Una absoluta soledad inunda cada rincón de esta plaza.

Muhyí pone los brazos en jarra y relaja los hombros, decepcionado.

–¡Nadie… no hay nadie! Ese hombre nos ha mentido para deshacerse de nosotros.

–No lo creo, el motivo es que ya es muy tarde. Después de la oración de *Ishá* no se permiten las aglomeraciones en los lugares públicos, por eso todos han abandonado la plaza. –Dice Kamal tratando de imponer sosiego. –Tendremos que venir mañana al

atardecer, ya no es hora de ir haciendo preguntas a nadie.

–Está bien, pero antes quiero asegurarme que aquí se reúnen los andalusíes, preguntaré en esa casa que tiene la puerta entreabierta, hay luz dentro. –Dice el joven mientras se dirige a una casa de adobe con una techumbre de ramas de palmera. En el interior, una cabeza asoma por un postigo. Ante la proximidad del joven, un portazo y el sonido violento y metálico de un cerrojo bloqueando la puerta por dentro, oscurece la fachada.

Resignados, emprenden el camino de regreso a su posada, en la zona opuesta de la ciudad. Fustigados por un incipiente viento que, a ráfagas, medra por el laberinto de calles, bajan la cabeza para avanzar con más facilidad. Una línea quebradiza de luz azulada rasga el velo oscuro del cielo, al instante un bramido ensordecedor desata cascadas de agua sobre la ciudad de Fez. Aceleran el paso cuanto pueden y tratan de pegarse a las paredes, pero la lluvia es tan copiosa y recia que sus ropas ya están empapadas y el agua corre por sus espaldas. Al poco, las calles se tornan riachuelos arrastrando las inmundicias y los desperdicios, mutando el hedor agrio y desagradable del ambiente por un aroma a tierra mojada y cielo limpio.

Los dos hombres se refugian en un pequeño soportal con una escalinata de piedra.

–Así es imposible continuar, no se puede andar por las calles. –Dice Kamal, desatándose uno de los *borceguíes* de piel de cabra y vaciando el agua tras sacárselo del pie.

–Sí, es mejor que esperemos bajo esta techumbre, al menos hasta que amaine un poco.

En ese momento chirrían los goznes de la puerta sobre la que Muhyí apoya la espalda, y el joven casi cae hacia atrás, pero una mano cálida lo evita sujetándole la nuca.

–Que *Allah* os bendiga. Pasad dentro y mitigad el frío de esta noche infernal. –Les dice la voz femenina, dulce y sosegada de quien acaba de abrir la puerta.

Muhyí se gira y, a contraluz desde el suelo, contempla a una mujer metida en años, alta, de curvas generosas, con el rostro maquillado en exceso y una melena larga y negra veteada de canas que cae sobre sus hombros. La señora se hace a un lado de la entrada y con el brazo extendido y una sonrisa encantadora les señala el interior de la casa.

–El fuego está encendido, y todo es calidez en el interior de esta morada. Pasad y os reconfortaremos.

El joven mira a Kamal con expresión incrédula, a continuación los dos se chocan bajo el umbral al querer entrar al mismo tiempo.

La casa es acogedora y amplia, las paredes principales son de ladrillos de adobe y de cañizos cubiertos de barro las interiores, el suelo, de piedras planas, está cubierto por algunas alfombras gastadas. La estancia principal es alargada y a ella se abren varias puertas. Unas teas iluminan con suficiencia el habitáculo con escasos muebles. Por lo que se puede ver todo está limpio y ordenado. Al fondo, bajo una generosa chimenea, crepitan unas llamas anaranjadas avivadas por un brazado de leña menuda que acaba de echar una de las mujeres que hay en torno a ella.

Los dos hombres, reconfortados por el placer que ofrece la calidez del hogar, se miran entre sí paralizados.

–¡No os quedéis ahí! acercaos al fuego y secad las ropas.

–Que el Profeta premie vuestra generosidad señora. –Agradece Muhyí con timidez.

Kamal gira la cabeza hacia el rincón y observa como tres mujeres jóvenes con el pelo suelto, se ríen y cuchichean entre ellas sin parar de mirarles, mientras se apartan para ofrecerles un lugar frente al fuego. La anfitriona ordena a una de ellas que les sirva té caliente.

Kamal empuña el brazo de Muhyí con fuerza, lo aparta a un lado y se acerca hasta su oído.

–Tenemos que salir de aquí cuanto antes, esto es…, esto no es una casa normal.

–No seas desconfiado, la señora ha sido generosa y no hemos de despreciar su ofrecimiento. Esperemos un poco junto al fuego a que pase la tormenta. –Contesta Muhyí sin apartar la mirada de una joven de tirabuzoneada melena cobriza, cara muy blanca y ojos aceitunados y tristes, con forzada sonrisa cargada de timidez.

–Muchacho, no seas ingenuo, esto es un lupanar.

–¿Qué quieres decir? ¿Qué es un lupanar?

–¡Maldita sea, esto es un burdel, un prostíbulo, una casa de lenocinio…! Responde Kamal gritando en voz baja y zarandeando por los hombros a su acompañante, que le esquiva la mirada dirigiéndola a otra de las muchachas, que le devuelve una pícara sonrisa abriendo con sutileza unos labios húmedos y dejando a la vista los dientes blanquísimos sobre los que destellan las llamas anaranjadas de la azuzada fogata.

–¿Eh…? Sí, sí acerquémonos a la lumbre un poco… nos iremos pronto… ¿Qué lugar has dicho que es esto? –Pregunta de nuevo el joven dirigiéndose de forma inconsciente hacia el rincón, mientras navega en los encantos de la muchacha de cara triste que, turbada,

baja la mirada y le hace un hueco junto a ella.

Kamal le da un tirón del brazo que casi le descoyunta el hombro y le obliga a retroceder.

–¡Estas mujeres son fulanas, busconas, meretrices… rameras! Solo buscan darnos calor y placer a cambio de nuestro dinero. ¿No te das cuenta? ¡No eres tan joven como para ignorar eso!

En ese instante la mujer que les ha invitado a entrar se interpone sutilmente entre ellos y la puerta de salida. Con expresión gentil y una bandeja sobre la que humean dos tazas de té junto a unas porciones de bizcocho, les invita a quedarse.

–No os marchéis, os lo ruego, no al menos hasta que no cese este diluvio. Secad vuestras ropas junto al fuego mientras tomáis una taza de té y unos pastelitos de calabaza; los ha horneado Dunya. –Dice la señora cargada de intención mientras señala a la muchacha de piel nacarada, tratando de desactivar las reticencias de los hombres. –Nada os pediré a cambio de esto.

Convencido por el aroma del té y los rugidos de un estómago ocioso durante todo el día, Kamal accede. Se desprenden de las capas, que las recoge una solícita joven de cuerpo pequeño pero bien torneado, y se acercan al calor de la hoguera con la taza humosa en una mano y la porción de bizcocho en la otra.

–Me llamo Nadima, y soy la dueña de esta casa. Esta es Raissa. –Dice la anfitriona señalando a la joven que sujeta las capas. –Y las que están junto al fuego son Imane, de esplendorosa belleza, afamada en toda la ciudad –la aludida se pone en pie exhibiendo una figura escultural bajo el ceñido vestido y les corresponde con una sonrisa y un sutil parpadeo, pavoneándose de su innegable hermosura –y la que está a su lado es Dunya, que es muy joven y solo lleva dos días en mi casa.

Dunya fuerza un arqueo de labios y hace una inclinación de cabeza, mientras Muhyí se adelanta para sentarse junto a ella.

–Yo me llamo Kamal y él es Muhyí.

–¿No sois de Fez verdad? –Pregunta Nadima.

–No, estamos de paso en la ciudad para unos asuntos. –Responde Kamal arrugando el gesto tras tomar un trago de té y abrasarse la garganta.

–Quedaos junto a Imane y Dunya el tiempo que queráis, yo tengo cosas que atender.

La anfitriona y Raissa llenan unas cubetas metálicas con brasas de la hoguera y se las llevan a las habitaciones.

Kamal y Muhyí, sentados entre las otras dos mujeres, engullen en instantes los ducles y saborean la calidez del té, acercándose tanto

al fuego que sus ropas mojadas empiezan a desprender vapor.

Dunya atiende solícita la llamada de su jefa, se levanta y al rato vuelve con dos vasos de barro llenos de un licor oscuro, que se derraman en sus manos temblorosas. Imane, la joven que está sentada junto a Kamal, se incorpora dejando una estela de perfume almizclado al vuelo de su melena, toma uno de los vasos de licor en una mano y con la otra agarra el brazo de Kamal que, alelado, se levanta sin dejar de mirarla.

–Acompáñame a una habitación para que te puedas quitar esas ropas húmedas.

Dice Imane, con una voz ronca y aterciopelada que brota de sus labios carnosos como un maná para el hambriento de ternura.

Kamal se deja llevar tras la hembra, notando que sus pies apenas tocan el suelo, y maldiciendo mil veces su infortunio de no ser ya un hombre capaz de dar satisfacción carnal a una mujer.

Mientras los dos desaparecen tras una puerta, Dunya permanece petrificada con el vaso de licor en la mano y, aunque la palidez de su piel lo disimula, en este instante la sangre ha dejado de circular por su cuerpo. Su señora le acaba de dar instrucciones precisas: esta noche es la adecuada para poner en práctica las artes amatorias que durante los dos días que lleva en la casa le han explicado. El joven y en apariencia inexperto Muhyí se antoja el adecuado para ello. El cuerpo de Dunya, que apenas es aún el de una mujer, ha sido mancillado en muchas ocasiones por hombres rudos y apresurados que solo buscaban el alivio rápido; pero ahora es ella la que tiene que llevar la iniciativa y recrearse en los detalles de la forma en la que la han instruido.

Muhyí, expectante, levanta la vista y percibe la cara de terror de la muchacha que, armada de valor, alarga la mano y arrastra al joven tras ella. Entran en una habitación iluminada por dos teas en paredes opuestas y caldeada por un brasero en un rincón. Sobre el suelo hay un catre cubierto por una colcha de paño grueso, a un lado un banco de madera y un mueble con aguamanil y jofaina.

Sin cruzar palabra entre ellos, se acomodan en el asiento. Muhyí, nervioso traga saliva, se desprende de la camisola y toma el vaso de licor que sostiene Dunya, con intención de entrar en calor y vencer la timidez.

–¡No bebas eso! –Le dice la muchacha, con un acento apenas entendible. –Es una bebida que anula la voluntad de los hombres.

–Está bien, te lo agradezco, no necesito bebedizos para desear acariciar tu cuerpo.

Muhyí percibe como a Dunya se le entibian los ojos y el cuerpo

se le relaja. Entre tímidas e inexpertas caricias consigue quitarse las ropas empapadas hasta quedar completamente desnudo. Ella se incorpora y cruza los brazos para sacar el vestido por su cabeza, dejando a la vista un cuerpo blanco y torneado que roba la luz anaranjada de las antorchas, oscureciendo el resto de la habitación.

El muchacho la contempla con deleite, es la primera vez que ve una mujer completamente desnuda, y ahora entiende porqué los hombres sucumben ante los encantos de la belleza femenina. Se acerca a ella y la acaricia con extrema ternura, como temiendo que pudiera quebrar su cuerpo, pasando el envés de sus nudillos desde los hombros hasta la cintura, para asirla suavemente por las caderas. Fundidos en un abrazo se dejan caer sobre el lecho. Ruedan como un solo cuerpo hasta que Dunya, que queda sobre él, incorpora el torso y flexiona las rodillas. Muhyí levanta las manos al cielo y cubre las redondeces coronadas por aureolas erizadas, pensando que estos pechos tienen el tamaño exacto que sus palmas pueden abarcar.

La pasión los acalora conforme se suceden los besos y las caricias, que se tornan cada vez más impulsivos. Los inexpertos amantes se dejan llevar por el instinto, acoplando sus cuerpos jóvenes y elásticos a rítmicos empujes que se aceleran, hasta que unos gemidos ahogados desatan convulsivos estertores que tensan cada músculo. Un dulce vacío se apodera de sus mentes y un hormigueo recorre cada rincón de sus cuerpos, que se despegan quedando boca arriba, sudorosos e inermes.

Dunya siente como se le humedecen los ojos. Es la primera vez que la han acariciado con ternura, que un hombre ha hurgado sobre sus carnes con delicadeza. Es la primera vez que ha disfrutado haciendo lo que para ella se ha de convertir en una obligación, en un oficio. Pero sabe que no ha de esperanzarse, solo debe hacer que los hombres queden satisfechos y obtener de ellos el mayor provecho, así se lo ha advertido la Señora. Un reguero de lágrimas amargas entra por la comisura de sus labios tras surcar la mejilla, quemándole la cara como cera derretida.

–¿Qué te ocurre Dunya? –Pregunta Muhyí girándose sobre ella al escuchar el suspiro. –¿Te he lastimado?

–No, no es eso… es solo que… no es nada.

El joven le enjuga las lágrimas con la palma de la mano, le mesa el cabello rojizo y arquea la espalda hasta besarle el vientre todavía sudoroso tras la contienda.

–¿De dónde eres? Tu piel es tan blanca… y tu forma de hablar es extraña.

La mujer carraspea y despeja su nariz para poder contestar, mientras con una mano acaricia el pelo ensortijado de Muhyí, que ha apoyado la cabeza sobre el ombligo, mirándola encandilado a los ojos de color verde oscuro, a través del canal de los senos.

–No sé de dónde soy, he sido tratada como mercancía desde pequeña.

–Pero… ¿y tus padres? ¿No tienes familia?

–No tengo a nadie, ni siquiera sé mi edad. De mi niñez tengo vagos recuerdos. –Trata de explicar la joven hablando muy despacio y pronunciando lo mejor que puede para hacerse entender. –Hace mucho tiempo, yo tendría cinco o seis años, vivía con mi familia en una aldea pequeña rodeada de montañas, no puedo recordar cuáles eran los nombres de mis padres, ni de mis hermanos; tampoco recuerdo como eran sus caras. Pero nunca olvidaré cada detalle de una noche terrible, en la que aquellos hombres abominables arrasaron cuanto había y apresaron a cientos de personas en mi aldea.

Muhyí se incorpora enternecido por el relato de Dunya y se sincera con ella tratando minimizarle el dolor.

–Yo tampoco he conocido a mi padre, de hecho estoy en Fez para buscarlo.

–Ojalá lo encuentres, yo no puedo buscar al mío, no sabría por dónde empezar.

–¿Sabes hablar tu lengua de la infancia? Eso ya sería una pista para saber de qué lugar procedes.

–Eso sí, es el castellano, y no lo he olvidado porque las gentes con la que he pasado los últimos años de cautiverio lo hablaban.

–¿En qué lugares has estado antes de llegar a esta casa?

Dunya respira profundamente y, reconfortada por el interés del joven, le hace que se tumbe de nuevo junto a ella.

–Los hombres que me capturaron eran bandidos. Alimañas que viven de saquear aldeas sembrando el dolor en las gentes humildes. Luego huyen en barcos con el botín a sus refugios en las islas cercanas a las costas de *Berbería*. Las personas secuestradas son vendidas como esclavos en los mercados de las ciudades grandes. Permanecí varios años en la guarida de los piratas que me arrebataron de mi familia, en una isla remota. Me utilizaban para hacer faenas penosas, aunque era una criatura sin apenas fuerzas. Después, cuando tenía unos diez años, me vendieron en el mercado de la ciudad de Taza a un matrimonio de campesinos casi ancianos llegados de Al-Ándalus. Con ellos he pasado algunos años. Al principio todo iba bien, me trataban con respeto y no me faltaba

ropa y comida. Pero a medida que crecí y mi cuerpo tomó formas adultas, desaté el odio de la mujer y los deseos del hombre. Finalmente, la anciana decidió que tenían que deshacerse de mí, y así es como he llegado aquí, a la casa de Nadima, para librarme del anciano acosador, pero al parecer para ponerme en manos de tantos otros… –Concluye Dunya moviendo la cabeza y apretando los labios para no llorar. –Tan solo aspiro a ser alguna vez la dueña de mi destino, no quiero resignarme a ser una esclava toda mi vida. Mi señora Nadima me ha dicho que si consigo ganar mucho dinero para ella, con el tiempo podré llegar a ser libre.

–Espero que se cumplan tus deseos Dunya. –Dice Muhyí besándola en los labios.

De forma pausada reanudan las caricias y, una vez más, sus cuerpos desnudos se entrelazan hasta alcanzar el éxtasis. Exhaustos, quedan dormidos, acurrucados bajo la colcha de paño.

Unos golpes en la puerta y las voces de Kamal despiertan al joven que, aturullado, se incorpora, responde a su compañero y se pone las ropas todavía mojadas. Dunya se despierta, levanta el torso y le habla desde la cama.

–¿Ya te vas?

–Sí, tengo que irme, me llama mi compañero.

–¿Volverás a verme Muhyí?

El joven se acerca a la cama y se sienta junto a ella, con delicadeza acaricia su cara y contempla una vez más la nívea y tersa hermosura de la muchacha.

–No creo que vuelva a verte, pero hay algo de lo que sí estoy seguro: siempre recordaré el tacto de tu piel, el olor de tu pelo y la suavidad de tus caricias. Nunca te olvidaré Dunya.

Concluye Muhyí, ladeando los bucles de pelo rojizo de la frente para depositarle un beso fraternal, antes de levantarse e ir hacia la puerta.

–Hay una cosa más que no te he dicho. –Dice desde la cama la joven justo antes que él abra la puerta. –Mi verdadero nombre es Gadea.

–Gadea… bonito nombre. Hasta siempre Gadea.

– 6 –
UN HALO DE ILUSIÓN

Ciudad de Fez, 18 días del mes de Sha´ban, año 912 de la Hégira.
(Enero del año 1.507 del calendario Cristiano)
(Mes de Tevet del año 5.267, calendario Hebreo)

Muhyí sale de la posada. Recibe en sus ojos el reproche de un sol dominante, que ya inunda cada rincón de una ciudad limpia y con ambiente renovado tras la tormenta de la noche anterior. Le ha sido imposible incorporar a Kamal, que solo ha abandonado el jergón para vomitar, y se encuentra mareado y con el estómago abrasado. *–Sin duda a consecuencia del bebedizo que le dieron.* –Intuye el joven pensando que él estaría igual si la joven cristiana no le hubiera disuadido de beber el suyo. Cierra los ojos y, por instantes, se recrea en la bella hechura de Gadea… en su angelical dulzura. *–Es injusto que un ser tan perfecto, tan frágil, acabe como juguete de infames.* –Piensa con tristeza.

De vuelta a la realidad, concluye que hoy tendrá que ir él solo a tratar de averiguar algo sobre su padre.

Junto a la entrada de la posada, se sienta en un poyete, intentando ordenar, con sus dedos y la ayuda de un peine de hueso, su enmarañada melena. Ha preferido no lavarse esta mañana, ni siquiera una manotada de agua por los ojos: todavía conserva sobre su cuerpo el perfume de Gadea. Instintivamente se tira de la solapa y baja la cabeza para aspirar reconfortado dentro de sus ropas.

Se incorpora sobresaltado, se palpa una y otra vez la camisola, nervioso, se desprende de ella y rebusca por cada rincón de su cuerpo. Entra con desesperación en la habitación donde han dormido, abre un ventanuco de un tirón, empuja a Kamal con violencia del jergón y busca entre las sábanas como un poseso.

–¡No puede ser! ¡Maldita ladrona, asquerosa malnacida! Aprovechó sus encantos para robarme mi amuleto, el entrañable recuerdo de mi padre. ¡Tengo que recuperarlo como sea!

Muhyí, con los ojos aguados y un nudo en la garganta, sale apresurado de la estancia, sin pararse a escuchar lo que balbucea Kamal desde el suelo sujetándose las sienes con ambas manos.

Violentado, como un animal herido, camina calle arriba y abajo, frente al burdel de Nadima, esperando que alguna de las jóvenes salga. Aguardará un poco más y si no sale nadie llamará.

La puerta cede tras un chasquido y una Nadima irreconocible sale de la casa. Lleva una *almalafa* entallada de color turquesa, con discretos adornos de *guadamecí* en las mangas y un impoluto *hiyab* blanco cubre su cabeza dejando a la vista solo el rostro incólume de maquillaje.

–¡Señora… señora! Necesito ver a Gadea, es urgente. Necesito verla. –Suplica el joven acelerado, acercándose a la anfitriona.

–¡Que Allah te bendiga muchacho! Eres el apuesto joven de anoche. No sé quién es Gadea.

–Dunya, me refiero a Dunya. –Rectifica Muhyí al instante. –Señora, por Dios, tengo que verla. –Concluye casi inclinándose ante ella y aspirando el embriagador perfume a rosas que desprende la *poma* de bronce con incrustaciones de marfil, que la mujer lleva prendida en un cordón de seda trenzada que le ajusta el talle.

–Esta muchacha tiene algo especial, veo que su exótica hermosura también a ti te ha metido el sol en la cabeza. Tendrás que venir esta tarde si quieres estar una vez más con ella.

–¡No quiero estar con ella! Pero necesito verla con premura. ¡Es muy importante señora!

–Tranquilízate joven, no eres el primero que se enamora de una de mis féminas. Pero has de saber que ellas no están aquí para amoríos. Además, ahora están descansando. Será mejor que vengas al atardecer y esa diablilla de pelo rojo templará tu brío. Ahora si no te importa debo irme, me esperan en el palacio del sultán. –Sentencia Nadima con petulancia y desdén, destapando una hiriente carcajada trufada de satisfacción y burla.

Muhyí se planta ante ella y exhibe en la palma de su mano un puñado de monedas, principalmente *felús* de cobre pero también varios *dirhan* de plata.

–¡Pagaré por estar con Dunya, pero ha de ser ahora! –Dice Muhyí con vehemencia.

–Está bien muchacho, veo que sabes como tratar a una dama, a tus encantos no hay quien se resista. –Los labios gruesos de la señora enmarcan una sonrisa complaciente, mientras alarga la mano y coge las monedas. –Despertaré a la chica y te quedas un rato con ella, yo debo irme de inmediato.

El joven aguarda un rato en el salón, hasta que Nadima sale y le señala la puerta del dormitorio, mientras ella abandona la casa.

–¡Muhyí! No sabía que eras tú quien quería verme. –Exclama la joven mudando el rostro rígido a una expresión de radiante alegría.

–¡Quiero mi amuleto, mi colgante! Anoche estaba prendido en mi pecho y ya no está. Dámelo ahora mismo. ¿No fue suficiente con lo que pagué por estar contigo? –Recrimina el joven que permanece rígido, con las venas del cuello hinchadas como sarmientos y los brazos en jarra.

–No sé a qué te refieres. Te juro por Dios que yo no tengo nada tuyo.

Contesta la muchacha a punto de llorar y con mal augurio de lo que le espera de este joven airado, pues sabe que la señora ha salido de casa y no podrá interponerse si él la golpea. Se sienta desplomada en la cama y se tapa la cara con ambas manos.

Muhyí percibe el terror y la sinceridad de la joven.

–Bueno… quizá pude olvidar ese *dije* por algún rincón. No temas Gadea, no te voy a hacer daño –Dice con levedad tratando de sosegarla.

La joven levanta la cara al escuchar su nombre de niñez, y el rostro se le ilumina a pesar de los regueros de lágrimas que arrastran el maquillaje de sus ojos.

–Será mejor que escudriñemos toda la habitación y en las ropas de la cama. ¿Cómo es ese colgante? –Pregunta la muchacha limpiándose las lágrimas con el revés de la mano.

Casi a punto de oscurecer, Muhyí baja por la calle en dirección a la posada. Lleva las manos en los bolsillos y silba una melodía repetitiva, se le ha quedado grabada tras escucharla varias veces en la plaza de la mezquita bermeja. Ha pasado la mayor parte del día holgando con Gadea, sosegado tras encontrar el querido amuleto de su padre entre los pliegues de la cama. Después ha subido a la plaza y ha comprobado que, cada atardecer, cientos de andalusíes se congregan allí. No ha querido hacer preguntas esta tarde, prefiere volver con Kamal al día siguiente. También ha decidido que volverá a ver a Gadea.

Los dos hombres, envueltos por la multitud, salen del templo al concluir la oración de *Asr*. Tras expandirse en la plaza de la mezquita bermeja, por las calles que parten de ella, se van diluyendo los grupos de gente, hasta que solo quedan, en el rincón opuesto al oratorio, varias decenas de personas.

–Kamal, esos son los andalusíes, ayer estuve un rato escuchando sus músicas y los versos que recitan.

Dice Muhyí que ha permanecido un rato junto a su compañero sobre la escalinata de la salida del templo. Cruzan la plaza y se aproximan con discreción al grupo.

La gente se arracima en torno a un joven de cara larga, nariz aguileña y ojos saltones, de aspecto desgarbado y llamativo. Lleva un bonete de fieltro verde adornado con una pluma excesiva de colores estridentes, va vestido con una vistosa camisola roja de lino, bajo un chaleco de cuero tachonado de adornos dorados. Remata el atuendo unos *zaragüelles* acuchillados que fueron blancos y unas sandalias rotas que apenas cubren los pies encallecidos. Un halcón, con la cabeza cubierta por un capuchón, se bambolea sobre el hombro para no caer, mientras el muchacho de colorida vestimenta abre los brazos pidiendo que abran un hueco amplio en torno a él para la actuación.

Muhyí tira del brazo de Kamal y, poniéndose de perfil, tratan de avanzar entre la gente para buscar un buen lugar desde el que contemplar la función.

El artista se acerca a un anciano que hay desparramado en el suelo y, de la saca de arpillera que custodia el viejo, extrae una *dulzaina* de madera oscura. Alargando los brazos e hinchando el pecho hace sonar unas notas aceradas y se gira bailando en saltitos. El silencio de todos lo convierte en el centro de atención. Quita la cubierta al halcón y cambia el tono de su música. De la flauta nace ahora una suave melodía, que adorna con aspaventosos movimientos e inclinaciones, que avocan al ave de su hombro a salir volando, describiendo círculos sobre los espectadores como si lo hiciera al compás de la música. Tras concluir la relajante pieza, inclina la cabeza y recibe la aceptación del público.

–Piadosos hermanos, una vez más, doy gracias al Todopoderoso por permitirme compartir otro día con vosotros. Mi nombre es Faraj, y espero ensanchar vuestro espíritu, al menos por un rato, con mi música y los versos que improvisaré.

El joven sopla de nuevo el instrumento, de repente cesa, levanta la vista al cielo fingiendo recibir una inspiración divina y comienza a recitar.

En una tierra agraciada
con incontables delicias
donde la paz rebosaba,
medraron las injusticias,
por odio fertilizadas
con taimadas inquinas,

cuan árboles vigorosos
de lacerantes espinas
crecidos bajo el acoso
a las gentes oprimidas,
oscureciéndolo todo
bajo desolada umbría.

El brazo de frío hierro
del cristiano inclemente
nos decretó este destierro
bajo sentencia de muerte.

¡Huidos de aquel infierno!
no olvidaremos la afrenta
y al calor del desierto
nacerá venganza cruenta,
que han de pagar el precio
por invadir nuestra tierra.

¡Languidecerán las flores
y se ajarán los campos
y sucumbirán las torres
y morirán los rebaños
y padecerán los hombres
mortificación y escarnios,
y se teñirán los cauces
con sangre de humanos,
derramada por el avance
de nuestro filo acerado!
¡Porque carece de nombre
este ultraje del cristiano!

Un ejército vengador
de aguerridos agarenos,
bendecidos por el Creador
de las tierras y los cielos,
sobre el cristiano opresor
con inhumanos tormentos,
se abatirá cuan galerna
de fenómenos cruentos.

En los siglos venideros

sembrarán aquella tierra
con desesperados lamentos
los vástagos de esta guerra.

Terminado el recital, el trovador se quita el bonete y cruzando las piernas hace una forzada reverencia hasta casi besar el suelo, desatando una calurosa acogida entre los congregados. El artista lanza el bonete al anciano que custodia sus enseres, que lo recoge a tientas del suelo y, tras incorporarse con dificultad, arrastra su cuerpo contrahecho con el brazo alargado solicitando un donativo por la actuación de su amigo. Recorre el círculo completo, tropezando con la gente, recibiendo algunas monedas de poco valor, mientras el músico entona de nuevo una melodía con la *dulzaina*. Cuando el viejo llega a su altura, Muhyí le pide que se detenga, mientras busca unas monedas en su *faltriquera*. El anciano levanta la cara surcada de grietas y exhibe unos ojos muertos y una boca entreabierta con parvos dientes amarillentos. El joven deposita en el gorro varios *felús* de cobre y el pedigüeño continúa con la ronda.

Kamal oprime con fuerza el hombro de su compañero y se acerca a su oído.

–¡Muhyí, ese anciano es el que me entregó el amuleto de tu padre en el presidio del castillo de Fez! Estoy seguro de ello, es ciego y tiene la lengua cortada. ¡Es él, tenemos que hacerle saber quienes somos!

–¿Estás seguro de lo que dices Kamal?

–¡Que *Allah* no me permita ver el amanecer de mañana si no estoy en lo cierto! Compartí muchos días de martirio con ese hombre y el día que me liberaron, él me entregó ese colgante que había pertenecido a tu padre. –Sentencia Kamal dando una palmada en el pecho de Muhyí.

Durante un rato más, el joven Faraj continúa entreteniendo a su público. Improvisa nuevos versos, ahora de temas amorosos, y finaliza la actuación con juegos malabares, lanzando varios aros al aire y moviendo las manos con destreza para ir atrapándolos y lanzándolos de nuevo.

Kamal y su compañero aguardan pacientes a que se disperse la gente y, cuando el trovador y el anciano recogen los utensilios, se acercan con prudencia.

–Faraj, te felicito por la actuación. Tienes un gran talento. –Dice Muhyí a modo de saludo para aproximarse a ellos.

–Gracias muchacho. Todo cuando sé me lo ha enseñado mi

maestro Salim. –Contesta el joven trovador extendiendo el brazo sobre los hombros gibados del anciano.

Kamal mira en todas direcciones y comprueba que ya nadie queda en la plaza, carraspea y pregunta con cautela dirigiéndose al ciego.

–Salim… ¿puedo preguntarte algo?

El viejo asiente con la cabeza y da un pequeño codazo a Faraj, que contesta con rapidez.

–Sí, sí podéis preguntarle lo que queráis, pero él no os puede responder. No tiene lengua y está ciego, pero escuchará cuanto le digáis.

Kamal se acerca, coge al viejo por los antebrazos y le habla sin ambages.

–Salim, soy Kamal. Padecimos juntos durante una temporada en las mazmorras del castillo. ¿Me recuerdas? El día que abandoné el cautiverio me entregaste un amuleto. –Le toma la mano y le hace palpar el colgante que prende del cuello del joven. –Este es Muhyí, el hijo de Hisham, el hombre al que perteneció esto.

El invidente mueve la cabeza y sonríe alborozado, mientras se mueve inquieto. Sin duda comprende y asiente cuanto le dicen. Se gira hacia el trovador y le hace unos gestos nerviosos, moviendo los brazos y gesticulando de forma aspaventosa.

Finalmente, Faraj les transmite lo que quiere decir.

–Salim desea veros mañana en este mismo lugar tras la oración de *Ad–duhr*. Vendrá con un hombre que podrá responderos.

Con mucha impaciencia y algo de esperanza como compañeras de desvelo, Muhyí brega en el jergón durante una noche que se le antoja eterna.

Al día siguiente, a la hora convenida, aguardan tensos la cita con el anciano. Desde una esquina de la plaza, bajo la caricia de un sol liviano, contemplan la salida de los fieles de la mezquita, aguzando la vista para escrutar entre el gentío la imagen andrajosa de Salim.

Desde un callejón cercano alguien les avisa con discreción y les hace señales con el brazo para que se acerquen. Es un hombre de edad avanzada, alto y fornido, con larga melena y barba agrisadas.

Kamal y Muhyí se acercan con paso dubitativo y sin parar de mirar a uno y otro lado. Cuando llegan a la boca de la calleja, ven al ciego junto al hombre que les ha llamado y se tranquilizan.

–Que *Allah* os guíe, soy amigo de Salim, él me ha pedido que viniera a hablar con vosotros. –Interviene el desconocido a modo de presentación.

–Que el Profeta te ayude. Yo soy Kamal y mi acompañante es Muhyí. Estamos buscando a su padre, se llama Hisham y creo que el viejo Salim sabe algo de su paradero, pero nos es imposible entendernos con él.

–Estad tranquilos, yo entiendo todo lo que Salim explica con gestos. Permitidme que me presente primero. Me llamo Faysal… Faysal Altani. He dedicado mi vida a poner la fuerza de mi brazo al servicio de los poderosos. Comencé mi labor de soldado en Al–Ándalus sirviendo al alcaide de *Almariyya*, Yahya Al Nayar, uno de los traidores a nuestra fe, un ser de la peor calaña. Después tuve el honor de ponerme bajo las órdenes del sultán *Al Zagall*, y seguirle hasta su destierro en esta ciudad. Su inmensa generosidad le llevó a prescindir de mí cuando intuyó que la envidia y el escarnio de los felones le llevarían a presidio. Y así fue, el último caudillo valeroso de Al–Ándalus fue encarcelado por el sultán de Fez. Finalmente, ocultando mi pasado, conseguí entrar en la guardia del propio sultán, con el ánimo de acercarme a mi único señor, *Al Zagall*, que se consumía en las oscuras mazmorras de su castillo. Pero me fue imposible saber de él. Hace casi un año fui licenciado como soldado. He sido usado por los poderosos para fustigar a los oprimidos y ahora, con casi sesenta años, ya no soy útil para nadie, me faltan las fuerzas y la energía. Ahora malvivo mendigando por las calles y esperando que el Altísimo me llame a su presencia.

–Siento tus padecimientos Faysal… pero, ¿puedes decirnos algo acerca del paradero de mi padre… de Hisham? –Interrumpe Muhyí nervioso por el dilatado relato de la azarosa vida que les ha detallado.

–Yo he conocido bien a Hisham, tengo recuerdos imborrables de él. Incluso le salvé de una muerte cierta en la travesía que nos exilió a estas tierras. Sin embargo desde que lo apresaron hace más de quince años, no he vuelto a saber de su destino.

–¿Entonces…? –Pregunta Muhyí encogiéndose de hombros con cara de decepción.

Faysal da una suave palmada en la espalda del joven para tranquilizarlo.

–Comprendo tu impaciencia, yo os explicaré a continuación todo lo que el viejo Salim sepa sobre tu padre.

Siete años antes…

– 7 –
AL BORDE DE LA MUERTE

Presidio de Ibassane (cercano a la ciudad de Fez), 24 días del mes de Cha´bán, año 905 de la Hégira.
(Marzo del año 1.500 del calendario Cristiano)

Hisham lleva más de seis años en las oscuras mazmorras de una fortaleza en las afueras de la ciudad de Fez. A los pocos meses de estar preso fue confinado, junto con algunos miembros del séquito de *Al Zagall*, en esta fortificación extramuros, donde casi todos los reos son cristianos.

Son varios cientos los hombres que se consumen en este infierno y, a diario, son conducidos a las canteras califales donde trabajan de sol a sol.

Tras años de cincelar piedras, Hisham se ha convertido en un cantero cualificado. Ha conseguido leer las vetas y las grietas de cada roca, y adquirir la destreza necesaria para planificar con maestría las divisiones a fin de obtener los bloques más perfectos, con el menor esfuerzo.

Las murallas de la ciudad de Fez están siendo ampliadas, y la voracidad con la que se demanda materia prima es alimentada por la esclavitud de los reos en la cantera, mortificados por los látigos inmisericordes de los guardias del Sultán.

Los duros trabajos y las privaciones han deteriorado el cuerpo de Hisham hasta asemejarse al de un anciano. Sin embargo procura conservar la lucidez y la templanza necesarias para aguardar la salida de este agujero putrefacto.

Aplicándose con diligencia en su tarea diaria de dar forma a las rocas amarillas de caliza, trata de mitigar la amargura de su confinamiento. Conserva una vaga esperanza en que su destino cambie, y consume los días imaginando qué suerte habrán corrido su esposa y su pequeño Muhyí. Nada puede hacer, salvo resignarse y aguardar quizá un milagro. A diario dirige sus silenciosas plegarias a *Allah*, pidiendo por la protección de los suyos.

Un día más, antes del amanecer, las voces amedrentadoras de los

carceleros retumban entre las duras paredes para despertar a los cautivos. Los cuerpos escarnecidos y sarmentosos se incorporan del suelo apenas cubierto por hierbas secas, y se dirigen apáticos a recibir una escudilla de gachas de avena, un mendrugo de pan y una taza de té como principal sustento hasta el anochecer.

Alineados por el chasquido de los látigos, una columna de hombres es conducida por el estrecho sendero que se encarama hasta la cantera. Hisham, que va al final del grupo, trata de ayudar a un anciano que apenas puede caminar.

–Apóyate en mi brazo Salim, y ten cuidado de no tropezar otra vez. Mira bien por donde pisas, aunque resulta difícil en esta madrugada tan oscura.

–Que el Creador premie tu generosidad Hisham, si no fuera por tu ayuda hace tiempo que habría muerto. Aunque… tal vez sería mejor que penar esta existencia cada día.

–No digas eso, hemos de conservar la entereza. Sé que resulta difícil, pero…

–La única esperanza que tengo es la que es, no me voy a engañar. –Dice el viejo moviendo la cabeza. –Sin embargo tú es posible que alguna vez abandones este infierno. Si hay un intercambio de prisioneros, puedes ser elegido, siempre se llevan a los mejores canteros. Ahora eres el mejor, sin duda.

–Sí, soy un buen cantero, no te lo voy a negar, pero sabes que siempre que se liberan presos, los que salen de aquí son cristianos. No olvides que se trata de intercambios y son canjeados por prisioneros musulmanes en manos de los *rumís*.

–Es cierto, llevas razón Hisham. Tú y yo somos ya los únicos musulmanes en este presidio y, aunque llevamos años mezclados con los cristianos en este infierno, hablamos su lengua, todos llevamos la misma áspera túnica de arpillera y nada nos distingue de ellos en el trato que recibimos de los carceleros, es evidente que los *rumís* no van a entregar reos para liberar a un musulmán, por buen cantero que sea. –Razona Salim frunciendo el ceño mientras cierra los ojos, pensativo.

La abrasadora mordida de una fusta lacera la espalda de Hisham, haciéndole caer de rodillas, mientras un guardia vocifera a sus espaldas.

–¡Guardad silencio y caminad con más premura! Cuando amanezca debéis estar trabajando.

Todos los guardianes del presidio han sido relevados hace pocos

días. Las corruptelas y la relajación de los anteriores llevaron al *walí* de Fez a prescindir de ellos. El nuevo equipo, compuesto por cuarenta soldados jóvenes tiene instrucciones precisas de oprimir al máximo a los penados para obtener la mayor cantidad de piedra tallada. Por ello no dudan a la hora de emplear los métodos más agresivos. Al mando de los carceleros está Redwan al–Asken, un oficial de apenas treinta años, de mirada sombría, cuya mera presencia, inquieta tanto a los presos como a los miembros de su guardia.

Con la alborada tiñendo de púrpura el horizonte, los penados llegan al tajo para emprender otra jornada que les consumirá un punto más sus hastiadas vidas. A voz en grito, los guardias distribuyen las cuadrillas y los talladores son llamados al reparto de las herramientas.

La cantera califal está frente al presidio de Ibassane, en la cima de una afilada montaña de crestas ocres. Las manos incansables de los presos, que durante decenios han trabajado aquí, han conseguido infringir al monte una enorme herida, de la que extraen unos sillares de caliza de extraordinaria calidad. Los escombros sobrantes de la cantera son arrojados por un desfiladero abismal que se abre al norte, conocido como el *albañal*. Las estelas de polvo han teñido de amarillo las abruptas laderas y el agua del río. En los años que lleva aquí, Hisham ha visto ya a varios porteadores caer por la escombrera, arrastrados por los pesados capazos a sus espaldas. Ni siquiera se ha intentado recuperar sus cuerpos. El *albañal* también ha sido usado por los carceleros como solución expeditiva para reclusos muy conflictivos. Incluso, una vez, un joven llamado Pedro, sin duda con poco juicio, intentó escapar de los guardias por este lugar. Se dejó caer a rastras sobre los escombros, pero de inmediato perdió el agarre y calló al vacío. Algunos guardias pudieron ver como su cuerpo se desmembraba al impactar con las afiladas crestas de los salientes. *–Trabajo facilitado a los buitres*. –Concluyó uno de ellos destapando sonoras risotadas en los demás.

Junto al único lugar por el que se puede entrar o salir de la cantera, hay una improvisada covacha que hace las veces de cuerpo de guardia. Frente a este lugar permanecen una docena de reos, entre ellos Hisham. Son los maestros canteros en espera de recibir las herramientas.

Otro de los buenos cinceladores de piedras es Álvaro de Arade, un reo cristiano de origen luso al que todos llaman *el portugués*. Es alto, de piel oscura, cara angulosa y carácter amargo. No tiene amigos, todos le rehúyen y evitan las conversaciones en su presencia, pues intenta medrar y mejorar su posición haciendo de confidente a los carceleros. En los escasos días que llevan los nuevos guardias a cargo del presidio ya ha intentado aproximarse al oficial al mando, pero el talante del joven musulmán, frío, distante e inaccesible, impide por ahora el menor acercamiento del lisonjero.

–¡Vamos, daos prisa! Poneos tras de mí, los pertrechos nos están esperando. –Grita *el portugués* a sus compañeros y, subiendo la mirada, se levanta el sombrero de paja que siempre cubre su cabeza y se dirige a Redwan al–Asken saludándolo con adulación. –Buenos días señor, que el Profeta le dé suerte en este nuevo destino.

Redwan no contesta, se limita a mirarlo con desprecio y descargar con brusquedad sobre sus manos un cincel, una maza, una escuadra de madera y un paño de tela para protegerse la cara del polvo. Al resto de canteros le entrega los mismos aparejos.

Cuando la claridad se extiende por el valle, los sonidos metálicos de los cinceles sobre la dura piedra esbozan una tediosa sinfonía que ha de perdurar hasta el anochecer.

Hisham y Álvaro *el portugués* están en la misma cuadrilla, le acompañan cinco hombres más: uno de ellos es el viejo Salim, el resto son soldados cristianos apresados por las tropas del sultán en incursiones sobre la ciudad costera de *Mililiat*. Hoy están en la zona más escarpada de la cantera. Los picadores se ayudan de cuerdas para acceder a las grietas y tratar de desprender los grandes bloques para luego desbastarlos en sillares.

Un viento, que arrecia por momentos, recorre los barrancos y levanta cegadoras polvaredas amarillas que hacen ardua la tarea de los penados.

El portugués tira con fuerza, haciendo palanca sobre una barrena de hierro que ha colocado estratégicamente en una grieta. Empleando todas sus fuerzas provoca un crujido sordo y consigue arrancar una piedra de gran tamaño. El bloque cae rodando hacia donde están los demás obreros que, sorprendidos, corren a un lado para no ser aplastados. Uno de ellos, Luis de Arana, un hombre de mediana edad cuyo cuerpo todavía evidencia que cuando llegó a este presidio estaba rollizo y había tenido una vida regalada, se trastabilla en la huida y una lasca desprendida de la piedra arrojada le aplasta la mano.

El herido grita dolorido desde el suelo, cogiéndose la mano palpitante. Cuando se disipa la polvareda los compañeros se arraciman sobre él. Desde el talud elevado Hisham se interesa por su estado.

–Luis, ¿te encuentras bien? ¿Qué te ha ocurrido?

–Tiene la mano magullada, se la ha aplastado la piedra que ha caído. –Contesta Salim, agachado junto a él.

Hisham se gira hacia su compañero, que permanece impasible con la barrena en la mano, y le increpa la acción.

–¡Álvaro, eres un maldito estúpido! Podrías haber matado a alguien, sabes que hay que avisar cuando se deprenden las piedras.

Desde abajo todos se enervan de igual modo con *el portugués* y le recriminan su actitud, pero éste, lejos de amedrentarse, contesta con frialdad.

–¡Yo hago mi trabajo, que es arrancar piedras a la montaña y tallarlas, vosotros debéis ocuparos del vuestro, quitar los escombros y estar atentos a las piedras que caen! Si no estuvierais siempre cuchicheando como alcahuetas no os ocurriría nada.

–¡Nuestra principal tarea en este infierno es sobrevivir! –Responde Salim desde el suelo, cargado de ira, mientras sujeta la mano hinchada de Luis. –Nuestros carceleros y estos trabajos a los que nos fuerzan a diario ya nos atormentan lo suficiente, como para que un asqueroso gusano como tú nos mortifique también.

–¡Mira viejo, tienes muy mal proceder! ¡Guarda los insultos y la agilidad de tu lengua para otros menesteres o te arrepentirás de ello!

–¡No me voy a callar porque tú lo digas! ¡Eres una rata inmunda y algún día has de pagar por todo el mal que emana de tu persona!

–No será un viejo como tú el que me atemorice... ¡Ten mucho cuidado con tus palabras Salim! Reserva tu elocuencia para esas ridículas poesías que recitas. –Concluye *el portugués* con una sonora carcajada a la que nadie corresponde.

En ese instante aparece el oficial y dos soldados, atraídos por los gritos de la discusión.

–¿Qué está ocurriendo aquí? ¿Qué hace ese hombre en el suelo? –Pregunta el joven Redwan al–Asken señalando con la punta de su sable.

–No están atentos al trabajo señor, por eso le ocurren estas cosas. –Responde *el portugués* con pavoneo desde su atalaya.

–Lavadle la mano y continuad de inmediato con el trabajo. –Sentencia el oficial retirándose seguido de sus dos soldados.

Tras enjuagar la mano del herido y secar las heridas, se la cubren

con un paño y reanudan la tarea mascullando improperios y reprobando la actitud del desalmado compañero.

Sobre medio día, los guardias hacen sonar unos cuernos a modo de trompeta. El sonido gutural y destemplado provoca que los reos cesen en el trabajo y se pongan sobre aviso. Es la hora del descanso diario, pero nunca se sabe, el toque de cornetas ha precedido a buenas y malas noticias.

Finalmente uno de los guardias anuncia que pueden descansar un rato.

Con las piernas entumecidas y los brazos doloridos, se acercan todos al punto de reunión. Junto a un talud de la roca, unos chamizos improvisados con palos y ramas sirven de cobijo en los escasos ratos de descanso, y mitigan el sol abrasador en las horas centrales de los días de verano.

Apenas cobijados de las ráfagas polvorientas, cientos de hombres se agolpan bajo los ramajes y, tras limpiar el polvo de sus gargantas haciendo gárgaras con agua, tratan de engullir un pequeño mendrugo de pan y una porción de cecina de oveja que componen la ración de hoy.

La cuadrilla de Hisham, a la que llaman la de *Mililiat* por el origen de algunos de sus miembros cristianos, se acomoda en un rincón bajo la techumbre, procurando evitar la incómoda compañía de Álvaro *el portugués*.

La escasa comida y el voraz apetito hacen que en instantes todos los reos acaben de comer.

Unas terrazas más abajo, Redwan al–Asken y sus soldados rodean una hoguera sobre la que crepitan rosadas piezas de cordero. El aroma de la carne braseada asciende hasta donde se relajan los reos para castigarlos y hacerles salivar.

–Salim, improvísanos unos versos que nos hagan olvidar nuestra desdicha. –Pide Luis, el hombre de la mano herida.

Varios presos más apoyan la petición y en torno al viejo trovador se empieza a formar un corro.

–No, no tengo ánimo para ello. Además ya he tenido algún problema con los guardias por recitar. –Se excusa Salim moviendo la cabeza.

–Venga hombre, estos guardias son nuevos, a lo mejor le gustan tus versos y te llevan a la corte para que deleites al harén del sultán. –Dice un hombre de pelo rubio y ojos saltones, despertando las risas de todos.

–Sí, seguro que un viejo decrépito como tú lo único que ya puede

hacer a las mujeres del sultán es recitarle versos. –Masculla *el portugués*, lleno de odio, provocando la reprobación de los reunidos y haciendo que Salim se decida a recitar.

El viejo trovador se incorpora con dificultad y toma un trago de agua.

–Está bien muchachos, haré un esfuerzo y trataré de improvisar unas estrofas, inspirado solo de imaginar las bellas mujeres que habrá en el *serrallo*.

Recibiendo halagos y palmadas de los compañeros, Salim aspira fuerte por la nariz, y levanta la vista al cielo mientras un silencio absoluto, solo roto por el ulular del viento, aguarda sus palabras.

Ni las gemas del desierto
ni la belleza de un clavel,
ni el aroma del incienso
ni la pureza del amanecer,
ni la libertad a un preso
en el instante de perecer,
ni un trago de agua pura
al exánime por la sed,
igualará la dulzura
de una hermosa mujer
y la ternura de unos besos
que te sacudan de placer.

Los gritos de alegría y los aplausos provocan una profunda satisfacción en el trovero. Sabe bien que con algo tan simple como sus palabras, estos hombres olvidan por instantes su desdichado sino. Por ello se anima a continuar y levanta los brazos pidiendo silencio.

–Ahora quiero finalizar recitando algo menos remilgado. –Dice el viejo tratando de elevar la voz para hacerse oír con el viento.

Como flores de invierno
rebeladas a inclemencias,
como hijos del incesto
alumbrados a miseria,
como soldados con miedo
en una sangrienta guerra,
como un puñado de yeso
arrojado a una reguera,
como estrellas en el cielo

para remover conciencias.
¡¡Así son los prisioneros
de esta maldita cantera!!

Los reos, emocionados, aplauden y se deshacen en vítores y vivas vociferando el nombre del trovador. Con el jolgorio no se percatan que un grupo de guardias han llegado junto a la muchedumbre.

–¿Acaso tenéis motivos para celebraciones? –Grita el joven al–Asken desenvainando el sable. ¿Quién ha provocado toda esta algarabía?

–¡Señor, es ese viejo! Él es el que hace de bufón de estos gañanes. –Exclama Álvaro *el portugués* con aversión, desde un lugar apartado de los demás, mientras se levanta y señala a Salim, buscando la aprobación del oficial, deleitándose con su acusación.

Hisham se adelanta y habla con meditada prudencia a al–Asken.

–Si me lo permite señor… este hombre solo ha improvisado unos versos inocentes y los demás se lo hemos agradecido. El alboroto es culpa nuestra, pues primero le hemos pedido que lo haga y luego hemos gritado y vitoreado en exceso.

El oficial no mueve un músculo de su cara, ni siquiera dirige sus ojos grandes y oscuros a quien le habla.

–¡Tu lengua no volverá a articular palabras y tus ojos no verán otra luz que la del infierno!

Sentencia Redwan al–Asken, poniendo la punta del sable en el entrecejo de Salim. Tras girar sobre sus talones deja a todos sumidos en un silencio espeso, al que ha contribuido el viento, cesado por un instante para solemnizar la sentencia.

–¡Volved al trabajo de inmediato! –Grita un soldado corpulento crujiendo un látigo de tiras de piel de cordero sobre las cabezas de los reos. –Mañana no tendréis descanso en todo el día.

Apesadumbrados por las palabras del oficial a Salim, de las que ignoran si se trata de una efectiva sentencia o simplemente una amenaza, los prisioneros vuelven circunspectos a sus trabajos. Todos miran con inquina al luso, sin llegar a comprender qué oscuras tormentas puede librar la mente de un hombre para destilar tanta maldad injustificada.

Con el sol concluyendo el descenso, una lluvia fina, acelerada por las ráfagas de viento, azota inmisericorde a los penados, que se protegen arropándose el rostro y bajando la cabeza.

Salim, desde un lugar elevado atisba la llegada de un grupo de

soldados a caballo. Son de la guardia del sultán, los distingue por sus características capas de piel de camello y sus llamativas camisolas amarillas. El anciano deja caer el capazo de escombro en el suelo y trata de controlar el temblor de piernas que le asalta. –*¿Habrán venido a cumplir la sentencia del oficial?*– Se pregunta el anciano con la cara desencajada. –*Prefiero arrojarme por la escombrera antes que verme mutilado sin poder hablar o ver.* –Devorado por la curiosidad baja a las terrazas inferiores para tratar de escuchar la conversación de al-Asken con los recién llegados.

Tras escuchar el diálogo entre soldados, el anciano sube hacia la parte superior todo lo veloz que sus deterioradas piernas le permiten. Se acerca a Hisham y le habla con voz muy baja.

–Escúchame bien muchacho, tienes una oportunidad de salir de este agujero que no puedes desperdiciar. Los soldados del sultán han venido a por la cuadrilla de los canteros de *Mililiat*, esa es la nuestra.

–No seas iluso Salim, se tratará de un intercambio de prisioneros, ya te he dicho muchas veces que solo salen de aquí los cristianos. ¿Quién va a entregar un preso a cambio de nosotros, que no somos cristianos? –Pregunta Hisham, sin esperar respuesta, abriendo las manos y encogiendo los hombros.

–¡No comprendes mis planes! Pero no hay tiempo para explicártelos, los soldados ya están subiendo. Asiente a todo cuanto yo haga y no cuestiones nada.

–Pero Salim, no quiero meterme en problemas y menos aún que te perjudiques tú. Ya ves como acaba de reprenderte el oficial. Dejemos las cosas como están, saldremos de aquí cuando sea la voluntad de *Allah*.

El viejo trovador empuña con fuerza el brazo de Hisham y lo agita levemente mientras le habla masticando cada palabra.

–Esta oportunidad que se te presenta hoy es por la voluntad del Creador, todo cuanto ocurre es porque Él lo quiere. No temas y piensa en tu familia que estará en algún lugar ahí fuera sin saber de ti durante tantos años. Muchacho, mírame a los ojos y haz caso a este consejo: los pasos que no des pueden llegar a ser los que dejen las huellas más profundas y dolorosas en tu vida.

Concluye Salim que se dirige a paso acelerado hacía la escombrera, mientras Hisham medita la última afirmación de su amigo; la encuentra cargada de razón. Desconcertado, pero lleno de determinación y esperanza se dispone a seguir un plan del que desconoce todo.

A gritos desesperados desde el filo del terraplén el anciano llama a los compañeros.

–¡Venid todos de inmediato!... ¡Hay algo brillante ahí!

Los miembros de la cuadrilla de *Mililiat* se interesan y se aproximan al *albañal* junto a Salim, temiendo que el viejo sea capaz de arrojarse al vacío para evitar las amenazas profesadas por el oficial. Hisham se acerca igualmente, expectante y sin perder detalle de los actos de su cómplice.

Están todos junto a la escombrera menos *el portugués*, que al ver que los soldados están a punto de llegar, aprovecha para bajar y reprimir a sus compañeros. Se aproxima a pasos largos al grupo de hombres, carraspeando para aclararse la garganta.

–¿Qué ocurre? ¿Qué hacéis ahí todos juntos? –Les recrimina.

–¡Es eso… eso que brilla, mira Álvaro!

–¡Apartaos! Ya me ocupo yo. –Contesta *el portugués* braceando para abrirse paso hacia la escombrera.

En ese instante una mano le arrebata el sombrero de paja y, al instante, un pie le descarga una sacudida en la espalda haciendo que Álvaro *el portugués* vuele hacia el abismo. Hisham, agitado, se vuelve a sus compañeros y comprueba la satisfactoria aceptación de todos por lo que acaba de hacer. Abajo se oye un crujido de huesos que pone fin al grito desencajado emitido durante la caída.

–Al final he entendido tu plan, y quería ser yo quien le diera su merecido a esa comadreja. –Dice Hisham dirigiéndose a Salim, al tiempo que éste le arrebata el turbante y le encaja sobre la cabeza el sombrero de paja del malogrado cantero.

–No te lo quites y cúbrete la cara con el pañuelo. Desde ahora eres Álvaro de Arade, *el portugués*.

Dice Salim con firmeza recorriendo con la mirada a los demás hombres de la cuadrilla. De inmediato, comprueba que los soldados acaban de aparecer por el extremo de la explanada y, agitando los brazos con falsa desesperación grita con fuerza.

–¡Ayuda, ayuda! ¡Hisham ha caído al precipicio! Traed cuerdas.

Los guardias se apresuran y corren hasta la reunión de los reos. Cuando llegan, los soldados hacen que todos se alejen de la zona, mientras el joven oficial se acerca al abismo y mira impasible durante un rato. A unos doscientos *codos* montaña abajo, está el cuerpo retorcido y boca abajo sobre una afilada arista rocosa. A través de la oscura vestimenta asoma, teñida de rojo, una lanza de piedra en la que ha quedado ensartado *el portugués.*

–¡Que *Allah* lo acoja en la morada eterna! –Concluye al–Asken de forma lacónica sin mostrar el menor gesto en su rostro.

–Así sea. –Responde Salim con una reconfortante sonrisa bajo el paño que cubre su rostro y percibiendo la cómplice mirada de Hisham y los demás reos.

– 8 –
VIAJE A LA ESPERANZA

Kudiat-Cazaza, 2 días del mes de Ramadán, año 905 de la Hégira.
(Abril del año 1.500 del calendario Cristiano)

Las lluvias de finales de invierno han hecho aflorar la primavera sobre las áridas tierras. Un manto verde, moteado de flores de todos los colores, luce bajo un sol tibio en retirada, alfombrando las suaves llanuras cercanas a la costa.

Los soldados del sultán de Fez escoltan al grupo de cinco reos cristianos: un maestro cantero de probada destreza y sus ayudantes. La valía de esta cuadrilla ha despertado el interés del alcaide de la cercana ciudad de *Mililiat*, llamada Melilla tras la conquista por los hombres del duque de Medina Sidonia para la cristiandad, hace algo más de dos años. Serán canjeados por una veintena de presos musulmanes sin oficio alguno.

Hisham es el maestro cantero, ahora llamado Álvaro de Arade o *el portugués,* y ha empeñado su supervivencia a hacer vida de cristiano para evitar que se descubra su falsa identidad. Sus compañeros de cuadrilla le han asegurado que por ellos nada se sabrá.

Han salido hace días del confinamiento en el presidio de Fez y, aunque custodiados por guardias sarracenos durante toda la travesía, como la valiosa mercancía que son, ya no reciben trato de prisioneros. Se les proporciona abundante comida, aunque solo al anochecer pues están en Ramadán y así lo determinan sus guardianes. Duermen cubiertos por capas y llevan decentes vestimentas.

Frente a ellos destaca, en el horizonte, la pétrea silueta de una construcción que, izada sobre una colina, exhibe los trazos rectos y austeros de sus muros y torreones. Es la fortaleza de *Kudiat-Cazaza*, ciudad que ha sido uno de los puertos comerciales más activos del reino de Fez y es ahora plaza codiciada por los cristianos de la cercana Melilla. Este ha sido el lugar elegido para el intercambio de prisioneros.

El grupo de reos camina unos pasos delante de los soldados que,

distendidos por estar ya en el final de la travesía, conversan animosamente descuidando la vigilancia. Antes de subir a la fortaleza, a través de un valle estrecho, el camino se abre al mar y aparece ante ellos una bahía, acodada entre la desembocadura arenosa de un cauce seco y una escarpada ladera rocosa. Media docena de barcos se mecen con pesadez en las tranquilas aguas de la ensenada y varios centenares de humildes casas, algunas abandonadas, se escalonan desde los muelles de madera del puerto hacía las faldas del castillo.

–Este es el puerto de Alcudia de Cazaza, o *Kudiat–Cazaza* que es como la llaman los musulmanes. –Dice Hisham a su compañero Diego de Fernández, dándole un leve codazo.

–¿Has estado aquí antes Hisham?

El musulmán cruza el dedo sobre sus labios abriendo los ojos de forma ostensible pidiendo silencio a su compañero y le habla en voz muy baja.

–No me volváis a llamar Hisham, ya soy Álvaro de Arade. Y sí, sí he estado aquí antes, este fue el lugar donde desembarqué cuando vine de Al-Ándalus, de eso hace ya casi nueve años… nueve largos años de sufrimientos. Aquí llegué con mi esposa en busca de una vida mejor y hallé el infierno que hemos compartido hasta hace unos días. –Concluye Hisham en voz baja, con los ojos nublados por la emoción.

–Pues si esto es Alcudia de Cazaza, muy cerca de aquí está Melilla, la ciudad donde nos apresaron a nosotros. –Asegura Germán de la Herrada, un muchacho muy joven, de mirada inquieta, pelo claro y ojos saltones como un pez, que camina al otro lado de Hisham.

Mientras atraviesan las calles desiertas de la villa, Hisham mira a todos lados, incrédulo al contemplar que esta aldea, ahora desolada y sin vida, en nada se parece a la que él llego hace años con el sultán de Al–Ándalus y su séquito. Apenas pasaron aquí una noche, pero fue suficiente para ver que entonces este puerto hervía de gentes y mercancías; en cambio ahora languidece carente de vida. –*¿Qué habrá sido del valeroso Al Zagall? ¿Y de Faysal Altani y los demás?* –Se pregunta en silencio.

De todos los compañeros de aquel exilio solo tiene certeza del destino de Salim, el viejo trovador, con el que ha compartido condena y que le ha procurado este ardid para su libertad. *–Amargo futuro le espera al bueno de Salim si al-Askem cumple su sentencia.* –Lamenta Hisham. Le preocupa el destino de todos estos compañeros

que han compartido amarguras con él, pero lo que le rasga el corazón es la incertidumbre sobre el paradero de su esposa e hijo. Se lleva la mano al pecho para soportar el inmenso dolor de sus recuerdos y nota la ausencia de su amuleto. Lo ha tenido que dejar en un lugar oculto en la celda de la prisión, en una rendija entre dos piedras de la pared. Ante la improvisada liberación en la cantera, le ha revelado al viejo Salim el escondrijo para que se lo quede para él. Le ha dolido desprenderse de ese querido recuerdo que perteneció a su hijo. *–¿Qué otra cosa podía hacer? Además, la generosidad de Salim bien merece un regalo tan especial.*– Piensa Hisham levantando la cara hacia una luna llena que acaba de nacer tras la silueta del castillo, una luna que tiñe de plata la bahía de Cazaza.

Cuando llegan al castillo, junto a un arco pequeño de dovelas toscamente talladas, jalonado por la luz de dos antorchas mecidas por la suave brisa, encuentran a un centinela adormecido, vestido con ropas desaliñadas. Tras recibir explicaciones de los guardias, les franquea la entrada al patio de la fortaleza y, a gritos, anuncia la llegada de los prisioneros cristianos.

Tras un chirrido oxidado, se abre una puerta pequeña y aparece un hombre gordo, de cara redonda, nariz aplastada y tez roja y grasienta picada de hoyuelos. Va embutido en una chilaba morada llena de lamparones de aceite, con la ménsula que hacen sus abultados pechos en la solapa sembrada de restos de comida. Las costuras de la túnica se baten en retirada, a punto de colapsar sin apenas poder contener la corpulencia de su relleno. Inflando los mofletes y haciendo una contracción que estremece sus carnes blandas, trata de disimular un eructo que llena el ambiente de hedor agrio, al tiempo que se presenta ante ellos:

–Soy Jetur al–Hariz, jefe de esta fortaleza. Que *Alláh* os bendiga a todos.

–Bien hallado seas Jetur, soy Salmanian Zulegui, oficial del sultán Muhammad al Sayjel ben Yahya, que el Todopoderoso lo ilumine por muchos años. Estarás enterado de nuestra llegada, traemos a cinco prisioneros cristianos para canjearlos por una veintena de los nuestros.

–Sí, os esperábamos. Mañana será el intercambio con los *rumís*. Se hará fuera del castillo, a medio camino hacia la ciudad de *Mililiat*, así lo exige el alcaide cristiano.

El orondo jefe de la fortaleza levanta el brazo lo poco que le permite la ceñida vestimenta y, de inmediato, uno de sus soldados

se cuadra ante él.

–Llevad a los cristianos a la Torre de las Forcas y que reciban comida y bebida.

El soldado asiente bajando la cabeza y dirigiéndose a los reos les pide que le sigan.

La Torre de las Forcas es una construcción esbelta y cuadrada, ubicada en el lado norte de la muralla. Acceden por una escalera de madera en lamentable estado. El interior es una estancia alta y desnuda, con las paredes de sillares de adobe, el suelo de losas de piedra y dos estrechas aspilleras como únicas aberturas al exterior.

Tras dejar a los reos en el interior, el soldado cierra la reja tras él y la asegura con una larga cadena que tensa y sujeta a unos ganchos alejados de la puerta.

Hisham mira a sus compañeros, que examinan la morada, pasando la mano por las paredes y levantando la vista al techo. Se aproxima a una de las troneras y contempla un mar agrisado por el anochecer sobre el que nadan inquietas las estrellas.

Al rato, el sonido metálico de la cadena de la puerta los sorprende sentados en el suelo, exhaustos por el ayuno y los días de caminata. Varios soldados entran cargados con *herpiles* de paja que distribuyen por los rincones. A continuación les traen dátiles, unas escudillas metálicas con una sopa de verduras y carne, llamada *harira*, unas tortas de *pan pita*, una jarra de té y un búcaro de agua.

De nuevo cierran la puerta, condenándola con la cadena.

El joven Germán se acerca a la puerta y comprueba, tirando de las rejas, que está bien sujeta. Pega la cabeza a ella y observa que no hay nadie en la parte baja de la torre.

–Acercaos, esta sopa está caliente y huele bien. –Dice Luis de Arana dejándose humedecer el rostro por el vaho que sube de su escudilla.

–Yo creo que no podré comer, no me encuentro muy bien. –Balbucea Rodrigo de Fernández, un hombre joven de cuerpo delgado y menudo, que permanece sentado, con la espalda apoyada en la pared, soportando el temblor que le provocan los escalofríos, con la cara lívida y brillante de sudor.

Diego, el hermano de Rodrigo, un hombre de amplias espaldas, pelo castaño y cara redonda, se acerca al enfermo y pone la mano sobre la frente.

–Creo que tienes calentura… intenta comer algo para reponerte. Al menos tómate el caldo de la sopa y bebe algo de té.

Hisham toma una de las capas y la coloca sobre Rodrigo,

abrigándole el pecho.

–Muchacho, come y bebe lo que puedas y trata de descansar. Mañana no digas a nadie que estás enfermo e intenta no evidenciarlo si te encontraras mal. Si los soldados cristianos te ven mermando no te aceptarán para el intercambio de prisioneros. Recuerda que nos liberan porque somos buenos tallando la piedra. Nos quieren para trabajar. Enfermo no les eres de utilidad y no malgastarán presos musulmanes por ti.

En instantes apuran la cena, todos excepto el enfermo que solo ha tomado algo de caldo y unos sorbos de té. Diego se acerca y arropa a su hermano que descansa ahora en un rincón, cubierto por varios mantos y sobre un grueso regazo de paja que le han preparado los compañeros.

Diego y Germán, los más jóvenes de la cuadrilla se acercan a una de las aspilleras. Con una de las escudillas de la sopa rascan sobre la pared desprendiendo tierra con facilidad.

–Luis, Álvaro… acercaos. Mirad esto, con un rato de faena podríamos abrir un hueco en esta pared para escapar. No hay guardias en la torre. –Expone Diego dejando caer la tierra de la cazoleta.

–Sí, entre los cuatro podríamos hacerlo en un instante, seguro que los guardias están dando cuenta de un buen festín después de todo el día de ayuno. Para cuando se den cuenta estaremos lejos. –Arenga Germán a los compañeros mostrando una expresión de alegría en los minúsculos ojos de su afilada cara.

Luis se acerca a ellos y les dice:

–No seamos inconscientes muchachos, estamos a pocas horas de ser libres. Los cristianos nos quieren para trabajar, pero ya no vamos a ser sus prisioneros, ellos son de los nuestros. –Dice girando la vista hacia Hisham con gesto contrariado y buscando su aprobación –¿No es así?

–Luis tiene razón. –Interviene el musulmán con voz calmada.– Es una locura convertirnos en proscritos en tierra hostil.

–Nos sería fácil llegar a Melilla, está cerca y es territorio cristiano. –Expone Diego con convencimiento.

–Es una idea descabellada. –Sentencia Luis. –En primer lugar corremos un riesgo innecesario, en cualquier momento pueden volver los carceleros y cuando vean que estamos excavando las paredes no creo que nos feliciten. Pero si logramos salir ahí fuera, tampoco sabemos si hay centinelas en los alrededores o en los

adarves. Además, somos un grupo y hemos de mirar por todos. Tu hermano está enfermo, tendría dificultad para emprender una huida. Y Álvaro… ya sabéis su situación. La única forma de llegar a Melilla como un cristiano sin que nadie le haga preguntas incómodas es en este intercambio. –Concluye abriendo los brazos, señalando con uno de ellos un bulto en el rincón bajo las ropas y con el otro a Hisham.

–Tenéis razón, debemos ser pacientes. No te preocupes maestro, nada haremos que te ponga en peligro. Tenemos que ser conscientes de tu situación, es realmente arriesgada. –Dice Diego tirando la escudilla y dando una palmada en la espalda de Hisham.

Sentados los cuatro junto al enfermo, que parece haber quedado dormido, esperan a que el cansancio venza el hormigueo que les provoca saberse tan cerca de la libertad. Los rayos de luna, que entran en la estancia por las troneras, tiñen de un color boreal las caras y dan un brillo cristalino a los ojos de los todavía prisioneros.

–¿Cómo fue vuestra captura por los soldados del sultán? –Pregunta Hisham sin dirigir la pregunta a nadie en concreto.

–A mí me apresaron en una escaramuza en las afueras de Melilla. Formaba parte de una patrulla nocturna de reconocimiento y nos tendieron una emboscada. Solo sobrevivimos dos, el resto fueron rebanados por las afiladas *gumías* de aquellos salvajes. –Contesta Germán manteniendo los dientes apretados al recordar los hechos.

–A mí me capturaron junto a mi hermano. Fueron unos piratas berberiscos en un ataque a Vera, una villa de las costas de *Almariyya*. Luego fuimos vendidos como esclavos, por suerte, al menos hemos permanecido los dos juntos. –Suspira Diego, respirando con profundidad, provocando un vuelco en el corazón del musulmán al escuchar el nombre de su tierra.

–*Almariyya*… yo nací y viví en un pueblo de *Almariyya*. –Balbucea Hisham abstraído, con su mente ya en su añorada tierra.

–Nosotros no somos de *Almariyya*, sino de una villa de las sierras de Málaga, llamada Archidona. Cuando nos apresaron los piratas estábamos en Vera porque habíamos ido con una recua de mulas cargadas de aceite, para cambiarlo por sal. –Aclara Diego.

–¿Y tú qué Luis? ¿Cuál es tu historia? –Pregunta el joven Germán.

–Me capturaron antes que a vosotros por lo que veo. Fue a finales del verano de 1.497, cuando las tropas del duque de Medina Sidonia tomaron la ciudad de Melilla. –Responde el aludido.

–Así que, tú también eras soldado. –Se interesa Hisham.

–No… no, yo no era soldado. –Dice Luis sonriendo. –Las únicas armas que manejo con destreza son hachas y facas para trocear cerdos y corderos. Yo era el cocinero del jefe de la expedición que tomó la ciudad. Bueno cocinaba para todos los oficiales de la mesnada.

–¿Cómo te capturaron entonces? Los cocineros no van en vanguardia en un ataque. ¿Acaso cocinabas tan mal que el duque te envió al frente como castigo? –Se interesa el joven Germán provocando las risas contenidas de sus compañeros.

–No fue así muchacho, y espero que tengas la oportunidad de deleitarte con algunos de mis guisos. En mis días de cautiverio lo que más he echado de menos ha sido la comida… digo esto porque no tengo familia, claro. –Dice Luis cerrando los ojos para recordar con más intensidad aquellos manjares que preparaba. –Tuve la oportunidad de cocinar varias veces para el duque de Medina Sidonia, Don Juan Alonso Pérez de Guzmán. Era un hombre que sabía apreciar los placeres de la buena mesa, no quedó defraudado en absoluto con mis platos. Bueno, el caso es que cuando se preparó la expedición para ocupar la ciudad de Melilla el duque me envió como cocinero en el barco principal.

–¿Desde dónde partió la flota? –Se interesa Hisham.

–Partimos desde las costas de Cádiz. El rey Fernando autorizó el envío de tropas, pero la corona no quiso involucrarse mucho en aquella empresa. Sin embargo el duque actuó con valentía y estaba resuelto a poner fin al nido de piratas en que se había convertido la ciudad de Melilla, desde donde hostigaban las costas españolas. Preparó un contingente de varios millares de infantes y más de doscientos jinetes, acopió las bodegas de un buen número de naves venecianas y nos hicimos a la mar una noche plena de luna. Puso al mando de toda la flota a su hombre de confianza, Don Pedro de Estopiñán. Ese hombre no sabía comer. –Dice Luis moviendo la cabeza y haciendo un signo despectivo con la mano. –Solo pensaba en dar órdenes, en guerrear y en que gastáramos la menor cantidad de víveres. Don Pedro no era un hombre feliz, una persona que no disfruta comiendo no puede ser nunca feliz.

De repente un estruendo de voces se escucha a través de la puerta. El joven Germán se levanta de un salto, se acerca a la reja y, volviendo la cara con un dedo sobre sus labios, pide silencio a sus compañeros. Las voces y las risotadas se escuchan con nitidez.

–Parecen soldados borrachos, han puesto empeño en poner fin al ayuno de Ramadán. –Dice Hisham. –Y no están solos, se escuchan voces y risas de mujeres.

–¡Ah… mujeres! Hace tanto tiempo que no toco una piel suave y sedosa… Me dejaría cortar un dedo por yacer con una hembra esta noche. Solo escuchar sus voces me ha hecho hervir la sangre. –Dice Germán echando la cabeza hacia atrás y cerrando los ojos.

–Pues esta noche te vas a un rincón apartado a dormir, no te quiero a mi lado. –Protesta Diego con sorna provocando la risa distendida de todos.

–Por mí puedes dormir tranquilamente a pierna suelta. Bueno Luis, ya ha cesado la algarada de los soldados, puedes continuar con tu relato, me interesan los detalles de la conquista de la ciudad. Años después llegué yo a ella para defenderla formando parte de las tropas de la corona. –Dice Germán dándose importancia.

–Como os decía, la ciudad de Melilla se había convertido en una guarida de gentuza de baja estofa, de piratas que asolaban las costas españolas saqueando villas y haciendo prisioneros, Diego y su hermano pueden dar testimonio de ello. Y esto era así porque las rencillas entre los sultanes de Tremecén y Fez la habían convertido en territorio de nadie y los lugareños la habían abandonado. Así las cosas era necesario poner fin a estos desmanes, y el duque era un hombre valiente, decidido e inmensamente rico. Por el contrario los reyes Fernando e Isabel no tenían la menor intención de gastar dinero y energías en *Berbería*, sus miras estaban en las refriegas con franceses e italianos.

Luis hace una pausa y toma un trago reposado de té chasqueando la lengua.

–Con el consentimiento de los reyes, pero costeándola a sus expensas, el duque tomó la valiente decisión de ocupar la ciudad. Con las naves atiborradas de víveres y hombres, nos hicimos a la mar, aprovechando un viento de poniente que infló las velas y nos hizo cruzar el mar con ligereza. Tras varios días de travesía, una tarde avistamos tierra. Aguardamos alejados de la costa hasta que se fue el sol y, amparados en la lobreguez de la noche desembarcamos en la orilla. Encontramos la ciudad casi desierta, sin vigías en las murallas y en un estado de ruina y abandono deplorable. Solo algunos rufianes merodeaban por las calles y varios bajeles piratas se mecían en las aguas del puerto. Apenas se derramó sangre, nadie opuso resistencia a nuestro formidable contingente. Los piratas huyeron por mar y los pordioseros y mendigos que había por las calles nos recibieron con agrado. En los días siguientes Don Pedro y sus oficiales se esmeraron en que se reforzaran las deterioradas murallas y apostaron centinelas en los alrededores. Melilla se había convertido en una plaza cristiana, y

esto incomodó y mucho a los sultanes musulmanes, que apartaron sus rencillas para acosarnos. El duque pidió ayuda al rey Fernando para que contribuyera con hombres y dinero a la defensa de la nueva conquista. Pero mientras llegaban los refuerzos, sufríamos cada noche las escaramuzas de grupos de *rifeños* de las villas cercanas.

–Y en una de esas te apresaron a ti, ¿no es así? –Pregunta Germán con impaciencia, viendo que los demás empiezan a bostezar.

–No, y tampoco fue por la noche sino a pleno día. Verás, sabía que el duque llegaría al día siguiente para hacer una visita a su nueva conquista. El alcaide de la ciudad ducal, que en esa época era el capitán Gómez Suárez, otro hombre generoso y valiente que disfrutaba comiendo bien, así me lo había anunciado. Además, el regidor me pidió que preparara un banquete para agasajar la llegada del Don Juan. Por ello le solicité que dejara que me acompañaran dos arcabuceros para salir de la ciudad e intentar matar unas palomas torcaces. El guiso de paloma con cebollitas silvestres y guisantes era uno de los platos preferido del duque, ya se lo había preparado antes varias veces.

Una mañana fría y despejada de primeros de diciembre salí de la seguridad de las murallas. Iba acompañado por dos jóvenes con sendos arcabuces. Eran casi dos niños y tenían mucho más miedo que yo. Tan solo nos alejamos un par de millas, lo necesario para llegar a unas montañas salpicadas de encinas. Desde las murallas había visto varias veces palomas volar, e intuía que se debían refugiar en aquel encinar. Cuando llegamos a la arboleda, avanzamos con sigilo, mis acompañantes llevaban las armas cargadas, y les pedí que fueran muy atentos, pues las palomas torcaces son animales de vuelo rápido e imprevisible.

–Así que de cazadores os convertisteis en cazados. ¿No fue así? Pregunta Germán riéndose él solo de su propia gracia.

–No, no fue así muchacho, no aciertas ni una. Espera un poco y lo sabrás. Cuando llegamos a lo alto de una colina, escuchamos chasquidos tras unos espesos matorrales. Pensé que podía ser un jabalí u otro animal mayor, nada despreciable para el banquete de bienvenida del duque si no conseguíamos abatir unas palomas. Los soldados que me acompañaban estaban atemorizados y podía verse el temblor de sus manos sobre el *arcabuz*. Pedí al más joven de ellos, un muchacho moreno de cuerpo escuálido que apenas podía con el arma, que se adelantara y rodeara el matorral. Lo hizo sin convicción, su cara aniñada reflejaba un pánico aterrador. Al otro le

ordené apuntar al matorral y esperar la salida de la presa, yo me hice a un lado pues tan solo llevaba una *falcata*. El soldado que había ido a inspeccionar el matorral disparó el arma, y no podía creer lo que vi salir corriendo de la espesura.

–¿Un venado quizá? –Se interesa Hisham.

–No, un jabalí seguro. –Interviene Germán una vez más con su juego de acertijos.

–No, no era un venado, ni un jabalí… no era un animal, aunque parecía estar emparentado con un toro, a juzgar por el tamaño de sus atributos y el color de su piel. Un hombre enorme y renegrido, salió corriendo del matorral con los brazos levantados. Iba desnudo y un miembro descomunal completamente enhiesto le precedía amenazante. Venía hacia mí, pero sin embargo solo pretendía huir y ni siquiera se percató de mi presencia. –Prosigue relatando Luis, levantando la voz sobre las risas de sus compañeros.

–Podrías haber muerto ensartado por aquel macho, como en una justa de caballeros. –Dice Diego tratando de articular las palabras entre sus propias carcajadas.

–Quizá os estoy dando demasiados detalles, pero me habéis pedido que os lo cuente. –Reflexiona Luis que igualmente ríe al recordar la escena. –Cuando aquella fiera portentosa desapareció, corrí al otro lado del matorral y encontré al soldado que había disparado de pie, inmóvil, con los brazos bajados, la mandíbula descolgada y los ojos como platos. Frente a él temblaba una mujer desnuda sobre un jergón.

–Ya sé como continúa: era una hermosa dama, joven, de curvas arrebatadoras y mirada angelical, y cuando llegaste te imploró ayuda. –Protesta Germán con desdén. –Es una historia poco original Luis.

–Una vez más te equivocas… No, no era una joven dama, sino una mujer entrada en años, de porte bajo y cuerpo fornido. Yacía desparramada en el suelo, era realmente fea, y en su cara negruzca y redonda, destacaba una boca enorme de labios temblorosos y unos ojos marrones, brillantes y asustadizos. Estaba encogida y trataba de cubrir su desnudez cruzando los brazos, pero era imposible contener la desmesura de sus senos. Su fragilidad me enterneció. Ordené a los dos jovenes que se alejaran y vigilaran desde unos altozanos por si venía alguien. Tuve que insistirles y al final se marcharon refunfuñando. Yo, bueno… podéis imaginar… llevábamos ya varios meses en Melilla, sin tener contacto con mujeres. –Luis hace una pausa y su cara se redondea de regocijo. –No pude por menos que acabar lo que aquella bestia había dejado

sin concluir. Me apliqué con resolución sobre aquel lecho de doradas carnes y aspiré con avaricia el aroma de la hembra. Ella se mostró esquiva al principio, pero poco a poco fue más receptiva y acabó alojándome con hospitalidad entre sus senos. Apenas podía respirar con la cara hundida en aquella voluptuosidad y mis manos bregaban por hurgar en su humedad. Recibí de aquella mujer las mejores caricias que me habían propinado en mi vida, y sucumbí como un juguete en sus manos. Estaba a punto de claudicar, con la razón evaporada, cuanto noté una punzada de acero en mi espalda. Con la respiración agitada me giré y pude ver como varios hombres malcarados nos rodeaban y uno de ellos había hundido la punta de su *cimitarra* en mi costado, del que manaba un hilo de sangre. Mi cuerpo quedó fláccido por completo y un temblor incontrolable se apoderó de mis piernas. Lo que sigue no hace falta contarlo. Por suerte mi captores no me ajusticiaron, y fui vendido como mano de obra.

–¿Y los soldados que te acompañaban? ¿También fueron apresados? –Pregunta Diego.

–Nada supe de ellos, supongo que me abandonarían cuando les hice que me dejaran a solas con la mujer, eran solo unos niños. He de decir que no he olvidado las caricias de aquella hembra y sus recuerdos han vuelto muchas noches a mi memoria agitando mi cuerpo. ¡Cómo me gustaría volver a verla! Solo sé que se llamaba Alina y era de Maljarna, una aldea cercana.

Cuando el alba despunta, Hisham se asoma a la tronera. Afina la vista tratando en vano de avistar las tierras del otro lado del mar, su querida Al-Ándalus. Intuye que allí debe haber regresado su familia, sobre todo por el mero hecho de no haber sabido nada de ellos en tanto tiempo. Es el único lugar donde podían encontrar gente conocida. Sin embargo alberga dudas al respecto, por lo que sabe, la situación en España ya no es buena para los musulmanes, aunque son muchos los que han permanecido allende del mar tras la conquista cristiana. De cualquier modo, Al-Ándalus se le antoja el lugar más adecuado para iniciar la búsqueda. Por otro lado, ahora ha de vivir con otra identidad y ello, sin duda, dificultará que su familia lo pueda localizar. El viejo Salim es el guardián de su testimonio, y tal como le ha aconsejado, Hisham esculpirá su huella en muchas de las piedras que talle, con la esperanza que alguno de los suyos la reconozca.

Un sol inmenso emerge a oriente, templando con un tono anaranjado la fría inmensidad del mar.

–Quien no ha visto un amanecer en el Mediterráneo no conoce la verdadera luz de la vida. –Le dice a modo de saludo Diego, que acaba de llegar junto a él y también mira por la aspillera de al lado.

–Buenos días… exageras un poco, pero no te falta razón. Esta alborada es de gran belleza, pero además es especial para nosotros. Si todo va bien, dentro de unas horas seremos casi libres. –Le corresponde Hisham.

–Este ha de ser el amanecer de nuestras vidas, un amanecer que deje atrás la oscura noche de nuestro confinamiento.

–¿Tienes familia Diego? –Pregunta Hisham a su compañero.

–Tengo a mi hermano Rodrigo.

–Bueno eso ya lo sé, quiero decir si tienes mujer e hijos.

–No, no tengo, nadie me espera y nadie ha extrañado mi ausencia. Nuestra madre falleció siendo mi hermano y yo aún unos niños, y nuestro padre murió en el asedio a una ciudad llamada Baza. Esa soledad ha sido un alivio para nosotros en los días de cautiverio. Pero ahora que veo la posibilidad de ser de nuevo un hombre libre, es algo que me amarga. Solo tengo a mi hermano en la vida, y ya ves que no se encuentra nada bien. –Se lamenta Diego señalando a Rodrigo que castañea los dientes, sudoroso con aspecto demacrado.

–Nos tenéis a nosotros, a toda la cuadrilla. –Le consuela Hisham dándole una leve palmada en la espalda. –¿Dices que tu padre falleció en el sitio de Baza? Yo estuve en esa batalla. En el bando de los musulmanes, claro. Solo maté a un cristiano, espero que no fuera tu padre. –Prosigue Hisham arrugando el gesto.

–Seguro que no era él. Mi padre murió enfermo. Fue reclutado a la fuerza para trabajar como arriero para la corona. Tenía siete magníficas mulas y su misión era llevar víveres desde las tierras de Jaén hasta los reales cristianos que cercaban la ciudad. En uno de esos viajes cayó enfermo de fiebres y murió. Mi hermano y yo, que habíamos quedado en Archidona cuidando de las tierras y el ganado, una vez finalizada la guerra, recibimos de sus compañeros la triste noticia de su muerte. También nos entregaron dos mulas enfermas, es lo que quedaba de su recua. El cuerpo de mi padre recibió sepultura en algún lugar de la vega baztetana.

–Resulta paradójico que yo luchara en aquella batalla contra tu padre, al menos contra el ejército en el que él estaba, y ahora tú y yo pertenecemos al mismo bando. –Dice Hisham moviendo la cabeza.

–Sí, es una casualidad. –Asiente Diego. –Tú sí tienes familia ahí fuera, lo he podido comprobar en tu sufrimiento. Debes estar

deseando reunirte con ellos. ¿Dónde están?

–No sé nada de ellos desde que me apresaron, ni siquiera conozco si siguen vivos. Tengo mujer y un hijo, también una cuñada y un sobrino. Mi objetivo es encontrarlos, mi libertad será más amarga que el presidio si no consigo saber de ellos.

–¿Qué hiciste para que te apresaran los musulmanes, tus hermanos de fe?

–Ser un hombre honrado, defender mis principios y no ceder ante las injusticias de los poderosos.

Unos crujidos en las escaleras y el reflejo de la luz a través de la reja, anuncian la subida de los soldados. Un guardia bostezante les pide que bajen al patio.

Ayudan a Rodrigo a incorporarse. El enfermo se queja de fuertes dolores en el cuello, le abren la camisola y descubren unas bubas infladas y amoratadas en la garganta. Se miran entre ellos y sin cruzar palabra, de forma instintiva apartan las manos de Rodrigo. Su hermano Diego, el único que permanece junto a él, lo arropa tratando de disimular los ganglios y lo rodea con el brazo para ayudarle a bajar la escalera.

Seis años más tarde…

– 9 –
MELILLA

Melilla, 15 días del mes de Dhu l–Qa´da, año 911 de la Hégira.
(Abril del año 1.506 del calendario Cristiano)

Han pasado seis años, seis eternos años en los que Hisham no ha conseguido saber nada de su familia. Tampoco ha tenido la oportunidad de abandonar la ciudad de Melilla, en la que se siente ya casi tan prisionero como lo estaba en Fez. Ha asumido por completo en todo este tiempo su rol de cristiano. Ahora es Álvaro de Arade y se ha creado un pasado portugués, que ya ha tenido que relatar a varios curiosos. Se ha visto obligado a evitar comportamientos como musulmán en público, y en privado también ha relajado la observancia de los preceptos del Islam. Ya no reza y come carne de cerdo cuando comparte mesa con los cristianos. Piensa que al Todopoderoso no le agradará su actitud de renegar de la fe, pero es lo único que le garantiza seguir con vida para poder encontrar a su familia. Otra de las costumbres que ha acatado de los cristianos es la de beber vino y licores sin mesura. Cada vez con más asiduidad, se entrega a la bebida. Ha descubierto que, al menos por momentos, ahoga su pena y su soledad tomando vino con su amigo Diego de Fernández. Casi a diario, tras las duras jornadas de trabajo tallando piedras y levantando murallas, frecuentan las tabernas del puerto.

Diego se ha convertido en su compañero inseparable, ambos son los principales maestros constructores de la ciudad. Dirigen a más de un centenar de obreros y tienen la encomienda personal del duque de Medina Sidonia de hacer de Melilla un fortín inexpugnable. El rey Fernando ha tomado conciencia de la importancia estratégica de esta plaza cristiana en *Berbería*, y abastece con generosidad de soldados y dinero al alcaide de la ciudad, con el cometido de mantenerse fuertes ante los envites de los musulmanes y, a ser posible, sumar otras conquistas.

Hisham y su compañero reciben un buen sueldo por su trabajo y gozan de la confianza de Don Gonzalo Mariño de Ribera, actual alcaide. Sin embargo, el regidor no les permite abandonar la ciudad

hasta que no concluyan las ingentes obras que se llevan a cabo. Se están construyendo aljibes, almacenes y un hospital, se está mejorando la alcazaba y el puerto, y se robustece el baluarte con nuevas puertas y torres defensivas. Hisham aprovecha para dejar su marca de cantero en algunos de los bloques de piedra, sobre todo en los más visibles. Es su huella personal, es un esperanzador intento de testimoniar su existencia en todos los lugares por los que pase.

Los dos maestros canteros comparten una casa pequeña junto a las atarazanas y son los únicos que permanecen en Melilla de los cinco que componían la cuadrilla liberada de Fez.

Luis de Aranda, el cocinero, consiguió localizar a Alina, la mujer que sorprendió en su accidentada cacería de palomas. A través de un pastor *rifeño* que frecuentaba las murallas para vender sus corderos a los cristianos, pudo saber de ella. Al parecer se trataba de una mujer viuda y sola. Luis se armó de valor y ataviado con ropas moras, hizo varias incursiones a la aldea, hasta que consiguió conquistar a Alina. Ya hace más de un año que los dos marcharon a España, acompañando al duque en una de sus visitas a la ciudad. Luis se fue para hacerse cargo de las cocinas de la residencia principal del duque.

Germán de la Herrada, el joven e inquieto soldado de ojos saltones se convirtió en el mejor escudero de Don Pedro de Estopiñán. Su destreza con la espada cautivó al comendador, y lo reclutó para su guardia personal. Se marchó con él hace menos de un año, según dijo cuando se despidió, para viajar a lejanas tierras de un nuevo mundo que se había descubierto al otro lado del inmenso océano.

Rodrigo, el hermano de Diego, falleció a los pocos días de llegar a la ciudad. Venía muy enfermo y los soldados cristianos no consentían su intercambio, pero la intervención de un oficial conocido de Luis de Arana, fue providencial para que se quedara con sus compañeros. Sin embargo, al cabo de dos semanas de padecer, moría de tuberculosis, escrofulismo o tal vez peste bubónica. Su hermano Diego lo cuidó con abnegación durante su agonía sin importarle que pudiera resultar contagiado.

La claridad de una mañana, que se anuncia soleada, inunda de tibieza la sala principal de la antigua *mezquita aljama* de Melilla, ahora reconvertida en cuartel militar y edificio de gobierno. El corpulento alcaide apura de un trago una infusión de malta de cebada de una jarra de cerámica y la desliza sobre la mesa con fuerza, haciendo volar unos pergaminos. Vuelve a pegar la espalda

a la silla y respira con profundidad, cerrando los ojos mientras bate los labios expulsando el aire. Su cara redonda de pómulos inflados y veteados de venillas rojizas adopta un tono sombrío cuando abre de forma expresiva unos ojos marrones con fondo amarillento. Unos goterones de sudor escapan de su pelo grisáceo y aplastado, mientras relee la carta que tiene en las manos con el escudo lacrado de la Casa Ducal de Medina Sidonia. Comprime los labios finos y amoratados en una mueca y pregunta con aspereza.

–¿De modo que estas son las exigencias de nuestro señor?

–Así es Don Gonzalo, lo que el duque ordena es por una petición que le ha hecho en persona el propio rey Fernando.

Contesta un joven oficial, mientras rastrea la funda metálica de su espada por el suelo cuando se agacha a recoger los pergaminos. Es Hugo de Almansa, un capitán de apenas treinta años, con el pelo castaño y corto, de cuerpo delgado y mediana estatura. Tiene una cara afilada con escasa barba en la que destaca una nariz angulosa y unas enormes cejas que casi se juntan sobre los ojos minúsculos, negros y vivos. El militar abre el papel sobre la mesa y señala con el dedo un punto en el mapa junto a la costa.

–No llega a veinte millas la distancia por tierra, por mar hay que rodear el cabo, sin duda lo mejor será atacar por ambos flancos. –Dice el militar arrugando los labios y arqueando las cejas. –El duque quiere que se haga cuanto antes, tal es el deseo del rey.

–¡Maldita sea, me asquea la premura de la corona! El rey nos ha tenido abandonados durante años, hemos sobrevivido con dificultades, acosados por los musulmanes por tierra y por los piratas desde el mar. Y ahora, de repente, le entra esa fijación por ampliar las conquistas en *Berbería*. –Responde el alcaide visiblemente molesto.

–Lamento portar este mensaje tan apremiante, pero sabed que la casa de Medina Sidonia se juega mucho en este encargo. Según he podido saber, lo que ahora hace el rey Fernando con esta repentina exigencia es dar cumplimiento a la voluntad testimoniada por la reina Isabel en su lecho de muerte.

–¿Qué quieres decir con eso Hugo?

–Verá Don Gonzalo, la reina dejó concedido, antes de morir, el título de Marqués de Cazaza al duque de Medina Sidonia. Pero estableció una condición: que esa ciudad, *Kudiat–Cazaza* o Alcudia de Cazaza que es como la llamamos los cristianos, fuera conquistada para la corona de castilla. –Explica el oficial abriendo las manos y asintiendo con la cabeza.

El alcaide se dirige a la ventana con las manos a la espalda,

dedica unos instantes a observar como sobre la línea de mar del horizonte acaba de nacer un sol inmenso convertido en una bola anaranjada. Se gira hacia Hugo y relajando las facciones concluye.

–Está bien, no veo especial dificultad en tomar Alcudia de Cazaza, al fin y al cabo es una ciudad pequeña en la que apenas vivirán unos centenares musulmanes dedicados a la pesca, los cultivos y el ganado; aunque tampoco hay que olvidar que es la guarida de un buen número de naves dedicadas al saqueo. Además… desde el mar he podido ver que tiene una sólida fortaleza sobre la atalaya, en la que debe haber una guarnición militar, tal vez numerosa. Hemos de actuar con mucha cautela.

–Hay algo más Don Gonzalo. –Dice el militar con firmeza, esperando un enfado mayor del alcaide.

–¿Y bien?

–Por mandato expreso de la corona, el duque quiere que la conquista de Alcudia de Cazaza sea una demostración de fuerza sin par de las tropas cristianas. El objetivo es amedrentar a los sultanes de Fez y Tremecén con una exhibición de bravura exultante.

–¡Por el amor de Dios! No contamos con tantos soldados. La artillería que tenemos es fija y está sobre nuestras murallas. ¡Qué fácil es dar órdenes para que las cumpla otro! –Brama el alcaide rojo de ira, dando un puñetazo en la mesa y haciendo caer de nuevo el mapa al suelo.

–Dejadme que termine de explicaros Don Gonzalo. A lo largo del día de hoy han de llegar varias naves. Vendrán repletas de carros ligeros de artillería, cientos de caballos y varios batallones de soldados. Tan solo una última cuestión señor. –Dice el oficial, poniéndose firme con solemnidad mientras carraspea y toma aire. –Además, Don Juan Alonso Pérez de Guzmán, nuestro señor el duque de Medina Sidonia, os envía otras instrucciones por escrito al margen de esa misiva que ya habéis leído. Quiere que se cumplan sin desvío alguno. –Informa Hugo, que cierra los ojos y respira profundamente, mientras saca un pergamino de su librea y lo desenrolla.

–¡Está bien, lee de una vez ese panfleto, ya nada me puede sorprender! –Dice el alcaide asqueado.

–Así dice señor:

"En la conquista de Alcudia de Cazaza se han de emplear los modos más agresivos que fueren posible. Incéndiese la ciudad casa a casa, hasta que el infierno ocupe cada rincón, y la devastación se propague cual plaga de langosta. Búsquese la sorpresa en el ataque y procúrese que la mayor parte de sus moradores fenezcan, y los que consigan huir narren a los

demás pueblos moros de Berbería el horror que se cierne sobre ellos. ¡Que sientan la amenaza cristiana como el aliento de las fauces de un león hambriento! ¡Que la mera mención de los hijos de Cristo haga temblar sus turbantes! Finalmente, emponzóñense las fuentes y pozos, y las tierras de sus huertas cúbranse de sal."

–Es un mandato muy épico, ahora solo falta cumplirlo. –Contesta don Gonzalo con una mezcla de enfado e ironía. –Necesito averiguar de inmediato los puntos débiles de sus defensas. Será menester enviar una misión de reconocimiento antes del ataque.

–Estoy preparado para ello en cuanto lo ordene señor. –Responde Hugo de Almansa con marcialidad, poniendo su cuerpo rígido con los brazos estirados a los costados.

–No, no hace falta, esta no es labor para militares. Conozco a las personas adecuadas, ellos ya han estado antes en esa ciudad y en su fortaleza. Sin duda pasarán más desapercibidos que tú.

El alcaide golpea el suelo de madera con un bastón y con inmediatez aparece un criado que pregunta qué desea bajando levemente la cabeza.

–Tráenos una botella de aguardiente… y algo para comer, las malas noticias me abren el apetito. –Ordena el regidor pasándose la mano por su abultada barriga e invitando al mensajero a tomar asiento junto a él.

Con prontitud regresa el sirviente, coloca sobre la mesa dos vasos de cristal labrado y vierte sobre ellos un licor dorado y espeso que inunda el ambiente de un profundo aroma a canela.

El alcaide toma su vaso y lo levanta. Subiendo la barbilla y arqueando los labios en una rígida sonrisa, indica a Hugo que haga lo mismo con su copa.

–Muchacho, brindemos por esta hazaña que se nos encomienda. –Dice el alcaide con socarrona solemnidad. –Alcudia de Cazaza ha sido en otro tiempo una ciudad próspera, donde ha bullido el comercio entre cristianos, judíos y musulmanes, si bien ha terminado degenerando en refugio de piratas. Ahora nosotros somos llamados a escribir la última página de su historia. Haremos que esa ciudad desaparezca de los mapas para siempre, aunque pase a engrosar el abolengo de una familia que ha de ostentar a perpetuidad el título de Marquesado de Cazaza. ¡Qué ironía!

Tras un día cálido de primavera, un sol claudicante sobre el inmenso azul del mar, tiñe de dorado la ciudad. Izada en una pétrea e inaccesible atalaya, mecida sobre la espuma de las olas que la golpean incansables, la ciudad de Melilla se erige como un baluarte

de orgullo para la cristiandad, como un faro de esperanza en la *Berbería* musulmana. Sus inaccesibles murallas amarillas, coronadas por almenas y torreones, desde cuyas aspilleras vigilan las negras y mortíferas bocas de las *lombardas*, semejan una prolongación de los farallones de roca sobre las que se cimentan.

Hisham y Diego están a punto de terminar la jornada. La puerta de acceso al recinto amurallado de la ciudad está casi concluida. El trabajo que están haciendo es admirable: un hermoso arco de medio punto delimitado por dos torres circulares de porte vigoroso, confieren ahora a la entrada principal a la ciudadela un aspecto regio y sólido.

Hisham baja con dificultad del andamiaje que cubre toda la fachada de la muralla. Sujetándose de los cordajes y asiéndose a los maderos que soportan la estructura, va descendiendo niveles de un total de cinco, hasta llegar al suelo. Diego, que espera abajo sacudiéndose el polvo blancuzco de la ropa, le da una palmada en la espalda cuando llega junto a él y le habla con su habitual buen humor.

–Amigo Álvaro, cada vez te cuesta más bajar de ese dichoso artefacto. Por suerte ya nos quedan apenas unos días para concluir esta obra, de no ser así tendremos que bajarte de ahí con una polea.

–No te falta razón Diego, no veo la hora de terminar estas malditas murallas para ir a Al–Ándalus.

–¿En cuántas piedras has dejado hoy tus marcas?

–Solo en estas dos, no tiene sentido hacerlo en las de más altura que nadie puede ver. –Contesta Hisham señalando una de las primeras dovelas de un lateral del arco, en el que hay una tosca inscripción labrada que consiste en una estrella de cinco puntas sobre una media luna.

–Cada maestro tenemos nuestra sencilla marca de cantería que dejamos sobre nuestros trabajos, pero las que tú haces son realmente elaboradas. ¿Qué significado tienen esos dibujos? –Inquiere Diego que, por prudencia, no se lo ha preguntado nunca antes.

–Sí que son elaboradas, pero las he hecho ya tantas veces que me resultan sencillas de ejecutar. Verás Diego, yo dejo estas marcas, además de por las razones que tenemos cada maestro, como huellas que permitan a mi familia saber de mi existencia. Y son una copia de un amuleto que talló un buen amigo de la familia y le regaló a Taher, el primero de mis hijos. Tras morir él yo llevé ese colgante en mi pecho, aunque cuando salimos del presidio de Fez no lo pude traer. Salim se quedó con él, pues le dije dónde lo escondía en la

mazmorra. Bueno tampoco quiero aburrirte, la estrella de cinco puntas tiene un significado en la fe musulmana, pero no quiero hablar de eso aquí.

–Pues vayamos a la taberna del Halcón a echar un trago y me cuentas más detalles si quieres. Tengo muchas ganas de abandonar esta maldita ciudad igual que tú, pero voy a echar de menos a mi amiga. La hija del mesonero, es tan cariñosa. –Propone Diego con una sonrisa picarona.

–Diego, esa actitud tan zalamera que tiene la muchacha contigo es porque alberga esperanzas. Ella cree que la pretendes con buenas intenciones, se lo has hecho creer con todos los halagos y regalos que le haces. Además como su padre sepa de vuestros escarceos, te casas con ella o acabas en el mar. –Responde Hisham concluyendo con una carcajada.

–Bueno ya lo sé, y por eso seré precavido. Es una buena chica, pero de casarme ni hablar. También era buena chica su prima, hasta que el comendador la tomó por esposa. Y eso bien lo sabes tú, Álvaro. Tenías buena relación con ella ¿no?

–Sí, era una mujer muy agradable, bueno y lo sigue siendo, aquello solo fue amistad. Mi mente siembre ha estado en otra cosa. –Dice Hisham apocando la voz mientras, pensativo, baja la cabeza.

–¡Venga hombre, anímate un poco! No dejes que esas melancolías te amarguen a diario. Marcela nos servirá una jarra de vino que te las disolverá en poco rato. –Dice Diego tirando del brazo de su compañero.

Hisham sufre profundos episodios de tristeza que lo sumen en una actitud reservada y huraña que, a veces, se prolonga varios días. En ocasiones, cuando padece estos ataques de pena, se pone muy violento hasta el punto de no reconocerse a sí mismo en esa actitud. Durante su etapa de presidiario tenía más entereza que ahora que goza de cierta libertad. Estas depresiones recurrentes lo atormentan y trata de salir de ellas entregándose al vino con su amigo Diego, aunque tiene la seguridad que es precisamente el consumo de alcohol el que le ha trastocado su personalidad. Esta costumbre tan cristiana de beber con asiduidad, que adoptó para alejar sospechas de su condición de musulmán, ha terminado por condicionar su comportamiento. Hace tiempo que quiere dejar de beber, pero siempre acaba posponiendo el comienzo de la abstinencia para otro momento.

La posada del Halcón es un local oscuro y húmedo junto a los muelles del puerto, frecuentado por marinos y soldados que beben

hasta perder la razón. A ciertas horas de la noche las riñas y los altercados son frecuentes. Elías, el mesonero, un hombre enorme y fornido de genio severo, ejerce su autoridad de forma implacable y suele resolver los altercados con resolución: agarra a los contrincantes bajo sus brazos poderosos y los arroja del local: a la calle en el mejor de los casos o a las aguas del puerto si han destrozado algo en la taberna.

Hisham y su compañero entran y, con leves movimientos de cabeza, saludan a algunos de los parroquianos que todavía consiguen levantar la mirada. Se acomodan en una mesa situada en un rincón y, de inmediato, aparece la joven Marcela, con andares garbosos, moviendo su cuerpo esbelto y aireando su melena dorada. Deja una jarra grande de vino y dos vasos en la mesa agachando el torso hacía Diego dejando ver parte de sus pechos moteados de pecas cobrizas al igual que su cara de pómulos erguidos.

–Buenas noches caballeros, bienvenidos a esta casa. He oído que pronto abandonaréis la ciudad. Yo en cambio tengo que quedarme aquí en esta cloaca hasta que algún caballero tenga agallas de rescatarme. –Dice Marcela cargada de intención, con una sonrisa triste en la cara y sin apartar sus ojos de color miel de los de Diego.

El aludido abre la boca sin saber que contestar y una extraña sensación le recorre todo el cuerpo. De repente siente deseos de levantarse y tomar a la muchacha en brazos y llevársela junto a él para siempre. –*¿Qué me está pasando?* –Piensa Diego en silencio sacudiendo la cabeza.

–Buenas noches Marcela. Llevas razón, es cierto que nos iremos pronto, estamos a punto de concluir las obras de la muralla y el alcaide nos prometió dejarnos marchar una vez terminadas. –Contesta Hisham mientras da una patada por debajo de la mesa a su compañero para sacarlo del letargo en el que ha caído. –Pero no te apenes, estoy seguro que algún caballero tendrá el honor de sacarte de aquí, pero ha de ser valiente y atrevido pues te protege un guardián temible. –Concluye Hisham señalando con la vista al colosal padre de Marcela.

Marcela destapa una sonrisa forzada en su boca pequeña y suspira con profundidad haciendo temblar las carnes de su escote.

–Álvaro, mi padre no es tan temible como aparenta. Es un hombre con un corazón generoso y nada hará para impedir que su hija sea feliz. Yo tampoco soy una alocada que me iría con el primero que llegue. Pero algunos, además de mudos parecen estar ciegos. –Sentencia Marcela al tiempo que se gira con ímpetu, dirigiendo una mirada intencionada al compañero de Hisham.

Diego nota como toda la sangre de su cuerpo se le agolpa en las mejillas, levanta la cara y mira a su amigo. Ambos sonríen con complicidad.

–Muchacho, si crees que en tu vida alguna mujer te hará una declaración de amor más clara que esta, es que eres un maldito iluso. Solo le ha faltado arrodillarse y suplicarte.

–No sé Álvaro, no está en mis planes. Además no querría quedarme en esta ciudad más de lo necesario. Necesito volver a mi tierra. Llevo demasiado tiempo encerrado, ahora quisiera ser un hombre de aventura, estoy pensando en enrolarme en una expedición al nuevo mundo. Pero la verdad, tampoco me disgusta Marcela. Es una buena mujer y estoy seguro que sería feliz con ella… si soy capaz de convencer al bruto de Elías. –Concluye Diego relajando el gesto con una sonrisa.

–No seas tonto Diego, estás enamorado de Marcela y ella lo está de ti. Te quedan unos días aún para plantearte tu futuro con calma. Podrías llevarla contigo a tu tierra. Con el dinero que has ganado aquí puedes comprar tierras en tu querida Archidona. Podríais pasar el resto de vuestras vidas viendo crecer en paz a vuestros hijos en ese pueblo del que tanto hablas. Eso vale mucho, te lo digo yo que perdí a dos de los míos por el infierno de la guerra, y nada sé de mi otro hijo y mi esposa.

Hisham baja la cabeza con el pecho atravesado de dolor, y siente como las lágrimas tratan de brotar en sus ojos. Suspira con profundidad y agarra la jarra de vino con resolución.

–Bebamos.

–Sí amigo, bebamos. Tú para olvidar y yo para aclararme las ideas que me están abrasando la mente.

A lo largo de la velada los dos amigos se beben varias jarras de vino. Marcela, despechada mira desde la distancia a Diego, y no ha vuelto por la mesa. Elías ha sido el que les ha servido el resto de la noche.

–A esta última jarra invita la casa– Dice el corpulento mesonero que, tras verter vino en tres vasos, se deja caer sobre una banqueta cuyas maderas protestan al soportar su peso. –Llevamos muchos años compartiendo veladas y os voy a echar de menos. –Prosigue Elías.

–Nosotros también nos acordaremos de vosotros. –Dice Diego con voz espesa y echando el brazo sobre la inmensa espalda del posadero.

–Así es amigo Elías, no os vamos a olvidar donde quiera que vayamos. –Dice Hisham con voz trapajosa mientras levanta el vaso

sin poder evitar que se le derrame parte del vino.

Mientras apuran la jarra ensalzando la amistad y con animosas conversaciones interrumpidas por risas etílicas, el resto de clientes han abandonado ya el local. Marcela termina de ordenar y limpiar, mirando de soslayo a los tres hombres, cuando la algarabía metálica de una docena de hombres armados irrumpe en la taberna.

Uno de ellos, un hombre alto con barbas y melena, con vistosa vestimenta militar de cuero, desenvaina una flameante espada y el sonido acerado que hace el arma al salir de la funda decreta el silencio de todos los presentes. Golpea con el sable sobre la mesa, mira de arriba abajo a Marcela y se dirige a los demás con ampulosa socarronería.

–¡Quien diga que en *Berbería* no hay mujeres hermosas anda equivocado! ¡Aquí tenéis la prueba muchachos!

Los soldados responden con jaleo y comentarios soeces hacia Marcela que, concluyendo sus tareas, se encamina hacia la trastienda. Los militares se acomodan en las sillas entre el estruendo de las armas al descolgarlas de los cinturones. Elías se tensa, muda el gesto y se levanta de la mesa.

–¡Eh tú, muchacha! No te vayas. Sírvenos unas jarras de buen vino, si es que hay buen vino en esta maldita tierra. Y a ver que nos puedes preparar para comer. –Exige el hombre alto de barba, que parece ser el oficial al mando de la mesnada, antes de que Marcela abandone el local.

El mesonero se acerca ante el jefe de los soldados y le habla pausadamente.

–Buenas noches señor. Soy Elías el dueño de esta taberna. No hay problema en serviros todo el vino que queráis, pero no os puedo poner nada para comer.

–¿Cómo que no nos puedes servir de comer? ¡Llevo varios días navegando con mis hombres para llegar hasta aquí, para defenderos de los *agarenos*, ¿y ahora me dices que no nos puedes dar de comer? –Brama el militar apretando los dientes y dando un golpe con la espada sobre la mesa, dejando el filo de la hoja clavado en la madera.

Hisham y Diego permanecen expectantes desde su rincón, les gustaría irse aunque no quieren dejar a Elías y Marcela solos ante tan tensa situación. En cualquier caso, la borrachera apenas les permitiría ponerse en pie.

Elías valora la situación, sabe que esta gente puede causarle problemas.

–Verá señor, de comer tan solo puedo serviros una hogaza de pan

y un poco de lomo en aceite. Es todo cuanto tengo.

–¿Qué solo tienes eso? Seguro que tú te lo has comido todo. ¡Mirad que panza tiene! –Grita el oficial provocando las risas aduladoras del resto de soldados. –Vete de inmediato a buscar comida dónde sea y que esa hermosura que estaba aquí nos cocine algo. Si sus dotes para cocinar están a la altura de su belleza seguro que nos deleitará. Y que sea la muchacha quien nos atienda, luego quiero hablar con ella a solas para ajustar las cuentas de la cena. ¡A ti no quiero verte más!

–¡Ya está bien de bravuconerías! –Grita Elías rojo de ira, dando un puñetazo en una mesa, haciendo saltar astillas de una de las tablas. –Sois soldados del duque y debéis respeto a todos los que estamos bajo su protección. Esta es mi taberna y ya os he dicho que no os puedo dar de comer.

–¡Mira gordo, tienes poca reflexión! ¡Ese genio no me amedrenta, si no obedeces a mis palabras lo harás a mi espada! –Grita el oficial mientras se levanta y, deshaciéndose de la mesa que tiene delante de una patada, se dirige hacia Elías espada en mano y le hace recular hasta la pared.

–Veo que estas al mando de estos hombres, pero si tus soldados no te respetan por tu valía, tampoco lo harán por estas obscenas exhibiciones de falta de modales. –Habla Elías con una tranquilidad asombrosa, a pesar de estar literalmente entre la espada y la pared. –Es posible que me atravieses con esa espada y que tus acólitos te jaleen por matar a un hombre indefenso, porque he podido ver que no te comportas como su guía, eres tan solo un bufón para ellos.

–¡Cierra la boca de una vez o te juro que no la volverás a abrir! –Grita el oficial nervioso y sonrojado ante la incomprensible serenidad del posadero, apretando la punta de la espada hasta traspasarle la ropa.

–Sí, cerraré la boca porque ya he dicho cuanto tenía que decir. Solo una cosa más. –Dice Elías masticando las palabras y mirando con frialdad a los ojos del militar. –No serías capaz de hablarme de este modo si estuviéramos los dos a solas y sin armas. Esto que tú haces ahora se llama cobardía.

Un murmullo se extiende entre los solados. El oficial vuelve la cara hacia ellos, comprobando como pierde por momentos la batalla moral ante su oponente. Azorado se vuelve y, por sorpresa, le descarga a Elías un codazo en la boca al tiempo que sube la rodilla hasta golpearle la entrepierna. El posadero cae al suelo retorcido de dolor y sangrando por la boca mientras escupe algunos dientes.

Marcela, que ha permanecido oculta tras una puerta, sale como un felino y se abalanza sobre el agresor de su padre, clavándole un cuchillo de hoja larga bajo las costillas.

El oficial se queda paralizado, y recula unos pasos tambaleándose con el puño del cuchillo empapado de la sangre que mana de la herida. Un silencio espeso se apodera de la estancia, hasta que lo rompe el sonido metálico de la espada desprendida de la mano del militar. Durante unos instantes, el herido boquea tratando de decir algo, hasta que se desploma con los ojos vueltos y un ronquido sordo exhala su último aliento.

–¡Has matado al capitán! ¡Maldita zorra!

Grita un soldado que se abalanza sobre Marcela y le hunde la espada en el costado.

La muchacha se desvanece pálida con los ojos muy abiertos, y los brazos de Diego, que se ha dirigido con rapidez en defensa de los agredidos, evitan que caiga al suelo.

Los soldados recogen el cuerpo del capitán y salen de la taberna, dejando un reguero rojo en el suelo.

Hisham está de rodillas junto a Elías que sangra abundantemente por la boca y nariz, tratando de incorporarse para interesarse por su hija.

Diego lleva el cuerpo exánime de Marcela y lo tiende sobre una mesa. La muchacha tiene la mirada espesa y abre la boca tratando de decir algo.

Diego aprieta una mano con fuerza intentando contener la sangre cálida de Marcela que abandona el cuerpo a borbotones llevándose parte de su vida, pasa la otra mano por la cara lívida y fría y le dice con la voz quebrada:

–¡Marcela aguanta! Te pondrás bien y nos iremos juntos de aquí. Y tu guardián se vendrá con nosotros.

– 10 –
CAZAZA ASOLADA

Alcudia de Cazaza, 18 días del mes de Dhu l-Qa´da, año 911 de la Hégira.
(Abril del año 1.506 del calendario Cristiano)

Diego camina pensativo, con la cabeza baja mirándose las puntas de los mocasines.

–Anímate muchacho, Marcela es muy joven y se repondrá de las heridas. –Dice Hisham sin convicción, unos pasos tras él.

–Ese canalla le abrió el vientre, haría falta un milagro para que se recupere. El médico dijo que si superaba los siguientes cinco días habría esperanzas. Solo han pasado tres. –Contesta Diego resignado dando un manotazo al aire.

–En efecto, y sigue con vida, eso es positivo. Cuando regresemos estaremos ya en el quinto día y sabremos a qué atenernos. Ahora nos toca cumplir con esta estrafalaria misión. –Apuntilla Hisham apretando el paso por una empinada cuesta entre encinas.

–No te sientan nada mal esas vestimentas musulmanas, sin duda se te ve cómodo con ellas. –Dice Diego con forzada sonrisa, intentando alejar de su mente el estado de Marcela y tratando de darse ánimos.

–Pues de ti no se puede decir lo mismo, vas un poco agobiado con el turbante. ¡Relájate un poco hombre! Trata de ir con más naturalidad si no quieres que nos descubran y, sobre todo, no se te ocurra hablar cuando lleguemos a la ciudad. Si alguien nos pregunta deja que sea yo quien hable. –Le dice Hisham.

–¿Por qué crees que el alcaide nos habrá encargado esta extraña misión precisamente a nosotros? ¿Acaso no hay soldados para estas cosas?

–Está claro Diego. Los dos hemos estado antes en Alcudia de Cazaza. Además, sabe que yo hablo la lengua de los musulmanes. Somos los indicados para hacer esta desagradable tarea, los soldados no podrían mezclarse entre la gente como lo haremos nosotros. –Hisham respira profundamente y aprieta los labios en una mueca. –Nunca imaginé que acabaría haciendo labores de espía

para los cristianos. ¡Que extrañas situaciones nos depara la existencia! A veces me pregunto si hago lo correcto, pero en mi vida ya solo tengo una meta, que es encontrar a los míos. No me importa lo que tenga que hacer con tal de conseguirlo.

Los dos hombres llegan a Alcudia de Cazaza después de media jornada caminando sin descanso desde Melilla. Tienen la misión de informar al alcaide de la situación de la ciudad, del número de barcos fondeados en el puerto, de la vigilancia de las murallas y, con mayor detalle, de los efectivos que defienden la fortaleza. Aunque esto último se les antoja difícil y no están dispuestos a arriesgar el cuello para ello.

Durante toda la tarde recorren las callejuelas de la decadente villa, finalmente suben hasta las inmediaciones del castillo. Por lo que pueden observar la ciudad vive en una absoluta calma, ajena a lo que se le avecina. No hay movimientos de soldados, y las humildes gentes se dedican a sus quehaceres diarios con lasa monotonía. Los campesinos vuelven de las vegas con los borricos cargados de forraje y verduras, los pescadores regresan del puerto con cestos de pescado a hombros, y las mujeres se agolpan en la fuente para lavar ropas y aprovisionar las cántaras de agua para el hogar. Cuando el sol declina, y las sombras se alargan, el *almuédano* entona la llamada a la oración del *Asr* desde el alminar, y la vida parece detenerse para todos. Diego sigue a su amigo hasta el templo y trata de hacer las mismas cosas que él. Hisham hace años que no ha pisado una mezquita, aprovecha para rezar y elevar una plegaria al Altísimo. Percibe el reproche de *Allah*, pues su fe ya no es tan sólida como antaño.

Cuando salen del rezo, en una de las callejuelas de la parte alta de la ciudad, dos niños de corta edad, con los pelos enmarañados y ropas gastadas, juegan en el suelo polvoriento lanzando al aire unas figuras de madera. Diego, justo al doblar la esquina, contempla la estampa de los dos pequeños, absortos en su juego, ajenos al resto del mundo. De repente empuja hacia un lado a su compañero. –¡Cuidado Álvaro! –Le grita, al tiempo que se lanza corriendo hacia los dos pequeños y los coge bajo sus brazos, pegándose al hueco de la puerta de una de las casas. En ese instante un grupo de cinco jinetes pasa junto a ellos a galope, espoleando las monturas envueltos en una nube de polvo y piedras proyectadas por los cascos de los caballos.

Desde el dintel de la puerta de una vivienda de paredes de cañas cubiertas de barro y techo de ramajes, una mujer de ojos

aterrorizados grita desesperada, al parecer llamando a sus hijos. Cuando se diluye la polvareda el rostro de la mujer se ablanda y en sus ojos se adivina la sonrisa que esboza su boca bajo el velo.

Los dos pequeños patalean en los brazos de Diego, que los deja en el suelo y los ve correr hasta el regazo de su madre. La mujer se acerca a Diego con la cabeza gacha, hace una inclinación ante él, le toma las manos y se las acerca a la boca. Dice algunas palabras que Diego no entiende, pero que las percibe dulces y serenas. La señora se interna en el humilde aposento con los niños cogidos de la mano. Diego hace ademán de seguir calle abajo, pero Hisham le hace una señal para que espere. Al poco sale la mujer con un bulto alargado y pequeño, envuelto en hojas secas, y atado con tiras de cáñamo. Se lo entrega al salvador de sus hijos y de nuevo musita unas palabras suaves, alzando la vista al cielo.

Diego, extrañado, alarga la mano para tomar el obsequio, pero antes mira a su compañero que asiente con un leve movimiento de cabeza.

Con la noche desplomada sobre la bahía de Cazaza, los dos amigos buscan presurosos una posada para alojarse. Encuentran una cerca del puerto, donde apenas media docena de desvencijadas naves crujen sus maderas al compás del vaivén de las olas.

Sentados en el suelo sobre almohadones, junto a una mesa baja, esperan en silencio que el posadero les sirva la cena.

–¿Cómo os las arregláis para comer en esta posición? –Pregunta Diego en voz baja, tratando de acomodarse los pies cruzados bajo sus posaderas.

–Es una posición cómoda, solo es cuestión de acostumbrarse. –Dice Hisham.

–Veamos qué nos ponen de comer esta gente. ¿Podríamos pedir un poco de vino?

–¿Estás loco? ¿Acaso quieres que nos acusen de herejía?

–¡Comer sin vino! ¡Eso sí que es una herejía!

–Calla, que ya vienen con la cena. –Dice Hisham dando un codazo a su compañero.

El mesonero se acerca y deja unas bandejas con salazón de pescado, muslo de gallina guisado con dátiles y ensalada de verduras asadas. Les sirve también varios cuencos con salsas especiadas, y una jarra de limonada con miel.

Empiezan a pellizcar las viandas, y durante un rato apenas conversan entre ellos. Hisham solo prueba un poco de cada cosa, en cambio Diego se deleita con cada bocado, sin parar de suspirar por

la exquisitez de la comida. Apura todos los platos y echa de menos una hogaza de pan con buena miga para rebañar los cuencos y, por supuesto, una jarra de buen vino.

–¿Sabes una cosa amigo?… no cocina nada mal esta gente. –Dice Diego cuando acaba de comer, mientras deja caer la espalda sobre la pared que tiene detrás sin poder evitar que un sonoro eructo confirme la opípara cena que acaba de engullir.

A la mañana siguiente, cuando el sol hace aparición, los dos amigos están ya sobre una colina alejada casi una milla de la costa. Cansados por la subida y con la respiración agitada, se sientan junto a un arbusto maltratado por los vientos, que soporta su existencia con las raíces aferradas a las rocas como manos de largos dedos. Desde donde están contemplan la ciudad de Alcudia de Cazaza, con el puerto, el castillo sobre la colina y los frondosos y estrechos valles que se abren al mar.

–Es un buen lugar para vivir, su tranquilidad y la sencillez de sus casas blancas en la ladera me recuerdan a Archidona, mi añorado pueblo. Sus gentes son humildes y hospitalarias. –Dice Diego con melancolía tentando en su zurrón y sacando el obsequio que recibió de la mujer el día anterior. –Es una pena lo que se cierne sobre ellos.

Quita el envoltorio de hojas y aparece un bollo alargado de pan de higo, con almendras, miel y matalahúva. Lo parte en dos mitades y le entrega una a Hisham. Muerde su pedazo y saborea el bocado cerrando los ojos.

–¡Esto es lo más delicioso que he probado en mi vida! –Exclama Diego con la boca llena.

–No te falta razón amigo, ese lugar a mí también me recuerda mi amado *Hisn Xénex*, pero porque se avecina sobre ellos un episodio de dolor como el que ya sufrimos en Al–Ándalus.

–En tu caso al menos viviste para contarlo, pero mucho me temo que de los habitantes de esa ciudad pocos queden con vida.

–¿Qué quieres decir con eso? Solo se tomará la ciudad, y además con los pocos refuerzos que tienen, ni siquiera habrá resistencia. Es posible que apenas se derrame sangre.

–No es eso lo que he escuchado. –Dice Diego estirando el cuello para tragar un trozo de pan de higo. –Como sabes, en los últimos días han llegado a Melilla varios barcos con soldados, caballos y carros de artillería. Parece ser que el rey Fernando ha elegido la ciudad de Alcudia de Cazaza para dar un golpe ejemplarizante que amedrente a los sultanes de *Berbería*.

–¿Quién te ha informado de esas cosas? –Se interesa Hisham con preocupación.

–Hace dos noches me acerqué a ver a Marcela, y la verdad, su estado me desoló. No llegó a abrir los ojos y pude comprobar que las fiebres la están consumiendo. –Diego respira profundamente para poder continuar con el relato. –En fin, para ahogar mi pena pasé por la taberna del Mercado y pedí vino. Allí entablé conversación con un joven oficial del duque, un tal Hugo, un tipo altivo y de modales fríos. Él bebía para olvidar igual que yo; el mal de amores también es su pena. Hablamos y trasegamos vino durante horas. Con el calor de licor se le soltó la lengua. Me dijo que las instrucciones que tienen es asolar la ciudad de Cazaza, que mueran todas sus gentes y que no quede piedra sobre piedra. Esos niños que salvé ayer de los pies de los caballos en pocos días habrán acabado su existencia, igual que los demás habitantes de ese tranquilo lugar. –Dice Diego haciendo como que orpime en su su mano la ciudad en la lejanía.

–¡Eso es una aberración, una ignominia! Las gentes inocentes no pueden pagar las ansias de poder de los gobernantes. ¡Que arrasen los castillos, las fortalezas y los palacios de los sultanes! ¡Pero que no se ensañen con esas gentes indefensas! –Grita Hisham ofuscado poniéndose en pie.

–Llevas razón amigo mío. He podido ver que esas gentes tienen los mismos sufrimientos e inquietudes que cualquiera. Nada hay distinto entre sus vidas y las de los cristianos de cualquier otro lugar. El problema está en las ambiciones desmedidas de los poderosos. Ellos nos mueven como peones para atesorar cada vez más riquezas, pero nuestro sufrimiento siempre es el mismo.

–Así es Diego. Yo he sufrido las ambiciones de los gobernantes cristianos y musulmanes, en nada se diferencian. –Hisham se queda en silencio, pensativo. Por su cabeza pasan atropelladamente una serie de vivencias, de episodios duros. El recuerdo de aquella escaramuza en Baza en la que degolló a un cristiano, se fija en su mente. –¡Tenemos que evitar que muera todas esa gente!

–¡Estás loco! ¡Nos es imposible hacer nada, el ataque podría ser mañana! ¿Quieres que nos acusen de traición? A mí también me da mucha pena esa gente, pero reconoce que estamos atados de pies y manos. Regresaremos a Melilla, informaremos al alcaide de la situación de la ciudad y nuestra misión habrá concluido. ¡Vamos! –Dice Diego poniéndose en pie y empezando a caminar.

–¡Tenemos que hacer algo, maldita sea! ¡Piensa en esos niños!

–¡Eres un maldito loco altruista! No debería haberte dicho nada,

te conozco lo suficiente para saber que debería haberme callado. –Masculla Diego sin parar de caminar.

Durante el resto de la mañana caminan en silencio. Diego mira de vez en cuando de reojo a Hisham que sigue cabizbajo y meditabundo. Cuando atraviesan uno de los valles, en las proximidades de una aldea llamada Maljarna, se cruzan con un joven pastor que cuida de un rebaño de cabras. Cuando avanzan unos pasos, Hisham se para en seco. Diego continúa caminando hasta que advierte la ausencia de su compañero, vuelve la cara y le pregunta.

–¿Qué haces? ¿Por qué te paras? –Pregunta sin elevar la voz para que el pastor no lo escuche hablar en lengua castellana.

Hisham le hace señales para que le espere y gira sobre sus pasos hacia el cabrero que han dejado atrás.

Diego masculla palabras en voz baja y se vuelve en busca de su compañero Cuando lo ve conversando con el joven ganadero señalando a un cabrito mediano, se tranquiliza, pues piensa que estará tratando la compra del animal. Se sienta en un ribazo de piedras, a la sombra de un olivo, y se descuelga la *lagenaria* para echar un trago de agua.

Tras un rato vuelve Hisham con un cabrito blanco con lunares oscuros, atado a una cuerda tras él, dando balidos estremecedores por haber sido separado de su madre.

–Sí que ha sido dura la negociación. Has tardado mucho en ponerte de acuerdo. ¿Lo habrás comprado a buen precio? –Le recrimina Diego.

–No creas, me ha costado un buen dinero, pero al final he podido convencerlo. –Contesta Hisham entornando los ojos, con una sonrisa complaciente en su rostro.

Atraviesan la pequeña aldea de Maljarna bajo la mirada de todos los vecinos, que se asoman a las puertas alarmados por el vociferante animal. Cuando comienzan a subir por la ladera, Hisham vuelve la vista y contempla, con rostro satisfecho, como el joven pastor, que ha abandonado el rebaño, corre despavorido monte arriba y está ya a punto de coronar la cima del otro lado del valle, en dirección a Cazaza.

Cuando llegan a Melilla, tras prestar informes ante el alcaide, Hisham y Diego se acercan a la casa de Elías para interesarse por su hija. Antes de llegar perciben que algo no va bien, hay mucha gente congregada en la puerta.

Se abren hueco y entran en la estancia principal. Al fondo, sentado en una silla está el padre de Marcela. Tiene la cara demacrada y el cuerpo desmoronado sobre el respaldo. Nada hay en su aspecto que se asemeje al hombre corpulento y fortachón que es. No hacen falta palabras para saber lo que ha ocurrido, Hisham y Diego se funden en un abrazo con el doliente.

Aprovechando que se avecina una noche de luna plena, a última hora de la tarde, varias naves repletas de hombres, caballos y carros ligeros de artillería, zarpan del puerto de Melilla. Navegan silenciosas hacía poniente, sin alejarse demasiado de la costa.

Don Gonzalo Mariño, sentado sobre un barril junto al castillete de proa de su galeón, con gesto serio, empuña con fuerza el asa de su taza de malta de cebada, da un trago al amargo líquido y cruza una mirada con el capitán Hugo de Almansa. El alcaide de Melilla y sus hombres se disponen a cumplir el encargo que el rey Fernando ha hecho al duque de Medina Sidonia.

Mucho antes de despuntar el alba, se acercan a una ensenada, a pocas millas de Alcudia de Cazaza, y en barcazas desalojan las naves. En la costa esperan varios batallones de infantería que han caminado desde Melilla toda la noche, evitando aldeas y zonas habitadas.

Siguiendo las instrucciones de los oficiales se forman las líneas y, con poco orden, comienzan el camino, bajo los chirridos de las ruedas de las carretas, los resoplidos de los caballos y el roce metálico de las armas.

Con el cielo tornándose violeta por el oriente, los carros artilleros toman posiciones en las colinas cercanas a la ciudad, que permanece en absoluto silencio. Tan solo en la fortaleza se aprecian algunos movimientos de soldados que, portando antorchas recorren nerviosos los adarves.

A una señal de don Gonzalo, las *lombardas* escupen lenguas de fuego por sus mortíferas bocas e iluminan el cielo. Un infierno de piedra y fuego cae sobre las inconsistentes casas de la ciudad de Cazaza. En una colina más elevada, otra batería artillera descarga contra el castillo, haciendo saltar en pedazos las partes más débiles de las murallas.

Cuando amanece, la imagen que contempla el alcaide y sus oficiales no es la esperada. La ciudad está arrasada por las descargas de artillería, pero no se ven gentes corriendo o gritando como sería lo habitual. Al parecer los habitantes han abandonado la ciudad con

anticipación al asalto.

El alcaide lanza la infantería con órdenes de incendiar y arrasar casa por casa, tienen permiso para saquear cuanto encuentren. Más de un millar de soldados corre colina abajo como una plaga de insectos hambrientos.

Mientras tanto la artillería se centra en la fortaleza, cuyos muros han perdido consistencia y ya son visibles los portillos ennegrecidos abiertos por los cañonazos. Los soldados musulmanes abandonan el castillo, con desorden se baten en retirada.

Antes del mediodía la ciudad está destruida por completo, los muelles del puerto incendiados y los soldados cristianos posicionados en la fortaleza.

–¡Hemos conquistado Alcudia de Cazaza para la cristiandad, muchacho! Ha sido más fácil de lo que esperaba. –Dice don Gonzalo dando una sonora palmada en la espalda del capitán Hugo de Almansa.

–No se ha cumplido la voluntad de nuestro señor. –Dice el oficial apretando los dientes. –Apenas han muerto una veintena de moros.

–¡Y qué más da! Ya tiene su maldita ciudad y el rey le concederá el título de Marqués de Cazaza. ¿No es eso lo que quería?

–Sí, es eso lo que deseaba, pero no de este modo. Una victoria sin sangre es una victoria sin honor. –Concluye Hugo haciendo un gesto de desprecio con la mano, mientras las llamas de las casas de la ciudad se reflejan en sus ojos.

Cuatro días después de la destrucción de la ciudad de Alcudia de Cazaza, Hisham recibe la visita de dos soldados del alcaide.

–¿Álvaro de Arade y Diego de Fernández? –Pregunta uno de los militares desde la entrada de la casa que ambos comparten desde que llegaron a Melilla.

–Soy Álvaro de Arade, Diego no está en este momento. ¿Quién nos busca? –Pregunta Hisham nervioso ante la presencia intimidatoria de los soldados. Uno de ellos porta un documento en sus manos.

–Vengo a comunicaros una citación a las dependencias de gobierno de la ciudad. –Dice el soldado con solemnidad mientras despliega el pergamino y procede a leer. *–Don Gonzalo Mariño de Ribera, alcaide de los dominios ducales de Melilla, por la gracia de Dios, y el beneplácito del excelentísimo señor el duque de Medina Sidonia, servidor leal de la corona de Castilla, requiere a Diego de Fernández y a Álvaro de Arade, ambos maestros canteros de la ciudad, a estar ante su presencia en las primeras horas del día siguiente a la comunicación de*

ésta. –El mensajero enrolla el pergamino y resume el mensaje. –Mañana por la mañana debéis comparecer ante don Gonzalo en el Palacete de la Ciudadela.

–Así será, allí estaremos. –Concluye Hisham viendo como los soldados se retiran.

Durante todo el día Hisham permanece con la mente inquieta. Esta repentina citación del alcaide cuando están a pocos días de partir hacia España le intranquiliza sobremanera. *–¿Habrá descubierto algo acerca de la toma de Alcudia de Cazaza? Si ni siquiera Diego se percató, cuando regresaban, del aviso al pastor para que desalojaran la ciudad. ¿Cómo es posible que el alcaide haya tenido constancia que yo avisara del ataque?* –Se pregunta Hisham cada vez más angustiado. Ahora que por fin tiene ante sí la posibilidad de quedar completamente libre para buscar a su familia, surge esta cuestión que puede tener consecuencias graves.

Hisham espera impaciente la llegada de Diego, que ha pasado la jornada de domingo con Elías pescando en las rocas cercanas al puerto. Le avisará de la citación del alcaide, pero no le dirá que la causa puede ser el aviso que él hizo al pastor para que la ciudad fuera evacuada antes del asalto.

A primeras horas de la tarde llega Diego, trae un cesto con algunos peces.

–Álvaro, prepara una fogata para hacer un caldo con esta escórpora mediana. También asaremos unos salmonetes, es lo único que hemos podido pescar. Puede ser el último pescado de las costas de *Berbería* que degustemos. –Dice Diego entrando por la puerta, sin su habitual alegría por la pérdida de Marcela, mientras muestra un pez anaranjado de ojos y boca grandes, con gruesas y afiladas espinas.

–Buenas tardes Diego. –Responde Hisham de forma escueta, sentado en una silla y con la mirada perdida

–¿Otra vez estás deprimido amigo? Traeré una jarra de vino de inmediato, los dos la necesitamos.

–No, no me pasa nada… me encuentro bien. Es que el alcaide nos ha citado a ir mañana ante su presencia.

–Es normal, seguro que quiere darnos alguna condecoración por los servicios que prestamos en la misión de reconocimiento antes del ataque a Alcudia de Cazaza. Don Gonzalo es un buen gobernante y un hombre agradecido. –Expresa Diego con optimismo.

–Será eso. –Concluye Hisham lacónico, pensando que será mejor

que su amigo no se intranquilice, al menos hasta el día siguiente.

A la hora convenida, Hisham y su compañero, esperan en la antesala para ser recibidos por el alcaide. A Hisham le ha costado conciliar el sueño, sabe que pueden ser encarcelados por traición, aunque no se arrepiente ni un ápice de su actuación. Ha salvado a cientos de inocentes y eso merece pagar cualquier precio.

Un sirviente con librea oscura recargada de adornos dorados les abre una puerta enorme de madera de nogal labrada, y les invita a entrar con un gesto exagerado, inclinando el torso y batiendo el brazo.

Al fondo de una sala alargada de paredes de piedra desnuda, techo lóbrego de artesonado, escasos ventanales y un suelo de losas rojizas de barro cocido, les espera don Gonzalo. El regidor está sentado tras una mesa pequeña de madera sobre la que descansan sus pies y en la mano derecha tiene una jarra de humeante infusión de malta de cebada.

–¡Sed bien venidos! Siento haberos hecho venir ante mí, pero hay cosas que me gusta comunicarlas en persona. –Dice el alcaide al tiempo que se incorpora con dificultad y sale de detrás de la mesa.

Es casi mediodía cuando Hisham y Diego llegan a su casa, llevan la cabeza gacha y no han cruzado una palabra desde que han salido de la reunión con el alcaide.

–¿Por qué has tenido que aceptar su petición? ¿Acaso no hemos hecho ya bastante por esta ciudad? –Pregunta Diego a Hisham con reproche.

–¿Qué otra cosa podíamos hacer Diego? Debes saber que cuando un superior te pide un favor, en realidad te está dando una orden. Si no le haces ese favor, te has de atener a las consecuencias. –Responde Hisham reconfortado. –De todas formas yo he respondido por mí, y tú te has callado, a tiempo has estado de decirle a don Gonzalo que a ti no interesaba su propuesta.

–Es posible que lleves razón, pero quedarnos varios meses más hasta reconstruir la fortaleza de Alcudia de Cazaza, es un disparate. Tendremos que reparar lo que destruyeron nuestros propios cañones. No terminaremos antes del próximo invierno. Al menos debías haber protestado y no acatar a la primera.

–Bueno, no es una condecoración como tú esperabas, pero tampoco es una condena. –Dice Hisham con disimulada satisfacción.

Nueve meses después…

– 11 –
REGRESO A VALLE MALDITO

Llanuras de Al Hadar (Fez), 2 días del mes de Ramadán, año 912 de la Hégira.
(Enero del año 1.507 del calendario Cristiano)
(Mes de Tevet del año 5.267, calendario Hebreo)

El sol bajo del atardecer alarga, hasta distorsionarlas sobre el polvoriento camino, las sombras de tres jinetes. Las ráfagas de viento, que han castigado el día con dureza, han cesado y se avecina una noche calmada aunque muy fría. La ausencia de nubes en el cielo hará que la escarcha cubra el suelo antes de la madrugada.

Uno de los jinetes cabalga varios cuerpos delante de sus dos compañeros.

–¿Qué te ocurre Kamal? ¿Por qué no nos has dirigido la palabra desde que salimos de Fez? –Grita Muhyí desde la parte de atrás.

–¿Que qué me ocurre? Maldita sea muchacho. –Contesta Kamal mientras mueve la cabeza a un lado y otro. –¿Cómo me puedes preguntar qué me ocurre? Eres un inconsciente, no puedes ir por la vida dejándote llevar por impulsos. Tenemos una misión que cumplir y no debemos distraernos de nuestro objetivo. Disponemos de pistas buenas y fiables, es posible que estemos en el camino adecuado y pronto encontremos a tu padre. Y tú no tienes otra cosa que hacer que prendarte de amor por esa mujer. ¡Eres prácticamente un niño!

–¡No soy un niño! ¡Hace años que no lo soy! –Responde el joven dirigiendo una mirada torva a su interlocutor. –Uno no elige cuando encuentra a la persona que ama. ¿Acaso no te jugaste tú el cuello por Jahenna en la guerra de Baza? Al menos eso me has contado. Yo soy quien más anhela encontrar a mi padre y, como dices, ahora tenemos posibilidades de saber algo sobre él en esa ciudad cristiana de la costa, pero también quiero pasar el resto de mi vida con Gadea. –Se defiende el joven con firmeza, alzando la voz para hacerse escuchar.

–Es que eres un pozo de sorpresas Muhyí. A poco de salir de *Bab*

al Khemis, recogiste al judío, y ahora en Fez incorporamos a nuestro grupo a una cristiana. ¿Quién va a ser el siguiente?

–¡No me gusta que me hables de esa forma Kamal! Has aceptado ayudarme a encontrar a mi padre, y ya te he dicho que es algo que te agradeceré de por vida, pero eso no te faculta para dirigir mi vida. –Le recrimina Muhyí visiblemente enfadado espoleando el caballo para llegar a su altura. –¡Ah! Y respecto a Ruy Crespo, el judío como tú lo llamas con desprecio, te recuerdo que gracias a él mi madre enferma ha tenido un lugar donde quedarse mientras nosotros hemos venido a Fez, y también tu esposa. A ti te debo mucho, muchísimo… pero a Ruy Crespo también. Soy muy joven, y reconozco que un poco impulsivo… muy impulsivo, pero sé bien quienes son las personas que me han ayudado y jamás caerán en el olvido, por ellos daría la vida. –Concluye Muhyí visiblemente enojado.

–Perdóname amigo, es que eres aún demasiado inexperto para tomar ciertas decisiones que te afectarán de por vida. Quizá estoy ejerciendo contigo una faceta de padre que no me corresponde, por eso te riño tanto. –Dice Kamal, emparejando su caballo y echando el brazo por el hombro del muchacho.

–Está bien, agradezco que te preocupes por mí. Pero aunque tenga pocos años, la vida me ha hecho ser un adulto demasiado pronto. Puede que no lo creas, pero medito y valoro cada paso que doy, cada decisión que tomo… y hay veces que prefiero hacer más caso al corazón que a la razón. –Responde Muhyí correspondiendo al gesto de cariño de su compañero con una palmada en la espalda.

–Sí, sí que te creo, lo complicado es saber elegir esas ocasiones en las que hacer prevalecer la calidez de los sentimientos sobre la frialdad de la mente. Eres muy generoso y agradecido, y eso es una cualidad magnífica, pero también debes ser implacable con tus enemigos, e intentar reconocerlos antes que sea tarde. No me malinterpretes, no te digo esto ni por Ruy Crespo ni por Gadea, es simplemente otro consejo más de padrino que te doy.

–Desde luego que he de ser implacable con mis enemigos. Ahora sé bien que uno de los defectos de mi padre fue no saber distinguir a tiempo a quien pretendía dañarle. Pero nadie está libre de una traición.

Aplacada la discusión, continúan cabalgando en silencio, con el único sonido que los cascos de los caballos sobre las piedras desnudas del camino. El sol ya se ha ocultado y el ambiente se torna cada vez más frío. Los dos hombres van a la par y un poco más

atrás, abatida tras una dura jornada de camino, se bambolea Gadea sobre una yegua blanca que ha comprado Muhyí antes de salir de Fez.

–Kamal, me preocupa mucho la reacción de Nidaleh y Omar, esperaba que nos intentaran buscar en Fez y me sorprende que no lo hayan hecho. –Habla el joven rompiendo el espeso silencio.

–El que no hayan aparecido ya, nos debe tranquilizar. Es posible que asuman vuestra ausencia sin problemas.

–No, no lo creo así. Hay… hay cosas que tú no sabes. Bueno… cuando salimos de *Bab al Khemis*… cogimos algunas cosas. –Titubea Muhyí arrepentido de su ataque de sinceridad.

–¿Qué cosas? ¿A qué te refieres? –Pregunta Kamal inquieto.

Muhyí gira la cabeza y comprueba que Gadea cabalga un poco más atrás, y bajando la voz prosigue.

–El día anterior a nuestra partida, registramos todos los rincones de la casa. Encontramos una bolsa con mucho dinero oculta en el granero. –Muhyí hace una pausa mientras cruza una mirada con su compañero. –Mi madre dijo que ese dinero no podían haberlo ahorrado desde que huyeron de Fez. Por tanto…

–Por tanto ese dinero es la recompensa que recibió Nidaleh por traicionar a tu padre pero… ¿Para qué lo mantuvo oculto durante tanto tiempo?

–Supongo que se arrepintió de lo que había hecho y le asqueaba tocar ese dinero. –Razona Muhyí.

–Otra vez piensas con demasiada generosidad, no le otorgues a Nidaleh carta de arrepentimiento con tanta facilidad. Ese hombre creció como esclavo de Malik, el ser más perverso que haya medrado bajo este cielo, en su vida vio tantas maldades y fue testigo de tantas inquinas que no puede ser descartado de culpabilidad.

–Te doy la razón en ese reproche Kamal, pero es la única explicación razonable que encuentro. Te puedo asegurar que hemos vivido con extrema humildad, mi madre y Nidaleh han pasado verdaderas necesidades, y no encontramos explicación al motivo que no haya echado mano a ese dinero.

–¿Lo tiene tu madre? ¿De qué cantidad se trata? –Se interesa Kamal.

–Yo cogí un poco para venir a Fez, el resto se lo quedó ella en el Valle Maldito. No se cuánto hay, pero sí te puedo decir que es una cantidad considerable.

–Después de saber esto, creo que sí debemos temer la aparición de Nidaleh. Dudo mucho que nos deje tranquilos cuando eche en

falta ese botín. –Asevera Kamal arrugando el gesto y negando con la cabeza.

–A mí me preocupa más Omar que su padrastro. Nidaleh es un hombre casi anciano y tullido, en cambio Omar es joven, fuerte, osado y con muy malas entrañas. Yo lo sé bien, me he criado con él y he sufrido a diario una tiranía y un desprecio impropios de un hermanastro mayor. –Dice el joven sintiendo ya la presencia de Gadea junto a él.

– Pronto anochecerá ¿Cuándo pararemos? –Pregunta la muchacha con voz cansada.

–Llegaremos hasta aquél valle. Tenemos que aprovechar al máximo la luz del día, en esta época el sol recorre el cielo con fugacidad y las noches son eternas. Allí buscaremos el refugio de alguna cueva o un cobijo bajo los árboles que nos cubra de la escarcha. –Contesta Kamal tratando de ablandar el gesto hacia la joven.

Cuando llegan junto al curso de un riachuelo, desmontan y dejan que los caballos se abreven y coman la escasa hierba tierna que ha osado desafiar al invierno.

Es un valle estrecho encajonado entre desfiladeros de lastras amarillas. Una vasta espesura de matorrales y árboles de gran envergadura medran a ambos lados del cauce, formando una cúpula exuberante que acelera el anochecer. El sonido del agua cristalina del arroyo que golpea bulliciosa contra las rocas redondeadas, se mezcla con los trinos nerviosos de los pájaros, que se disputan el cobijo en las copas de la frondosa arboleda.

Kamal se aleja hacia una zona más despejada de vegetación en busca de un refugio para la noche.

Gadea se quita el velo y sacude la cabeza haciendo volar su melena rojiza. Se acerca a Muhyí y le estampa un beso húmedo en los labios.

–¿Quiénes son Nidaleh y Omar, y por qué te buscan? –Pregunta la muchacha con gesto preocupado.

El joven corresponde a la caricia de su amada y la abraza por la cintura acercando su cuerpo. Le pasa la mano por la piel blanquísima de su cara y se sumerge en la verdosa oscuridad de sus ojos tibios.

–Es una larga historia Gadea, algún día te la contaré, ahora estamos todos muy cansados.

–Como quieras Muhyí, sabes que he decidido acompañarte sin condiciones, porque te amo. Me has salvado de vivir el resto de mi

existencia como esclava en el harén del sultán, y por ello te guardaré agradecimiento eterno. Pero no puedo evitar interesarme por tus desvelos. He podido comprobar que cuando nombras a esas personas algo nubla tu mirada. –Dice Gadea regalándole una sonrisa dulce al tiempo que lo abraza con fuerza.

–Realmente son un motivo importante por el que inquietarme, pero antes que eso me preocupa volver a ver a mi madre, comprobar si se ha recuperado, pues la dejé muy enferma. Y después, buscar a mi padre.

Kamal llama desde lejos y les pide que se acerquen con los caballos. En un claro del río ha encontrado una construcción semiderruida que parece útil para pasar la noche. Buscan leña, prenden una hoguera junto a la que se sientan a comer una empanada rellena de cordero, piñones y verdura. Bajo la única parte del refugio que conserva el techo, extienden unos jergones para dormir. Acomodan los caballos en el interior para aprovechar su calor. Kamal aparta su lecho junto a la puerta, con la intención de dejar a Gadea y Muhyí en la zona más protegida al otro lado de los animales. El habitáculo pronto se caldea por el vaho tibio sale de los ollares de los equinos, y el ambiente se impregna del olor acre de las bostas expelidas.

Muhyí abraza a Gadea que, tendida junto a él, se le enrosca como una planta trepadora. Entre besos y caricias, al poco rato percibe que la respiración de la muchacha se sosiega y el cuerpo se relaja, vencida por el sueño.

El joven tarda un buen rato en dormirse, la discusión mantenida esta tarde con su compañero aún lo mantiene nervioso, además, no logra apartar de su mente a Nidaleh y Omar. Escucha a Kamal revolverse al otro lado de los caballos, inquieto igual que él, supone. A través de un ventanuco observa un trozo de cielo negro con brillantes puntos blancos y azulados. Se fija en que las estrellas se distribuyen sin orden aparente: las hay de diversos tamaños y tonalidades, algunas aumentan de intensidad, otras parpadean o desaparecen; sin embargo cada noche están ahí de forma ineluctable. *–Parece que ahí arriba existe un desorden parecido al que hay sobre la faz de la tierra. Sin duda nos gobierna la misma mano, todopoderosa pero caótica… O tal vez todo funcione por su propia inercia, sin intervención divina. Esto parece lo más razonable.* –Piensa Muhyí con escepticismo antes de sentir el peso de sus párpados y un sopor en la cabeza que lo va amodorrando.

Aún falta un buen rato para que rompa el alba. Unos besos sedosos y una mano inquieta hurgando en sus intimidades despiertan a Muhyí. Sin mediar palabra entre ellos, Gadea se incorpora sobre él y masajea con avidez el vigoroso despertar del joven.

–¿Siempre despiertas de esta manera? –Le susurra ella con lúbrica intención al oído.

–Es algo que tendrás que comprobar a diario. –Contesta Muhyí mientras brega para desnudarse bajo los ropones.

Tras varias jornadas de travesía, llegan a la garganta que da acceso al Valle Maldito. Para los jóvenes amantes, en estos días, no todo han sido penalidades causadas por el frío, la lluvia y la intemperie. Muhyí ha soñado cada noche con los despertares que le ha regalado Gadea.

Pero conforme se acercan a su destino, Muhyí cambia de humor. La preocupación por el estado de su madre se acrecenta. La dejó tan enferma que se teme incluso lo peor. Perder a su madre antes de encontrar a su padre es algo que, solo imaginarlo, le atemoriza hasta temblar. *–Si esto ocurriera tengo a Gadea, a Kamal, a Ruy Crespo y a Jahenna, no estoy solo.* –Reflexiona en silencio y respira hondo para consolarse, aunque sabe que nada puede sustituir el amor incondicional de una madre.

Es media tarde cuando, tras dejar los caballos en la zona baja, los tres viajeros acaban de coronar las empinadas rampas que dan acceso a la morada de la anciana Sahar. Una pareja de buitres, con sus enormes alas desplegadas, exhiben su funesta presencia mecidos por las corrientes cálidas que emergen del valle al atardecer. Muhyí levanta la mirada al cielo y maldice la presencia de los carroñeros.

–No me gustan esos pajarracos, viven de la muerte de otros animales. Malditos sean todos los seres que subsisten de las miserias de los demás. –Dice el joven lanzando una piedra inútilmente contra las aves.

En ese momento una estampida de ladridos les hace mirar en otra dirección. Es Bralik, el perro de Muhyí, que ha detectado su presencia y acude en pos de su amo despavorido. Una bola de pelo negro baja por el camino como una centella, cuando llega ante ellos, corretea entre sus piernas haciendo quiebros, se revuelca por el suelo, salta y da aullidos desesperados como si hubiera enloquecido. Muhyí se pone de rodillas, el animal sube de un salto sobre su pecho y le hace caer de espaldas. Los dos se funden en un

abrazo mientras el perro patalea y lame la cara de su amo.

Cuando el perro se despega del joven, sale corriendo de vuelta a la casa y unos pasos más adelante se gira y, mirando a Muhyí, ladra varias veces con premura. El joven, sin decir nada, sale corriendo tras el animal.

Muhyí entra en la humilde morada de Sahar tras el perro. Sobre un lecho de hierbas secas encuentra el cuerpo consumido de su madre, con apenas un hilo de vida en los ojos. Junto a ella está la anciana.

–¡Madre soy Muhyí! Ya estoy aquí. ¿Cómo estás? –Dice mientras se agacha junto a ella y le toma la mano fría y amarillenta, en la que palpa cada hueso.

Aisha gira la cabeza con lentitud y parpadea levemente, abre la boca varias veces hasta que consigue carraspear para dejar escapar unas palabras con voz quebrada.

–¡Hijo que alegría que hayas vuelto! *Allah* es generoso por permitirme verte antes de morir. ¿Qué has averiguado de tu padre?

–¡Madre hay un rayo de esperanza! Tenemos pistas fiables para encontrarlo. Estuvo preso en Fez y hace unos años fue liberado. Hemos hablado con el anciano que le dio el amuleto a Kamal. –Contesta el joven mostrando el colgante que saca de su blusa.

Aisha recobra fuerzas con la noticia y, haciendo un gran esfuerzo, consigue incorporarse apoyándose sobre el codo.

–¡Que alegría hijo mío! Sahar también cree que sigue con vida.

Muhyí se gira hacia la ciega, que permanece impasible sentada en el suelo.

–Que Dios os bendiga señora. Perdonad mi descortesía, me he postrado ante mi madre sin saludaros siquiera. Os agradezco mucho vuestra hospitalidad.

–Estás cumplido muchacho. Solázate cuanto puedas con la compañía de tu madre, ella te adora a ti tanto como percibo que tú a ella. Ten la seguridad que te daré buenas nuevas sobre tu padre. –Sentencia la anciana al tiempo que se incorpora y, apoyada en una vara nudosa, abandona encorvada la estancia con soltura impropia de una invidente.

–¿Qué quiere decir Sahar con que me dará noticias de mi padre? –Pregunta el joven intrigado a su madre cuando se quedan a solas.

–Ya sabes que es una hechicera. Hace unos días le dije que conservaba una camisola de tu padre con la sangre seca, y me dijo que si le dejaba tocarla. Accedí, la tomó en sus manos, la palpó y la olió durante un buen rato. Me pidió permiso para tomar un poco de sangre seca para hacer un conjuro o algo así.

–¿Y cuál es el resultado de ese conjuro? –Inquiere Muhyí extrañado.

–No lo ha hecho todavía, tiene que hacerlo en la última noche de luna menguante. Tan solo me dijo que percibía que tu padre estaba vivo.

–Yo también lo creo. Kamal y yo hemos averiguado que fue encarcelado y penado durante años a trabajos forzados en una cantera. Después consiguió liberarse del presidio haciéndose pasar por un cristiano. Es posible que siga viviendo entre los *rumís*, como uno de ellos.

–¡Cuánto habrá sufrido! –Exclama Aisha, con los ojos arrasados de lágrimas que se desbordan por los surcos de su cara, mientras siente el abrazo reconfortante de su hijo.

–Madre, en cuanto te acabes de recuperar iremos hacia la costa. Y si no lo encontramos en las ciudades cristianas de *Berbería* iremos al otro lado del mar.

–Hijo mío, yo carezco ya de aguante para viajar, y no debemos demorar más su búsqueda. Irás cuanto antes, yo me quedaré aquí. Intuyo que mi final está cerca y, aunque no viva lo suficiente para volver a ver a tu padre, moriré reconfortada de saber que tú sí lo encontrarás.

–¡No digas eso! –Dice el joven ahogado por la pena, e intentando al tiempo consolar a su madre con un beso en la frente.

Mientras tanto Kamal y Gadea han llegado junto a la puerta y conversan con Ruy Crespo y Jahenna.

–Madre, hay alguien que me acompaña y quiero que la conozcas. –Prosigue Muhyí ante la presencia de Gadea bajo el umbral de la puerta que, con el trasluz del sol del atardecer a sus espaldas, semeja una vaporosa aparición con un halo dorado alrededor de su cabeza.

La luna lleva varias noches decreciendo, esta parece ser la del ocaso de la menguante. Todos están expectantes ante la anunciada ceremonia de Sahar. En ella pretende averiguar datos sobre el encuentro entre el joven y su padre. Muhyí, sin embargo, es escéptico ante estas cuestiones exotéricas, no alcanza a ver la relación entre la luna menguante, la sangre seca de su padre de hace casi dos décadas y la imaginación de una estrafalaria octogenaria ciega. Pero en modo alguno quiere hacer un desaire a las buenas intenciones de Sahar, de cuya hospitalidad gozan todos.

En un cielo negro y profundo, moteado de miríadas de minúsculas estrellas, una luna, mermada hasta un delgado trazo

curvo de extremos afilados, preside la insólita reunión a la entrada de la cueva. Excepto Aisha, que permanece postrada en el interior, los demás se protegen del frío de la noche invernal bajo capas, en torno a una crepitante hoguera, sobre la que humea un pequeño puchero de barro.

Cuando el agua hierve a borbotones, la anciana arroja varios puñados de hierbas secas y sustancias en polvo en el interior del recipiente. Después de remover con parsimonia, pide a Ruy que retire el recipiente del fuego y lo coloque ante ella. A continuación, arrodillada en el suelo, despliega su capa y envuelve bajo su regazo la olla humeante. La anciana permanece durante largo rato macerando su rostro sobre los vapores que desprende el cocimiento.

La joven Gadea, sobrecogida por la insólita escena, aprieta la mano de Muhyí y cruza una mirada de complicidad con él, sintiendo el cobijo de su brazo. Junto a ellos Kamal y Jahenna permanecen igualmente abrazados, con caras de asombro. A otro lado de la hoguera, Ruy Crespo parece ser el único que mantiene cierta serenidad, como si hubiera asistido ya otras veces a este tipo de ceremonias.

Finalmente, la anciana abre la capa y una nube blanca de vaho asciende liberada hacia el cielo. Levanta su cara húmeda y abre los ojos velados hacia una ínfima luna de oro templado, tratando de ver más allá de lo material. Sahar abre los brazos y sin bajar el rostro pronuncia una serie de palabras en hebreo, una lengua extraña para todos menos para Ruy Crespo. Después, se gira a Muhyí y le tiende los brazos abriendo las palmas de las manos. El joven, absorto en el ritual, deposita sus manos sobre las de la anciana. En principio percibe un calor intenso, que se va tornando en dolor al sentir como los dedos sarmentosos de la anciana le aprietan con una fuerza descomunal. Una descarga intensa, transmitida por la hechicera, recorre el cuerpo del joven desde sus manos hasta los pies, provocándole una sensación de vértigo y desasosiego indescriptibles. Siente como si levitara y, desde poca altura, contempla un grupo de personas sentadas en torno a una hoguera. Se trata de esta misma reunión pero él no está, su lugar lo ocupa un extraño. Es un hombre mayor, tendrá unos cincuenta años, delgado pero fuerte, viste ropas negras y elegantes. Tiene barba y melena, cuidadas y oscuras con cascadas de canas a los lados. Su cara es angulosa y una nariz recta separa los ojos negros y grandes que miran con tristeza. Muhyí no reconoce a esta persona, no lo ha visto nunca, pero hay algo en su rostro que denota cercanía, afinidad. –*¡Es mi padre!* –Intenta gritar el joven sin conseguir que la voz salga

de su boca.

La anciana comienza a hablar de nuevo, esta vez para que todos la entiendan.

–Ha de ser en una noche mágica y misteriosa. Cuando los poderes del inframundo cobran la fuerza necesaria para vencer a las maldades seductoras, cuando los débiles y oprimidos se convierten en los regidores de sus destinos. El ansiado momento llegará cuando una luna plena se tiña de sangre, cuando la diosa de la noche, antes de su ocaso, derrame su bermejo reflejo hasta teñir las aguas del inmenso abismo que separa el mundo de los tiranos del de los humillados. Te encontrarás con tu padre en la próxima luna de sangre. –Concluye la anciana soltando las manos de Muhyí.

El joven, que suda copiosamente, nota la sensación de tocar el suelo de nuevo. Tiene que quitarse la capa que lo cubre, porque el calor que siente es insoportable.

La anciana se incorpora y entra en la cueva moviéndose con levedad.

–¿Ruy, qué ha querido decir Sahar? ¿Qué es una luna de sangre? –Interroga Muhyí al judío cuando consigue sosegarse y estabilizar su respiración desbocada.

–Es un extraño fenómeno cargado de misterios, por el que la luna aparece completamente roja durante una noche. Realmente sucede por una providencial confluencia de los astros, pero es causa de fascinación y de pánico entre algunas gentes, que le otorgan a la luna de sangre un valor apocalíptico, un presagio del fin del mundo. Tuve la oportunidad de ver una en *Almariyya*, cuando era muy joven. Es algo sobrecogedor que a nadie deja impasible. Yo creo que hay realmente algo de magia en ello. –Dice Ruy con solemnidad.

–¿Y cuándo es la siguiente luna de sangre? –Interviene Gadea adelantándose a la pregunta que pretendía hacer Muhyí.

–Eso es impredecible, solo Dios lo sabe, Él es el que gobierna los astros, al igual que todo lo que hay sobre la faz de la tierra. –Concluye Ruy para desasosiego de los presentes.

La visión que ha tenido Muhyí durante el ritual de Sahar lo sume en un estado de incertidumbre y desesperación insoportables. Aunque, tanto su madre como Ruy, han tratado de restarle importancia, diciéndole que solo se trata de una ceremonia exotérica que le ha provocado una sugestión lógica, no consigue apartar de su mente la imagen de quien parece ser su padre. Incluso la descripción de la persona que ha contemplado en su alucinación coincide con su aspecto físico, según le ha confirmado su madre.

En cualquier caso, nada nuevo ha aportado el augurio de la anciana ciega, salvo desazón.

Kamal, mantiene una actitud mucho más pragmática, sabe que tienen datos sólidos para pensar que Hisham pueda estar aún en Melilla, y apremia a diario a Muhyí para ir cuanto antes a comprobarlo. Pero el joven, una vez más, decide esperar en pos de una mejoría de su madre que no llega. Se debate en una situación agónica. Desea con toda su alma ir cuanto antes a Melilla, pero le abrasa el corazón ver como su madre se consume irremisiblemente. Ni el consuelo de su amada Gadea, el apoyo firme de Kamal y Jahenna, o los sabios consejos del judío, cargados de razón, son suficientes para aplacar su desconsuelo.

Ruy Crespo se reúne una tarde con Muhyí y Kamal. Les informa de la existencia de los documentos en lenguaje *acadio* y *líbico* que trae de Sion y que han de ser entregados en un lugar de España, algo que ya conoce Muhyí. Les comunica que Yunam no ha regresado, ni regresará, pues murió tras las heridas que sufrió en el ataque a su casa de Iksanne.

–Yunam, era cristiano, y su verdadero nombre Juan de Álora. Él era el encargado de llevar estos documentos para entregarlos en un lugar concreto de *Sefarad*. –Dice Ruy Crespo mostrando la bolsa de cuero oscuro. –Su muerte no solo me deja una profunda pena difícil de soportar, también la imposibilidad material de completar esta misión que, sin duda, podría suponer el fin de muchos sufrimientos innecesarios. –Concluye el judío parpadeando para contener las lágrimas que pugnan por aparecer en sus ojos.

–¿Qué contienen esos documentos? ¿Por qué son tan importantes? –Inquiere Kamal con desconfianza.

–No debo revelar nada acerca de su contenido. Perdonadme, pero el éxito de esta misión radica en la discreción.

–¿De qué éxito hablas Ruy? Si te encuentras ante una dificultad insalvable para continuar. Tu amigo Yunam ha muerto, él era quien debía llevar esos documentos, y tú no puedes ir, pues la entrada a los judíos a Al–Ándalus os está vedada. Si nos explicas de qué se trata nosotros quizá podríamos llevar estos documentos, pues es previsible que crucemos el mar en busca de mi padre. –Se aventura a decir Muhyí, que siente como la mirada de Kamal le taladra.

–Muhyí, nosotros tenemos que centrarnos en buscar a tu padre, no debemos involucrarnos en otras cosas y menos en una encomienda secreta y peligrosa que en nada nos atañe. –Replica Kamal con vehemencia.

–En eso te equivocas Kamal. –Interrumpe Ruy intentando disimular su enfado. –El resultado de esta misión, si es el pretendido, sí que os atañe, porque afectará a toda la humanidad. Hay muchos intereses en que no se logre el Gran Acuerdo, pero si se alcanza podremos vivir un tiempo de paz inédito hasta ahora.

–¿En qué consiste ese Gran Acuerdo? –Pregunta Kamal sin poder evitar un repentino interés en la misión.

Ruy Crespo duda unos instantes antes de exponer más detalles sobre el asunto, se levanta y camina unos pasos en círculo pasando la mano por sus cabellos. Es consciente que si consigue argumentar una respuesta que seduzca un punto más a Kamal, la encomienda tendrá continuidad. Su mente rebusca con rapidez argumentos convincentes que no expongan más detalles de los necesarios. En Kamal ha observado honestidad y valor; concluye que puede confiar en él, al igual que en Muhyí.

–Veréis… el Gran Acuerdo puede ser el principio de una paz universal entre las religiones. Todas las guerras y abusos que comente el hombre sobre sus semejantes tienen como justificación las creencias religiosas. Esto es algo que va contra todas las Escrituras y contra la voluntad del Creador. Un único Dios es el Padre de todos los seres, de todos los credos; pero en su nombre se derrama sangre inocente sin cuartel. –Argumenta el judío sin quitar la vista de Kamal, en el que ya percibe prendida la llama de la curiosidad.

–¿Pretendes hacernos creer que cristianos, judíos y musulmanes se van a poner de acuerdo en no agredirse en nombre de la fe? Eso es algo imposible, la inquina de los cristianos hacia los musulmanes y judíos es incontenible y, por supuesto, de contrario se albergan ansias de venganza que no se aplacarán hasta consumarlas. Ha sido tanta la sangre derramada a causa de la religión que no será posible enjugarla con ningún acuerdo, por grande que sea. –Responde Kamal con seguridad.

–No lo creo así, ni yo ni muchos hombres de las tres religiones que han consagrado sus vidas a esta misión. La maldad, la violencia y la sinrazón no la ejercen los credos, no..., la ejercen las personas, que las hay infames sin distinción de la fe que profesan. Los gobernantes perversos y ambiciosos se escudan en motivos religiosos para ampliar su poder sobre otros pueblos, sobre otros territorios, por eso es importante que se les consiga quitar esos argumentos, pues sin ellos no tendrán fundamento las agresiones en nombre de la fe.

–Es muy interesante cuanto dices Ruy, y muy loable, pero sigo

sin entender cómo se logra poner de acuerdo a tres credos. Tres religiones que llevan siglos haciendo del exterminio del diferente la razón de su existencia. –Expone Kamal negando con la cabeza y arrugando el gesto.

–Comprendo tu incredulidad Kamal, es razonable, pero tenemos que tener fe en las personas que, como ya te he dicho, han entregado su vida a esta causa. Mi amigo Yunam es uno de tantos. Te digo que hay personas de los tres credos involucradas en esto. Cada grupo, judíos, cristianos y musulmanes, hemos tenido la encomienda de recabar acuerdos de voluntad de personas muy influyentes de cada religión. Cuando todos esos documentos, conteniendo las opiniones de los máximos intérpretes de los dogmas de cada fe, estén juntos será el momento del Gran Acuerdo. En esta bolsa hay textos en ese sentido con la aquiescencia de los rabinos más respetados de Jerusalén. Y así, han de llegar de todos los rincones, a un lugar concreto de Al–Ándalus, documentos semejantes a este. Existe un consejo secreto formado por ancianos sabios, al margen de todos los credos, creado hace decenios, que será el encargado de recibirlos y de dar la notoriedad necesaria a ese Gran Acuerdo. Yo tan solo soy un mero peón de este gran engranaje y, desde hace muchos años, trabajo de forma incansable y silenciosa en pos de este objetivo. Creo que ya os he contado más de lo necesario. –Concluye Ruy, arrepentido por haberles dado tantos datos, aunque intuyendo que Kamal y Muhyí pueden haber quedado persuadidos con la encomienda.

– 12 –
EL ENCUENTRO

Melilla, 26 días del mes de Chawwal, año 912 de la Hégira.
(Marzo del año 1.507 del calendario Cristiano)
(Mes de Adar del año 5.267, calendario Hebreo)

Con los primeros claros del día, los soldados cristianos abren las puertas de la ciudadela de Melilla. En la zona de extramuros, junto a la imponente puerta de entrada recién reformada, se agolpa impaciente un nutrido grupo de aldeanos musulmanes de las villas cercanas. Aguardan con carretas y asnos cargados de productos de las huertas, leche, quesos y corderos. En la ciudad cristiana casi siempre escasean los productos frescos, pues se abastece con lo que llega en barcos desde el otro lado del mar. Por ello, el comercio con los aldeanos se convierte en una magnífica oportunidad para que los cristianos puedan conseguir provisiones de temporada, por otro lado, los musulmanes venden sus géneros a buenos precios.

Kamal y Muhyí llevan una partida de hermosos corderos que han comprado a un pastor por el camino. No han escatimado en el precio que han pagado por ellos, pues su intención no es hacer negocio con la venta. Mientras esperan para entrar, contemplan fascinados la portentosa estampa de la ciudadela, completamente amurallada y erguida en un pétreo islote al que solo se accede por un pequeño istmo, sobre el que se encuentran ellos.

Una de las hojas de la formidable puerta de madera cede ante el empuje de dos soldados cristianos, librando el acceso al recinto amurallado a los musulmanes.

Cuando atraviesan el arco de entrada, Muhyí se aparta a un lado y se gira, ha creído ver una inscripción en una de las piedras de las primeras dovelas. Pero un golpe sobre su hombro, acompañado del siseo de un guardia cristiano, le reconduce con el resto de campesinos. El joven obedece al soldado y atraviesa la entrada siguiendo a los demás, que son conducidos a empujones por los soldados en dirección a la zona del puerto, entre un alboroto de pollos piando y balidos de corderos. Tras serpentear por la ciudadela a través de un laberinto de estrechas callejuelas,

atraviesan la Puerta de la Marina, y llegan a una explanada amplia junto al puerto. Amarrada al muelle se mece una enorme *carraca* de tres mástiles y amplia batalla. Sobre la cubierta de la nave se mueven apresurados los marineros, lanzando cuerdas y colocando una enorme pasarela de madera hasta el suelo.

A voces, los soldados ordenan a los musulmanes que se distribuyan en hileras, formando un improvisado mercado. Al poco, cada uno exhibe y vocifera sus mercancías en espera de los posibles compradores.

–Kamal, cuando hemos atravesado el arco de entrada, he visto una inscripción que puede haber sido hecha por mi padre. Es tal y como nos dijo el viejo Salim, se asemeja a lo que hay en este amuleto. –Dice Muhyí con los ojos avivados mostrando su colgante.

–Pues esos muros parecen reconstruidos hace poco tiempo. Quizá tu padre aún esté en la ciudad. –Kamal mira a un lado y otro comprobando que están rodeados de guardias. –No veo posible que nos dejen recorrer la ciudad para averiguar algo. Nos tendremos que conformar con poder preguntar a quienes se nos acerquen a comprar.

–Espero que no decidiera cambiarse el nombre después de salir del presidio. Salim dijo que debía hacerse llamar Álvaro de Arade, *el portugués*. Si sigue en la ciudad no debe ser difícil localizarlo. Álvaro y maestro cantero, no habrá muchos.

En ese instante una partida de soldados con vistosos uniformes aparece por un extremo de la explanada. Entre ellos destaca la figura oronda de un hombre al que custodian como si de un santo en procesión se tratara.

Algunos de los campesinos comentan en voz baja –*Es don Gonzalo, el alcaide*. –al tiempo que tratan de adecentar sus mercancías para hacerlas más visibles.

El regidor se pavonea contemplando los productos exhibidos y de vez en cuando estira el brazo para señalar algo, haciendo que alguno de sus criados se disponga de inmediato a adquirir lo deseado por su señor. Cuando llega a la altura de Muhyí y Kamal, se acerca a los animales y palmea los cuartos traseros de algunos de ellos. Los corderos responden molestos con estridentes balidos.

–Me llevaré estos dos más pequeños. –Ordena el regidor casi salivando al palpar los hermosos ejemplares que, aunque de menor tamaño, están más cebados que los demás. –Pero exijo que uno de estos aldeanos nos acompañe y se encargue de sacrificarlos al estilo de los musulmanes. Ellos saben sangrarlos con maestría y ello hace que la carne esté mucho más sabrosa. –Apostilla don Gonzalo con

soberbia.

Kamal asiente de inmediato al entender sin problemas las palabras del alcaide.

–Tendré mucho gusto en hacerlo señor. –Dice apartando a los dos animales elegidos.

Kamal desaparece bajo el arco de la Puerta de la Marina, con los dos animales de reata, siguiendo al corpulento alcaide y escoltado por una docena de soldados y lacayos.

Muhyí contempla boquiabierto las altas murallas que envuelven la ciudadela. Están construidas con grandes sillares de piedra amarillenta, coronadas por enormes merlones cuadrados, y rasgadas a media altura por baterías de aspilleras. Varias torres circulares, cuyos cimientos nacen de las mismas aguas del mar, hacen de contrafuerte a los lienzos de muralla. Todo el conjunto tiene un aspecto fornido e impenetrable, y la sobriedad de la ejecución, no le resta un ápice de esplendor.

–Es una bella estampa, ¿No te parece muchacho? –Pregunta uno de los soldados cristianos al ver al muchacho absorto. Es Cosme, un hombre grueso de cara rojiza y amigable. Cala ambas manos en el cinturón, del que pende una espada, y tiene los hombros y codos echados hacia atrás, haciendo más notoria su enorme barriga.

–Sí que lo es señor, es una obra realmente esplendorosa. –Responde Muhyí con alguna dificultad para hacerse entender.

–Las obras concluyeron hace poco, y han hecho de esta ciudad un baluarte inexpugnable. Es normal que impresione a los aldeanos musulmanes que vivís en míseras chozas. –Responde con altivez el militar levantando la cabeza y manteniendo una sonrisa displicente.

–Son formidables, sin duda, habrán sido realizadas por un gran maestro constructor. –Se atreve a insinuar Muhyí, sin apenas poder ocultar el orgullo que le provoca la casi seguridad que haya sido su padre el ejecutor.

–Han sido varios los maestros de obra, y cientos los obreros que han trabajado en el refuerzo de las murallas. Las obras comenzaron al poco de conquistar la ciudad, hace ya casi una década.

–Supongo que esos constructores ya se habrán marchado a hacer obras a otras ciudades. –Dice Muhyí tratando de no darle importancia a su pregunta.

–Los maestros principales se fueron a la ciudad de Cazaza hace unos meses, tenían la misión de reparar el castillo. –Contesta el soldado dando media vuelta.

Muhyí se muerde los labios para no seguir preguntando y levantar sospechas, pero no puede reprimir el ímpetu de saberse en

una pista que puede ser buena.

–Esos maestros… deben ser gente muy respetada. ¿Conoce a alguno señor? –Pregunta el joven alzando la voz para hacerse oír por el soldado que ya se aleja de él.

–Sí, claro que los conozco. Y algunos de ellos son buenos amigos míos. –Asiente el militar girando la cabeza.

En ese instante una muchedumbre de gente sale por la Puerta de la Marina, y la atención de todos los soldados se dirige hacia ellos. El interlocutor de Muhyí responde a la llamada de un oficial, un tal Hugo de Almansa que vocifera de malas formas dando órdenes.

Los campesinos musulmanes son conminados a recoger apresuradamente sus productos y a hacerse a un lado. De forma violenta, los soldados cristianos ponen las lanzas en posición horizontal y arrinconan a los aldeanos.

Muhyí toma las cuerdas con que sujeta sus corderos y, apiñado junto a sus compañeros, contempla el desfile de cristianos que atraviesan la explanada en dirección a la nave varada en el puerto. El joven aguza la mirada y escruta cada una de las personas que pasa ante él. Una docena de carretas cargadas hasta los varales, y casi un ciento de hombres, portando algunos de ellos pesados bultos, caminan con parsimonia hacía el muelle. En un descuido, uno de los corderos de Muhyí escapa de su custodia y sale hacia la explanada, atravesando la procesión de cristianos. El muchacho, de forma instintiva, sale corriendo en pos del animal, hasta que una lanza interpuesta por un soldado cristiano trastabilla sus piernas y le hace caer entre las ruedas de una carreta.

De inmediato unos brazos milagrosos arrastran a Muhyí y lo sacan de un atropello seguro bajo el pesado carro. Un hombre alto, fuerte, de edad avanzada, delgado, esbelto, con pelo y barba entrecanos, es el que lo sujeta por las muñecas. Cuando se incorpora, el cristiano corresponde con una sonrisa limpia y una palmada en la espalda. Muhyí mira a los ojos de su protector y balbucea unas palabras de agradecimiento. Ambos se mantienen la mirada, impasibles a lo que acontece a su alrededor, hasta que un empujón del oficial, obliga a Muhyí a volver junto a sus compañeros.

Un cristiano corpulento, de cara oronda y pelo castaño, se acerca a Muhyí y le entrega el cordero que se le había escapado. El joven, absorto y casi en trance, mantiene la mirada hacia el hombre que lo ha levantado del suelo, quien le corresponde con la cabeza vuelta hasta que llega al borde de la pasarela del barco.

–¡Vamos Álvaro! Apresúrate a subir al barco. ¿Qué haces ahí

petrificado? ¿Por qué miras a ese muchacho? –Pregunta Diego a su amigo Hisham mientras le empuja hacia la rampa de acceso a la nave.

–No sé por qué me he parado después de sacar a ese joven de debajo de la carreta, me ha mirado de una forma inquietante, y lo sigue haciendo. –Responde Hisham con voz trémula.

–¡Sube rápido! No querrás que nos quedemos en tierra. Llevamos años ansiando este momento. Me parece mentira dejar de una vez esta maldita tierra. Presiento que nos espera una vida llena de satisfacciones al otro lado del mar. –Dice Diego, mientras tira del brazo de Hisham.

Al poco rato, la nave se ha llenado de gente, carretas y animales. Los marineros izan la pasarela y recogen las maromas. Muhyí, aprovechando un descuido de los guardias, sale corriendo en dirección al barco, que ha empezado ya a separarse del muelle.

–¡Padre, padre! ¿Eres Hisham? ¡Soy tu hijo, Muhyí! –Grita el joven mientras corre despavorido hacía el muelle. Pero sus gritos desesperados se ahogan, apagados entre las órdenes de los oficiales en cubierta dando instrucciones a los marineros para las maniobras de desatraque, y la algarabía de los comerciantes musulmanes y sus animales. A punto de llegar al filo del muelle, un soldado cristiano intercepta su carrera con un empellón que le hace rodar por el suelo.

–Muchacho, eres un maldito insensato. ¿Acaso quieres morir? –Le recrimina Cosme, el obeso y sonriente soldado cristiano.

–No, señor. –Responde el joven desde el suelo, casi sin resuello y doliéndose de un golpe en la rodilla.

–Pues vuelve de inmediato con los tuyos antes que el oficial ordene que te arrestemos. El capitán Hugo tiene muy mal genio.

–Es que… creo que conozco a alguien de los que ha embarcado. ¿A dónde se dirige ese barco?

–Al puerto de Málaga.

–¿Cómo puedes saber que ese hombre era tu padre, si no lo conoces? –Pregunta Kamal, mientras suben las últimas rampas hacia el Valle Maldito.

–Ya te he dicho que es la misma persona que se me apareció en el conjuro que hizo Sahar la otra noche. Además, tú mismo me has confirmado que la descripción que te he dado coincide con el aspecto físico que podría tener mi padre. –Argumenta Muhyí.

–Es posible que tengas razón, pero no es menos cierto que estás demasiado sugestionado con todo lo que está ocurriéndote. No

debemos precipitarnos y tomar una pista falsa. Antes de partir hacia Málaga, tenemos que ir a Cazaza y asegurarnos que tu padre ya no está allí. –Le tranquiliza Kamal.

El ambiente todavía está agrisado y las oscuras nubes que tapizan el cielo retrasarán la llegada de la alborada. Un viento frío y despiadado ulula entre los riscos desnudos arrastrando lacerantes cristales de hielo.

Muhyí, con el rostro cetrino y el gesto descompuesto, permanece sentado a la entrada de la cueva, ajeno a las inclemencias. Lágrimas gruesas le abrasan las mejillas y profundos sollozos estremecen su cuerpo derrotado. Ni las cálidas lamidas de su perro Bralik en su mano, ni las caricias sinceras de Gadea, son bálsamo suficiente para aplacar la inmensa pena que asola su alma.

Ha pasado toda la noche junto a su madre, testimoniando los últimos instantes en este mundo infausto y cruel de la persona más cariñosa, generosa y abnegada que conoce. *–¿Cómo conjugar en una misma jornada dos vivencias tan opuestas? ¿Cómo puede El Creador ser tan despiadado?* –Se pregunta Muhyí en silencio. *–Primero alumbra mis esperanzas con la visión de mi padre, y luego abrasa mis entrañas arrebatándome a mi madre. ¿De dónde sacaré fuerzas para soportar esta pérdida?*

Aunque el fallecimiento de Aisha era un desenlace esperado, Muhyí siempre se ha aferrado a la posibilidad de una recuperación. Ahora, le queda además el desconsuelo de no haber podido compartir con ella lo que él considera un encuentro fortuito con su padre. Cuando han llegado de Melilla ya había perdido la consciencia, no ha tenido la oportunidad de despedirse de ella, ni de informarle que pronto viajarán a Málaga, con la casi seguridad de seguir el paradero de Hisham. Esto ahonda todavía más su pena.

El cuerpo de su madre quedará sepultado en este extraño lugar, siempre vigilado por el macabro vuelo de enormes aves carroñeras. Él tendrá que cruzar el mar y, la mera posibilidad de que, tal vez, nunca vuelva a visitar la tumba de su madre, le provoca un dolor insoportable.

–Tranquilízate Muhyí, tu madre ha dejado de sufrir. –Le consuela Gadea cubriéndole la cara de besos tíbios.

–Sí, mi madre ha tenido que morir para dejar de sufrir. Su vida ha estado llena de penalidades. ¿Cómo ha podido soportar una existencia tan dura? –Se pregunta el joven contrariado.

–Solo sabemos nuestra capacidad de aguante cuando el destino nos pone a prueba. A veces resulta increíble lo que las personas

pueden llegar a soportar.

–Tienes razón Gadea, tu vida también ha sido un infierno desde muy pequeña. Pero ahora me tienes a mí y te protegeré. –Responde Muhyí abrazándola con fuerza, hundiendo la cara entre los tirabuzones de su melena cobriza y perfumada.

–Ahora te espera el reencuentro con tu padre, que ha de ser el objetivo que mantenga tu esperanza. –Dice la muchacha separándose de él, tomándole la cara entre las manos y mirándole a los ojos.

–Anhelo encontrarme con mi padre, pero ya nada será igual. Si lo consigo localizar, será un momento tan extrañamente amargo… todo será tan distinto a lo que siempre había imaginado. Es que ya no tengo a mi madre… –Concluye el joven con la voz ahogada y negando con la cabeza.

Con la llegada del día, Jahenna y Gadea se ocupan de preparar el cuerpo mermado de la difunta, lo hacen a la tradición musulmana. Primero lo lavan y lo perfuman, para después envolverlo en una sencilla tela blanca. Muhyí no se separa ni un instante del cadáver de su madre.

Kamal se ocupa de preparar lo necesario para la partida al día siguiente. Una vez que sepulten a la difunta, han acordado ir a Cazaza, para averiguar lo que puedan y, en su caso, intentar partir hacía Málaga.

Ruy Crespo se quedará en el Valle Maldito junto a Sahar. Lo hace reconfortado, sabiendo que Kamal y Muhyí se harán cargo de los documentos que él ha traído de Jerusalén. Le ha dado a Kamal las instrucciones necesarias para que los entreguen a una congregación de judíos que se hacen pasar por cristianos, localizados en una pedanía llamada Monte Sion, en la villa de *Alocainena*, situada en las sierras de *Almariyya*.

El judío también les facilitará el contacto necesario para que puedan llegar a las costas de Málaga. Un marino amigo de Ruy, cruza el mar con regularidad, transportando mercancías a las costas españolas.

Al día siguiente amanece casi despejado, y un sol esquivo amarillea las crestas rocosas que amurallan el Valle Maldito.

Bajo una encina centenaria, frondosa y protectora, tras una ceremonia sencilla y desgarradora, en la que Sahar ha pronunciado unas palabras extrañas, invocando poderes ocultos, Muhyí se inclina sobre la tumba excavada en la tierra rojiza y deposita el cuerpo

exánime y ligero de su madre.

El joven permanece unos instantes, arrodillado y en silencio, sobre el lecho definitivo de su progenitora, contemplando sus propias lágrimas, que golpean sobre la tela blanca que envuelve la cara de la difunta. Se incorpora y, mientras Kamal cubre el cuerpo de tierra, levanta la vista al cielo y maldice a una manada de buitres que exhiben su macabro vuelo sobre el cielo del Valle Maldito.

Es media tarde cuando los cuatro llegan a la aldea de Maljarna. Tras buscar acomodo en una posada, Kamal y Muhyí, acompañados de Bralik, y a lomos de dos discretos asnos que acaban de comprar, deciden ir a la cercana fortaleza de Cazaza para tratar de averiguar si Hisham todavía permanece allí.

Las dos mujeres se quedan al cuidado de las escasas pertenencias que componen el equipaje.

Entre Jahenna y Gadea no acaba de surgir una convivencia amistosa, a pesar de los denodados intentos de la joven de origen cristiano para ganarse el afecto y la complicidad de la musulmana. Una suerte de celos despierta una aversión en la convulsa mente de Jahenna hacia la muchacha, a la que ve como una rival que, con una belleza más joven y exótica, le roba el protagonismo.

El hijo del mesonero, es un muchacho de unos veinte años, corpulento, de pelo castaño, cara ovalada con una barba apenas visible, pómulos redondos y mirada taimada, que camina moviendo sus brazos largos como si fueran remos. Aprovechando la ausencia de los hombres, el joven babea ante los encantos de Gadea, ofreciéndole toda clase de facilidades para que se alojen, hasta que la llamada inquisitiva de su padre lo aparta de su regocijo. Jahenna, arañada por los celos, da órdenes de malos modos a la cristiana para que acomode los pertrechos en el interior, mientras ella queda en el exterior sin quitar la vista del joven mesonero, que ayuda a su padre a cargar unos sacos de grano en un carro destartalado.

Antes del anochecer Muhyí y Kamal regresan a la posada. Tienen la certeza de que Hisham ha estado en las obras del castillo de Cazaza, así lo atestiguan las marcas que ha dejado en algunos sillares de piedra de la muralla. Saben además, por testimonios de algunos aldeanos, que las obras ya han concluido, y que una partida numerosa compuesta por los maestros constructores y obreros, abandonaron la fortaleza en dirección a Melilla hace pocos días, con todos los bártulos cargados en carretas.

–Son sin duda el grupo que embarcó mientras estábamos en el mercado de la ciudad cristiana. Iban a un puerto llamado Málaga, según me dijo un soldado. –Argumenta Muhyí a sus compañeros mientra remoja una torta de harina de mijo en una escudilla de barro llena de humeante sopa de verduras.

–Mañana partiremos hacia la aldea de Kariat Arkmane. Allí localizaremos al amigo de Ruy. Esperemos que tenga previsto un viaje a las costas españolas en breve. –Dice Kamal, mientras pasa la manga de su camisola por la barbilla para limpiarse tras acabar la sopa.

Apenas ha oscurecido cuando todos, excepto Jahenna, se retiran a descansar. La mujer aprovecha para lavar las ropas de Kamal, siempre malolientes. Se acerca a un pilar de aguas frías que hay en la parte trasera de la posada, y borra el reflejo de la luna llena sobre la lámina cristalina de agua, zambullendo unos *zaragüelles* oscuros.

–Hace mucho frío para lavar las ropas. Unas manos tan delicadas deberían estar en un lugar más cálido a estas horas.

Dice una voz masculina y templada tras Jahenna, provocándole un respingo. La mujer se gira y abre sus enormes ojos negros en los que se refleja el astro plateado. El hombre que hay tras ella es Kaled, el hijo del mesonero, que muda de expresión al contemplar a Jahenna. Turbado por la madura belleza de la musulmana, que esta tarde no apreció bajo el *hiyab*, tartamudea para disculparse por la osadía.

–Perdonadme señora, os he confundido con vuestra hija.

–Esa muchacha no es mi hija, soy demasiado joven para tener una hija de esa edad. –Contesta Jahenna con una mezcla de reproche y seducción.

El muchacho baja la cabeza y se da la vuelta.

–Espera un poco. Ya que has venido, ¿me puedes ayudar a llevar unos cubos de agua al establo para abrevar los asnos? –Pregunta Jahenna con dulzura, bajando los párpados a media altura, dibujando una sonrisa que derrota a Kaled.

En un altillo de maderas, sobre la estancia de los animales, donde almacenan la paja para preservarla de la humedad, Jahenna empuja a Kaled hasta hacerlo caer de espaldas. Ella permanece en pie mientras cruza los brazos sobre su pecho para sacarse las ropas por la cabeza, dejando a la vista del joven sus curvas, plateadas por los rayos que se cuelan por el ventanuco. Aunque es una noche fría, el vaho de los animales y el imperioso deseo que estremece su cuerpo, hacen que unos goterones de sudor caigan por la frente de

Jahenna, dándole brillo metálico a su rostro.

El joven se deshace de su vestimenta sin apartar la vista de la hembra que se mueve ante él con calculados contoneos. Con premura, y obviando los deleites de los prolegómenos, la mujer se acopla de inmediato sobre el cuerpo musculoso del muchacho, haciendo que los dos se fundan en una lucha de piel y sudor. Kaled sufre la avidez desmesurada de una Jahenna desbocada, que se comporta con la obsesión propia de una fiera, llegando a clavar sus garras sobre el lomo de su presa.

Tras una sucesión de envites y laceraciones, el cuerpo de Kaled convulsiona y se rigidiza, haciendo que la mujer redoble las embestidas hasta que ella sucumbe igualmente. De inmediato, Jahenna se incorpora y se embute sus ropas sobre el cuerpo empapado en sudor; se atusa el pelo y, a la escasa luz de la estancia, mira la cara extasiada de Kaled, que yace semienterrado en paja, herido, pero complacido.

Con una sonrisa triunfal, Jahenna sale del establo y vuelve al pilar para terminar de lavar la ropa.

– 13 –
KARIAT ARKMANE

Kariat Arkmane, 3 días del mes de Dhul-Qa´da, año 912 de la Hégira.
(Marzo del año 1.507 del calendario Cristiano)
(Mes de Adar del año 5.267, calendario Hebreo)

Kariat Arkmane es una pequeña aldea al este de la ciudad cristiana de Melilla. Poco más de cuarenta casas, distribuidas sin orden aparente, casi todas con paredes de adobe y techos de ramaje, componen esta población en un árido páramo entre dos mares: al norte el Mar Mediterráneo y a occidente el Pequeño Mar, un ponto separado de aguas abiertas por un istmo que casi lo cierra por completo.

Junto a la aldea, se extienden enormes lagos salinos, que se abastecen de las aguas del mar interior. Divididos en sectores, sus tonalidades varían del rosa intenso al blanco impoluto. Desde estas salinas un camino pedregoso conduce al embarcadero: una infame construcción de maderas desvencijadas, que se interna en el mar hasta doscientos *codos*, desafiando el oleaje.

Muhyí y los suyos atraviesan las estrechas callejuelas polvorientas de la aldea, hasta llegar a la entrada de una modesta mezquita con muros de piedra, que apenas destaca del resto de construcciones. Siguiendo las instrucciones de Ruy Crespo, preguntan por la casa de Ismail Abu, el marinero que les ha de llevar a las costas de España. Un anciano somnoliento, que reposa a la sombra de una palmera junto a la entrada de una casa, abre su boca sin dientes para responder a Kamal.

Le indica que la vivienda del marinero está a las afueras de la villa, en un pequeño barrio judío llamado Aljujema, en dirección a la costa.

Tras agradecer las explicaciones del anciano, salen de la aldea hacia el norte.

Aljujema es una alquería con una decena de construcciones, a mitad de camino entre la aldea y el embarcadero. Las viviendas son

todas pequeñas y bien cuidadas, de mediana altura y con esquinas redondeadas. Las paredes están encaladas y los brocales de puertas y ventanas cercados de franjas azulonas. En un espacio entre dos casas se amontonan, de forma ordenada, maderas, cordajes y lienzos de telas gruesas; parecen ser aparejos de embarcaciones. Junto a unas higueras, un grupo de niños que juguetean ruidosamente, se dispersan y desaparecen en el interior de las viviendas ante la llegada de los extraños.

Una mujer menuda, de mediana edad, piel oscurísima y ojos mínimos, al escuchar los ladridos de Bralik, sale a la puerta de una vivienda oculta bajo un umbrío parral.

–Que la paz sea con vos señora. –Saluda Muhyí de inmediato, tras regañar al perro para que calle.

–Sed bienvenidos. –Contesta la mujer con gesto amigable.

–Buscamos a Ismail Abu, ¿es alguna de éstas su casa? –Interviene Kamal.

–Sí, estáis ante ella, pero él no se encuentra aquí. Está navegando… como siempre. –Responde la señora con tono de reproche.

–Nos envía Ruy Crespo, necesitamos hablar con Ismail. ¿Cuándo regresa? –Dice Muhyí alargando la mano para entregarle una carta del judío.

–¿Ruy Crespo dices?... Apenas sé leer. –Contesta la mujer rechazando la misiva con la mano y arrugando la boca. –Pero si os envía Ruy, pasad de inmediato, yo soy Eliana y esta es vuestra casa. –Prosigue la anfitriona con una amplia sonrisa, mientras ladea la cortina de arpillera que cubre la entrada.

Muhyí y los suyos, tras amarrar los asnos a unas estacas prendidas en la pared encalada, acompañan a Eliana al interior de la vivienda. El recibidor es una estancia amplia, de paredes altas y desnudas. Hay escasos muebles: cuatro banquetas junto a las paredes y una mesa baja en el centro. Al fondo, una gran leja que ocupa toda la pared, cobija un hogar en el que hierve una olla de barro sobre una pequeña hoguera. El ambiente huele deliciosamente a carne guisada con verduras y especias.

–Tomad asiento y poneros cómodos. Ruy Crespo es mi primo… es como mi hermano, todo el que venga enviado por él es bien recibido en este humilde hogar. –Apuntilla Eliana mientras remueve el contenido de la olla con una cuchara de madera.

–Mi nombre es Kamal, él es Muhyí y ellas son Jahenna y Gadea. Necesitamos ver a su esposo para viajar con él al otro lado del mar.

–Ismail tardará unos días en volver… al menos eso espero. Hace

casi una luna que partió hacia Al–Ándalus. Su regreso es siempre una incertidumbre. No sois los únicos que aguardan para hacer la travesía en su barco, un par de hombres vinieron ayer interesados en viajar al otro lado del mar. Hicieron demasiadas preguntas y como no los conocía no les di razón cierta.

–Siendo así buscaremos alojamiento en alguna posada de la aldea hasta que regrese Ismail y emprenda una nueva travesía. –Dice Muhyí.

–Si lo deseáis, puedo daros aposento en una estancia contigua. Es un pequeño almacén de aperos, creo que en él podréis acomodaros con dignidad.

En espera de una fecha, por ahora incierta, para partir a Al–Ándalus, Muhyí y sus acompañantes se han alojado en la estancia ofrecida por Eliana. Han pasado pocos días, pero éstos se suceden con pesada monotonía.

Kamal consume el tiempo amodorrado, mudando su posición a la calidez de los rayos de sol matutinos, u oculto en las frescas sombras del parral en la plenitud de la jornada.

Muhyí da largos paseos cada día con Bralik. Recorre los alrededores, internándose por fragosas ramblas y subiendo a las pequeñas colinas de las cercanías. El perro se afana con reiteración en perseguir conejos, que siempre acaban escapando a sus garras entre la espesura o en el interior de madrigueras excavadas en las terreras. El joven ha encontrado una robusta encina en una ladera umbriada. En su tronco inabarcable ha tallado una señal y afina su puntería con el puñal durante horas y casi a diario. A fuerza de estudiar el comportamiento del arma, ha ido afilando su hoja y tallando la empuñadura hasta conseguir un equilibrio en el peso perfecto para el lanzamiento. Ya es capaz de acertar en un punto exacto desde una distancia de casi cien *codos*, incluso tras un giro brusco.

Gadea trata de ocupar parte del día en adecentar la morada, lavar las ropas y ayudar a Eliana con la preparación de la comida. Ha aprendido a elaborar la comida *kosher*, que es la denominación que dan los judíos a los alimentos preparados según los preceptos de su fe. Eliana le ha explicado los pormenores de la alimentación judía, en la que predominan las verduras y las legumbres. Observan todo un ritual en su preparación. Hay alimentos que no pueden ser mezclados, como la carne con la leche y sus derivados. Algunos animales como el cerdo, la liebre o el camello no pueden ser consumidos, en cuanto a los animales del mar, solo los que tienen

aletas y escamas son aceptados, y las aves de presa y rapiña están prohibidas. Además, las reses han de ser sacrificadas mediante el rito del *shejitá*, que consiste en un corte profundo en la garganta con un arma de hoja afilada y sin mellas, para que el animal sufra lo menos posible y la carne quede completamente exenta de sangre.

Así, estando toda la jornada ocupada, los días de Gadea transcurren con prontitud. Al caer la noche procura acostarse pronto para despertar antes del amanecer y hurgar en la vigorosa intimidad de Muhyí. Cada día yacen antes de la alborada, sellándose mutuamente los labios para no despertar a los compañeros con sus gemidos. Después quedan dormidos de nuevo hasta que los rayos del sol se cuelan en la estancia.

Jahenna está ofuscada, ve como los días se vuelven pastosos e interminables en esta mísera aldea de pescadores, donde solo hay mujeres ocupadísimas en sus quehaceres y niños de exquisita educación. Todos los hombres están en la mar. En varias ocasiones, aprovechando la ausencia de Muhyí y Gadea ha intentado animar a Kamal con suaves caricias y cálidos besos, pero ha sido en vano, algunas partes del cuerpo de su hombre quedaron inválidas para siempre. El hombre ha intentado consolarla y mitigar el sofoco de la hembra con generosos roces, pero solo ha conseguido encenderla más sin llegar a aplacar su ardor.

A Jahenna le exaspera la jovialidad de Gadea y han surgido entre ellas varios encontronazos que no han ido a mayores, pues la joven prometida de Muhyí, conocedora ya del temperamento desbocado de su compañera, ha evitado profundizar en las discusiones.

Los niños de la aldea, que son media docena, esperan con impaciencia cada tarde el regreso de Muhyí con su perro, de vuelta de sus incursiones por los alrededores. Bralik recompensa con creces la espera de los pequeños, regalándoles veloces carreras con piruetas a un lado y otro, para luego volver hasta ellos y cubrirlos de cariñosas lamidas, finalmente, el animal, exhausto, se tiende panza arriba y se deja acariciar por las manos inquietas de los infantes.

Esta tarde Muhyí regresa antes de lo habitual y uno de los niños, al verlo convoca a gritos a sus compañeros ante la llegada de su amigo Bralik. Tras el ritual de juegos con el perro, piden permiso a su dueño para llevarlo a dar un paseo y jugar con él. Muhyí accede antes de internarse en el aposento.

La pequeña algarabía de niños y niñas sale corriendo en dirección a las suaves colinas que hay tras la aldea.

–¡Bralik, síguenos! –Grita Esther, que es la mayor de todos. Una muchacha de trece años, delgada, con el pelo castaño y grandes ojos almendrados.

El animal, contagiado por el alborozo de los niños, emprende una carrera tras ellos, en instantes los supera para volver y rodearlos dando saltos y ladridos de alegría. Al poco llegan a una pequeña ladera, junto a las faldas rocosas de las colinas que circundan la aldea por el este. Es un llano moteado de olivos y con el suelo alfombrado de hierbas, que anuncian la inminencia de la primavera.

Después de un buen rato de juegos, consistentes en correr tras Bralik, o lanzarle un palo para que lo traiga de vuelta, es el propio perro el primero en tumbarse agotado con la lengua descolgada por el lateral de su boca, incapaz de continuar corriendo. Los niños se apiñan junto a él y se tienden sobre la hierba acariciándole el oscuro pelaje.

Alberto, un niño rubio con dos hoyuelos en las mejillas, el más pequeño de todos, con apenas cinco años, se separa del grupo para orinar entre las rocas. Al poco regresa gritando con los calzones a media pierna impidiéndole correr con fluidez.

–¡Tenemos que regresar a la aldea! He visto a unos hombres con cuchillos grandes que bajan de las montañas, vienen hacía nosotros.

–¡No digas más tonterías Alberto! –Le recrimina Héctor, su hermano, que es moreno de cara redonda, mirada tranquila y un par de años mayor que él.

–¡No son tonterías! Yo me voy que tengo miedo de esos hombres. –Protesta Alberto cruzando los brazos sobre el pecho y arrugando el gesto.

A continuación se sube los calzones y se va dando grandes zancadas en dirección a la aldea, mirando hacia atrás cada dos pasos.

–Esos hombres que ha visto Alberto pueden ser guerreros o corsarios, pero seguro que no se acercan, porque estamos con Bralik. Los perros pueden matar hombres con la boca, me lo ha dicho mi abuelo. –Dice uno de los niños llamado Juan. Es un pequeño de ocho años, rollizo, sonriente y con los ojos chispeantes y oscuros.

–Bralik es un perro pequeño, y además es muy bueno. No puede matar personas. Juan, no paras de inventar cosas extrañas. –Interviene Marta, una niña de diez años de cuerpo frágil, sonrisa amplia y mirada limpia.

–Tenemos que decirle al abuelo de Juan que no le cuente más

historias de sus aventuras en el mar o acabará perdiendo el juicio. –Habla Esther despertando las risas del resto.

Juan no se da por aludido y levanta la mirada al cielo concentrado, mientras acaricia el pelo negro y suave del lomo del perro.

–Me ha dicho Gadea que en unos días se van de la aldea, entonces ya no podremos jugar más con Bralik. –Dice con tristeza Julia, hermana de Marta, una niña de apenas seis años con grandes ojos negros y una sonrisa dulce y sincera.

–A lo mejor no se llevan a Bralik, porque se marchan en barco y tengo entendido que los perros no pueden navegar, porque se vuelven locos por las olas. Le diré a Muhyí que me deje al perro para que lo cuide yo. –Fantasea Juan, para después soltar una risotada de satisfacción.

–Si dejan al perro en la aldea será de todos los niños. Lo alimentaremos y lo llevaremos a jugar todos juntos. –Sentencia Esther, imbuida de autoridad por ser la mayor del grupo.

De repente, Bralik da un respingo y se pone en pie con el pelo de su lomo erizado, la cola estirada y las orejas de punta. El animal da pequeños ladridos y sale del corro de niños de un salto. Se dirige unos pasos hacia las rocas y se planta ante unos arbustos gruñendo y enseñando los colmillos.

–Vuelve aquí Bralik. –Grita Héctor empezando a palpar el miedo propio y el de sus amigos.

Julia empieza a gimotear y se abraza a su hermana. Todos los niños se ponen en pie y se tensan con gesto serio sin apartar la vista del animal.

El perro acelera la frecuencia e intensidad de los ladridos y, de entre los matorrales, aparecen dos hombres. El más joven de ellos, un muchacho alto y fornido de mirada esquiva, trata de esbozar una sonrisa para alagar al perro y hablarle a los niños, que se han apiñado entre ellos presos de pánico.

–¡No temáis niños! Llamad al perro para que deje de ladrar. –Dice elevando la voz para hacerse oír.

–Somos pastores y estamos buscando a unos amigos que están por la zona. –Habla de forma casi ininteligible el otro hombre, un individuo pequeño y deforme con la espalda encorvada, que arrastra una pierna al andar.

–Son un muchacho y su madre, una mujer casi anciana. ¿Sabéis dónde están? –Pregunta el joven.

Los pequeños no escuchan lo que hablan los extraños, el perro no cesa en sus ladridos y, aunque recula ante el avance de los dos

hombres, trata de hacerles frente.

–¡Maldito perro asqueroso! ¿Acaso te has olvidado de nosotros? –Grita ofuscado el jorobado al tiempo que le lanza una piedra que golpea una de las patas del animal.

El perro sale dando lamentos sin apoyar la pata herida y los niños salen tras él bajo el grito de desesperado pánico de Juan.

–¡Vámonos corriendo a la aldea! ¡Esos hombres nos quieren matar para sacarnos las mantecas!

Cae la noche sobre las llanuras de Kariat Arkmane y un viento terral bate inmisericorde cuanto se interpone en su camino. Estelas de sal y arena recorren las calles de la aldea, formando remolinos que se elevan al cielo.

Hace dos días que Ismail Abu amarró su *carraca* en el humilde puerto. Tiene ultimada toda la carga para partir de nuevo a las costas hispanas, solo aguarda a que el temporal amaine. Muhyí y sus acompañantes han pactado el precio del peaje, que incluye la valiosa ayuda que le han prestado para cargar la nave de barriles de dátiles, pieles de camello y diversas especias.

Nidaleh y Omar se resguardan de las ráfagas en una pedriza bajo un saliente de la roca, junto a una fogata que cabecea amenazando con apagarse.

–¿Tienes la completa seguridad que son ellos? –Pregunta Nidaleh arrastrando las palabras.

–Claro que lo son padre, además, ya viste al perro, es el cachorro que tenía Muhyí cuando nos abandonaron. He podido averiguar dónde se alojan. Parece ser que pretenden embarcarse.

–¿Has podido ver a Aisha?

–No, no la he visto. Pero esta tarde he visto a una mujer que no esperaba encontrar por aquí. –Omar hace una pausa y cierra los ojos pensando en Jahenna. –Ahora sé porque esa muchacha desapareció cuando ellos.

–¿De qué hablas Omar? ¿Quién es esa muchacha?

–Es una joven morena, la mujer más hermosa que han visto mis ojos. La conocí en nuestra aldea y desapareció cuando Muhyí y su madre se marcharon. Supuse que sería una coincidencia, pero ahora la he visto con ellos. Esa mujer les ayudó a escapar. Seguramente ha seducido a ese mocoso. Muhyí tiene muchas cosas que explicarme, no veo la hora de ceñir mis manos en el cuello de ese mequetrefe. –Explica Omar apretando los dientes con ira.

–Muhyí es tu primo, no quiero que le hagas nada hasta que me

dé las explicaciones que necesito. Después podrás dirimir con él lo que quieras sobre esa joven. En cuanto a Aisha ha de volver a mi lado, es mi esposa y pagará muy caro su fechoría. ¿Sabes que incluso me robaron una bolsa de monedas que tenía oculta en el establo? –Dice Nidaleh con los ojos enrojecidos.

–Eso no me lo habías dicho. ¡Padre, no merecen vivir por lo que nos han hecho!

–Controla tu ira Omar. Eres un alocado capaz de cualquier cosa, pero ahora debes mantener la calma. Si consigo averiguar algunas cosas que creo que Muhyí y su madre saben, viajaremos al otro lado del mar y allí encontraremos algo que nos hará ricos, muy ricos. Créeme. –Apuntilla Nidaleh mirando a los ojos de Omar y esbozando una sonrisa grotesca.

–Dime de qué se trata. Estoy harto de que me ocultes cosas. Ni siquiera sabía que tenías ese dinero guardado en el establo. –Exige Omar tomando a Nidaleh por los hombros y sacudiéndolo con fuerza.

–Lo sabrás a su debido tiempo, no tengo nada más que decirte. Ahora debemos descansar, mañana tenemos un encuentro pendiente con nuestro pasado.

–¡Eres un viejo terco y taimado! No te fías de nadie, soy tu hijo y tu socio en esto, tengo derecho a saber lo que buscamos, porque ya veo que no son Aisha y Muhyí los que motivan esta desesperada persecución. –Grita Omar airado soltando los hombros de Nidaleh de un empujón haciendo que se golpee la cabeza contra la roca.

–¡Eres mi socio, pero yo soy quien dirige esta operación! ¡En cuanto a que eres mi hijo es una conversación que tendremos otro día! –Responde Nidaleh palpándose la sangre de la nuca.

Omar se pone en pie desplegando toda su amenazante envergadura, ofuscado, mueve la cabeza y coloca los brazos en jarra.

–¡Sí, sí! Ya sabía que yo no podía ser hijo de una escoria como tú. Lo sabía.

Se agacha sobre Nidaleh y tomándolo de las solapas lo levanta en vilo, poniendo su cara junto a la de él.

–Y dime viejo, ¿Quién es mi padre?

–Suéltame y te lo contaré todo…

– 14 –
HUÍDA DE BERBERÍA

Puerto de Kariat Arkmane, 19 días del mes de Dhul-Qa´da, año 912 de la Hégira.
(Abril del año 1.507 del calendario Cristiano)
(Mes de Nisan del año 5.267, calendario Hebreo)

El sol acaba de nacer sobre las colinas del este, extendiendo un velo dorado sobre los extensos lagos salinos de Kariat Arkmane. Los vientos han cesado por completo y las labores de preparación de la nave de Ismail Abu se intensifican.

La embarcación es una magnífica *carraca* de casco redondeado, cuidadosamente calafateado, con un pequeño castillo de proa y dos alcazarillos en la popa. La nave, de alto bordo y amplia manga, tiene tres mástiles, con velas cuadradas en el trinquete y el mayor, y triangulares en el de mesana. El barco recibe las idas y venidas constantes de los marineros, que suben odres de agua y sacos con mercancías y alimentos para la travesía.

Los niños de la aldea han madrugado esta mañana y se dirigen al embarcadero para ver partir la *carraca* de Ismail, algo impresionante ante los ojos de los pequeños. Juan ha conseguido prender una llama de esperanza en todos: esperan que Muhyí les entregue a Bralik antes de irse, para evitar que el perro se demencie cuando la nave comience a cabalgar olas.

Cuando llegan a las inmediaciones, se ocultan entre unos matorrales cercanos al camino y aguardan en silencio, observando la laboriosidad de los operarios.

Muhyí y los suyos han preparado todo su equipaje, que es poco.

Gadea recibe de Eliana varios paquetes con bollos de manzana, *mamules* de nueces, *kijelej* con semillas de amapolas y licor de cerezas. Tras despedirse con un sentido abrazo, la judía seca sus lágrimas al despegarse de la joven.

–Gadea, eres la muchacha más dulce que he conocido. Ojalá *Yahveh* me hubiese premiado con una hija como tú.

–Nunca te olvidaré Eliana. –Corresponde Gadea con la voz

quebrada.

Jahenna y Gadea se adelantan hacia el embarcadero, mientras Muhyí y Kamal acaban de cerrar el trato con un vecino de Eliana al que le han vendido los asnos.

Las dos mujeres llegan junto al barco y se despiden de los niños, que salen corriendo de su escondrijo hacia ellas para interesarse por Bralik. Con la ayuda de Ismail suben a bordo por la inestable pasarela de madera. Jahenna se sienta junto a la borda y respira con profundidad, satisfecha por abandonar de una vez por todas las tierras de *Berbería*.

Mientras tanto, en la aldea, Kamal saca a rastras un pesado bulto de la estancia, y lo sube a un poyete para cargarlo a sus espaldas.

–¿Has cogido los documentos de Ruy Crespo? –Le pregunta Muhyí en voz baja desde el umbral de la puerta.

–Los llevo aquí, bajo mis ropas. Es una alta responsabilidad la que hemos adquirido con esta encomienda, pero Ruy Crespo ha hecho tanto por nosotros que le debemos este favor. Cuando lleguemos a las costas de Al-Ándalus, si es preciso, yo me separaré de ti para entregar estos valiosos documentos en el lugar acordado. Así tú podrás continuar con la búsqueda de tu padre sin interrupción. –Responde Kamal palpándose la parte baja del pecho.

–Gracias Kamal, tu ayuda es de tanto valor que no hallaré el modo de agradecerte cuanto haces por mí.

–Ya te he dicho que no tienes por qué agradecerme nada, esta es también una misión mía. Ardo en deseos de encontrar a tu padre, fue un hombre bueno y generoso conmigo. Siempre lo consideré el padre que nunca conocí. –Se sincera Kamal con la voz entrecortada. –Bueno muchacho, es hora de partir. Ismail zarpará de inmediato y no nos esperará. Jahenna y Gadea ya deben estar a bordo. Me adelantaré yo, que con esta pesada carga y mi dificultad tardaré más. –Concluye Kamal haciendo un esfuerzo para cargarse el fardo.

–Sí, comienza a caminar que yo acabo de recoger estas cosas y voy en seguida. –Dice Muhyí volviendo a entrar en la estancia seguido de Bralik.

Kamal avanza penosamente por el camino polvoriento, agazapado bajo la carga, cuando, a mitad de recorrido, percibe que dos hombres le siguen. *–Deben ser compañeros de viaje.* –Piensa

En instantes los desconocidos le dan alcance. Kamal corresponde a la presencia de los extraños con un lacónico saludo, sin poderles ver siquiera la cara. De repente un violento empujón de uno de los

recién llegados lo arroja al suelo junto con su pesada carga, y cae entre unos matorrales espinosos que bordean el camino.

–¡Por fin os encuentro! –Grita un hombre jorobado y con una sonrisa deforme en la cara, mientras planta su pie con presión sobre el pecho de Kamal.

–¿Quiénes sois…? ¿Qué queréis? –Recrimina Kamal viendo al otro hombre: un joven alto y fuerte, que blande un cuchillo enorme en la mano.

–¿No me conoces? Yo sí sé quién eres tú. Eres el maldito lacayo de Hisham. ¿Dónde está el muchacho y su madre? –Brama el jorobado con voz gangosa, apretando el pie hasta dificultar la respiración de Kamal.

El joven se acerca al caído y le apunta el filo del cuchillo al lateral del cuello, bajo la oreja. Presiona hasta que la carne de Kamal cede ante la punta afilada y, con mirada oscura y fría pregunta.

–¿Dónde está la joven morena que va con vosotros?

Kamal nota la calidez de un hilo de sangre que desciende por su nuca, no se puede mover y sabe que no puede escapar de sus captores. Muhyí viene de camino, tras él, y las mujeres estarán en el barco, no sabe qué responder.

–Yo… yo voy a llevar esta carga al barco, y Muhyí no está…, ya se ha ido.

–¡Ni siquiera sabes mentir gusano asqueroso! –Grita el joven agresor al tiempo que suelta una patada en la entrepierna de Kamal, haciendo que casi pierda el conocimiento mientras se retuerce de dolor. –Quédate con él, yo vuelvo a la aldea en busca de Muhyí y las mujeres. –Le ordena al jorobado, mientras se dirige a la Aljujema a pasos acelerados con el cuchillo chorreante de sangre en la mano.

Aplacado el intenso dolor, Kamal recupera la lucidez, y observa que el jorobado está solo y le ha quitado el pie del pecho. Valora incorporarse y golpear al viejo, trata de acopiar fuerzas. Se levanta de forma sorpresiva pero el tullido se gira con una daga pequeña de hoja curva en la mano. Kamal se lanza contra él y, esquivando el arma, consigue derribar a su oponente, que cae de espaldas. Kamal salta sobre el cuerpo caído del jorobado y atenaza sus manos sobre el cuello gordo y musculoso. El viejo mueve las piernas y agita los brazos mientras un color cetrino tiñe su faz. Como un pez arrebatado del agua, boquea en busca de aire y sus ojos se vuelven blancos. En un golpe de suerte, el estrangulado consigue asir la daga del suelo con la mano diestra y asesta una estocada mortal

bajo las costillas del flanco izquierdo de Kamal, que sufre una contracción y emite un lamento desesperado cuando la hoja afilada le atraviesa el corazón.

El jorobado, con la vista nublada y casi sin fuerzas se quita de encima el cuerpo sin vida de Kamal. Trata de incorporarse saliendo a rastras de entre los arbustos, cuando ve acercarse a un hombre corriendo seguido de un perro.

Es Muhyí, que se planta ante el jorobado, manteniendo una distancia prudente. Bralik permanece tras su dueño con el pelo erizado.

–¡Nidaleh! ¡Sabía que Omar no podía venir solo! A él lo he podido esquivar y dejarlo encerrado, cuando consiga liberarse ya habremos zarpado, a ti te puedo matar ahora mismo si te interpones en mi camino. ¿A qué habéis venido? –Brama Muhyí, sin percatarse todavía que su compañero yace muerto tras el viejo.

–¿Acaso crees que puedo dejar que robes mi vida y quedarme sin hacer nada? Te equivocas muchacho, te he criado como a un hijo y tu madre es mi esposa. Los dos me pertenecéis. Y también me pertenece vuestro secreto. –Dice Nidaleh con dificultad, tratando de recuperar el resuello y asiendo la daga con la hoja ensangrentada.

–¡Eres un maldito demente! ¡Tengo por cierto que vendiste a mi padre a cambio del dinero que tenías guardado en el establo, nada tienes que reclamarnos, serás un afortunado si te dejo con vida! –Grita Muhyí rojo de ira.

–Te equivocas, no lo hice por dinero, me obligaron a hacerlo… lo hice por amor, siempre amé a tu madre, ella es lo único que ha dado sentido a mi existencia. –Balbucea Nidaleh mientras se le descompone la voz. –En *Hisn Xenex* traicioné a mi amo por Aisha, y haré lo que haga falta por recuperarla. Muhyí, hijo mío… ¿Tú no sabes lo que era vivir siendo el esclavo del hombre más vil que puedas imaginar?

–¡No me llames hijo! Ahora mi madre ha muerto, así que si todo lo hiciese por ella, ha terminado tu aventura. Ahora solo te resta pagar la sinrazón de tus actos. Mi padre te acogió como uno de los suyos y le pagaste con la acción más vil hacia un amigo, la traición. Mereces que te mate ahora mismo, pero sería poner fin demasiado pronto a tu mísera existencia. Dejaré que sigas viviendo, que sigas sufriendo. Ha terminado tu misión. –Concluye Muhyí masticando las palabras.

–No muchacho, no ha terminado mi misión. –Increpa Nidaleh abriendo las manos con la daga amenazante en una de ellas. –Sé que vas en busca de algo que tu padre dejó oculto en Al–Ándalus,

algo con un valor incalculable, Quiero saber dónde está. He matado al acólito de tu padre, y te mataré a ti si no colaboras. –Añade mientras señala tras él.

Muhyí gira la vista y ve el cuerpo exánime de Kamal.

–¡Has matado a mi amigo! –Grita ofuscado el joven, llevando la mano a la parte trasera y sacando su puñal.

Nidaleh recula unos pasos y trata de alejarse ante la actitud amenazante de su adversario. Muhyí se agacha sobre su compañero y le palpa el cuello sin pulso. Le abre la camisola y saca un pequeño bolso de cuero. Se incorpora y se gira hacía Nidaleh, que tras retroceder en dirección a la aldea, sale corriendo con aparatosidad, arrastrando su pierna y braceando. Bralik corre tras él hasta que lo alcanza, se abalanza sobre su espalda y le muerde el brazo tratando de derribarlo. Nidaleh se sacude al perro, que le atenaza sin soltarse, y con la mano derecha trata de asestarle con la daga. Desde la distancia Muhyí lanza su puñal que surca el aire silbando hasta clavarse en el hombro de Nidaleh, que cae al suelo atrapando bajo su corpachón al animal, y aprovechando para clavarle la daga, provocando un lamento sordo de Bralik, antes de dejar de gruñir.

Muhyí baja los brazos, superado por la situación, cuando ve a Omar que viene corriendo desde la aldea y está a punto de llegar hasta Nidaleh. *–Esa comadreja debe haber derribado la puerta.* –Piensa mientras valora la situación. Kamal está muerto y Bralik también. Tiene dos opciones: huir hasta el barco o esperar y hacer frente a Omar, pero ni siquiera tiene el puñal, ahora clavado en el hombro de Nidaleh. Decide salir corriendo hacia el barco, apretando con fuerza el bolso de cuero con los documentos de Ruy Crespo.

Omar llega ante el cuerpo caído de Nidaleh y se agacha sobre él.

–Omar, hijo mío, me han herido. –Dice el jorobado con la lengua pastosa y gesto de dolor.

El joven lo toma de las axilas y lo lleva fuera del camino.

–¿Dime qué has podido averiguar?

–Hijo, se nos han escapado, tenemos que cruzar el mar, es el momento de confesarte algo, el verdadero motivo de esta desesperada búsqueda…

Omar coge el puñal de Muhyí y de un tirón seco lo extrae del hombro de Nidaleh, que emite un quejido desgarrador.

–Habla con tranquilidad, te escucho, dime todo cuanto sepas… –Dice Omar con interés tratando de serenar a Nidaleh, al tiempo que dirige una mirada a la hoja ensangrentada del puñal, esbozando media sonrisa y abriendo mucho los ojos, con cara de demente.

Muhyí llega hasta el barco de Ismail, Jahenna y Gadea esperan asomadas a la borda. El patrón, cruzado de brazos junto a la pasarela le recrimina la tardanza.

–Joven, estamos esperando que lleguéis para partir. ¿Dónde está tu compañero?

–¡No vendrá, subamos la pasarela y zarpemos ya! –Grita Muhyí mientras sube a cubierta de un salto y se dirige a las dos mujeres.

–Jahenna, tengo que decirte algo terrible... ¡Han matado a Kamal!

–¿Qué dices? ¿Estás seguro de ello? –Inquiere la mujer con gesto demacrado cubriéndose el rostro con las manos.

–Sí, lo estoy, su cuerpo ha quedado junto al camino. Nidaleh y Omar nos han encontrado. Nidaleh ha matado a Kamal y a Bralik, y ha tratado de matarme a mí. Omar está a punto de aparecer.

Ismail ordena a sus marineros que tiren de las cuerdas e izen la pasarela, mientras el barco comienza a despegarse del muelle de madera.

–¡Detened el barco! ¡Esperad un momento! –Grita Omar desesperado mientras llega corriendo al filo del embarcadero, con un puñal manchado de sangre en la mano, pero el casco de la nave ya no está a su alcance.

Muhyí y las dos mujeres lo contemplan desde la borda. Omar se queda petrificado bajo la mirada profunda de Jahenna, y durante instantes los dos se quedan solos en el mundo. Jahenna aparta la mirada del joven y se mueve nerviosa, tratando de decir algo.

–¡No me puedo ir, tengo que quedarme para enterrar a Kamal! –Dice finalmente volviendo su mirada sobre Omar.

–¡Ya no te puedes quedar, si el barco vuelve ese maldito loco nos matará a todos! Dios velará por el cuerpo de Kamal –Le dice Gadea tratando de consolarla con un abrazo.

–¡Tú cállate mocosa! No sabes de qué hablas. –Grita ofuscada Jahenna deshaciéndose de la joven de un empujón.

Muhyí interviene asiendo a Jahenna por ambos brazos.

–¡Tienes que tranquilizarte! Eliana y las gentes de la aldea darán sepultura al cuerpo de Kamal.

Jahenna se gira moviendo la cabeza y se acerca de nuevo a la borda cruzando de nuevo la mirada con Omar, de repente sube al pretil y salta al agua gritando.

–¡Omar, Omar!

Muhyí trata de asirla sin suerte cuando siente un chasquido sordo en un brazo. Omar le ha lanzado el puñal desde el muelle.

–¡Muhyí, conozco tu secreto! Iré a buscarlo, viajaré a Al–Ándalus

y llegaré a *Hisn Xenex* antes que tú. –Grita Omar desde el muelle, después le dirige una mirada torva y una sonrisa heladora, manteniendo el brazo estirado señalándole con el dedo índice.

Muhyí recula unos pasos y cae en brazos de Gadea, levanta el brazo y contempla la herida sangrante, que no parece ser profunda. Recoge el arma del suelo y con una mueca de dolor y satisfacción exclama:

–¡Mi puñal, he recuperado mi puñal!

–Nos alejamos de este infierno, hemos pagado un precio muy caro, pero nos aguarda una vida juntos al otro lado del mar. –Le consuela Gadea mientras le sostiene el brazo herido y le acaricia el rostro.

El barco, al empuje de los remos, deja una estela de suaves olas mientras se aleja del muelle.

Omar, desde el embarcadero, contempla como Jahenna bracea tratando de mantenerse a flote. Se desprende de la camisola con parsimonia. Piensa que cuanto más sufra la mujer en este trance, más valor dará a su rescate. Por instantes se queda absorto en sus fríos cálculos, según le ha contado Nidaleh, hay un botín formidable oculto en un lugar de *Hisn Xenex*, y ese es ahora su principal objetivo. De repente vuelve en sí y contempla que la mujer ha desaparecido bajo las aguas. Se lanza y se sumerge tratando de localizarla.

Los seis niños de la aldea, que han contemplado aterrorizados la accidentada partida del barco desde su escondrijo, salen y vuelven cabizbajos por el camino, atentos a las explicaciones de Esther.

–Bralik no se ha embarcado, y he escuchado decir a Muhyí que un hombre lo ha matado. Tenemos que buscarlo, llevarlo a la aldea y excavar una tumba para él.

–Han sido los hombres que vimos en el prado. Uno de ellos es el que ha lanzado el puñal a Muhyí. –Dice Marta con voz temblorosa.

Juan camina adelantado del resto, con un palo en la mano. Entre unos matorrales descubre el cuerpo sin vida de un hombre.

–¡Venid, hay un hombre muerto aquí!

Los niños mantienen un corro en torno al cuerpo de Kamal.

–Es Kamal, uno de los hombres que estaban en la casa de Eliana. –Dice Esther.

Juan continua unos pasos y vuelve a gritar.

–¡Otro muerto, otro muerto!

Los pequeños se acercan con cautela y contemplan el cuerpo sin

vida de Nidaleh, que yace con la garganta segada de un tajo sobre un charco de sangre en torno a su cabeza.

–Ese es el hombre que vi en el prado, pero ahora es aún más feo. –Dice Alberto asomando la cabecita, oculto tras Esther.

–¡Eh, mirad ahí! Junto a los matorrales. –Dice Juan dando un salto en la dirección a la que apunta con su palo.

Todos corren, le siguen y se arraciman en torno al cuerpo tendido de Bralik sin llegar a tocarlo. Juan le pincha con el palo y el perro emite un gruñido suave. Héctor se acerca y pone su mano delante del hocico.

–Sale aire caliente por la nariz. –Dice a sus compañeros.

Julia y Alberto le acarician la cara, finalmente el perro abre los ojos, y golpea el suelo varias veces con la cola.

–¡Está vivo! –Grita Julia emocionada.

–¡Ja ja! Está claro, es listísimo este perro, se ha hecho el muerto para no subir al barco. –Sentencia Juan poniéndose en pie.

Segunda Parte
EL PRECIO DE LA LIBERTAD

– 15 –
ALBORÁN

Mar de Alborán, 21 días del mes de Dhul-Qa´da, año 912 de la Hégira.
(Abril del año 1.507 del calendario Cristiano)
(Mes de Nisan del año 5.267, calendario Hebreo)

Ismail Abu es un hombre corpulento, de cara redonda y mofletes abultados. Una hirsuta barba enmarca su cara de piel curtida por el mar con aspecto de cuero viejo. Se cubre la cabeza con un gorro de fieltro marrón, viste unos calzones color mostaza y una camisola azulona ceñida por un fajín granate en el que se sujeta una estilizada daga plateada. Asomado a la borda de proa, apunta la mirada al horizonte y se le aprecia una actitud nerviosa. Su figura se asemeja a un barril coloreado, bamboleándose a merced del oleaje.

Ismail baja la vista, se gira negando con la cabeza y gesto preocupado, recorre toda la eslora de la nave, mirando de vez en cuando a estribor.

Muhyí está recostado, junto a Gadea, sobre unos cordajes bajo el mastelero de mesana, ha vomitado ya varias veces y se queja de la herida del brazo.

–Quizá no sea el mareo de la navegación lo que te oprime el estómago, sino los terribles acontecimientos que hemos padecido antes de zarpar. –Le consuela Gadea, pasando una vez más un paño empapado en agua por la frente de su amado.

–No lo sé…, pero nunca imaginé que viajar en barco fuera tan terrible. –Contesta Muhyí reprimiendo una nueva arcada con una contracción de su garganta.

Un marinero que recorre la cubierta llega a su altura. Es Rais, un hombre joven, menudo y fibroso con la piel negra como el ébano, el pelo ensortijado en rizos mínimos, labios enormes y unos ojos saltones y amarillentos. Va casi desnudo, cubierto únicamente con un trapo ceñido a la cintura.

–Veo que te afecta la navegación, te daré algo que ayudará a que mejores. –Dice el marinero interesándose por el estado de Muhyí.

Al poco vuelve Rais y alargando el puño cerrado hacia Muhyí le deposita unas almendras caramelizadas en la mano.

–Te recomiendo que tomes cosas dulces y respires con profundidad llenando tu pecho de brisa marina, así evitarás el mal de olas. –Aconseja el marino antes de irse con sus compañeros a ayudar en el manejo de cuerdas y aperos.

El patrón del barco continúa nervioso sin dejar de recorrer la banda de estribor. Cuando pasa junto a Muhyí le dirige una mirada de compasión, mientras otea, una vez más, el horizonte.

–¡Rais, ven aquí de inmediato! –Grita Ismail, abocinando con la palma de su mano colocada en un lateral de la boca, mientras se dirige a pasos largos a la base del mástil central.

–¿Qué desea señor? –Pregunta el solícito marinero de piel negra.

–Sube al palo mayor, mira hacía estribor a ver si consigues ver la bandera de aquellos barcos.

El grumete asiente con la cabeza y comienza a trepar por el mastelero con una agilidad sobrehumana.

–Muchacho, pronto estás sufriendo el mal de olas, acabamos de partir y el mar es muy tranquilo. –Dice Ismail sentándose junto a Muhyí y dirigiendo la mirada hacía el marino trepador.

–Ya estoy un poco mejor. Ha sido la primera impresión la que me ha abotargado, es la primera vez que subo a un barco. También me afecta, supongo, el hecho de haber visto a mi compañero muerto… y a mi perro, y esta herida. Pero no debéis preocuparos por nosotros, nos las arreglaremos. Nuestro objetivo es llegar al otro lado, sea como sea. –Se excusa Muhyí.

–Sois amigos del bueno de Ruy Crespo, y eso me obliga a velar por vuestra integridad como si fuera la mía propia. –Asevera el patrón mientras alza la vista interesándose por Rais.

–¿Qué ocurre señor Ismail? Os veo mirar con intranquilidad hacía ese lado. –Pregunta Gadea que lleva rato observándolo.

–Supongo que nada, pequeña. –Contesta el patrón deteniéndose unos instantes para contemplar la extraordinaria belleza de la muchacha de pelo cobrizo, ojos verdes y piel nívea. –Pero desde un tiempo atrás la tranquilidad de los que surcamos este mar ha desaparecido. Los corsarios han infestado estas aguas y andan sembrando el pillaje y el saqueo en las costas, y el abordaje y el corso en el mar. Raro es el día que no apresan algún mercante, esclavizando a sus ocupantes y adueñándose de la nave para hacer su flota más grande y temible. –Concluye Ismail secando el sudor de su frente, a pesar de la brisa fresca.

–Sé bien de qué habláis, yo de pequeña fui apresada por unos corsarios en un pueblo de las costas de Al–Ándalus. Viví un infierno entre ellos, incluso después, hasta que Muhyí me rescató de mi esclavitud. –Explica Gadea.

–Quiera *Yahveh* que esas malditas naves del horizonte no sean corsarios. Juro al Creador que esta ha de ser mi última travesía, cuando regrese venderé mi barco y me dedicaré a cultivar mis campos en mi amada aldea de la Aljujema. Ahora los tengo tan abandonados…

El marinero se deja caer por el mástil apresurado y cae a la cubierta de golpe rodando por el suelo y golpeándose con un tablón astillado que le abre una brecha en el muslo, después corre hacia su jefe con la cara desfigurada, asiéndose la pierna sangrante con ambas manos.

–¡Mi señor, esos barcos no tienen estandartes, ni banderas, ni pendones de ninguna clase! ¡Y llevan gran acopio artillero en las bordas!

–¡Todo a babor! ¡Todo a babor! ¡Izad las velas y todos los hombres a los remos! ¡Vamos, vamos! –Grita Ismail con la cara roja y los ojos desencajados. –Vosotros deberíais bajar a la bodega, allí estaréis más seguros. –Añade señalando al marinero herido, que se ha sentado junto a Muhyí y Gadea.

La *carraca* vira con lentitud hacia la izquierda y, en una maniobra desesperada para evitar encontrarse con las naves desconocidas, toma rumbo al oeste aunque sin apenas avanzar, ya que el viento es muy suave y de costado.

Gadea observa con pena a Rais, que aprieta los dientes, dolorido. La muchacha se incorpora, toma agua de un barril, lava la herida de la pierna, después corta un trozo de tela del fajín de Muhyí y se lo ajusta como vendaje.

–Gracias señora, es una herida pequeña y mejorará pronto. –Dice el marinero con gesto de agradecimiento, mientras se incorpora y desaparece cojeando en ayuda de sus compañeros.

Antes de avanzar una milla, una flota de seis navíos se aproxima por el flanco de estribor. Son dos *cocas,* tres *fustas* y una *galeota*. Las naves hacen una maniobra envolvente, desplegándose las tres *fustas,* con una extraordinaria rapidez y maniobrabilidad, por la popa del barco de Ismail, de forma que pronto quedan rodeados por los desconocidos.

Ismail permanece petrificado junto a la amura de estribor, mantiene su brazo izquierdo extendido, asido a uno de los cordajes

que tensan las velas y su mano derecha palpa temblorosa el puño de su daga plateada. Junto a él, están Gadea y Muhyí, al que le ha desaparecido de repente el mareo y el dolor de su brazo herido.

–¿Qué va a ocurrir? –Pregunta el joven con voz tenue.

–No lo sé muchacho, supongo que lo peor… o quizá podamos evitarlo. Vamos a tratar de negociar, les entregaremos parte de nuestra mercancía, que es muy valiosa… o toda si hace falta. Espero que así nos dejen continuar. –Dice Ismail, sin un ápice de convencimiento en sus palabras.

Rodeados por los barcos desconocidos, Ismail ordena cesar a los remeros y bajar las velas, poco sentido tiene ya cualquier maniobra para escapar. En las bordas de las naves agresoras hay decenas de hombres, con ropajes variopintos de colores llamativos, gorros igualmente diversos: turbantes, cascos metálicos, bonetes, sombreros de media ala, casquetes de fieltro con plumajes… etc.; únicamente mantienen uniformidad en los enormes espadones de hoja curva que centellean en sus manos alhajadas, las orejas con aros ensartados y las caras tétricas y amenazantes.

Al grito de uno de los asaltantes, las dos *cocas*, que permanecen en el flanco derecho, se abren y tras ellas aparece una galera, un barco de mayor envergadura que todos los demás, con amplia manga y gran eslora. La galera avanza sinuosa, con las velas caídas, al golpe de setenta remeros en cada banda, aproximándose al barco de Ismail. El castillete de proa luce magníficamente adornado con gallardetes de tafetán granate y estandartes de raso carmesí con entorchados dorados. Delante del castillete, presidiendo la nave, hay un vistoso personaje ataviado con una librea de paño oscuro y grueso, con cuello y mangas ribeteados de dorado, un pantalón a media pierna blanco con *borceguís* de piel de camello de puntas vueltas y tocado con un soberbio turbante de seda blanca, coronado por un casquete rojo de fieltro, al estilo turco.

–Ese hijo de perra que se enseñorea debe ser *Barbarroja*. No lo conozco, por suerte, pero he oído hablar tanto de él… ¡Estamos perdidos, esta gente no conoce la piedad! ¡Que *Yahveh* nos asista! –Exclama Ismail cubriéndose la cara con ambas manos.

–¡No estoy dispuesto a dejarme apresar con tanta facilidad! ¿Hay alguna isla cercana? –Pregunta Muhyí desconcertado, viendo como Gadea abre los ojos y la boca aterrorizada.

–¡No seas loco muchacho! A pocas millas está la Isla de Alborán, pero si te lanzas al agua no llegarás lejos, te lo aseguro. Además, ¿Vas a abandonar a la muchacha? –Pregunta Ismail con sensatez.

Muhyí baja la cara, resopla y mueve la cabeza con rabia. Después

se incorpora y mira con interés al barco que se aproxima con lentitud.

–¿Qué van a hacer con nosotros? ¿Es que no se conformarán con las mercancías? –Pregunta Gadea con labios temblorosos y parpadeando para disipar las lágrimas que asoman a sus ojos, viendo como su vida se aboca a regresar al infierno de su niñez.

–Nos espera un final como a tantos hombres y mujeres de ambos lados del Mediterráneo: se quedarán con mi barco, a los viejos nos ajusticiarán o nos usarán como moneda de cambio para recuperar a los suyos, a los hombres jóvenes los venderán como esclavos y a las mujeres…

–¡Ah del barco! ¡Os habla el sultán de los mares, soy Aruj! ¡Entregaos si apreciáis vuestra vida!

Muhyí lleva su mano derecha a la parte trasera de su cinturón y envuelve sus dedos sobre su puñal. Afina los ojos y contempla, ya próximo a ellos, rígido e inmutable como un adorno del barco, al amenazante Aruj *Barbarroja*. Es un hombre corpulento, de amplias espaldas, con una barba cobriza bien acicalada y rematada en punta rizada hacia delante. Por la cabeza del joven pasan atropelladamente muchos acontecimientos, muchos sufrimientos y una gran decepción. –Voy a rematar mis días a manos de este desalmado sin concluir mi ansiado sueño. ¡Pero no le va a salir de balde! –Masculla en voz baja mientras retrocede el pie derecho, flexiona ligeramente ambas rodillas, fija la mirada cerrando el ojo izquierdo, saca su mano derecha, la lleva hacia atrás y, como un resorte, lanza su puñal hacía el jefe de los corsarios. El arma cruza el aire silbando hasta impactar en el lado izquierdo del pecho de Aruj, provocando un sonido bronco al clavarse. El corsario retrocede ante el impacto y corrige la posición con los pies para no caer, permaneciendo erguido con el puñal hincado en su torso.

Un murmullo recorre las naves de los corsarios, que blanden las espadas y enseñan los dientes ante el ataque de muerte a su jefe.

Aruj abre los brazos pidiendo quietud a los suyos. Se hace un espeso silencio, mientras el agredido se abre la parte delantera de la librea y exhibe el brillo plateado de un corpiño de madera cubierto de láminas metálicas. Con la mano diestra extrae el puñal y lo arroja a la cubierta del barco. Todos sus hombres gritan de júbilo y piden la muerte del agresor a voz en cuello.

Aruj levanta los brazos de nuevo, y vuelve el silencio.

–¡Que nadie toque a ese muchacho! ¡Lo quiero vivo! ¡Deseo ocuparme personalmente de él! ¡Llevad ese barco a la isla! –Ordena Aruj, para después, a un gesto de su brazo, hacer que su galera

retroceda y salga del círculo.

Rais, que ha permanecido junto a ellos, se gira y se dirige a la borda de babor, vuelve la cabeza y cruza una mirada con Ismail antes de saltar al agua.

–¡Hombre al agua! –Grita un corsario desde una de las *fustas* que permanecen en el flanco izquierdo.

Pronto aparecen varios hombres provistos de arcos en la borda de estribor de la *fusta* más cercana. Tratan de ubicar el cuerpo negro y escurridizo de Rais en las aguas removidas por las embarcaciones. Pronto lo localizan, la tela roja que le envuelve la pierna lo delata con facilidad. Una lluvia de flechas cae sobre su espalda, sin hacer que se hunda o se detenga. Rais continúa braceando con poderío para salir de la línea de tiro de los arqueros.

Un corsario tensa tensa su arco y aguarda sonriente, observando como el marino va perdiendo agilidad al nadar con las saetas bamboleándose en su lomo, dejando una estela de sangre sobre el agua. Finalmente suelta la mano diestra y la saeta atraviesa el cuello de Rais, que desaparece bajo el agua, mientras el autor del disparo recibe palmadas en la espalda y vítores de sus compañeros.

–Compré a Rais en un mercado de esclavos en Taza, nunca me quiso decir su procedencia, pero ahora veo que pudo ser apresado por *Barbarroja* en alguna costa de *Berbería*. Era un buen marino, que *Yahveh* lo acoja como merece. –Dice Ismail con pena levantando la vista al cielo.

–No ha querido que se repita su pesadilla. –Balbucea Gadea entre sollozos con los ojos arrasados de lágrimas.

Con la tarde claudicando bajo un cielo despejado que comienza a tornarse gris, el grupo de barcos se acerca a una costa escarpada y amarillenta. Bordean la isla por el sur y se abrigan en un fondeadero natural, donde ya está anclada la impresionante galera de Aruj y otros barcos medianos. A Muhyí y sus compañeros les hacen bajar del barco y los desarman, antes de llevarlos a tierra en barcazas.

Alborán es un islote pequeño y alargado en mitad del Mediterráneo. A la vista de los navegantes, semeja un barco de dimensiones gigantescas varado en inmóvil al azote incansable de las olas. Tiene unos mil codos de largo y seiscientos por su parte más ancha. Su costa es abrupta, con apenas dos accesos arenosos.

En la superficie de la isla, enteramente plana, hay un improvisado campamento con tiendas de lonas gastadas y

deshilachadas, en cuyo centro lucen varias fogatas de las que se elevan columnas de humo barridas por el viento.

La veintena de personas que compone la tripulación de la nave de Ismail recorren en fila el páramo rocoso, yermo de vegetación, bajo la atenta escolta y vigilancia de los amenazantes hombres de Aruj. Cuando llegan a las proximidades del campamento les hacen entrar en un redil bordeado por un murete bajo de piedra. Los reos toman asiento en el frío suelo y varios hombres se quedan vigilándolos. En el otro extremo del corralete, junto a unos pequeños promontorios de roca a modo de cueva, hay otro grupo de hombres, presos igual que ellos.

Muhyí, sentado entre Ismail y Gadea, levanta la vista al cielo, donde la oscuridad comienza a definir algunas estrellas, luego gira la cara y contempla el brillo plateado de la cara de su amada, ella es la única mujer del grupo. No puede evitar que un nudo enorme le atenace la garganta dificultándole respirar. *–Esto es el fin.* –Piensa.

–Ismail, ¿Quién es ese Aruj? –Pregunta en voz baja dando un golpecito con el codo a su compañero.

–Lo que sé de él lo he escuchado en charlas de taberna, no te puedo asegurar si es cierto o son fabulaciones. Aruj es el mayor de los hermanos *Barbarroja*, y todo lo que se cuenta de ellos es épico y fabuloso, a la par que cruel y despiadado. –Dice Ismail que hace una pausa y carraspea. –Al parecer los *Barbarroja*, de origen turco, iniciaron sus correrías con una nave y, a fuerza de saquear y robar, han conseguido reunir una temible flota. Dicen que cuentan con el apoyo del sultán de Túnez, al que rinden vasallaje. Tienen su base en una gran isla cercana a las costas de ese reino, la isla de *Los Gelves*. Aruj tiene fama de ser un jefe paternal para sus hombres y desalmando e impío con los enemigos.

–¿Nos van a matar a todos? –Pregunta Gadea con los ojos húmedos.

–No lo creo, ya os lo he dicho antes, no nos van a matar. Aruj tratará de sacarnos la mayor utilidad a cada uno de nosotros, esa es su forma de hacerse cada vez más poderoso. La cuestión es cuán útil le podamos ser… Yo soy ya un anciano. –Concluye Ismail bajando la cabeza.

Un hombre de Aruj aparece con una tea encendida en la mano y recorre la hilera de reos sentados en el suelo, deleitándose con las caras de terror de cada uno de ellos. Finalmente llega a la altura de Muhyí y se detiene ante él.

–¡Levántate y acompáñame, valiente! *Baba–Aruj* quiere verte,

supongo que te pedirá explicaciones por tu osadía. –Concluye con una sonora e irónica carcajada, que corean los demás vigilantes.

Muhyí se abraza con fuerza a Gadea, sabe que es muy probable que no la vuelva a ver. Se incorpora y respira con profundidad para insuflarse entereza sin resultado, pues las piernas le tiemblan hasta el punto de casi no poder caminar.

Asido de los brazos por dos corpulentos marinos lo llevan, casi a rastras, hasta la tienda más grande de cuantas componen el campamento. Un centinela ladea una gruesa cortina de piel de camello y aparece la figura imponente de Aruj, sentado tras una mesa baja, en la que hay una humeante pierna de cordero asado, una hogaza de pan oscuro y una jarra de vino. El jefe corsario, con las enjoyadas manos grasientas y la barba llena de migas de pan, yergue su figura amedrentadora y se limpia las manos en su librea.

–Dejadme a solas con el muchacho. –Ordena Aruj a los suyos.

Muhyí se queda solo en mitad de la tienda con los ojos desorbitados y un miedo cerval apoderado de su cuerpo. Recorre la figura de Aruj y descubre el puñal que le ha lanzado prendido en el fajín del corsario. Muhyí traga saliva y decide afrontar con entereza lo que pueden ser sus últimos momentos.

–¿Cómo te llamas?

–Muhyí, me llamo Muhyí.

–¿Quieres comer algo? –Pregunta Aruj para sorpresa del joven mientras le palmea el hombro.

Muhyí niega con la cabeza mientras piensa: *"–Prefiere matarme con la barriga llena"*.

–¿Por qué me lanzaste este puñal? Sabías que no tenías escapatoria, estabas rodeado por mis barcos. –Inquiere Aruj levantando el arma ante la cara de Muhyí.

–Yo... yo no estaba dispuesto a rendirme con los brazos caídos. –Contesta el muchacho sin quitar la vista de la cara del corsario, tratando de adivinar su reacción.

–¿Quién es esa joven tan hermosa que te acompaña?

–Es… Gadea, mi prometida. –Contesta Muhyí con el paladar amargo.

–Sentémonos ahí y cuéntame tu vida, estoy seguro que debe ser interesante.

Los dos se acomodan en unos almohadones y Muhyí comienza a describir el periplo de su existencia.

Tras largo rato de conversación, que prácticamente ha sido un interrogatorio hacia el joven, Aruj se incorpora con dificultad y se dirige a la mesa arrastrando una pierna tullida. Sirve vino en dos

vasos de barro y le alarga uno a Muhyí, antes de dejarse caer de nuevo.

–Puedo comprobar que eres valiente, listo y muy osado, quizá demasiado, pero es que eres muy joven. Has intentado matarme cuando tu vida ya estaba en mis manos. Tienes una deuda conmigo que habrás de pagar. –Aruj hace una pausa para tomar un sorbo de vino y dejar que sus palabras se acomoden en la mente del muchacho, prolongando el silencio intencionadamente. –Llevo años surcando las aguas de este mar, tomando cuanto quiero de los pueblos de sus costas y de los barcos que encuentro. He conseguido reunir una flota importante, cuento con el favor de algunos sultanes y, se puede decir que soy el rey del Mediterráneo. Pero quisiera consolidar mi poder en tierra firme, y para ello necesito los más valientes a mi lado. En el mar no tengo rival, pero la batalla en tierra es distinta a lo que estos salvajes que me acompañan están acostumbrados a hacer. Te voy a proponer un trato justo para que puedas salvar tu vida.

Muhyí hace una mueca de estupefacción, sabe que lo que le proponga será peor que morir en este mismo instante.

El corsario se levanta del suelo y camina en círculo por la tienda, cojeando levemente. Un silencio espeso impregna el ambiente y Muhyí traga saliva con dificultad. El corpulento pirata chasquea la lengua para paladear el último sorbo de su vaso de vino; mira fijamente al joven, mientras la luz de las teas le desdibuja la cara y le imprimen un brillo sincero en los ojos.

–Quiero que consagres tu brazo a ayudarme a conquistar el reino de *Al-Yazair*. –Concluye Aruj finalmente.

El joven abre los ojos con amplitud y boquea varias veces, como si le faltara el aire, dudando qué responder.

–¿Me estáis pidiendo que me convierta en un corsario a cambio de no morir?... No puedo aceptarlo. –Contesta el joven sin meditar la respuesta.

–Has respondido con demasiada prontitud, pero eso es solo porque eres muy joven e impulsivo. Tendremos que corregir ese ímpetu en el futuro. Nuestros dichos y hechos tienen consecuencias, debemos razonar lo que hacemos o decimos. –Expone Aruj con actitud paternal. –No te necesito para saquear barcos en el mar, es para luchar contra un rey mezquino y liberar al pueblo de su opresión y tiranía. Muchacho, te puedo matar en este instante, pero te ofrezco la oportunidad de ganar tu libertad, pocas veces vas a encontrar una ocasión así.

Aruj se sirve otro vaso de vino, da unos pasos hacia la puerta y

ladea la pesada cortina dejando entrar una brisa helada del exterior. Al poco se gira con gesto relajado, sabiendo que tiene a su presa acorralada a falta del definitivo zarpazo.

–Sé que aceptarás, no me cabe duda. –Sentencia el corsario con seguridad.

– 16 –
LUNA DE SANGRE

El sol se convertirá en tinieblas, y la luna en sangre, antes que venga el día de Jehovah, grande y temible. Y sucederá que cualquiera que invoque el nombre de Jehovah será salvo, porque en el Monte Sion y en Jerusalén estarán los libertados, como ha dicho Jehovah; y entre los sobrevivientes estarán aquellos que Jehovah ha llamado.

(Antiguo Testamento. Libro de Joel, Capítulo 2 (31 y 32).

Isla de Alborán, 22 días del mes de Dhul-Qa´da,
año 912 de la Hégira.
(Abril del año 1.507 del calendario Cristiano)
(Mes de Nisan del año 5.267, calendario Hebreo)

Los presos de Aruj reciben desalentados la llegada de otro aciago día, recluidos y agazapados como ganado tras la pedriza, para evitar los envites de un viento despiadado que azota la isla de Alborán desde el alba.

Muhyí apenas ha podido conciliar el sueño en toda la noche, no ha hablado nada y no ha probado la comida que han repartido los guardias al despuntar el día: unos mendrugos de pan ácimo y unas piezas de pescado seco, el sustento para toda la jornada. Ni siquiera ha respondido a las preguntas de Gadea, que se ha interesado con denodada insistencia por su reunión la noche anterior con el jefe corsario. Hasta las caricias de la muchacha tratando de darle ánimos le molestan. Una pesada losa le oprime el pecho y una nube pastosa le nubla la mente. La propuesta que le ha hecho Aruj es desalmada, y le coloca en una tesitura de difícil elección. Puede salvar su vida, pero a cambio ha de ponerse al servicio del corsario hasta que logre conquistar su ansiado reino. Además, nada le asegura que una vez alcanzado ese objetivo pueda recuperar su libertad, ¿cómo fiarse de la palabra de un asesino sin escrúpulos, de un ser despreciable, acostumbrado a hacer lo que quiere sin importarle las vidas y el sufrimiento que cueste? Y por otro lado está Gadea, no la puede abandonar. Sabe que pronto lo llamará de

nuevo Aruj para solicitarle una respuesta, una respuesta que no tiene.

Gadea permanece lánguida y triste, sin poder averiguar qué ocurre en la cabeza de Muhyí, aunque intuye que debe ser algo extraordinariamente grave para mantenerlo con esa actitud evasiva y taciturna.

Ismail trata de asumir, con la mayor entereza que puede acopiar, que el fin de sus días está próximo, le angustia no poder volver a ver a su esposa Eliana y consumir junto a ella la languidez de sus vidas, gozando de la tibieza de su compañía y de sus exquisitas comidas, aplicado al cultivo de su huerto en la Aljujema. También le apena ver las caras horrorizadas de sus hombres y le preocupa la actitud ceñuda y afligida de Muhyí, pero carece de ánimos para preguntarle al muchacho. Trata de imaginar un acantilado, oscuro, alto y escarpado, puede ser un buen sitio al que arrojarse y poner fin a esta agonía. Cree que *Yahveh* lo perdonará por ello.

Al anochecer, cerca del recinto de los reos, dentro del círculo que forman las tiendas del campamento, los corsarios se regocijan en un festín generoso en carne y vino. Sentados sobre el suelo en torno a una gran hoguera, las voces y las carcajadas etílicas se elevan sobre los soplidos del viento. Los hombres de Aruj tienen orígenes, confesiones y estirpes muy variadas. Una parte de la hueste está compuesta por turcos, chipriotas y tunecinos, desarraigados y desprovistos de lazos de afecto, que se han alistado voluntariamente en busca de fortuna y aventura; aunque la mayor proporción la componen griegos, castellanos, venecianos, franceses y *zanatas* que han sido apresados en el mar y reclutados a la fuerza para engrosar las filas del ejército bajo el mando del corsario más temido del Mediterráneo. Estos presos metidos a la fuerza a mercenarios del mar, han acabado acostumbrándose a esta vida de saqueo y abusos, exenta de preocupaciones y regalada en manjares y molicie, ya que tampoco pueden escapar de ella sin riesgo cierto de morir en el intento.

Las borracheras y las comilonas son habituales entre los corsarios en los días que están en tierra. Los saqueos incesantes mantienen las bodegas de los barcos repletas de comida, bebida y productos variados. Pero una vez embarcados, Aruj ya no tolera la desidia y la indisciplina. El temido jefe corsario tampoco admite las manifestaciones religiosas, y ha impuesto un férreo rigor de ateísmo castrense entre sus hombres. Todos saben que pagarán con su vida cualquier desacato a las órdenes de su jefe, no les han faltado

ocasiones de comprobarlo.

Unos de los marineros, se incorpora del corro con dificultad, derramando parte del vino de una jarra que sostiene en la mano derecha. Es un hombre de mediana edad, pequeño, delgado, nervudo y coriáceo, tiene una cara afilada, surcada por una cicatriz aburruñada que va desde la ceja, pasando sobre el ojo izquierdo impidiendo que pueda abrirlo por completo, hasta el labio superior deforme. Lleva una camisola sucia sin mangas, dejando a la vista los brazos de venas abultadas como cuerdas y tachonados de viejas heridas con aspecto escamoso. Su nombre es Maladeh, pero todos le llaman *Vizconde*, porque es bizco e hijo de un conde castellano, según afirma él.

–¡Para rematar la fiesta vendría bien que la muchacha de pelo rojo que apresamos ayer nos obsequie con un baile! –Grita Maladeh levantando la jarra de vino.

–¡Sí, sí, es una buena idea!

–¡Traigamos a esa gacela y que mueva sus encantos para nosotros!

–¡El *Vizconde* sabe cómo rematar una fiesta! ¡Brindo por él!

–¡Por el *Vizconde*!

Corean varios marineros ebrios con voces destempladas.

–¡Eh, aguardad un momento! Aruj ha dicho que no toquemos a los presos sin su permiso. –Advierte un marino de barbas blancas que parece estar algo más sobrio que el resto.

–¡Tú cállate Salman! ¡Eres un viejo al que ya no le interesan las mujeres! –Responde Goliat con desprecio, danto un manotazo.

Goliat, apodado el *Judío*, es enorme, con los hombros anchos y una envergadura desmesurada. Tiene un rostro amenazador, con una gran nariz verrugosa, coronada por dos ojos minúsculos casi juntos bajo una única ceja, boca torcida y siempre semiabierta en una mueca que semeja una sonrisa maléfica. Sus brazos, fuertes como columnas penden inertes de los hombros, y las manos, amplias como palas de remo, llegan hasta las rodillas. Goliat tiene una personalidad tranquila, que solo se altera cuando le recriminan su excesivo celo por el judaísmo.

Todos jalean al *Vizconde* y se incorporan junto a él.

–¡Vayamos a por la pelirroja y que mueva la cintura para nosotros!

Grita Goliat iniciando el camino con pesadas zancadas hacía el recinto de los presos. Varios hombres le siguen con andares bamboleantes e inestables, riendo y voceando.

La oscuridad de la noche va buscando acomodo sobre la isla de Alborán. El viento cesa, los grises nubarrones se deshilachan y por el este el mar toma un inusual color anaranjado. A medida que el cielo se oscurece desvela el brillo titilante de millares de estrellas, hasta que una inmensa luna, que emerge de las aguas a oriente, acapara para ella toda la luz del firmamento.

Los prisioneros reculan y oprimen sus espaldas contra la pedriza, mientras contemplan, aterrorizados, como la amenazante figura de un corsario, grande y grueso como un oso, entra en el recinto dando pasos largos y agachando su inmensa cabeza para observar una a una las caras demacradas de los reos. Finalmente, elige a su presa. Goliat empuña a Gadea de los pelos, la arrastra y la iza hasta colocarla bajo su brazo izquierdo como un costal. La muchacha, oprimida por el fornido brazo, grita y mueve al aire brazos y piernas, en un vano intento de escapar. Muhyí se incorpora de inmediato y trata de impedir que se la lleve. Sale tras el corsario y se lanza sobre su espalda. El gigantón, casi sin inmutarse, se lo sacude de un codazo en la boca y lo proyecta hacia atrás. Muhyí cae de espaldas golpeándose la nuca contra la pedriza. El enorme corsario se gira sin soltar a su presa, saca un espadón de hoja curva del cinto y lo apunta al pecho haciendo una leve presión hasta que la punta afilada rasga la carne, haciendo aparecer una mancha roja sobre la camisola del muchacho.

–¡Si vuelves a tocarme un solo pelo te atravesaré como a una pieza de cordero para la brasa! –Grita el *Judío* con voz gutural sin dejar de presionar con la espada sobre las costillas del joven.

Muhyí queda tendido semiinconsciente tragando su propia sangre, notando un ardor insoportable en el pecho y escuchando lejanas y dispersas las risas de los demás. Dos guardias lo arrastran y lo arrojan de nuevo al recinto de los presos.

Muhyí recibe la brisa marina en su cara, permanece erguido, con la mirada perdida, sobre la proa de una enorme galera que atraviesa con firmeza aguas embravecidas. Ya en el ocaso de su vida, está al mando de una flota de varias naves con una tripulación de cuarenta hombres. Es uno de los comandantes de los *Barbarroja*. Su misión es navegar sin rumbo por el Mediterráneo, a la búsqueda de barcos mercantes a los que asaltar. Tiene fama acreditada de haber sido uno de los más despiadados de cuantos corsarios han surcado estas aguas. En las costas de una solitaria isla, ha mandado erigir un palacete atendido por decenas de lacayos, y un *serrallo* en el que

moran bellas esclavas traídas de todos los rincones de la cuenca mediterránea. Ahora es un hombre muy rico y poderoso, aunque se siente atenazado por una insoportable soledad, incluso estando rodeado de decenas de sirvientes y marineros. A dos de sus naves las ha bautizado con el nombre Hisham y Gadea, en memoria de su padre, al que nunca pudo encontrar, y de su amada, violada y asesinada por su malvado primo Omar. Ya solo le queda una poderosa razón para seguir al mando de esta partida de desalmados marinos: apresar a Omar, rebanarle el cuello y deleitarse mientras lo ve morir lentamente.

Un golpe de viento zarandea a Muhyí al tiempo que la galera cabecea y una ola rompe en su costado salpicándole la cara.

–Despierta muchacho. –Dice Ismail echándole de nuevo agua en la cara amoratada y deforme.

El joven abre los ojos con dificultad y nota como la mandíbula se le ha vuelto rígida. Trata de incorporarse sin resultado, levanta la cabeza y se ve rodeado de caras que lo escrutan con atención. Las recorre asustado hasta que repara en una de ellas.

–¡Gadea, estás bien! ¿Qué te han hecho? –Pregunta Muhyí mudando a un gesto de alegría casi imperceptible en su rostro contusionado.

–Nada, solo he tenido que bailar un poco hasta que ha llegado su jefe y ha puesto fin a la fiesta. Tú has salido peor parado. Gracias por arriesgar tu vida por mí. ¡Te quiero! –Concluye Gadea, que se sienta junto a él y le estampa un beso en los labios provocándole un *ay* de dolor y una honda satisfacción.

Muhyí mueve la cabeza dolorida y siente los ojos pesados mientras pierde de nuevo el conocimiento, cayendo en el regazo de la joven.

Entre los hombres que han acudido en ayuda del joven hay varios de los prisioneros que ya estaban en la isla antes del apresamiento del barco de Ismail. Uno de ellos se acerca y se agacha ante él, es un hombre de unos cincuenta años, alto y delgado, con la cara afilada y una barba entrecana poco cuidada. Le habla con suavidad ignorando la inconsciencia del herido.

–Quédate recostado, vamos a lavar esas heridas con un ungüento de caléndula para que no se infecten. Diego, saca las hierbas de la bolsa de cuero y prepara un emplasto. –Le dice a su compañero, un hombre de mediana edad, cara redonda y pelo castaño.

Mientras el otro saca una mezcla de hojas secas y las vierte en un cuenco de madera con poca agua, el hombre de cara afilada se

inclina sobre el herido y coloca una mano con levedad sobre la herida del pecho. Con la otra mano aplica el ungüento que ha preparado Diego en las heridas de la cara de Muhyí, que abre los ojos y fija la mirada un instante en la cara de su benefactor, los entorna de nuevo y respira con agitación.

–Ahora cierra la boca con cuidado para que no caiga el apósito, vamos a abrir la camisa y curar también esa herida del pecho. –Dice el desconocido con suavidad mientras suelta los cordones de la camisa y la ladea con cuidado.

Con un paño mojado limpia la sangre alrededor de la herida, que parece no ser profunda. De repente el hombre da un respingo y acerca la cara al colgante que lleva Muhyí prendido del pecho, humedece el paño de nuevo y lo limpia con cuidado.

–¡No puede ser! –Exclama con voz queda mientras ladea el amuleto y sigue con la cura, aunque sin dejar de mirar la cara del muchacho que permanece desvanecido.

Aplica un poco de ungüento de caléndula en la herida y con un cinturón improvisa un vendaje en torno al pecho.

–Esta herida no reviste mayor importancia, debe descansar lo que pueda esta noche, es el golpe en la cabeza lo que lo mantiene adormilado, seguro que mañana estará mejor, habrá bajado la inflamación y podrá comer algo. –Dice el desconocido dirigiéndose a Gadea que mantiene la cabeza del herido entre sus manos.

Antes de incorporarse, a la luz anaranjada de la luna, contempla con detenimiento una vez más el colgante de Muhyí, después le cierra la camisa y mira con preocupación la cara cerúlea del joven.

–Gracias por vuestra ayuda señor. ¿Cuál es vuestro nombre? –Dice Gadea con gratitud.

–Yo… yo soy Álvaro, Álvaro de Arade.

Tras el incidente los presos han vuelto cada uno a su rincón, apiñados entre ellos y pegados a la pedriza para mitigar el frío de la noche. Ha comenzado a escarchar y las estelas de vaho que salen de las bocas de los reos se elevan atravesadas por rayos de luna.

–Diego, ¿Crees que sobrevivirá?

–Sí, estoy seguro que se recuperará del golpe. Es un joven fuerte. Aunque, ¿para qué? no sé si alguno saldremos con vida de las garras de estos salvajes, que nos tienen hacinados en esta cloaca hasta que perezcamos de hambre y frío.

–El amuleto que lleva ese muchacho al cuello es idéntico al que yo tenía, el que dejé oculto en el presidio de Ibassane, en Fez. –Dice Hisham sin rodeos. –Además, creo haber visto a ese muchacho en

algún lugar y ahora no recuerdo dónde.

–Mañana cuando se recupere podrás preguntarle cuanto quieras, si algo tenemos por ahora es tiempo, los días son interminables y las noches eternas. –Concluye Diego respirando con profundidad y tratando de acurrucarse bajo su capa.

–No sé si podré esperar a mañana.

Aún faltan horas para el amanecer, Hisham lleva toda la noche con la luna reflejada en sus ojos, sin poder conciliar el sueño. Ese joven porta el amuleto que le perteneció a él y necesita averiguar el porqué. Poseído por un estado de angustiosa incertidumbre se incorpora y se mueve con cuidado para no importunar el frágil descanso de los demás reos. Apenas hay vigilancia entorno al redil en el que se hacinan los prisioneros, pero tampoco hace falta. Están en un pequeño islote y no hay a donde escapar. Hisham se aproxima hasta el misterioso herido que descansa protegido por la vigilia de la joven de piel blanca y pelo bermejo.

–Parece descansar, el sueño es el remedio más reparador. –Dice Hisham con voz tenue sentándose junto a la muchacha.

–Gracias a vuestras curas ha dormido con profundidad durante toda la noche, no se ha quejado nada. Os agradezco de nuevo vuestra generosidad. –Responde Gadea con sinceridad.

–Estamos a merced de estos desalmados y nos aguarda un futuro descorazonador, por eso hemos de protegernos entre nosotros.

–¿Lleváis mucho tiempo apresados en esta isla? –Pregunta la joven.

–Varios días, no sabría decirte cuantos. Interceptaron nuestro barco cuando nos dirigíamos a Málaga, una ciudad en las costas de Al–Ándalus. Y vosotros, ¿de dónde venís? –Inquiere Hisham viendo la oportunidad de averiguar algo del muchacho.

–Partimos de un pequeño pueblo llamado Kariat Arkmane, y queríamos llegar a algún lugar de las costas españolas, no sé deciros el sitio exacto, hasta que caímos en manos de estas alimañas. –Responde Gadea bajando la cabeza apenada al ver sus expectativas truncadas.

–¿Por qué queréis ir a las costas de Al–Ándalus?

–No sé, yo realmente no tengo a donde ir, me limito a acompañarlo a él, que ansiaba llegar allí para reunirse con su familia. –Dice la joven respirando profundamente mientras acaricia la frente de Muhyí.

Hisham medita un instante si seguir haciendo preguntas a la muchacha, pero al ver su actitud receptiva y sus contestaciones de

buen grado decide profundizar sin rodeos.

–¿Qué sabes del amuleto que lleva prendido al cuello? –Inquiere Hisham mirando al herido.

–Es algo muy importante para él, ignoro el motivo, pero así es. Una de las pocas veces que lo he visto fuera de sí fue una vez que lo perdió. Nunca se desprende de él y en ocasiones pasa largos ratos contemplándolo absorto. Solo os puedo decir eso, porque Muhyí no me ha contado más. –Concluye Gadea moviendo la cabeza.

Hisham siente como se le tensa la espalda y un escalofrío recorre todo su cuerpo.

–¿Muhyí, has dicho Muhyí? –Pregunta Hisham alzando la voz.

–Sí, es un nombre raro, pero así se llama.

El joven despierta al escuchar su nombre y trata de incorporarse con dificultad.

Hisham se hace a un lado para que la luz de la luna ilumine el rostro de Muhyí, pero de nada sirve. *–¿cómo voy a reconocer el rostro de mi hijo, si solo lo vi en los primeros meses de su vida?* –Se dice con pena.

–¿Cómo te encuentras muchacho? –Pregunta finalmente tratando de sofocar la emoción.

–Bastante mejor, pero dolorido. ¿Quién sois señor? –Pregunta el joven moviendo la mandíbula con dificultad, aún adormilado.

–Verás, Muhyí. –Dice Hisham mientras se acerca al joven y lo coge por ambos antebrazos. –Necesito aclarar algunas cosas. Yo… yo me llamo Hisham, y creo… estoy seguro que ese colgante... Te llamas igual que un hijo mío al que busco con denuedo, no sé… son demasiadas coincidencias. –Concluye Hisham con la voz ahogada.

–¡Padre! –Exclama el joven con un grito desgarrador.

Hisham y Muhyí se abrazan y el mundo desaparece a su alrededor. Durante un rato interminable permanecen entrelazados, llorando. Hisham saborea las lágrimas agridulces, por la alegría de encontrar a su hijo y por la pena de la lamentable situación en la que encuentran.

Algunos de los reos, al escuchar los gritos y los sollozos, se acercan formando un corro, aunque no saben lo que ocurre, permanecen expectantes al sentido abrazo entre los dos hombres. Diego de Fernández, el compañero de Hisham, que también se ha acercado pasa la manga por su cara secando la humedad que brota de sus ojos, y se vuelve para que no le vean llorar los demás. Él sí comprende lo que ocurre.

–¡Dios es generoso… sí, generoso y muy cruel! –Dice Diego hablando solo mientras aprieta los dientes con emoción y rabia.

–¿Por qué decís eso? –Le pregunta Gadea que se ha incorporado para dejar su lugar a Hisham.

Diego la mira extrañado, reparando unos instantes en su delicada belleza, y responde.

–¿No es una crueldad que padre e hijo se encuentren para volver a ser separados de nuevo? Todos vamos a ser esclavizados y vendidos en las ciudades de *Berbería*… o en el mejor de los casos moriremos atravesados por el acero de esos bárbaros. Nadie pagará por nuestro rescate.

–A veces ocurren cosas que no obedecen a la razón, que no entendemos, pero con el tiempo comprendemos que suceden para cambiar el curso de los hechos. –Apuntilla Gadea, con un rayo de esperanza en los ojos y la voz quebrada.

–¡Que Dios te oiga muchacha! Aunque dudo que este perdido rincón esté bajo la protección del Creador. He estado en sitios infames y crueles, pero esto supera lo imaginable. A veces creo que hemos muerto y ciertamente estamos ya en el infierno.

Muhyí se despega del hombro de su padre con los ojos anegados de lágrimas y algo llama su atención en lo más alto del cielo. Es una inmensa luna llena que se ha vuelto completamente roja.

–¡Es una luna de sangre, es una luna de sangre! –Grita Muhyí entre los estertores que le provoca la emoción. –¡Sahar tenía razón, he encontrado a mi padre bajo una luna de sangre!

–¡Eh, mirad al cielo! ¡Mirad la luna! ¡Se cumple la profecía de Joel, es el fin del mundo! –Grita una figura inmensa. Es Goliat el *Judío*, al que siguen un grupo de corsarios. Todos se dirigen hacía el acantilado, en las proximidades del redil de los prisioneros.

El *Judío*, se detiene al borde del acantilado, absorto. Eleva los brazos al cielo, con los minúsculos ojos muy abiertos y la cara desencajada. Los que le siguen se detienen, horrorizados elevan la vista hacia el astro inmenso, que ha coloreado la superficie de la isla de un tono cobrizo, sobrecogedor. Las aguas del mar parecen teñidas de sangre.

–¡El sol se convertirá en tinieblas, y la luna en sangre, antes de la llegada del día de *Yahveh*, el más grande y temible! ¡Quien lo invoque y lo adore se salvará, los demás padecerán los castigos más despiadados! ¡Preparaos para morir si renegáis de *Yahveh*! –Vocifera Goliat, ya postrado de rodillas en el suelo en actitud de súplica.

Los demás marinos, con caras de terror, miran a la luna y a las aguas rojizas del mar, mientras escuchan las voces desencajadas del

Judío.

–¡Arrepentíos, arrepentíos! ¡Ha llegado el castigo de *Yahveh*, vuestros pecados no han de quedar impunes! ¡Liberad a los presos!

–¿Qué ocurre? ¿Qué es todo este jaleo? –Pregunta Aruj, que se acerca escoltado por una docena de marinos armados con espadones que refulgen encarnados bajo la luz de la luna.

–Es el maldito *Judío* señor, se le ha ido la cabeza y todos estos inconscientes parecen igual de locos. –Responde el *Vizconde*, que ha permanecido expectante ante las plegarias de Goliat.

El *Judío* se gira hacía Aruj con los ojos perdidos y continúa con las imploraciones.

–¡*Baba Aruj*, es el fin, *Yahveh* ha venido a impartir su justicia divina! ¡Arrepentíos señor, vos sois el mayor pecador! ¡Millares de huérfanos y viudas han implorado al Altísimo por nuestras ignominias y han sido escuchados! –Grita Goliat arrodillado, sentado sobre sus talones, con el rostro desencajado, espumajeando por la boca y extendiendo las enormes manos al cielo en actitud implorativa.

Aruj, que permanece junto a él, no contesta. Alarga el brazo y un marinero que hay a su lado coloca en su mano una espada de hoja curva, grande y pesada. Empuña el sable con ambas manos y lo eleva hacía su hombro derecho. Mientras las imploraciones del *Judío* continúan martilleantes, le descarga con fuerza sobre el morrillo y un chasquido de huesos amortigua el ímpetu de la espada. La cabeza del gigantón queda colgando de unos jirones de carne sobre su pecho, mientras por el cuello cercenado manan borbotones de sangre humeante. El enorme corpachón cae a un lado, la cabeza gira sin llegar a desprenderse del cuerpo y queda con la cara hacia el cielo, exhibiendo una mueca tétrica con la boca abierta apretando los dientes y los ojos expresivos recibiendo el reflejo anaranjado de la luna.

Un silencio frío se apodera de todos, mientras Aruj se gira y repasa con la mirada a sus hombres.

–¡No quiero manifestaciones religiosas! ¡Nuestra fe no está en el cielo, sino en las aguas de este mar y en el viento que nos empuja, y solo a ellos le debemos cuanto tenemos! –Sentencia el jefe corsario, al tiempo que devuelve la espada y saca un paño de seda con el que se limpia las salpicaduras de sangre de la cara.

Los reos, apiñados junto al borde exterior de su recinto han contemplado aterrorizados la exhibición de crueldad de Aruj.

Muhyí, flanqueado por Gadea y su padre, siente que ahora más que nunca, tiene que tomar una determinación. Ha encontrado a su padre y con ello concluye una etapa difícil de su vida, pero le espera una aún más ardua, escapar todos de las garras de los corsarios. *–No es una misión imposible.* –Piensa mientras cruza una mirada con su padre.

– 17 –
CONFESIONES

Isla de Alborán, 23 días del mes de Dhul-Qa´da, año 912 de la Hégira.
(Abril del año 1.507 del calendario Cristiano)
(Mes de Nisan del año 5.267, calendario Hebreo)

Muhyí tiene renovadas energías. Haber encontrado a su padre se le antoja un amanecer en las tinieblas que se ciernen sobre ellos. Tiene que ordenar bien sus ideas antes de volver a hablar con Aruj. La descabellada oferta que le ha hecho el jefe corsario, quizá tenga ahora más sentido y le pueda sacar mayor partido. Es cuestión de intentarlo, pero mejor dejar que se calmen los ánimos después del incidente del gigantón degollado, aunque tampoco puede aguardar mucho, en cualquier momento los pueden hacer embarcar hacía algún mercado de esclavos.

Hisham, por su parte, está igualmente satisfecho por haber conseguido encontrar a su hijo, aunque le amarga enormemente saber que su esposa ha fallecido. Lamenta que Muhyí esté preso igual que él y se devana los sesos tratando de idear una forma para liberar a su hijo, aunque sea a costa de su propia vida, pero no halla el modo.

Un amanecer extraño emerge a oriente de la isla de Alborán. El mar, asombrosamente quieto, y el cielo, limpio y profundo, reciben la llegada del sol, abermejados, lánguidos, como heridos tras la mágica noche en la que ha reinado una misteriosa luna de sangre; todo un símbolo de valor apocalíptico para algunos y fascinante para todos. Sin duda ha sido una noche especial para Hisham y su hijo.

Muhyí consume todo el día hablando con su padre. Son tantas cosas las que le quiere contar…. Hisham, por su parte, le habla de su periplo en el presidio de Fez, la treta urdida por el viejo Salim para escapar y su estancia en la ciudad de Melilla, entre los

cristianos.

Muhyí relata a su padre su infancia, sometida al abuso de Omar y la despectiva tiranía de Nidaleh, con el único consuelo del regazo cálido y protector de su madre. Le explica la llegada de Kamal con el amuleto que le había entregado Salim en la prisión, cómo planearon la arriesgada misión de salir en su búsqueda y le cuenta el sorpresivo hallazgo del dinero ocultado por Nidaleh. De vez en cuando Muhyí detiene su relato ahogado por la emoción, sobre todo cuando nombra a su madre, y ha de respirar profundamente para continuar. Cuando relata el episodio de su muerte, ambos se funden en un abrazo y se prometen intentar volver a visitar su tumba en el Valle Maldito. Hisham aprieta los dientes con rabia cuando su hijo le explica la muerte de Kamal a manos de Nidaleh, las malvadas intenciones de Omar y la patética decisión de Jahenna de quedarse con él.

Contándose todo lo que sus mentes les han permitido rescatar, consumen el día hasta que la tarde cae sobre la isla de Alborán.

–Padre, hay algo más que te quiero decir. Es algo importante para mí, pues se trata de cumplir la voluntad de Ruy Crespo, el judío que tanto nos ayudó. Ahora estamos en una situación poco propicia para cumplir sus deseos, pero algo deberemos hacer si surge la posibilidad. –Dice el joven bajando la voz y acercándose a su padre.

–Dime, ¿de qué se trata?

–Verás, tengo algo que me entregó Ruy Crespo para llevarlo a un lugar en Al-Ándalus. Son unos documentos manuscritos por personas relevantes, uno de ellos procede de la comunidad hebrea de la ciudad de Jerusalén.

Hisham hace un gesto de preocupación y ajusta los labios, no puede evitar recordar que la custodia de otros misteriosos documentos le abocó a él y a su familia a esta agonía que aún sufren.

Muhyí le explica cuanto sabe sobre el encargo de Ruy Crespo y, finalmente, deciden que ocultarán los pergaminos, sin que nadie se percate, en una pequeña grieta al fondo del recinto de los reos.

A la caída de la noche, los presos se apiñan a la entrada. Los hombres de Aruj llegan con unos odres de agua, para repartir a cada uno su ración vespertina en una escudilla de madera que han de consumir en el momento.

Muhyí y Hisham aprovechan el instante inicial de la aglomeración para dirigirse al fondo, y ocultar los documentos

secretos de Ruy Crespo en una grieta entre rocas. El joven esconde, también en ese lugar, una talega de cuero con el dinero que todavía le queda. Tras introducir ambas cosas tan profundas como el brazo le permite, se aseguran que no son visibles desde el exterior.

–Padre, espero que alguna vez lleguemos a recuperar esto siendo hombres libres, y poder entregar estos documentos en Monte Sion, en una villa de Al-Ándalus llamada *Alocainena*.

–Así lo quiera el Altísimo. Yo conozco bien ese lugar, está cercano a *Hisn Xenex*, que es donde me crié. Recuerdo que en *Alocainena* había una importante comunidad judía. –Asiente Hisham admirando con emotiva satisfacción la madurez de su hijo.

–Me gustaría cumplir esa promesa que le hicimos Kamal y yo a Ruy Crespo. Además, me consta que esos documentos son importantes, no solo para el pueblo hebreo, sino para todos los demás, por lo visto pueden contribuir a alcanzar una paz sólida entre las religiones. –Explica Muhyí con voz queda y notando como se convence cada vez más de la utópica pretensión en la que colabora.

–Los judíos son gente admirable, trabajadores y abnegados, respetuosos con sus creencias y con las de los demás, lo sé bien porque en *Hisn Xenex* vivían varias familias. Recuerdo con cariño a Elián ben Harel y su esposa Telat, eran muy buenos amigos míos. Vivian cerca de la fortaleza, Elián era el molinero del castillo y cultivaba viñas, y Telat elaboraba el vino y los licores más exquisitos que se podían probar en la zona. –Relata Hisham cerrando los ojos para rememorar aquellos tiempos en los que vivía feliz y tranquilo con su familia.

Muhyí se asoma al borde del recinto y contempla un enorme acantilado bajo el que rompen las olas con constante ímpetu. Respira profundamente y decide ir de inmediato a hablar con Aruj. En ese instante unos lamentos suaves en la parte baja del precipicio llaman su atención.

–¡Alguien grita ahí abajo! ¡Parece una mujer! –Dice Muhyí tirando del brazo de su padre.

Hisham se acerca al borde, gira la cabeza y acampana su mano junto a la oreja derecha para escuchar.

–No, no es lo que crees. No es una mujer y ni siquiera es humano. –Responde Hisham con tranquilidad esbozando una leve sonrisa.

–¡Claro que es una mujer! ¿No lo escuchas? Se oye con nitidez. –Insiste el joven.

–Son lobos de mar. Suelen vivir en los acantilados donde hay cuevas, y sus gritos son muy semejantes a los de una mujer. Algunos marineros creen que son sirenas que los llaman. He escuchado historias de hombres que han perecido al lanzarse al mar, persuadidos por los cantos de sirena de estos animales.

–Vayamos a coger la ración de agua. –Concluye Muhyí al ver que quedan unos pocos prisioneros ya en la fila.

–Quiero hablar con Aruj. –Dice el joven a un guardia que le entrega el cuenco de agua, un hombre menudo y malcarado, con la faz surcada por una enorme cicatriz.

–¿Quién crees que eres para pedir hablar con él? –Responde el *Vizconde* con desprecio.

–Es que necesito hablar con él. Llévame a su tienda, me está esperando.

–Yo lo llevaré, es cierto lo que dice. Acompáñame, e iremos ante Aruj. –Interviene Salman, un marino de edad avanzada, con barbas blancas y largas, que permanece junto a los odres vacíos y ha escuchado la petición.

Muhyí camina junto a su escolta en dirección a la tienda del jefe corsario. Trata de ordenar bien sus ideas para ser lo más conciso y convincente ante el implacable Aruj. Se juega mucho en esta entrevista, y no solo por él. Se seca las manos en los faldones de la camisola, al notar las palmas húmedas y frías, y respira hondo.

–Muchacho, debes tener algo especial. –Dice el viejo Salman mirando de reojo a Muhyí. –Llevo varios años al servicio de Aruj y jamás lo he visto tan condescendiente con un preso, parece que te quisiera adoptar por hijo.

–Eso es imposible, porque yo tengo padre. –Responde Muhyí con agrado al comentario, esbozando media sonrisa de satisfacción, por saber del interés de Aruj en su persona y por la protectora sensación de haber encontrado a su progenitor.

–¿Qué te ha ocurrido muchacho? ¿Quién te ha golpeado de esa manera? Tienes la cara desfigurada. –Pregunta Aruj cuando tiene a Muhyí ante él en el interior de la tienda.

–Ha sido uno de vuestros guardias, me abanlancé sobre él cuando se llevó a la muchacha. Creo que ya no me podrá golpear más, ayer murió bajo el filo de vuestra espada. –Contesta Muhyí con una sonrisa que es una mueca en su boca desfigurada.

–Por lo visto no conoces el miedo, ni la pruedencia. Eso es bueno

pero también peligroso. Goliat era un maldito loco, hace tiempo que andaba tentando a mi acero. –Dice Aruj mientras mueve la cabeza y manotea el aire con desprecio.

–Y bien, ¿Qué me tienes que contar muchacho?

–Señor… he meditado mucho vuestro ofrecimiento. Pero necesito saber… qué ocurrirá si no acepto. –Se atreve a insinuar Muhyí.

–Joven, esta vida está llena de situaciones en las que hemos de elegir entre varios caminos, sin saber lo que encontraremos al final de ninguno de ellos. Tú eres afortunado, pues tienes dos caminos a elegir y en uno de ellos sabes con certeza lo que te espera: luchar a mi lado hasta consolidar mi poder en tierra firme, y después serás libre para hacer lo que quieras. Sobre la otra opción, la de no aceptar mi ofrecimiento, no te voy a concretar detalles. Supongo que te los puedes imaginar.

–Pero señor, permitidme que tenga reticencias y que os hable con franqueza. Vos os dedicáis a apresar barcos y hacer prisioneros a sus tripulantes, para luego venderlos como esclavos o pedir rescates por ellos. Me pedís que tome una decisión en la que vos tenéis la última voluntad, llegado el momento, ¿quién garantiza que vos me otorgaréis la libertad? Y, por otro lado, pueden pasar años hasta que consigamos el objetivo… y si nunca lo logramos ¿qué ocurrirá entonces? –Pregunta Muhyí visiblemente agobiado y temeroso.

–¡No estoy acostumbrado a interrogatorios, y menos de mis presos! –Interviene el corsario, volviéndole la espalda molesto. –Pero contigo haré una excepción, y ni yo mismo sé el porqué.

Aruj se acerca a un baúl, toma una botella y sirve en unos vasos un licor transparente. Alarga uno de los vasos al joven.

–Toma, echa un trago a ver si se te aclaran las ideas. Después responderé a tus preguntas, dice el corsario antes de dar un pequeño sorbo a su vaso.

Muhyí lo huele y aspira un aroma dulzón mientras nota un vaho fuerte que le abre las fosas nasales. Toma un trago generoso y siente como se le abrasan las heridas de su boca y las entrañas al paso del licor. Unas lágrimas gordas rebosan de sus ojos mientras abre la boca aspirando aire.

Aruj carcajea con sonoridad mientras le sirve con prontitud un vaso de agua.

–¡Por el Altísimo! ¡Esto es veneno! ¿Qué me habéis dado? Me está deshaciendo las tripas. –Dice el joven tras tomar el agua de un sorbo, mientras seca las lágrimas.

Aruj deja de reír y toma su licor de un trago, hace una ligera sacudida de hombros al recibirlo en el estómago y chasquea la

lengua con satisfacción.

–Este licor es aguardiente de cerezas. Tiene un sabor fuerte y difícil de tragar, pero luego te reconforta el cuerpo y te proporciona bienestar. Es como algunas decisiones de nuestra vida: difíciles de tomar, pero beneficiosas a la larga. –Dice Aruj haciéndose el interesante.

–Ojalá las decisiones fueran como tomar un sorbo de este asqueroso licor.

–Bueno, respecto a tus dudas, debo decirte que soy hombre de palabra y cumplo lo que digo, de ello no te quepa duda. Otra cosa es que mis palabras gusten o no. Ahora te diré algo que te gustará: si pones tu brazo a mi servicio te garantizo que quedarás libre para hacer lo que desees una vez alcanzado el objetivo, y extiendo esta oferta también a esa hermosa muchacha de pelo rojo que parece ser algo tuyo… Y también te diré algo que puede que no te guste: si aceptas mi oferta y tratas de engañarme en cualquier momento, no me temblará el pulso para acabar contigo… y con ella, sin la menor piedad. Soy generoso y protector con mis hombres, a cambio exijo la mayor de las lealtades, sin fisuras. Si lo que acabo de decir no responde a tus preguntas, deberás resolver tus dudas por ti mismo.

–Está bien Aruj, tengo pocas opciones y lo que me ofrecéis es aceptable, solo una cosa os pido. –Responde el joven mirándole fijamente a los ojos. –Aceptad también que me acompañen, además de la mujer, dos hombres. Yo respondo por ellos, y estoy seguro que serán de utilidad en vuestra misión. Uno es mi padre y el otro un amigo de él, ambos están presos también aquí. Así mismo os pido la libertad al patrón de la nave, es un hombre anciano por el que nada vais a rentar por ofrecerlo como esclavo, y nadie pagará un rescate por su libertad. Sé que pido mucho, pero si me lo concedéis contaréis con el soldado más leal de cuantos engrosen vuestras filas. Juro por el Altísimo recompensar vuestra generosidad. –Concluye Muhyí tembloroso y expectante a la cara del jefe corsario.

–¡Muchacho me sorprendes cada vez más! –Responde Aruj elevando la voz al tiempo que Muhyí recula un paso. –¡Tu osadía no conoce límites! –prosigue el corsario –Y esa es una cualidad que me agrada; gestionada con mesura, puede lograr grandes cosas. Está bien… que así sea, daré las instrucciones pertinentes a mis hombres. Solo espero que tu padre y su amigo tengan algunas cualidades aprovechables para mi causa. Te puedes retirar.

–No alberguéis dudas, serán hombres de valía.

Muhyí se gira y se dirige hacia la salida. Antes de abandonar se vuelve hacia Aruj, mientras piensa que debe agradecerle a ese ser

despiadado y ambicioso la posibilidad de haber encontrado a su padre. El joven cruza el páramo acompañado de Salman, mientras en su mente se aceleran los pensamientos. Acaba de conseguir la libertad para el viejo Ismail, que podrá acabar sus días junto a su esposa. Por otra parte compromete una parte incierta de la vida de Gadea, de su padre, de Diego y de la suya misma, entregados a una causa que les es ajena. Tiene la seguridad de haber hecho lo que debía, y espera de los demás un respaldo a su decisión. ¿Qué otra cosa puede hacer? La alternativa es aciaga, y tendrán oportunidad de comprobarlo.

En los días siguientes se precipitan los acontecimientos. Aruj y sus hombres levantan el campamento de la isla de Alborán. Clasifican a los presos y los reparten en barcos con diferentes destinos. No hay ninguna personalidad relevante entre ellos, por lo que nadie pagará un generoso rescate. Los mercados de esclavos en puntos lejanos de las costas de Grecia serán el destino de la mayoría. Algunos jóvenes son reclutados en condiciones semejantes a las de Muhyí, para engrosar la hueste de Aruj, aunque con menos indulgencia.

El anciano Ismail Abu sube a una *fusta* ligera en la que cargan las mercancías más valiosas. Su destino es el puerto de Melilla, donde un comerciante sin escrúpulos pagará un precio muy por debajo de su valor por estos preciados géneros, sabiendo que son fruto del pillaje. En ese puerto se quedará en libertad el viejo marino, para llegar a su casa por sus propios medios.

Muhyí y los suyos embarcan en la enorme galera de Aruj. Junto a su padre, contempla desde la borda como se empequeñece la isla de su reencuentro que, semejante a un inmenso barco inmóvil en mitad de las aguas, se va difuminando hasta hacerse casi imperceptible, engullida por el mar.

–Nunca olvidaré la isla de Alborán. –Dice Hisham mirando la cara de su hijo.

–Yo tampoco, padre. En ella te encontré y ahí hemos dejado cosas importantes… que el Creador nos conceda poder regresar algún día, y que lo hagamos camino de Al–Ándalus con la libertad conseguida. –Contesta Muhyí, bajando el rostro pensativo.

–Has hecho lo que debías hijo, no debes arrepentirte nunca, pase lo que pase y ocurra lo que ocurra. Cumpliremos esta etapa y finalmente llegaremos a *Hisn Xenex*, la vida me ha enseñado a ser paciente. –Le consuela su padre tendiéndole el brazo sobre los hombros.

Ocho años después…

– 18 –
DJERBA, PRESIDIO DORADO

Isla de Djerba, 29 días del mes de Sha´ban, año 921 de la Hégira.
(Octubre del año 1.515 del calendario Cristiano)
(Mes de Thishrei del año 5.276, calendario Hebreo)

Djerba es un inmenso trozo de roca desprendido de las costas de Túnez. Escasas millas de aguas fangosas y poco profundas separan esta gran isla del continente africano. Es un páramo extenso, casi huérfano de vegetación y adornado con el dorado bisel de sus extensas playas de arena gualda y fina como polvo de oro. Al norte, la fortaleza de Borj El Kebir brota en la monótona planicie, elevando sus austeras murallas al cielo. Al cobijo del fortín, se mantienen en pie varias decenas de humildes casas de adobe, entre centenares derruidas, es Houmt Souk, principal núcleo habitado en la isla, ciudad que en tiempos pretéritos conoció el apogeo comercial de una concurrida ciudad costera. Frente a esta población, una ensenada con costas rocosas de poca altura, hace las veces de puerto y, a su abrigo, bambolean una docena de navíos de distintos tamaños.

La lluvia es la gran ausente en la isla de Djerba. No hay cauces de agua y los pozos excavados en la dura roca obtienen agua casi salada, debido a la poca altitud del terreno. La exigua vegetación existente, malvive en las zonas rocosas entre grietas, nutrida casi en exclusiva por la humedad de las brisas marinas. En épocas otoñales y de invierno, son frecuentes los vientos recios y persistentes que mudan las finas arenas de las playas hasta las costas opuestas, sepultando todo a su paso bajo un manto dorado, engullendo incluso las viviendas poco protegidas.

Durante siglos, los desafiantes moradores de esta isla inhóspita, han tallado galerías subterráneas en la dura roca, donde se refugiaban durante días, para eludir las tormentas de arena.

La pericia como estratega de Aruj Barbarroja, le ha llevado a ser nombrado gobernador de esta isla por el sultán de Túnez, con plenos poderes e independencia del sultanato; un pequeño reino

para él sobre tierra firme. Pero no es esto lo ambicionado por el jefe corsario, aunque sí un paso importante hasta conseguir su objetivo. Aruj gobierna con mano firme su territorio, y ha fijado su residencia en el castillo de la villa de Houmt Souk.

Desde que Djerba se ha convertido en cuartel general de los hermanos Barbarroja, nadie mora ya aquí si no trabaja a las órdenes de los corsarios. Los cultivos de olivos y vides, que en otro tiempo medraban con dificultad en las zonas interiores más abrigadas, hoy son fantasmas leñosos, mudos testimonios de la decadencia del lugar.

La isla Djerba es conocida, temida y evitada por los marinos mediterráneos. Es considerada un alcor inexpugnable, que ha catapultado la fama de sus feroces e invencibles moradores, a una dimensión mítica. Una batalla ha contribuido de manera notoria a ello, cuando sobre las yermas tierras de Djerba, Aruj y los suyos han sido capaces de repeler exitosos el ataque de los cristianos. Pedro Navarro, uno de los grandes capitanes castellanos que, con sus numerosas conquistas en el norte de Berbería, ha vanagloriado la inquina islámica del monarca cristiano, vio frustrada su empresa en las áridas planicies de Djerba. El bravo militar cristiano, arropado por miles de soldados, bien pertrechados y eufóricos tras conquistar la ciudad de Bujía y someter a Trípoli y *Al–Yazair* al yugo castellano, se aventuró sobre la isla corsaria. Pero portaban demasiado hierro a sus espaldas para la arenosa costa. La falta de agua y la fragosidad del terreno hastiaron y desconcertaron a las huestes de Pedro Navarro. Millares de cristianos fueron alanceados y varias centenas apresados por los bragados hombres de Aruj. Con esta victoria sobre los cristianos los Barbarroja acabaron de despertar la inquietud en los monarcas de un lado y otro del mar, conscientes ya de la verdadera capacidad de estos corsarios. Es por ello, que Aruj Barbarroja no descuida su red de favores a algunos personajes influyentes: cultiva gran amistad con Selim, el poderoso sultán turco, y con nobles argelinos, venecianos, griegos, cretenses, chipriotas y egipcios.

Si Aruj es el rey de los corsarios, su hermano menor, Jaireddín, es sin duda el príncipe. Es un hombre valiente, calculador e inteligente, igual que su hermano mayor, aunque envidioso, cruel, avariento y lujurioso en desmesura.

Aruj camina por el adarve, mientras dirige su mirada al horizonte azul que se abre ante él. Se mueve con dificultad,

moviendo el cuerpo con esforzado balanceo. No puede apartar de su mente el amargo trance que le ha supuesto la pérdida de su brazo. –*La de Bujía contra los cristianos ha sido una derrota necesaria, nos ha bajado de esa nube triunfal en la que andábamos sumidos.* –Piensa el jefe corsario, que se contenta con haber perdido solo el brazo en esa refriega, en la que pudo ver muy de cerca la muerte, cuando quedó solo y desarmado ante aquel cristiano que lo encañonaba con un *arcabuz*. Pero este incidente no ha menguado en absoluto sus ansias de consolidar bajo su poder un gran reino en las tierras de *Berbería*. Para ello, además de mucho dinero y apoyos de algunos hombres poderosos de la zona, necesita reunir un ejército numeroso, instruido y disciplinado. Y en ello está, sabiendo que el próximo zarpazo de los cristianos podría ser más contundente.

Aruj lleva meses sin navegar, y esto lo tiene agitado y malhumorado. Mientras su hermano Jaireddín es el que capitanea las cabalgadas marinas, la fortaleza de Borj El Kebir es ahora el barco del jefe corsario, una nave anclada a tierra firme, cuyas enormes piedras con siglos de antigüedad, sufren el desgaste de las lamidas incansables de las olas. Borj El Kebir es sobria e inexpugnable, grande y cuadrada, de altos muros rectos y ciegos, cuya monotonía la rompen algunos torreones semicirculares adosados. Esta austeridad exterior contrasta con la fineza y la exquisitez del interior. En torno a un enorme patio, sombreado por altas palmeras, alfombrado por primorosos jardines y animado por un chispeante surtidor de agua en el centro, se abren numerosas dependencias que conforman una pequeña ciudadela. En la planta baja están las cocinas, los alojamientos de los sirvientes, las cuadras y diversos almacenes repletos de incontables riquezas, compuestas por telas, herramientas, cereales, aceite, armas, vasijas y géneros de lo más variado; obtenido todo en saqueos sobre mar y tierra. En la planta superior, ocupando toda el ala norte, la más cercana al mar, está el palacete de los hermanos Barbarroja; el resto lo ocupan las moradas de los hombres de rango de su cuantiosa hueste.

Bajo el suelo rocoso de la fortaleza, existe otra dimensión, un mundo oscuro y sórdido, una red de catacumbas donde penan millares de presos, cuyos lamentos se ahogan en la porosa roca. Malviven engrilletados, soportando privaciones y humedad, y los que consiguen sobrevivir son embarcados cada cierto tiempo para ser expuestos en los mercados continentales ante hombres acaudalados y sin escrúpulos en busca de mano de obra esclava.

Han pasado ocho años, ocho interminables años desde que

Muhyí y los suyos cayeron en manos de los corsarios.

Mientras los hombres salen a la mar para hacer largas correrías, que a veces duran varias lunas, Gadea permanece recluida en una jaula de oro. La joven es una de las encargadas de las cocinas del castillo de Borj El Kebir. Lleva una vida tranquila, aunque agobiante por la incertidumbre. Vive en una de las estancias del piso superior. Solo en contadas ocasiones puede compartir su tiempo con Muhyí, cuando el joven regresa de las incursiones marítimas, y esos días se han convertido para ella en una recompensa cuya llegada ansía con la amargura de saber que un día su amado puede no volver.

Muhyí y Gadea fueron padres de una niña al año de llegar a la isla de Djerba. Aruj brindó un generoso banquete para bendecir el nacimiento y se ofreció a apadrinar a la pequeña, algo que no pudieron rechazar los progenitores. El jefe corsario propuso llamarla *Ishtar*. *–Es el nombre de la diosa babilónica del amor y de la guerra, e hija de la luna.* –Les explicó Aruj con solemidad. Los padres aceptaron el nombre propuesto por el padrino, aunque hablaron entre ellos y decidieron que llamarían a su hija Esther, un nombre parecido pero que gustaba más a Gadea. Aruj no apreciaría la diferencia.

La pequeña Esther tiene ahora casi siete años, es una niña inquieta y curiosa, con el pelo de bronce mechado de cascadas rubias, la piel clara, los ojos almendrados y grandes, y un semblante alegre, noble y decidido. Todos tienen ahora un aliciente más por el que luchar, por el que mantener la entereza hasta conseguir algún día salir de esta forma de vida prisionera.

Hisham hace varias lunas que ha dejado de navegar, su estado físico se ha deteriorado y Aruj ha preferido dejarlo en la isla ocupado en labores de intendencia. Con más de cincuenta y cinco años, y una vida plena de sufrimientos y privaciones, Hisham es ya un anciano. Atesora la valía de una vasta experiencia y el aplomo que da el haber estado tantas veces al borde del abismo. La pequeña Esther se ha convertido en un apéndice de su abuelo, y pasa el día entero con él: en los almacenes, acompañándole en las faenas de arqueo y recuento de los géneros o dando paseos junto al mar. Cada tarde, cuando las obligaciones se lo permiten, abuelo y nieta salen de los muros protectores de la fortaleza y pasan horas pescando junto a la orilla, tiempo que Hisham aprovecha para contarle a la pequeña entretenidas historias, unas fabuladas y otras muchas reales.

La vida de Muhyí se ha convertido en una monotonía de latrocinios y abusos sobre gentes inocentes, cuyo único pecado ha

sido cruzarse en el camino de los hombres de Barbarroja. Él y Diego están casi siempre embarcados, han hecho largas expediciones que les han llevado a los confines del Mediterráneo.

Muhyí está ahora al mando de una *galeota* generosamente artillada a la que ha llamado Aisha, en memoria de su madre. Es una de las aprehensiones hechas en una magistral incursión a las costas de Mallorca el verano anterior. Aruj ha querido premiar la entrega y eficacia del joven encargándole el gobierno de esta poderosa nave, que cuenta con una treintena de marineros por guarnición y forma parte de la flota corsaria más temida. Diego, que es el segundo oficial en la *galeota* Aisha, suele decir con jactancia que *"viajan a hombros de un gigante"*. Y, en efecto, cualquier enemigo que aparece en su camino es insignificante ante el poderío de esta temible escuadra.

Atrás han quedado los primeros años al servicio de los Barbarroja en los que se embarcaban en una enorme y sosegada carraca dedicada en exclusiva a portear moriscos desde las costas cristianas al norte de *Berbería*. Han sido años tranquilos, lejos del pillaje y la violencia. Pero ahora las cosas han cambiado y, desde un tiempo atrás, su misión ya no es el transporte de personas. Hace tiempo que Muhyí se ha visto obligado a renunciar a los escrúpulos, y ejerce su rol con firmeza en pos de conseguir su objetivo. No le tiembla el pulso ni titubea a la hora de ordenar el abordaje de un mercante o arrasar una aldea costera, para expoliar las existencias y capturar prisioneros.

Amanece en aguas abiertas del Mediterráneo Occidental, en el cielo se apagan las estrellas y un velo purpúreo lo cubre todo para dar la bienvenida al astro rey. Un sol colosal emerge al este sobre la línea del horizonte, dorando las brumas que flotan sobre las aguas tranquilas y presagiando un día estival. La ausencia de viento durante días ha mortificado a los remeros, que agotan sus vidas asidos a las palas de madera.

Muhyí y Diego están muy nerviosos, es la primera vez que van a navegar fuera de este mar que tan bien conocen ya. Partieron hace varias semanas desde la isla de Djerba hacía el Oeste. Ahora navegan próximos a las costas de *Berbería* y, en pocas horas, cruzarán el estrecho de Tarifa, más allá del cual se abre el inmenso y desconocido océano.

–El océano Atlántico tiene unas aguas agitadas y traicioneras, en él se desatan tempestades inimaginables en el apacible Mediterráneo, las olas pueden engullir barcos por grandes que sean.

–Dice Muhyí con gesto serio asomado al castillete de proa de su nave, junto a Diego.

–¿Te lo ha dicho el viejo Salman verdad? –Pregunta Diego.

–Sí, es portugués, dice que pasó su juventud mercadeando en las costas atlánticas y conoce bien cómo se las gasta el gran océano. Él es quien ha trazado las cartas de navegación hasta esa remota isla en mitad de la nada. –Asiente Muhyí levantando la mirada.

–Aún nos debe quedar una semana de travesía hasta allí. Esta misión es demasiado arriesgada, Aruj ha preferido quedarse en Djerba. Su hermano Jaireddín ha aceptado de mala gana comandar esta salida. Bien sabe que ésta puede ser nuestra tumba.

El pequeño de los Barbarroja, ha desarrollado su vida a la sombra del todopoderoso Aruj, y es consciente de que si obtiene un buen resultado en esta arriesgada encomienda, puede hacerse con el poder, destronando a su hermano. Además, el botín que pueda obtener le garantizará un asalto con certeza de victoria sobre el reino de *Al-Yazair*.

El jefe corsario descansa su cuerpo orondo en una banqueta de madera, en la proa de su galera. Mientras mesa su barba abundante, cobriza y rizada, cierra los ojos rasgados y levanta su rostro de nariz aguileña al cielo, imaginándose ya coronado como sultán de las vastas tierras de Argel, pero la figura todopoderosa de su hermano acude a su mente para oscurecer su sueño.

Los Barbarroja y sus hombres de confianza han ideado el mayor de los asaltos que pudieran imaginar. Teniendo noticias de la llegada de barcos a las costas españolas repletos de riquezas que provienen de un nuevo mundo al otro lado del océano, ignoto hasta hace años, han urdido un plan para apoderarse de una o varias de estas naves. La idea, planeada en parte por el viejo Salman, es apostarse en unas islas portuguesas, remotas y aisladas, llamadas *Porto Santo*, y esperar agazapados, sin prisa, la llegada de una presa procedente de las nuevas tierras españolas en ultramar. Según las informaciones que tienen, algunos de estos inmensos navíos vienen repletos de oro y plata para abastecer las ansias expansionistas de la corona castellana. Salman afirma que ha escuchado decir que en las nuevas tierras el oro yace bajo tierra en cantidades infinitas.

Tras una luna entera navegando, Jaireddín ha llevado sus naves a las inmediaciones del archipiélago de *Porto Santo*, un lugar demasiado alejado de sus conocidas y dominadas aguas mediterráneas. Con las reservas de comida casi agotadas y el agua

racionada dese hace una semana, las seis naves de la flota corsaria avistan las islas de su destino. Tratando de evitar la isla más grande, se aproximan a unos islotes al sur, deshabitados. En una ensenada, circundada de acantilados, lanzan anclas. Jaireddín sube a una *fusta* pequeña y se dirige con Salman y varios de sus hombres a la villa principal, en la isla mayor. Es una pequeña ciudad llamada Funchal, compuesta por varios centenares de casas y chozas que, escondidas entre una vegetación exuberante que prolifera por doquier, se esparcen por suaves colinas y valles que convergen al bullicioso puerto: una explanada plagada de desperdicios malolientes, gentes ruidosas y cestos de pescado fresco; todo bajo una nube infame de moscas acosadoras.

Los corsarios desembarcan y tratan de dar la apariencia de mercaderes, aunque este es un lugar en el que nadie pregunta por la procedencia de los llegados. En poco rato vacían las tiendas del puerto comprando víveres y agua. A Jaireddín y sus hombres les resulta sumamente extraño e incómodo pagar un precio por las cosas, pues su costumbre es saquear y tomar lo que quieren.

Cargada la nave de provisiones, antes de partir, el jefe corsario se hace acompañar por Salman, Muhyí y Diego hasta una de las tabernas. Hastiado de carencias y escasez, Jaireddín pide bebida y comida con generosidad. Hartos de comer y ebrios, los cuatro hombres descansan sus espaldas sobre los duros respaldos de la tasca, mientras crujen risas y eructan sin escrúpulos.

El anciano Salman es el único que entiende la lengua de los lugareños y, siguiendo instrucciones de Jaireddín, pide al mesonero que les proporcione la compañía de mujeres, mientras deja caer con ruidosa prepotencia una bolsa de monedas sobre la mesa. El mesonero afila la mirada y esboza una sonrisa perversa, mientras desaparece gritando el nombre de alguien.

Al cabo de un rato, Salman y Diego ya dormitan sobre la mesa, mientras Muhyí y su jefe apuran una jarra de vino afrutado. Se les acerca el mesonero frotándose las manos escoltado por las mujeres que ha reclutado para el lujurioso encuentro. Muhyí levanta la vista y examina a las féminas, sin poder evitar escupir de forma sonora el sorbo de vino que tiene en la boca. Tres mujeres sucias, harapientas y entradas en años, con las blusas abiertas dejando a la vista las carnes agrietadas y flácidas de sus senos, contonean sus generosas caderas, mientras sonríen exhibiendo escasos dientes ambarinos, tratando de imprimir lascivia a su gesto. Una de ellas, la de mayor envergadura, cuyas espaldas igualan en anchuras a las de un fornido luchador, dirige la vista al joven, se adelanta con pícara

sonrisa, toma del brazo a Muhyí y lo arrastra tras ella. Jaireddín se incorpora, se acerca a las otras dos féminas y las manosea obsesivamente, hocicando en sus escotes. Tras comprobar que Diego y Salman ni siquiera se han despertado, desaparece con las dos tras la cortina de la trastienda.

Muhyí entra a rastras tras la corpulenta meretriz hasta una covacha en la que titila un pequeño candil. Mientras la hembra se desprende de las escasas ropas, sin dejar de mirar a su efebo, Muhyí recula y pega la espalda a la fría pared de roca. Está asustado, como un niño que espera ser castigado tras una travesura. La imponente mujer, ya desnuda, le dirige una mirada maternal, lo toma del brazo y lo lanza al jergón. Muhyí grita y bracea, tratando de detener el envite, pero la hembra, que desoye sus plegarias y no hace por entenderlo, lo sepulta bajo sus carnes sudorosas de hedor acre.

Durante semanas los corsarios aguardan la llegada de su presa en la isla deshabitada. Muhyí, aunque se ha recuperado en pocos días de las magulladuras sufridas en su libidinoso e infortunado encuentro, sabe que su mente nunca va a olvidar esa temible velada. No ha querido volver a Funchal, a pesar de la insistencia de Jaireddín y Diego, que han vuelto a la taberna del puerto en varias ocasiones. Casi a diario, los hombres bajan a tierra y agotan los días paseando por las escasas y rocosas playas y escalando las escarpadas y fragosas montañas en busca de algún animal al que dar caza.

Finalmente, un día a media tarde, llega el aviso. La *fusta* más rápida de la flota, que ha permanecido avanzada varias millas al oeste, se acerca a la ensenada y anuncia el avistaje de un pesado galeón que se aproxima con lentitud. Antes del anochecer surcará las aguas al sur de las islas.

Jaireddín apremia a sus hombres, izan las velas, levan las anclas y enarbolan banderas de la corona castellana en los mástiles principales y en los castilletes. La intención es hacerse pasar por naves que acuden a proteger, durante el resto de la travesía, el preciado cargamento del galeón.

El Trinitario es uno de los mayores galeones españoles dedicado al transporte con las tierras del nuevo mundo. En los fletes de ida lleva hombres y armas, para poblar y colonizar los territorios de ultramar, y de vuelta regresa repleto de cueros, cacao, maderas, plata y oro. Tras numerosos asaltos por piratas normandos y bretones, los barcos mercantes cuentan con artillería propia y una pequeña guarnición militar a bordo. Además, los gobernantes

castellanos conjuntamente con la corona portuguesa, han ordenado una flota de guerra que patrulla entre las costas lusitanas y las islas Azores, lugares por los que tradicionalmente llegan los piratas norteños. Nunca han imaginado que los corsarios berberiscos pudieran salir de su guarida en el Mediterráneo.

–Señor una flota se aproxima por la proa, son cinco o seis naves y llevan nuestra bandera. –Dice un marino dirigiéndose a su jefe.

Justo de Ahumada es el capitán del Trinitario, un hombre de avanzada edad, con una exitosa carrera militar a sus espaldas.

–Haced varias salvas de cañón para darles la bienvenida. –Ordena el capitán sin levantarse de su poltrona. –Tenemos garantizada la llegada al puerto de Sevilla con plena seguridad. –Concluye con relajación.

En el ocaso del día, con el cielo cárdeno y el mar agrisado, las naves de Jaireddín se aproximan al frente y al costado del Trinitario. El enorme galeón, sin tiempo de reacción, detiene su avance y los corsarios se abalanzan sobre él como alimañas hambrientas sobre una presa herida. En instantes los marineros y soldados del Trinitario son degollados y arrojados al mar sin piedad.

Muhyí acompaña a Jaireddín a inspeccionar las bodegas de su trofeo: una buena parte del cargamento es oro y plata, el resto son fardos con unas semillas desconocidas de color marrón y sabor amargo.

–Casi todos estos sacos de simientes los arrojaremos por la borda para aligerar la carga. Con este oro y plata reclutaré un poderoso ejército que será imparable en la conquista de mi reino. –Dice Jaireddín henchido de satisfacción, alargando su brazo sobre el hombro de Muhyí.

Después de varias lunas desde su partida, la triunfante flota corsaria festeja con alegría el avistamiento de la poderosa silueta de Borj El Kebir. El inmenso galeón apresado a los cristianos, debido a su profundo calado, no puede aproximarse al puerto de Houmt Souk, por lo que queda anclado a unas millas de la orilla.

Aruj recibe pletórico a su hermano y a sus hombres, y ordena preparar un gran banquete para agasajar tan venturoso regreso.

Muhyí acude presto a abrazar a Esther, a la que encuentra bellísima e irreconocible, de lo que ha crecido. Gadea y Hisham lo reciben con entusiasmo.

Durante días la felicidad y la opulencia corren con desmesura entre los muros de Borj El Kebir. Aruj ha dado órdenes para que el

dispendio y el agasajo solacen a los héroes que han conseguido el botín más valioso que jamás hubieran soñado.

Jaireddín, provisto de oro y plata en abundancia, se embarca hacía la ciudad de *El Khandak,* en Creta, y después visitará Lárnaca, en Chipre. Su cometido es reclutar un potentísimo ejército de *genízaros*, imparable para sus pretensiones, y con el oro que lleva no va a encontrar dificultad para conseguirlo. Al propio tiempo, Aruj envía a Salman y algunos hombres más hasta Tremecén y sus aldeas, para reclutar levas de hombres descontentos con el humillante vasallaje que su sultán rinde a los españoles.

Con la llegada de la primavera, arriban al puerto de Houmt Souk decenas de naves repletas de hombres de los confines del Mediterráneo. A ellos se unen más de un millar de pastores y campesinos de las comarcas interiores de Tremecén y de los *alfoces* de la ciudad.

Los recién llegados se ubican en un valle a pocas millas de la fortaleza de Borj El Kebir. Se levantan tiendas de campaña y se improvisa un extenso campamento. En pocos meses todos estos hombres serán armados y adiestrados para el combate.

Aruj y su hermano acuden a diario a contemplar con satisfacción los progresos de su nuevo y numeroso ejército. Sopesan el momento propicio para dar el golpe de mano sobre su ansiado reino.

Muhyí y Diego, un anochecer inusualmente ventoso y frío, vuelven a la fortaleza. Regresan tras una jornada más en el campamento, impartiendo instrucción a la escuadra que tienen asignada, compuesta por un centenar de cretenses.

–Estos hombres necesitan pocas lecciones para la batalla, tienen una experiencia en la lucha que supera la nuestra, que ejercemos como sus maestros. –Dice Diego sonriendo, a lomos de un caballo junto a su amigo.

–Sí, poco podremos enseñarle, pero Aruj quiere que se mantengan disciplinados y ocupados a diario. Son muchos y una vez que le entreguemos las armas pueden suponer un peligro incluso para nosotros mismos. –Responde Muhyí con gesto serio refrenando su montura al llegar al portón del castillo.

Un sirviente acude de inmediato y toma las riendas de los animales, mientras los dos hombres desaparecen bajo el dintel arqueado.

Sentado frente a una fogata, Muhyí balancea un humeante cuenco de *harira*. Tiene la mirada perdida en las inquietas llamas, la boca apretada y el entrecejo plisado. La pequeña Esther duerme plácidamente en un rincón bajo una piel de oveja, ajena a las preocupaciones de los mayores. Gadea, sentada frente a Muhyí, no para de observarlo.

–¿Qué te ocurre? ¿Por qué no te terminas la sopa? –Pregunta la mujer con suavidad.

–No sé, supongo que son cosas mías. –Responde el joven con una sonrisa forzada, tras apurar de un sorbo la sopa para despreocupar a Gadea.

–Si te apetece me lo puedes contar. –Dice ella tomándole las manos mientras le mira a los ojos.

–Deben ser imaginaciones mías, pero creo haber visto algo…, algo que me preocupa mucho. ¡Nunca creí que volvería a ver a ese bastardo en mi vida y ahora me lo encuentro aquí! ¡Maldita sea! –Exclama el joven poniéndose tenso y airado.

–Te refieres a Omar. ¿Verdad?

–Sí, me refiero a él, creo haberlo visto entre los hombres que han llegado de Tremecén. Estoy seguro, era él.

–Pero no sabe que estamos aquí.

–No, no lo sabe, pero lo sabrá, tarde o temprano coincidiremos, y no quiero imaginar lo que ocurrirá. –Lamenta Muhyí apretando los dientes y llevando una mano al mango de su puñal de forma inconsciente.

–Pero Omar estará bajo tus órdenes, puedes disponer de él como te plazca. Mándalo encerrar o desterrar de la isla.

–No es tan fácil Gadea, Aruj y su hermano han pagado mucho dinero por traer esos hombres, y los necesitan a todos. Además, Omar es uno de los más jóvenes y fuertes, seguro que ya se ha hecho destacar con su poderío como luchador.

–Esperemos que esto concluya pronto y podamos abandonar este presidio dorado.

–Que así sea. –Asiente Muhyí ablandando el gesto. –Si tomamos *Al-Yazair* tendremos la libertad en nuestras manos. Una libertad ganada con sudor propio y mucha sangre ajena.

– 19 –
AL-YAZAIR, EL ANSIADO TRONO

Djerba, 11 días del mes de Rayab, año 922 de la Hégira.
(Agosto del año 1.516 del calendario Cristiano)
(Mes de Elul del año 5.276, calendario Hebreo)

Las tropas reclutadas a un lado y otro del mar están ya armadas y listas para entrar en combate. El salto hacia el gran *Al-Yazair* será en cuestión de días pero, una vez más, las distintas formas de ver las cosas entre los hermanos Barbarroja, sigue dilatando la decisión.

Aruj prefiere acometer una toma pacífica, desde dentro. Hace meses que Fernando, el rey cristiano, ha muerto y sabe que los nobles argelinos están ansiosos por aprovechar esta coyuntura para sacudirse el ultrajante vasallaje español. Cuenta con influyentes contactos en la capital del reino de *Al-Yazair*, que no dudarán en franquearle la entrada para derrocar a Selim Eutemi. Para Aruj, ésta es la mejor opción.

Jaireddín, por el contrario, no se fía de quienes están dispuestos a traicionar a su propio sultán. Es partidario de entrar a hierro y fuego, someter a las menguadas fuerzas, y así no cargar con el peaje de la incompetente nobleza argelina, o correr el riesgo de ser usados para consumar la expulsión del corrupto sultán. Cree que su hermano se ha convertido en un cobardón, ha perdido valentía desde que estuvo a punto de morir y perdió el brazo.

Entre ambos jefes corsarios, prendida la disensión, ha medrado la desconfianza. La posibilidad de reinar sobre un gran territorio los tiene inquietos y desconfiados.

Aruj se ve mermado. Está cojo, manco, obeso y enfermo, pero sabe que él ha fraguado esta gran empresa y a él le pertenece el honor de reinar en los nuevos territorios que conquisten. Por ello no pierde de vista a su hermano menor, al que conoce bien; sabe de su crueldad y avaricia desmesuradas.

Jaireddín, por otro lado, está harto de ser el segundo. En los últimos meses él ha llevado las riendas y él ha sido el artífice del formidable botín conseguido en aguas atlánticas. Siendo su hermano un hombre incompleto, se considera a sí mismo el

adecuado para ocupar el nuevo trono. Sin embargo sabe que los hombres son absolutamente fieles a Aruj, inquebrantables, pues han recibido de él el trato de un padre. Pero Jaireddín considera la actual situación; ahora hay miles de hombres nuevos en su ejército, hombres que no profesan lealtad concreta hacia ninguno de los dos. Son jóvenes, fuertes y moldeables, no como los viejos marinos leales a su hermano: gastados por el mar y los excesos. Por ello, ha decidido rodearse de una cohorte de elegidos que cubran su espalda ante una posible disputa con su hermano.

Llueve. Llueve sobre la árida Djerba. Llueve como nunca nadie ha visto llover aquí. Está mediado el día y parece que no hubiera amanecido aún. El cielo oscuro, casi negro, se rasga con dramáticos rayos, seguidos por aterradores truenos que prolongan su bramido hasta unirse con el siguiente.

Las escorrentías arrastran lodo, piedras y cuanto encuentran a su paso, dejando la roca desnuda, amenazando con diluir la isla en las aguas del mar.

El patio de la fortaleza de Borj El Kebir es una inmensa balsa, cuyo nivel no para de subir. Los almacenes y las dependencias de la planta baja están anegados, y cientos de hombres se afanan en salvar las mercancías, subiéndolas a los pisos superiores.

En la ciudad, las callejuelas son ríos sobre los que navegan alborotados enseres y animales. Las mazmorras de los prisioneros, grutas excavadas bajo el suelo, han comenzado a llenarse de aguas lodosas. Los guardianes huyen de sus puestos despavoridos, mientras los prisioneros, encadenados, ahogan sus gritos bajo torrentes cenagosos.

A unas millas de Houmt Souk, el campamento de los reclutados es ya un lodazal. Sus moradores tratan de sobrevivir encaramados a arbustos o subidos a altozanos.

A primeras horas de la tarde cesa la tormenta, las espesas nubes se diluyen y ráfagas de una brisa cálida y húmeda recorren el territorio devastado.

Aruj envía a Hisham y Diego a evaluar los daños en las provisiones, y ordena a Muhyí que se interese por los esclavos.

Jaireddín, acompañado por una docena de hombres, cabalga al campamento de las afueras de la ciudad. Allí no ha quedado nada, todo es desolación y barro. Millares de hombres, encaramados en un alcor rocoso, tiritan con las ropas todavía empapadas. Ante la llegada del jefe corsario las voces de queja crecen entre la multitud, acompañadas de enérgicos gestos y manoteos.

Jaireddín tira de las riendas de su montura y, con prudencia, se detiene guardando la distancia.

–Si estas bestias se amotinan y se ponen violentos, es mejor huir. –Le dice en voz baja a Nethaniel, uno de sus acompañantes.

Entre los reclutados, destaca la figura de un hombre joven, alto y fornido, con melena castaña y rasgos duros, que sube a una roca para hacerse visible, extendiendo los brazos y pidiendo silencio a sus compañeros.

–¡Tened calma amigos! ¡Callad y tranquilizaros! –Grita el joven en repetidas ocasiones.

En instantes se propagan los siseos pidiendo silencio y todos giran la vista hacia el joven erigido en portavoz.

–Lo que ha ocurrido ha sido una señal del cielo, una prueba para testimoniar nuestra valentía y determinación. Hemos perdido las tiendas y algunas armas, ¿y qué? Todos estamos vivos. Nuestro señor nos proveerá de nuevo de lo necesario. Ahora tened paciencia y escuchemos lo que nos tiene que decir.

Jaireddín mira sin pestañear la capacidad de liderazgo del improvisado adalid, que ha logrado calmar los ánimos encendidos de la multitud, al tiempo que acaba de arrancarle un compromiso ineludible de reabastecerlos de inmediato.

El jefe corsario levanta el brazo y ordena al joven que se acerque. Se dirige a uno de sus hombres y, en voz alta para hacerse oír por la multitud, ordena con energía:

–¡Nethaniel, envía a dos hombres de inmediato a la ciudad! ¡Que preparen techo para estos hombres, se alojarán en casas mientras haya espacio, corrales y almacenes! ¡Nadie dormirá esta noche al raso! ¡Llegarán antes del anochecer!

–Señor, soy Omar, Omar de Bab al Khemis. –Dice el robusto joven cuando está ante el jefe corsario.

Jaireddín desmonta y saluda con afabilidad al muchacho.

–Omar, necesito que me ayudes. Te ocuparás de organizar todo esto. Recoged lo que haya quedado de utilidad, os espero en la ciudad. Esta noche dormiréis todos bajo un techo y cenaréis una sopa caliente. –Concluye comprobando el brillo de satisfacción en los ojos del joven.

–Así se hará señor.

Omar se vuelve junto a la multitud de hombres cuchicheantes mientras Jaireddín monta y espolea su caballo en dirección a la ciudad. Antes de perder de vista lo que queda del campamento, se gira y escucha los gritos de los reclutados que vitorean al joven.

–Nethaniel, cuando esa gente llegue a Houmt Souk, buscas a

Omar y lo conduces a mis aposentos. Esta noche quiero compartir mi cena con él.

Muhyí apura las horas de este agotador día con la compañía de su familia. Sentados sobre una gastada alfombra, en torno a una mesa baja, conversan y contemplan el cielo moteado de estrellas, limpio tras la tormenta.

Gadea respira hondo y contempla satisfecha a la pequeña Esther que remolonea sobre el regazo de su padre, dejándose acariciar. Llevan más de nueve años en Djerba y, a pesar de todo, ha sido un tiempo de relativa tranquilidad. Para ella han sido los años más felices de su vida.

–Abuelo, cuéntame la historia del tesoro de *Hisn Xenex.* –Dice la niña levantándose, dirigiéndose hacia Hisham y sentándose junto a él.

–Es una historia muy larga, mejor otro día, ya es muy tarde. –Se escusa Hisham.

Esther se abraza al cuello de su abuelo y lo persuade con dulzura.

–Al menos empieza a contármela, mañana la terminas.

–Está bien, será bueno que os la cuente con detalles, así sabréis la ubicación exacta de ese cofre. Yo soy ya un anciano y no sé si alguna vez conseguiré volver a mi amado *Hisn Xenex*.

Todos se acercan a Hisham y escuchan con atención.

Jaireddín recibe a Omar en sus aposentos. Entre ellos hay una mesa llena de aromáticas viandas. Escudillas de sopa de cebolla, tortas de mijo, una fuente de cordero asado trufado con dátiles, pastelitos de almendras y miel, té y licores variados.

Tras cenar, conversan de forma distendida. El jefe corsario comprueba que Omar es su hombre ambicioso, decidido y sin escrúpulos. Le encarga que escoja un grupo con los mejores hombres de entre los reclutados. Una selección minuciosa que ha de formar su guardia personal. Tras largo rato de charla entre copas de licor, Jaireddín avisa a uno de sus criados que dormita en la estancia contigua, y le dice unas palabras al oído.

Al rato aparece el sirviente con dos mujeres jóvenes, asustadas y con ropas andrajosas que no ocultan su hermosura.

–Omar solázate en mis aposentos y regala tus instintos. En pocos días tenemos una misión importante que cumplir. –Dice con prepotencia Jaireddín mientras comprueba, para su sorpresa, que el joven toma a las dos mujeres de la mano y se pierde tras una

cortina; por lo que requiere de nuevo la presencia de su sirviente.

Muhyí se levanta temprano, pero su padre lo ha hecho antes que él. Sale de la fortaleza y se dispone a dar un paseo. Está amaneciendo. Sentado en el murete del puente levadizo contempla la ciudad, todavía inmersa en un lodazal brillante bajo los primeros claros de la mañana. Escucha hablar animosamente a dos hombres que salen del castillo. Es Jaireddín acompañado de un muchacho corpulento.

Muhyí se tensa y clava los ojos en Omar mientras se aproximan.

Cuando pasan junto a él, Omar lo reconoce, y hace un gesto brusco, dando un paso al lado mientras lleva la mano al cinturón para coger el puñal, pero no va armado.

–Buenos días Muhyí. –Dice con voz gruesa Jaireddín sin detenerse.

–Que así sea mi señor. –Corresponde lacónico.

Muhyí dirige una mirada acerada hacia Omar, notando como se le secan los labios y la garganta.

Tras unos pasos, sin dejar de mirar a Muhyí, Omar dice algo a Jairredín, que continúa andando, mientras él se vuelve.

Omar se sitúa frente a Muhyí, a menos de un palmo entre pecho y pecho, evidenciando la diferencia de envergadura física entre ambos.

Muhyí alza la cara y estira su cuerpo, tratando de igualar la estatura de su oponente. Puede ver la crueldad de los ojos fríos de Omar y nota el vaho de su respiración. Empuña con fuerza su daga, comprobando que Omar va desarmado. Gira los ojos y comprueba que Jaireddín continua caminando. Son instantes espesos, y los pensamientos se aceleran. Muhyí valora la opción de matar ahora mismo a Omar y alegar que ha sido para defenderse de su agresión, pues parece haber tramado buena relación con Jaireddín y éste se interesaría por él. Sabe que esta escoria ha de traerle problemas y lo mejor es acabar cuanto antes con él. Así lo hará.

–¡La generosidad de *Allah* no conoce límites! Alabado sea por ponerte una vez más en mi camino. –Dice Omar tras una socarrona sonrisa.

–No te apresures con tus agradecimientos al Altísimo. ¡Vas a lamentar haberte alistado a este ejército! ¡Yo te enviaré frente a *Allah* y a Él le darás las explicaciones que debas! –Grita Muhyí desenvainando el puñal y viendo como Omar retrocede varios pasos.

–¡No te atreverás! ¡Estoy desarmado! Si me matas tendrás que justificarlo ante Jaireddín. –Balbucea Omar con el gesto demacrado y la frente moteada de sudor, mientras sigue dando pasos hacia atrás hasta que sus pantorrillas topan con el murete de piedra.

–¡Arrodíllate para morir! ¡Puedo lanzar este puñal a cualquier punto de tu cuerpo, sin darte tiempo a mover un músculo, pero prefiero que mueras postrado!

En ese instante un grupo de soldados sale de la fortaleza siguiendo a Aruj, que camina con paso desacompasado. En el otro lado, Jaireddín se vuelve y llama a gritos a su adalid.

Omar, que ha flexionado las piernas para arrodillarse, se incorpora y Muhyí enfunda el puñal con disimulo.

–¡Has perdido tu oportunidad, la próxima será mía! Pero antes de matarte me tienes que contar muchas cosas. Nidaleh me explicó lo que sabía pero no me pudo dar señales concretas de dónde se oculta el tesoro de Al-Ándalus.

–No tendrás esa ocasión, haré lo imposible para que no vivas mucho. Además, nunca conseguirás nada de mi boca.

–Tengo que ir a *Hisn Xenex*, no solo por ese valioso cofre, también para honrar la memoria de mi padre.–Masculla Omar con los dientes apretados.

–¿Tu padre? Tarik fue un asqueroso gusano al que mi padre rebanó el cuello por su maldad. Y a ti te va a ocurrir lo mismo, pero yo tengo menos paciencia que mi padre, él tardó demasiado en hacerlo. Esta vez te ha salvado un milagro, pero no habrá más. –Contesta Muhyí mientras escupe al suelo y se gira.

Aruj llega a la altura de Muhyí, lo saluda y le pide que lo acompañe. Omar a pasos largos ha llegado ya junto a Jaireddín.

Muhyí y Aruj se dirigen hacia el puerto, en el que el bullicio de personas empieza a crecer.

El jefe corsario mantiene la mirada sobre dos enormes galeones que se mecen fondeados frente al muelle. Están repletos de trigo y cebada y proceden de la última operación de sus hombres en las costas itálicas. Estas naves van a formar parte de sus planes para conquistar *Al-Yazair* aunque, una vez más, cuenta con diferencias de criterio con su hermano. Aruj respira fuerte para contener los nervios. Si consigue llevar a efecto su plan, en pocos días descansará sus posaderas en el trono de *Al-Yazair*.

–Muhyí, de esos barcos solo debe descargarse el grano necesario para abastecer a ración durante una luna a los reclutados: dos centenares de costales. El resto ha de permanecer en las bodegas, es

un obsequio para los hambrientos argelinos. El sultán Selim nos abrirá las puertas de su palacio y nos agasajará por nuestra generosidad a su pueblo. Una vez que estemos dentro contamos con la connivencia de hombres de su corte para consumar la felonía. Quiero que te ocupes de los barcos esta misma mañana, yo debo ir a hablar con Jaireddín. –Dice Aruj enérgicamente.

Muhyí, que continúa andando junto a él, no contesta. Lleva la cabeza gacha, mirándose las puntas de los mocasines y camina encorvado.

–¿Qué demonios te ocurre muchacho? ¿No has escuchado lo que te acabo de decir? –Se interesa Aruj.

–Lo siento señor, es que estoy pensando en algo que me preocupa mucho. Pero sí que he escuchado lo que habéis dicho. Así se hará.

Aruj pone una mano en el hombro de Muhyí y le hace detenerse. Mirándole a los ojos le dice.

–Cuéntame qué es lo que te inquieta tanto, quizá pueda ayudarte.

El joven aprieta los labios, mueve la cabeza y parpadea, dudando si hacer a su jefe partícipe de sus cuitas, finalmente se decide.

–Aruj, debo ser sincero con vos. Cuando vuestros hombres apresaron nuestro barco yo huía de mi presente, de mi vida en una remota aldea de Tremecén, me desterraba de *Berbería* en busca de mi padre y de la verdad de mis antepasados. Aunque caí en vuestras manos como prisionero, en todos estos años he sido bien tratado, y mi familia y yo hemos vivido bien. Además, tuve la fortuna de encontrar a mi padre también preso por vos. Mi hija ha nacido y ha sido feliz en esta isla. –El joven traga saliva y levanta la vista al infinito. –Pero algo ha cambiado desde hace días. Mi peor enemigo está ahora aquí, entre los hombres reclutados. No tengo opciones, o me voy de aquí con mi familia, o debo matarlo antes que él me mate a mí. –Concluye Muhyí levantando la vista hacía su confesor.

Ambos continúan andando hacia el puerto, y Aruj hace algunas preguntas a Muhyí sobre la inquina de Omar.

Cuando llegan junto a las embarcaciones, ambos se detienen de nuevo. Aruj valora unos instantes todo lo que acaba de oír, aprecia mucho a Muhyí y sabe de su valor, comprende que debe encontrarse en una situación límite y, como buen estratega, decide aprovecharse de ello.

–No te preocupes muchacho, si todo va bien en breve vas a cumplir tus dos deseos. –Aruj levanta la barbilla y se mesa la barba. –Matarás a tu enemigo y te dejaré ir con tu familia... y con una buena recompensa por tu ayuda. Pero antes te pido una última y

definitiva misión. No tienes por qué inquietarte, pues va a ser lejos de aquí, y según me dices Omar no conoce a tu familia, por lo que no debes temer por ellos. Escúchame atentamente, pues si el tiempo es favorable partimos esta misma noche.

Cae la noche sobre Djerba, extendiendo un manto de plata sobre las aguas que la rodean. Una flota de cuatro naves, los dos galeones cargados de cereales, una fusta y una galera, inician la navegación con parsimonia, a golpe de remo ante la ausencia de viento. En el puerto queda un enorme ajetreo de soldados pertrechando el resto de barcos.

Muhyí, apoyado en el castillete de la galera, recibe el frescor marino de la noche estival en su cara. Los pensamientos se atropellan en su cabeza, atrás deja a su familia, y él se dirige a cumplir su último cometido para el exigente y avispado Barbarroja. Es sin duda la más arriesgada de todas sus misiones. Pero una senda de determinación se abre ante él, exenta de dudas y titubeos. Muhyí cierra los ojos y respira profundo, ya se imagina en las costas de Al-Ándalus con su familia, ajeno a tanta perversión. Ni siquiera anhela encontrar el valioso cofre que ocultó su padre, no, solo se siente obligado a cumplir el encargo de Ruy Crespo entregando los manuscritos, y quiere dedicar el resto de sus días a criar a su hija con el esfuerzo de su trabajo. No tiene buenas noticias de la situación en Al-Ándalus para los moriscos, pero a él los asuntos de religión no le preocupan en exceso, hace años que solo cree en las personas. Diego y su padre le han enseñado a hablar el idioma de los cristianos y ello le facilitará su estancia en las tierras de sus ancestros.

Después de varios días de navegación, ayudados por un suave y constante empuje del viento de levante, mediando el día, avistan las costas de la capital del reino de *Al-Yazair*.

–Mira muchacho, esa es Argel, la perla de las costas de *Berbería*, una de las ciudades más bellas que conozco. –Dice Aruj sentado junto a Muhyí sobre unas madejas de cuerdas. –Cuando la conozcas tal vez decidas quedarte en ella para siempre. Ya sabes cuánto me agradaría.

Muhyí mira de reojo y esboza una leve sonrisa. *–No me quedaría aquí aunque los edificios fueran de oro, las calles estuvieran cubiertas de plata y de las fuentes manara leche y miel.* –Dice en su interior.

Acodado en el extremo de una inmensa bahía, protegido tras

unos islotes rocosos coronados por torreones defensivos, está el puerto de Argel. Es el más grande que ha visto Muhyí. Los muros de atraque son de sólidas piedras talladas, a los que hay amarrados decenas de barcos. Tras la inmensa explanada, atestada de gentes, carretas y mercancías, se levanta una muralla de edificios que hacen de almacenes, tiendas y tabernas. Tras ellos, un mosaico de casas dispuestas sin orden, tapizan la suave ladera sobre la que se yergue majestuosa la ciudadela, con sus imponentes muros de ladrillo y adobe, en cuyo interior se cobija el palacio real, los edificios de gobierno y las viviendas de la nobleza.

Aruj y sus hombres de confianza, antes de desembarcar, se han engalanado con ropas ostentosas, para dar una apariencia de máxima dignidad. Muhyí se siente incómodo, incluso ridículo, con su vestimenta: una *almalafa* azulada con doradas cenefas bordadas, ajustada con un cinturón ancho de piel de camello con llamativa hebilla, la cabeza ceñida con un tocado rojo rematado con un casquete metálico al estilo turco y unas babuchas marrones de punta arqueada con lentejuelas plateadas, que casi le impiden caminar con normalidad.

Una comitiva de soldados, con el sultán a la cabeza, se acerca al puerto para darles la bienvenida. Selim Eutemi llega sobre una especie de *baldaquí* de madera y terciopelo rojo, izado a hombros de cuatro fortachones semidesnudos, de piel negra y brillante por el sudor del esfuerzo. El caudillo argelino es un hombre mediano y entrado en carnes, de cara oronda con frente estrecha, tiene barba canosa y rala, ojos mínimos, esquivos y hundidos, nariz ancha y boca pequeña. Lleva las manos y el cuello abrumados de joyas doradas, va vestido con una túnica blanca de *sharb* ceñida por un fajín carmesí y sobre él, un *tahalí* de cuero repujado en el que cala un bruñido *alfanje* con empuñadura de oro, calza sandalias de cuero y se toca con un turbante granate con un ostentoso rubí en el frontal.

Tras los actos protocolarios de recibimiento, el sultán agradece el obsequio a Barbarroja y a sus acompañantes y, sin dilación, ordena acometer las faenas de desestiba de los barcos. Millares de argelinos, famélicos y harapientos, se congregan en el puerto al saber de la llegada del cargamento de trigo y cebada. Es para ellos una dádiva del cielo que ha de mitigar las penalidades que les infringe el vasallaje a los cristianos, acuciadas este verano por las sequías y tormentas que han diezmado las cosechas.

A una orden del sultán, la comitiva real inicia la subida a la ciudadela, cuyas murallas parecen cubiertas de oro bajo los rayos

del agonizante sol. Tras abandonar el puerto atraviesan un barrio de calles hediondas y cenagosas, llenas de detritos y jalonadas por míseras viviendas a cuyas puertas asoman niños y mujeres picados por la curiosidad. Una multitud rodea al cortejo real, y Aruj y los suyos reciben los vítores y loas en detrimento del sultán. Los soldados abren paso y golpean sin piedad a cualquier infeliz que osa acercarse demasiado a los distinguidos. Según van ganando altura, y acercándose a la ciudadela, las calles cambian de aspecto, aparecen viviendas de sillares de piedra de varias plantas y se abren coquetas plazuelas con mezquitas y comercios. Finalmente, ya en los aledaños de la fortificación, atraviesan una enorme plaza empedrada, rodeada por edificios nobles de gran porte y presidida por una grandiosa mezquita de piedra amarilla, de cuyas esquinas nacen cuatro minaretes interminables que rasgan el cielo, y del centro de su techo emerge una enorme cúpula acampanada cubierta por brillantes azulejos de colores dispuestos en franjas horizontales, rombos y filigranas geométricas bellísimas.

–¡Es la obra más hermosa que he visto en mi vida! –Exclama Muhyí en voz alta y sin dirigirse a nadie.

–Ya te dije que esta ciudad es especial. –Dice Aruj asintiendo con la cabeza.

Ya en el palacio real, Muhyí sigue boquiabierto, mirando cuanto hay a su alrededor: patios con jardines pulcrísimos trufados de sonoras acequias y chispeantes surtidores, suelos de lustroso mármol de varios colores, paredes cubiertas con vistosas y coloridas *almatrayas*, techos decorados con yeserías y *ataurique*s de elaboradísima factura, amplias puertas arcadas con hojas de madera labrada con incrustaciones de marfil, tapices y mullidas alfombras recargadas con geometrías de vivas tonalidades e inscripciones coránicas doradas, mesitas y alhacenas abarrotadas de vajillas de cristal, plata y oro. Un lujo desmesurado y obsceno que contrasta con la infame miseria que hay en la ciudad. Muhyí no se imagina cómo este sátrapa puede estar dejando morir de hambre a su pueblo mientras él se regodea en esta opulencia, tampoco alcanza a comprender por qué el pueblo no se ha sublevado ya ante tamaña injusticia. Interioriza la animadversión hacia el sultán argelino y trata de auto convencerse en silencio de lo que ha de hacer esta noche por encargo de Aruj. –*Esta rata no merece gobernar este pueblo ni un día más.* –Cree fiable el plan de Aruj y le augura un éxito seguro.

En una sala enorme, de techos altos e hileras de columnas de

alabastro a los lados, iluminada por centenares de farolillos con velas en el interior, se congregan los hombres de confianza de Aruj y la nobleza más granada de Argel. Los corrillos y las miradas de complicidad cesan de inmediato cuando un soldado golpea el suelo con una lanza y anuncia la entrada del sultán.

–¡Selim Eutemi, sultán de *Al–Yazair* y sus mares, por la gracia del Todopoderoso, representante del Profeta y guardián de las esencias de nuestra fe!

Selim entra como un pavo real en la sala, sabiéndose el centro de todas las miradas e ignorando que casi nadie de los presentes le profesa verdadera lealtad. A una palmada suya, entra un grupo de músicos que llenan el ambiente con la melodía de sus dulzainas, laudes y *añafiles*. Al poco aparecen media docena de bailarinas, con cuerpos delgados y morenos, apenas cubiertos por velos casi transparentes. Las mujeres se contorsionan y arquean como si fueran hojas de palmera mecidas por el viento, al tiempo que mueven los brazos ondeando las vaporosas colgaduras de seda que prenden a su cintura.

Mientras los presentes se deleitan con el espectáculo, una ejército de sirvientes, todos con túnicas de color mostaza, desfilan portando platos con delicias que aromatizan el ambiente y que van distribuyendo por las mesas bajas que hay delante de los almohadones que hacen de asientos.

Tras una velada en la que los comensales arremeten con exceso sobre la comida y el vino, Selim Eutemi, eufórico, con los mofletes enrojecidos y los ojos vidriosos, dedica varios brindis a Aruj, sentado a su derecha. Finalmente, el sultán se pone en pie y, arrastrando las palabras y bamboleante, agradece una vez más la generosidad de sus convidados, después pide disculpas y se retira a sus aposentos, ebrio e indispuesto.

Aruj cruza una mirada disimulada con Muhyí, que asiente con la cabeza de forma imperceptible. Durante instantes un espeso silencio se apodera de la sala, hasta que Mahid, uno de los capitanes del sultán, ordena a los músicos que toquen de nuevo. Al son de la música, las bailarinas irrumpen al centro de la sala con más ímpetu y menos ropa que antes, siendo saeteadas por las etílicas miradas de los comensales.

De madrugada, Muhyí, agitado y sudoroso, recorre el largo corredor del palacio real apenas iluminado por una antorcha. Aruj le espera en silencio tras el postigo entreabierto de una estancia. Cuando lo ve llegar, le abre y, tras entrar, cierra con sigilo.

–Hecho. –Dice Muhyí con parquedad.

Al amanecer, los gritos desgarrados de una sirvienta despiertan a los moradores del palacio.

–¡El sultán está muerto! ¡Lo he encontrado ahogado en la bañera! ¡Acudid, acudid, está muerto!

Un revuelo de soldados y nobles llena al instante la habitación de Selim, que permanece desnudo dentro de una pilastra de mármol llena de agua perfumada con pétalos de rosa y limones. Tiene la cara expresiva, cetrina e hinchada y los labios morados.

Aruj corre la cortina de la habitación y comprueba que, con la llegada del sol, más de una docena de barcos de su flota se acercan a la bahía de Argel. Ya se siente rey de *Al-Yazair*, y en buena parte, se lo debe al joven que tiene a su lado.

– 20 –
HORIZONTE DORADO

Capital de *Al-Yazair*, 23 días del mes de Rayab, año 922 de la Hégira.
(Agosto del año 1.516 del calendario Cristiano)
(Mes de Elul del año 5.276, calendario Hebreo)

Todo ha salido como estaba planeado. Aruj ha venido para obsequiar a los argelinos con un cargamento de cereales, con la promesa de ayudarles a expulsar a los cristianos del peñón de Argel y, con sabia maestría, traía urdida una traición con la aquiescencia y la colaboración de la nobleza de la ciudad. Antes de las exequias del malogrado sultán, Aruj es propuesto como rey de *Al-Yazair* por aclamación, incluso del pueblo llano, cuya opinión es de poco calado en estos asuntos.

Muhyí sabe que aquí acaba su misión, después de años haciendo lo que tanto detesta, ha conseguido su libertad y la de su familia. No ha tardado mucho en exigir a Aruj que cumpla su parte del trato.

Jaireddín, ha llegado al puerto de Argel con una flota de quince naves, en la que vienen más de un millar de hombres. Llega dispuesto a tomar la ciudad a sangre y acero, pero se encuentra a su hermano, aupado ya a los altares por la aristocracia yazairí tras la muerte, considerada accidental, de su soberano. Nadie menciona el asesinato, ni siquiera como una posibilidad. Relegado y resentido, el menor de los *Barbarroja*, ve a esta nobleza, fatua y traidora, como un ejército de hienas, dispuesto a seguir medrando a la sombra del poder. Tampoco comparte el dispendio que Aruj pretende hacia Muhyí.

–¿Un barco y esa talega de monedas de oro? ¿Acaso te has vuelto loco? –Le increpa a su hermano.

–No, no he perdido la cabeza Jaireddín. Es de justicia lo que entrego a Muhyí. Ha empeñado parte de su vida en este proyecto que por fin vemos culminado. Esta es mi decisión y así se hará. –Contesta Aruj abortando así toda opción de réplica.

Muhyí tiene ya carta de libertad para abandonar los dominios de los Barbarroja, se lleva una cantidad importante de dinero y la *galeota* Aisha con cinco marineros castellanos, a los que igualmente les ha sido concedida licencia para volver a sus villas, tras años de servicio al corso.

Muhyí se siente satisfecho con la generosidad de Aruj, que ha sabido agradecer su inestimable colaboración. Ahora solo le queda tomar su barco, atracado en el puerto de Argel, y recoger en Djerba a su gente. Un horizonte dorado se abre ante él, aunque eclipsado por un nubarrón al que le otorga horas contadas de existencia: Omar.

El joven llega al muelle solo y con paso decidido. Le gustaría contar con la compañía de alguno de los suyos en este momento, para compartir la felicidad de saberse libre, pero tendrá que esperar a su llegada a la isla: allí aguardan Gadea, Hisham y la pequeña Esther; también Diego al que Muhyí le ha encargado labores de protección a su familia durante esta última misión en Argel.

En la explanada del puerto y en las bordas de los barcos hay centenares de hombres armados. A la llegada del joven algunos lo saludan con respeto, pues lo reconocen y saben que es uno de los hombres más cercanos a Aruj. En un extremo, junto a un grupo de bereberes, Muhyí ve la figura de Omar, que está distraído entre conversaciones y risas.

Se detiene unos instantes y valora la situación: puede tomar su barco y marcharse ahora mismo, ignorando a ese malnacido, pero sabe que eso sería dejar una tarea inconclusa, algo que le puede perseguir el resto de su vida. Por otro lado, si se enfrenta a Omar se arriesga a una lucha de iguales con resultado impredecible.

Cruza la explanada con grandes zancadas, dando vuelo a la capa y dejando una estela de perfume a algalia a su paso.

–¡Omar! ¡Acércate, tenemos que hablar! –Grita Muhyí cuando está a unos treinta pasos de él, con la mano derecha sobre la empuñadura de la espada.

El interpelado se gira sorprendido y una sombra de miedo se dibuja en su cara. Se separa del grupo y, con paso dubitativo, se acerca.

–¿Qué quieres de mí? Hemos hablado cuanto teníamos que hablar y ya sé cuánto necesito saber. –Dice Omar a la defensiva aunque con su habitual socarronería.

–¡Te doy la razón por esta vez! ¡Entre nosotros ya sobran las palabras! ¡Saca la espada y lucha como un hombre! –Grita Muhyí acompañado del sonido metálico al desenvainar su sable turco de

hoja fina y curvada.

Omar, incrédulo, afilando los ojos y arrugando la boca, da unos pasos a un lado. Alarga su musculado brazo y esgrime una *cimitarra* de hoja herrumbrosa. Los dos hombres, apuntándose las armas giran en círculo, sin atreverse ninguno a lanzar el primer ataque.

–¡No te reconozco con ese atrevimiento! Siempre has sido un mojigato a la falda de tu madre. –Masculla Omar entre dientes tratando de imprimirse ánimos.

–Hace tiempo que dejé de ser aquél hermanastro menor del que te aprovechabas sin piedad. He vivido mucho en estos años, he perdido el miedo y los escrúpulos. He sabido cosas y han ocurrido hechos que me han cambiado. No voy a cometer los mismos errores que cometieron otros. Ahora sé que la maldad es una mala hierba que, con poca raíz que le quede, consigue medrar de nuevo y hacerse vigorosa. ¡Es llegada la hora de exterminarla de una vez por todas! –Dice Muhyí, lanzando un mandoble que hace silbar la espada al cortar el aire.

Omar arquea la cintura y esquiva el envite, a continuación descarga con fuerza un golpe vertical con su pesado espadón. Muhyí para la acometida, hincando una rodilla en el suelo, abriendo los brazos y colocando su espada de canto.

El resto de los soldados se han acercado formando en torno a los luchadores un amplio corro. Conscientes de que se trata de un duelo, nadie va a intervenir hasta que haya un desenlace; es una cuestión de honor.

Los contrincantes siguen lanzándose golpes con demasiada cautela, tratan de tantear la destreza del oponente. Los choques metálicos desprenden chispas, y los espectadores empiezan a tomar partido por uno u otro, incluso cruzando apuestas.

Muhyí mueve los pies con destreza, descargando golpes constantemente sobre su rival, que solo por su gran fortaleza es capaz de repelerlos. Omar empieza a estar agotado, y casi mareado de ver a Muhyí como exhibe una especie de baile en torno a él. En uno de los ataques, un trozo de espada sale despedido a los pies del público. Es la espada turca de Muhyí que ha cedido ante una poderosa empellada de la pesada *cimitarra*. Pero Muhyí reacciona con extraordinaria agilidad, y alza un pie hasta golpear el antebrazo derecho de Omar, haciéndole perder el espadón.

De forma instintiva, los dos sacan sendos puñales. Ahora luchan más cerca el uno del otro. Omar, que ha extraído de su manga una *gumía* de hoja curva, lanza un ataque furibundo sobre la cara de su oponente. Muhyí se agacha recibiendo un tajo en el hombro, hunde

su cabeza en la barriga de Omar y consigue derribarlo al tiempo que lo hiere con profundidad en un costado.

Los dos luchadores ruedan por el suelo, sintiendo el ardor de las heridas y dejando estelas de sangre sobre el empedrado.

Muhyí se incorpora de inmediato y se lanza de nuevo sobre su rival que permanece en el suelo boqueando de forma jadeante. Omar se protege con el codo haciendo un brusco giro de muñeca para recibir la acometida con la punta de su *gumía*, pero Muhyí hace un quiebro y logra clavar su puñal en la axila, bajo el brazo levantado. Omar abre la mano y suelta el arma, mientras emite un grito sordo y todo su cuerpo se contrae cuando la hoja de acero se abre paso hacía su espalda. Muhyí, de bruces sobre el costado de su oponente, hace fuerza sobre el puñal y trata de incorporarse, antes de quedar atrapado por uno de los poderosos brazos de su rival. Omar acopia fuerzas y contrae la pierna derecha para sacudírselo de encima.

Muhyí vuela por el aire catapultado por un rodillazo en el pecho, cae de espaldas y su puñal sale despedido lejos de él.

Los dos se ponen en pie con dificultad, ambos están desarmados y heridos.

Muhyí se lleva la mano al hombro y palpa el calor de su sangre. No le duele nada, está en condiciones de acabar con esa sanguijuela que tiene enfrente.

Omar se mantiene en pie sin aplomo, un reguero de sangre cae por su pierna desde la herida del costado. La última puñalada le provoca un dolor abrasador en la espalda y ha dejado su brazo derecho inmóvil. Derrengado, con la cabeza gacha, levanta la vista y comprueba que su adversario conserva toda la entereza. Escupe y trata de decir algo.

–¡Eres un maldito Muhyí! ¡Veo que te has preparado a conciencia para este momento! ¡Has de saber que aquí no acaba tu amargura, te queda tanto que sufrir…!

Omar gira sobre sus talones y huye a trompicones a la orilla del muelle. Muhyí coge la *gumía* de Omar del suelo y espera a que la multitud se despeje para lanzársela y rematarlo. Al tiempo que silva en el aire el arma lanzada con fuerza por Muhyí, Omar salta al agua entre dos barcos sin mirar atrás, sintiendo una punzada en el centro de su espalda.

Muhyí vuelve y recoge su puñal, después se asoma al filo del muro y solo ve una mancha de sangre sobre el agua. Aguarda un instante por si sale a flote.

Finalmente respira profundamente, se dirige a su nave y ordena

soltar amarras.

La *galeota* Aisha sale del puerto de Argel a golpe de remo. Muhyí con un paño ceñido sobre su hombro, siente una especie de dolor placentero por esta herida, gira la cabeza y mira por última vez la inquietante ciudad. Con media sonrisa habla sin dirigirse a nadie.

–Ahí quedas Aruj *Barbarroja* con tu ansiado reino. Vas a echar de menos tu tranquila vida de corsario.

Desde las aguas del puerto, entre dos barcos, asido a la cadena de un ancla y con media cabeza sobre el agua, Omar pugna por respirar y por librarse de los centenares de peces que lo acosan atraídos por su sangre.

Amanece sobre la isla de Djerba. Sobre las calmadas aguas del puerto de Houmt Souk, la *galeota* Aisha se desplaza con levedad hasta apoyar su costado al embarcadero de madera, que lo recibe con una queja en forma de crujido. Los marineros lanzan la escala y amarran la nave. Muhyí salta por la borda apresurado, quejándose del brazo herido.

–Quedaos en el barco, tened todo preparado pues antes de mediodía zarparemos. –Ordena a su tripulación mientras se aleja hacía la fortaleza de Borj El Kebir.

Saliendo del solitario puerto, Muhyí eleva la vista al cielo al escuchar unos graznidos, y observa un grupo de aves negras que vuelan en parsimoniosos círculos sobre la ciudad. Son cuervos. Muhyí los maldice en silencio y aprieta el paso, con intranquilidad.

La ciudad está casi desierta, apenas encuentra a dos o tres ancianos en la calle. A la entrada de la fortaleza, un soldado amodorrado lo saluda con un leve movimiento de cabeza. Nada más entrar en el patio se encuentra con Salman sentado en el murete de una fuente con un surtidor en el centro. El anciano se incorpora con la ayuda de un bastón y se dirige hacia el joven con pasos inestables.

–¡Muhyí! ¡Gracias al cielo que has llegado!

–Sí, ya estoy de vuelta. Todo ha salido como estaba previsto. La noche de nuestra llegada, el sultán murió ahogado tras un banquete del que se retiró ebrio. No hubo sospechas. Las familias influyentes de Argel han apoyado a Aruj y ya ocupa el trono. Ahora le resta una empresa no menor, hay que someter todo el territorio de *Al-Yazair*. Es inmenso y poblado por clanes tribales irreductibles. Pero ese será un trabajo para Jaireddín y ese formidable ejército que ha reclutado. –Explica Muhyí con satisfacción.

–Hay algo que te tengo que contar… es grave. –Interrumpe el anciano mudando el gesto.

En ese instante asoma sobre la baranda de mármol de la galería superior la cara asustadiza y orlada de mechones dorados de Esther.

Salman mira fijamente a los ojos de Muhyí, pone una mano en su hombro y carraspea antes de seguir hablando.

–Verás Muhyí, intentaba decírtelo, en tu ausencia han ocurrido cosas, cosas terribles. Tu padre está… está, y Diego, el pobre Diego… nada sabemos de él.

En ese instante irrumpe la niña, que ha bajado las escaleras de tres en tres, y de un salto se enrosca en el cuello de su padre, que ahoga un grito de dolor por la herida de su brazo.

Muhyí abraza con fuerza a la pequeña y le cubre de besos las mejillas, notando como todo su cuerpecillo tiembla y comienza a sollozar.

–¿Qué te ocurre Esther? ¿Por qué lloras? –Pregunta Muhyí apartándola para mirarle a la cara.

La niña intenta aplacar sus gemidos y se pasa una manecilla por la cara para enjugarse las lágrimas y los mocos que escapan de su nariz. La pequeña salta al suelo y, tomando la mano de su padre, tira de ella con insistencia, señalando con el brazo a la escalera y emitiendo gritos ahogados.

Muhyí vuelve la cara interrogante al anciano, mientras comienza a subir las escaleras.

–¿Qué ha ocurrido Salman?

–Es lo que trataba de explicarte, fue algo lamentable, y no sabemos quién lo ha hecho. Fue el mismo día que os marchasteis a Argel. Tu padre y la niña estaban pescando en las rocas, y Diego creemos que estaba con ellos. Al parecer, alguien mató a Diego, bueno no estamos seguros. Después, tras discutir un rato con tu padre, lo golpeó hasta darlo por muerto también. Lo encontramos inconsciente y todavía sigue así. Tiene heridas graves. –Explica el anciano casi sin aliento por seguir los pasos acelerados de Muhyí.

–Y a ti no te pasó nada, gracias al cielo. –Dice Muhyí mirando a su hija.

–La niña lo contempló todo, consiguió esconderse y a ella no le hizo nada. Esther no se ha separado de su abuelo desde que ocurrió todo. No ha vuelto a hablar desde entonces, tan solo conseguimos que en aquel momento nos dijera lo que sucedió y nos describiera al agresor: un hombre corpulento y malcarado. Pero no hemos podido saber de quién se trata.

–¡Omar, maldito hijo de perra! Yo sí sé quién es, y también tengo

por cierto que sus fechorías han terminado para siempre. ¿Gadea está bien?

–Sí, ella está con tu padre. Diego en cambio, como te he dicho, ha desaparecido, es como si se lo hubiera tragado la tierra.

–Quizá se lo ha tragado el mar. –Asiente Muhyí con amargura.

Muhyí entra en la estancia oscura y ácida, encuentra a su padre postrado en un jergón y a Gadea junto a él. La joven salta y se abraza a él derrumbándose. No hacen falta palabras entre ellos para describir la situación. Comprueba aterrorizado el lamentable estado de su padre. Gadea se ha afanado durante días y noches en mantenerlo con vida, pero es ya solo un débil filamento el que lo ata a este mundo. Hisham está demacrado, con la piel de la cara pegada al hueso, tiene la respiración crepitante e irregular. Una mancha violácea cubre la mitad de su rostro. Muhyí toma la mano de su padre y la nota ardorosa y endeble. El enfermo le corresponde con una suave presión de sus dedos nudosos y un suspiro hondo. Muhyí retira la sábana que lo cubre y percibe una bofetada de hedor fuerte y putrefacto. Una de las piernas está vendada de la rodilla al tobillo, y el pie muestra un extraño y oscuro color azulado.

Muhyí y Salman recorren la ciudad en busca de algún médico. No encuentran a nadie, aunque un anciano les habla de un cabrero solitario al que llaman El Sardo, que vive en el interior de la isla. Les explica que tiene fama por haber curado a heridos de gravedad.

Toman tres caballos y acuden en busca del matasanos.

El Sardo, es un hombre de mediana edad, ha sido durante años marinero de Aruj pero, desde hace tiempo, agota sus días en una choza aislada. Es un hombre menudo y delgado, con ojos pequeños y vivos. Tiene el cuerpo deforme a causa de una caída del palo mayor de un barco, y camina de lado, arrastrando uno de sus pies. Desde que sufrió el accidente se ha recluido en la soledad de un valle, con la única compañía de una docena de cabras, un asno y un perro de mal genio, como su dueño. En su juventud, el Sardo vivió en Cerdeña y fue pastor de cabras y barbero. Conoce bien las cualidades de las plantas del campo y, por su experiencia con los animales y su atrevimiento, no duda en atender a las personas heridas, pues según sus palabras: *"el cuerpo de los hombres poco se diferencia del de las cabras u otros animales"*.

Con gran esfuerzo y bajo amenazas, Muhyí convence al tullido pastor para que les acompañe hasta Borj El Kebir. El Sardo saca de

su choza varias talegas con hierbas secas de olores intensos y una docena de tarros de barro. Con meticulosidad, carga todo sobre un viejo borrico de orejas caídas.

A media tarde llegan a la fortaleza. El enfermo sigue sumido en la inconsciencia y abrasado por las fiebres.

El Sardo se agacha ante Hisham, lo contempla unos instantes y vuelve la cara a los familiares con gesto torcido. A continuación toma una afilada daga y rasga las vendas de la pierna. El hedor a carne descompuesta es insoportable. Parte de la piel y jirones de carne negruzca de la pantorrilla se desprenden junto a las telas al despegarlas.

–Si no actuamos con rapidez, este hombre va a morir gangrenado. –Sentencia el pastor incorporándose, reprimiendo una arcada y saliendo hacia la puerta para tomar aire fresco.

–Haz lo que sea necesario para que no muera. –Le dice Muhyí.

–Hay que cortar la pierna. La infección de la herida ha corrompido los tejidos y continuará avanzando al resto del cuerpo. –Sentencia el Sardo volviendo la cara desde el quicio de la puerta.

–¿Cómo le vas a cortar la pierna? ¿Acaso eres cirujano? –Pregunta Salman ofuscado.

–Lo he hecho varias veces con mis cabras, y una vez vi como le cortaban un brazo gangrenado a un hombre. Sé cómo hacerlo.

–¡Pero mi padre morirá de dolor si le cortas la pierna! ¿Cómo lo piensas hacer? ¿Con un hacha? ¡Por el Altísimo, es una locura! –Grita Muhyí abriendo los brazos alterado.

–El que tu padre muera de dolor mientras le amputamos la pierna es una posibilidad; pero si no hacemos nada es seguro que morirá en pocos días por la gangrena. Ese mal se extenderá por todo su cuerpo sin remisión. Tú decides muchacho. –Contesta el Sardo cruzando los brazos sobre el pecho a la espera de respuesta.

–Está bien. –Asiente Muhyí con los ojos arrasados, al tiempo que se gira hacia su mujer e hija, que permanecen abrazadas en un rincón de la estancia.

Gadea asiente, toma la mano de su hija, que ha empezado a gimotear, y abandonan el lugar.

El improvisado cirujano se desprende del jubón y se lava las manos y brazos con intensidad en una jofaina de agua, frotándose con *planta jabonera*. Sobre una mesa baja coloca una hilera de botecitos etiquetados con hierbas trituradas y ungüentos. Muhyí y Salman, convertidos en asistentes, prenden una hoguera bajo la chimenea y ponen a hervir una gran marmita de agua.

El Sardo desata un rollizo de cuero y los extiende, dejando a la

vista un variado instrumental metálico, compuesto por afiladas facas de distintos tamaños y una *argallera*: un extraño instrumento con dos mangos y una afilada hoja en el centro. Cuando el agua está hirviendo, prepara un cocimiento con hojas secas de algarrobo y caléndula, con el que frota sus manos y desinfecta todo el instrumental. Después mezcla varios bebedizos en cuencos pequeños, se incorpora con dificultad y mira a la cara de sus asistentes.

–Bien, todo está preparado, así es como lo vamos a hacer. Lo primero, ataremos al enfermo sobre una madera, a continuación empaparemos esta tela con una mezcla de esos líquidos que he preparado: son infusiones de mandrágora, beleño negro y euforbio, sirven para narcotizarlo y que perciba con menos intensidad el dolor, uno de vosotros le mantendrá el paño cerca de su nariz. Hay que tener cuidado, algunas de estas hierbas son venenosas y si se insiste en su inhalación pueden matar. Después ataremos esta cinta de cuero con fuerza por encima de la rodilla para evitar que se desangre. Luego vendrá lo más complicado, cortar la pierna. Lo haré con esto, pero necesito la ayuda de alguien. –Dice mostrando la *argallera*.

–Yo te ayudaré. –Responde Muhyí con aplomo.

–Finalmente, tras el corte, hay que cauterizar de inmediato la herida. Lo haré con hierro candente, así se cerrarán las arterias y quedará protegida la carne de infecciones. Eso en cuanto a la pierna. Por otro lado veo que tiene un fuerte golpe en la cabeza que le ha provocado un derrame interno. Le haré una incisión para aliviar la presión y limpiaré la sangre acumulada dentro. Después la suturaré dejando un pequeño canal de drenaje. Os dejaré *sábila*, raíz de jengibre y *árnica*, para que le apliquéis cataplasmas en las heridas, tanto de la cabeza como de la pierna. Eso le ayudará a cicatrizar y reducirá la inflamación.

En una noche tranquila, con el cielo enjoyado, Muhyí y los suyos abandonan la isla de Djerba. Por delante tienen muchas jornadas de navegación hasta las costas de *Almariyya.* Harán escala en la isla de Alborán para recuperar los manuscritos de Ruy Crespo.

Una sensación extraña les embarga a todos. Han conseguido, después de tantos años, la libertad y los medios necesarios para ir donde quieran, pero el estado de Hisham y la pérdida de Diego de Fernández, son espesos nubarrones que afean el horizonte.

Han pasado varios días desde que le amputaron la pierna a Hisham. Las fiebres han cesado y ha recobrado el conocimiento,

pero sigue sin articular palabra, parece haber perdido la capacidad de hablar. Esther asiste al enfermo con abnegación, se comunica con él como nadie, y solo con miradas y gestos les basta para entenderse entre ellos. La niña tampoco habla, es como si se hubiera solidarizado con la afasia que padece su abuelo.

Un tiempo apacible de principios de otoño extiende un mar calmado ante la proa de la *galeota* Aisha. Sin dificultades ni contratiempos, consumen días sobre el azul infinito hasta avistar la solitaria isla de Alborán. Muhyí ordena una parada fugaz, salta del barco y recorre la isla para recoger el pequeño tesoro que ha permanecido oculto en una grieta durante casi una década. El islote está deshabitado, solo los graznidos de los cormoranes, las gaviotas y las pardelas rompen la melodía del suave oleaje.

– 21 –
AL-ÁNDALUS

Costas de Al-Ándalus, 14 días del mes de Shawwal, año 922 de la Hégira.
(Noviembre del año 1.516 del calendario Cristiano)
(Mes de Kislev del año 5.277, calendario Hebreo)

Acaba de nacer un día de cielo plomizo y ambiente frío. Unas ráfagas inconstantes azotan por estribor a la nave de Muhyí. García Álvarez, el marino encargado del gobierno de la embarcación, ordena plegar velas e incorporar a los pocos hombres útiles a los remos.

García Álvarez es un hombre vanidoso y presumido. Se dice nacido de noble cuna castellana, y afirma que pasó su juventud comandando mesnadas de soldados, hasta que la desgracia lo hizo caer en manos de los corsarios, junto a los que ha combatido durante seis años como mercenario. Es un consumado espadachín y conoce en profundidad los entresijos de la estrategia militar. Muhyí ha tenido ocasión de comprobarlo. Tiene unos cuarenta años, es de cuerpo esbelto y robusto, con brazos y piernas largos, pelo castaño y greñudo, ojos pequeños y juntos bajo una frente amplia, nariz recta y boca grande, lleva barba espesa, corta y acicalada. García es afable, generoso y muy inteligente, aunque bastante presuntuoso.

–¿Qué opinas de este tiempo García? –Pregunta Muhyí intranquilo junto al timonel.

–No me gusta nada, tendremos que dejarnos llevar. El viento de levante esta arreciando por momentos y nos aleja de nuestro destino. –Contesta el marinero asiéndose con fuerza a los cordajes que cuelgan del mástil.

–¿Quieres decir que no podremos llegar a *Almariyya*?

–Por ahora es imposible. La escala en la isla de Alborán nos ha llevado más al oeste de la posición de *Almariyya*. De momento sería una temeridad encarar el barco hacia el noreste, y ofrecer nuestro costado a las ráfagas de viento, iríamos a pique enseguida. Esta nave es muy pequeña para luchar contra los elementos, es mejor dejarnos llevar por el empuje, si no cambia la dirección del viento,

nos acercará a las costas de Málaga y allí trataremos de buscar abrigo en alguna ensenada hasta que amaine el vendaval. Después podremos navegar hasta *Almariyya.* No debes preocuparte, he cabalgado tormentas más bravas. –Concluye García alzando la barbilla con jactancia.

Muhyí, siguiendo instrucciones del timonel, pide a los cuatro remeros que cesen la batida de palas, el oleaje es ya demasiado recio y puede partir los remos.

A media mañana, la galerna acrecienta los rugidos como una fiera acosada y el cielo gris se torna negro, como si anocheciera. A oriente, varios rayos zigzaguean amenazantes, iluminando un mar embrutecido, dejando ver las cortinas de lluvia que se acercan. El Aisha es arrastrado sobre las crestas de espuma blanca, para luego caer al vacío, perdiéndose entre las olas embravecidas. Todos se refugian en la pequeña bodega y ajustan las escotillas para que no entre el agua. Las maderas del costado del barco crujen por el esfuerzo y sobre la cubierta suenan golpes de objetos caídos y arrastrados. Esther se hace un ovillo entre su madre y su abuelo, con el cuerpo tembloroso, estremecido por el miedo. Muhyí observa las caras pavorosas de todos, se detiene ante la mirada de su padre, que le devuelve un gesto de serenidad. Aunque el temor a un desastre es palpable en el ambiente.

–Es solo una tormenta, pasará antes del anochecer. –Dice García tratando de repartir sosiego, y de darse ánimos a sí mismo.

Durante toda la tarde y noche, el barco es arrastrado a merced de las embestidas del viento de levante. Sus ocupantes soportan el ajetreo, aterrorizados ante un naufragio que perciben inminente.

En una de las calmas, Muhyí sube la trampilla y comprueba con horror que han perdido parte de los aparejos de la cubierta de la nave. Mástiles, crucetas, trinquetes, velas y cordajes han desaparecido.

Antes del amanecer, cesa la lluvia. Desde la bodega, la tripulación percibe como se van atenuando los azotes del mar. El barco se mueve con más suavidad, y una sensación de alivio se instala entre sus ocupantes, provocando soñolencia después de tantas horas de alarmada vigilia.

De repente, un crujido sordo estremece la nave y arranca gritos desesperados de Gadea. Uno de los marinos sale del compartimento contiguo vociferando.

–¡Una vía de agua! ¡Una vía de agua!

La tormenta ha llevado el barco muy cerca de la costa y un saliente de roca ha dañado el castigado casco de madera. El agua

empieza a ocupar las entrañas de la nave, pese a las maniobras desesperadas de taponar la oquedad. García da órdenes de salir a la cubierta de inmediato.

Muhyí, con la ayuda de Gadea y Esther, suben a Hisham con dificultad por la escala. Cuando salen pueden comprobar que están bajo una muralla gris de inmensos farallones de roca, amenazadores como gigantes enfurecidos.

–¡Hay que abandonar el barco! –Dice García señalando un pequeño bote, que milagrosamente ha permanecido amarrado junto al castillete.

Antes de terminar de decirlo, tres marineros saltan al agua e intentan alcanzar las rocas a nado, entre las sacudidas espumosas del oleaje.

García y Muhyí desatan la barca y la deslizan al agua con cuerdas. Lanzan una escala para bajar. Hisham consigue deslizarse con la ayuda de sus brazos y su única pierna útil. Muhyí es el último en abandonar el barco, consume los últimos instantes tratando de coger lo que considera más importante de entre los equipajes.

A golpe de remo se alejan del Aisha que ha empezado a escorarse a la derecha y va sucumbiendo lentamente bajo las aguas. Tratan de alejarse de los amenazadores rompientes afilados que la oscuridad oculta bajo la efervescencia del oleaje.

Con el horizonte purpurado ante el amanecer, empapados, ateridos de frío y exhaustos de remar a turnos, alcanzan una playa arenosa protegida por un circo rocoso de altas paredes.

–¿Dónde estaremos? –Pregunta Gadea dirigiéndose a García y al otro marinero, Galcerán de Marín, un hombre grande y cebado, de cara redonda y mofletuda, originario de un pueblo del interior malagueño.

–Es difícil saberlo, hemos vagado toda la noche hacia poniente. –Contesta García negando con la cabeza.

–Es posible que estemos cerca de la ciudad de Málaga. –Afirma Galcerán. –Creo reconocer algunas de esas montañas, quizá cuando amanezca por completo lo pueda asegurar. ¡Alabado sea Dios por traernos a esta tierra!

Muhyí se pone en pie y extendiendo los brazos exclama con alegría:

–¡Estamos en Al–Ándalus!

A continuación toma un puñado de arena y lo huele.

–Pero hemos perdido casi todo lo que teníamos. –Dice Gadea con gesto serio.

–Tenemos lo más importante: la libertad. –Sentencia Hisham para sorpresa y alegría de todos, al escucharlo hablar después de tanto tiempo enmudecido.

Muhyí abraza a su padre al tiempo que Esther y Gadea se incorporan formando un ovillo de brazos en torno al viejo Hisham.

Después de intentar en vano buscar brozas secas para prender fuego, recorren las inmediaciones para localizar a los marinos que saltaron del barco, pero no hay señales de ellos. Viendo el mar calmado, con la llegada del día, suben de nuevo a la barca. A poco de abandonar la playa, golpean con los remos el cuerpo sin vida de Beltrán, uno de los marineros que buscaban. Muhyí ordena parar. Arrastran con pesadez al ahogado y le hacen una improvisada sepultura que cubren con grandes piedras. Sobre ella colocan una cruz con dos ramas de taray.

Los tañidos de las campanas en la torre de una esbelta iglesia provocan un respingo en Muhyí. Nunca ha escuchado semejante sonido, y ahora lo tiene sobre su cabeza. Es mediodía y las gentes de Málaga acuden a misa en silenciosas hileras. Junto con Galcerán y García, se ha internado en las estrechas callejuelas aledañas al puerto, entre tanto, los demás han quedado en la arena, junto a la barcaza y el exiguo equipaje. Galcerán se estremece de devoción y pide a sus compañeros que le esperen mientras entra en el templo.

–¡Os ruego que me aguardéis un momento mientras entro en la casa de Dios! Hace tantos años que no lo hago… –Implora el cristiano con su cara carrilluda y roja, plena de gozo.

–Yo te acompañaré, aunque no soy tan fervoroso como tú. –Dice García desprendiéndose de su bonete de fieltro.

Los dos cristianos suben la escalinata y se mezclan con los fieles malagueños, mientras Muhyí decide dar un paseo por los alrededores. La ciudad mantiene un bullicio tranquilo y ordenado de personas y caballerías que van de un lado a otro. El joven observa con meticulosidad a las gentes, las calles y las construcciones, percibiendo que las únicas diferencias con las ciudades de *Berbería,* son los edificios de oración y las indumentarias de algunos transeúntes. Tras varios intentos, en los que es repelido con hosquedad, cerca del puerto encuentra una posada, en la que alojarse todos hasta decidir qué destino tomar.

En los días siguientes, Muhyí compra ropas adecuadas para él y sus acompañantes, con el fin de pasar desapercibidos. Localiza a un carpintero y le pide que prepare una pierna de madera para su padre, que él mismo ha ideado. La prótesis, una madera acoplada al

muñón bajo la rodilla por un embudo de badana forrado con lana de oveja y sujeta por el muslo hasta la cintura con unos correajes, aunque tosca, permite al mutilado caminar con la ayuda de un bastón.

Con el apoyo de la pequeña Esther, que al igual que su abuelo ha recuperado de nuevo la capacidad de hablar, Hisham practica incansablemente para aprender a caminar sin ayuda de bastones. Tras días de esfuerzo, consigue hacerlo aunque con dificultad. Acoplan en la parte baja de la madera un mocasín y de esta forma, llevando pantalones hasta los tobillos, nadie diría que a Hisham le falta una pierna, a pesar de su evidente cojera.

Muhyí, emplea una parte del dinero que tiene en comprar tres caballos, dos mulas, una carreta, mantas y provisiones para el camino. Deciden emprender viaje hacia el interior, hasta la villa de origen de Galcerán, una alquería en las sierras del interior de Málaga, cercana a la villa de Archidona.

Abandonan Málaga de madrugada, cuando las primeras pinceladas de luz quiebran la oscuridad del cielo invernal. Un camino tortuoso, aunque bien pavimentado con piedras canteadas, serpentea hasta ir ganando altura. Las mulas que tiran de la carreta son jóvenes y de cuartos poderosos, por lo que no encuentran dificultad en arrastrar el peso que comportan Hisham, Gadea y Esther, además del parco equipaje y los víveres.

Esther disfruta del paisaje. Nacida en la isla de Djerba, nunca ha visto campos tan fértiles, ríos tan caudalosos ni cumbres nevadas. Entusiasmada, pregunta a su abuelo por todo cuando le rodea, y recibe amables y cumplidas explicaciones. Es como si los dos estuvieran resueltos a recuperar las palabras perdidas en sus días de silencio.

Avanzan durante todo el día, descansando únicamente para abrevar a los animales. Se les hace noche a los pies de una sierra gris a la que la luna empieza a cubrir de plata, dando un aspecto tétrico a las extrañas crestas de roca tan caprichosamente talladas que semejan un amenazante ejército de gigantes.

Pasan la primera noche en un ventorro acodado a los pies de estos titanes pétreos.

A media mañana del día siguiente, bajan las colinas hacia la ciudad de Antequera, enorme y extensa, velada por su enorme fortaleza sobre un alcor y varios templos robustos distribuidos entre el extenso caserío.

Hisham, desde el pescante de la carreta, observa el amplio valle

y le viene a la memoria un viaje que hizo con su padre a Antequera, cuando ésta ya era un baluarte cristiano de gran actividad comercial por su situación fronteriza.

–¡Ya estamos cerca de mi tierra! En aquellas montañas a levante está Archidona, y a la derecha el Valle de Arroyo Marín, ahí nací y ahí me gustaría morir. ¡Doy gracias a Dios por permitirme volver sano y salvo! ¿Qué habrá sido de mis padres y mis hermanos? –Dice Galcerán con el brazo extendido mientras se le quiebra la voz y las lágrimas pugnan por salir.

–¿Cómo te apresaron los *Barbarroja*? –Pregunta Muhyí que cabalga a su lado.

Galcerán pasa la manga por sus ojos y sorbe con fuerza para despejarse la nariz.

–Mi padre y yo fuimos a la feria de ganado de Benajarafe, una aldea de la costa. Llevábamos los mejores corderos de la temporada para venderlos y comprar ovejas de cría. Hicimos una buena venta y al día siguiente quedamos emplazados para ir a la finca de un pastor a comprar varias ovejas. –Galcerán interrumpe el relato y cierra los ojos mientras respira con profundidad, más para olvidar que para recordar. De forma deliberada alarga su silencio para cobrar importancia para su relato. –Aquella noche hubo un ataque de corsarios a Benajarafe, el resto todos lo podéis imaginar. –Concluye lacónico con la voz ahogada, incapaz de dar más detalles.

–¿Y tú García? –Pregunta Hisham desde la carreta. –¿Cuál es tu historia?

–Mi relato es largo, amargo y descarnado. Esta noche, si Dios quiere, una vez que lleguemos a la casa de Galcerán, os lo contaré junto al fuego. Soy incapaz de hablar de ello con detalles sin un vaso de vino en la mano. –Responde García elevando el mentón con gesto de importancia.

Galcerán deja escapar una carcajada, da un codazo a Muhyí y le guiña el ojo mientras niega con la cabeza con gesto incrédulo.

En Antequera, junto a una fuente de piedra con tres bulliciosos surtidores, bajo frondosas palmeras, hacen una parada a petición de García, quien desaparece en dirección al castillo, después de adecentar sus vestimentas y atusarse el pelo y la barba.

–¿Para qué quiere ver al regidor? –Se pregunta Muhyí en voz alta.

–Este García no tiene el juicio sano, hace y dice cosas muy extrañas. Es un personaje misterioso, y no sé cuánto de verdad hay en su relato. A veces pone tanta sinceridad en sus narraciones que

inducen a pensar que lo que dice pueda ser cierto, pero no sé qué pensar... –Dice Galcerán mientras llena de agua un odre de piel de cabra.

Después de solazarse largo rato tras abrevar a los animales, ven llegar a García visiblemente azorado.

–Cuando queráis seguimos camino. –Informa a los compañeros a su llegada.

–¿Ya te ha recibido el alcaide? –Pregunta Galcerán en tono jocoso.

–No, el alcaide está en Ronda, pero he hablado con un oficial de la guardia. Después me he entrevistado con el prelado principal de la ciudad, le he explicado quien soy. Me ha dicho cosas muy interesantes. Debo ir a *La Bolteruela*, una villa en las sierras del norte de Granada que ahora pertenece a mi familia, allí empezaré a recuperar mi identidad y la posición que me pertenece.

A última hora de la tarde llegan al Valle de Arroyo Marín, una garganta angosta y sinuosa, en cuyo seno se acelera el anochecer. Por un camino que discurre por el margen derecho de un riachuelo ruidoso, bajo una bóveda tupida por álamos y frondosas choperas, intentan seguir el paso acelerado de Galcerán, apremiado por la cercanía de su hogar. El trino de los pájaros, buscando cobijo para la noche en la espesura, es ensordecedor. Entre los claros de las alamedas pueden ver las laderas escarpadas que amurallan la angostura, plagadas de negras encinas. En una curva del río, donde el valle gana amplitud, sobre unos cultivos aterrazados, aparece un grupo de casas humildes y humeantes. A la llegada de los transeuntes, los ladridos de los perros rompen la tranquilidad y los postigos de las puertas comienzan a crujir para satisfacer la curiosidad de los moradores de la aldea.

–¡Aquélla es mi casa! –Dice Galcerán señalando al fondo. –¡Y hay gente!

Una mujer vestida de negro y con la cabeza cubierta por un pañuelo anudado en la barbilla, tira del portón. Al verla, Galcerán salta de su montura con una agilidad increíble para su porte.

–¡Madre, soy yo, Galcerán!

La anciana se pasa la mano por los ojos e inclina la cabeza intentando afinar la vista.

Madre e hijo se funden en un abrazo interminable de lágrimas y sollozos, anhelado durante más de seis años.

En el interior de la modesta casa, sentados frente a una fogata,

Galcerán escucha las explicaciones de su madre, mientras repara en las huellas de sufrimiento que la desdicha ha tallado en su rostro. La mujer le participa de la marcha de sus hermanos a buscar fortuna a Sevilla, de la muerte de su padre hace poco más de un año, de la dureza de su vida en soledad y de la amargura de pensar que nunca más pudiera volver a ver a su hijo mayor. Galcerán la tranquiliza y le explica que él ha vivido bien estos años, aunque lamentando la ausencia de los suyos.

Isabel, que es como se llama la anciana, cuando consigue asimilar las emociones, se incorpora y se dispone a preparar algo para comer. Coloca una perola de barro al fuego sobre una trébede y vierte un generoso chorreón de aceite de oliva. A continuación pone varios puñados de hojas de *colleja* y en poco rato el ambiente se inunda de un olor exquisito. Mientras Gadea remueve la verdura con una cuchara de madera, la anfitriona sale de la casa apresurada. Al instante regresa con una hogaza de pan y una cesta con huevos, los cruje y los echa sobre las hojas de *colleja* ya fritas.

Sentados en corro, ponen la vasija de barro en el centro con el revuelto humeante. Galcerán saca una enorme jarra de vino mientras su madre trocea y reparte la hogaza. Durante un rato se hace el silencio y se suceden los envites a la perola para pellizcar con pedacitos de pan el sabroso manjar. La jarra de vino circula incansable por las manos de los hombres, hasta dejarla vacía en varias ocasiones.

–Es hora de contarnos algo de tu vida. –Dice Muhyí al concluir la comida, dirigiéndose a García.

–Por supuesto que lo haré, además con sumo gusto, pero antes es conveniente que os pongáis cómodos todos y que Galcerán saque otra jarra de vino.

Tras retirar la perola, vacía y rebañada, cada uno busca acomodo junto a la crepitante fogata. Esther se sienta en el regazo de su abuelo, Gadea reposa su cabeza sobre el hombro de Muhyí y Galcerán, tras rellenar la jarra de vino, se sienta junto a su madre y le coge las manos delgadas y encallecidas.

García toma un largo trago de vino y se pone en pie, camina por la estancia con parsimonia y carraspea con pavoneo tratando de centrar al máximo la atención en su persona.

–Yo soy García Álvarez de Toledo y Zúñiga, hijo primogénito de Don Fadrique, segundo Duque de Alba de Tormes. Seré por tanto el tercer Duque de Alba de Tormes a la muerte de mi padre. –Dice jactancioso y con etílica gangosidad.

–Disculpad vuestra excelencia que os aloje en esta humilde

morada, que ha de antojarse poco digna para vuestra ilustre persona. –Dice Galcerán conteniendo la risa y provocando carcajadas a los demás.

–Galcerán, sé que nunca te has tomado en serio mi historia, pero estoy acostumbrado a ello, y nada me apartará de alcanzar el destino que me corresponde por la nobleza de mi cuna. –Responde García visiblemente molesto.

–Continúa con tu relato, se adivina interesante. –Interviene Hisham tratando de apaciguar los ánimos, mientras hace un gesto cómplice a Galcerán.

García aboca la jarra y toma un trago más de vino, haciendo que le rebose por las comisuras de la boca. Se pasa la manga por la barbilla y sigue hablando.

–Como os decía, seré el tercer Duque de Alba de Tormes. Estoy casado con Beatriz, hija del Conde de Benavente y tengo seis vástagos. Mi hogar está en la bella ciudad de Alba de Tormes y allí me aguardan mi esposa y mis hijos. Yo, como tantos otros compañeros de armas, sufrí la aciaga jornada en Djerba contra el inconmensurable Barbarroja. El rey Fernando ansiaba dar un escarmiento a los Barbarroja, para ello ordenó ocupar la isla de Los Gelves, que es como llamamos los cristianos a Djerba. Yo era el comandante de una ingente flota enviada por el rey para someter a vasallaje la isla, pero debo reconocer que erramos los cálculos.

–Recuerdo aquella batalla. Nosotros ya estábamos bajo el mando de Aruj en esas fechas, pero no participamos en ella, pues estábamos navegando cuando los cristianos atacásteis Djerba. –Interrumpe Muhyí.

–Sí, en efecto, regresábamos de una travesía a Valencia, cuando al llegar supimos de la refriega y de las nefastas consecuencias para los cristianos. –Apuntilla Hisham.

–Pocos detalles puedo daros de esa batalla, si es que se puede llamar así, pues fuimos anulados por completo por los hombres de Barbarroja. El calor asfixiante, las dunas arenosas y la total falta de organización se confabularon también en nuestra contra. Murieron centenares… miles de mis hombres y muchísimos caímos prisioneros. Jaireddín, el menor de los Barbarroja, nos mandó encerrar en esas infames grutas subterráneas donde no distinguíamos la noche del día; sé que las conocéis, pero no las habéis sufrido como yo. Muchos hombres perdían el juicio por la escasez de alimentos y la falta de luz y de perspectivas. A través de los carceleros, hice saber a Aruj que yo era de noble linaje, y mi familia pagaría un buen rescate por mi persona.

–Es evidente que no fue así. Pedir rescate por los presos de posibles era lo habitual. ¿Qué ocurrió para que tu familia no se enterara de tu situación? –Interroga Muhyí, que ha empezado a tomarse en serio el relato.

–Es una historia amarga… tan amarga que me marcó para siempre. –Dice García bajando la cara y negando con la cabeza. –Fui conducido ante Aruj y cuando le dije que era hijo de uno de los hombres más poderosos de Castilla, chispearon sus ojos y me dijo que enviaría misivas a mi familia para pedir rescate. Yo esperé, consumido por la impaciencia, recluido en la húmeda oscuridad, aunque esperanzado. Al cabo de no sé cuánto tiempo, me llevaron ante Jaireddín, en una gran sala de la fortaleza de Borj El Kebir. El jefe corsario me informó que mi familia me daba por muerto en la aciaga batalla de Los Gelves y no pagaría ningún rescate. Me ofusqué y una mezcla de ira y de tristeza cayó sobre mí como una pesada losa.

Jaireddín debió apiadarse de mí, pues decidió confesarme la amarga verdad: mi hermano Pedro, enterado antes que mi padre de mi situación de preso en Djerba y con posibilidades de regresar si se pagaba el rescate, vio truncadas sus aspiraciones a llegar a dirigir el Ducado de Alba, pues yo soy el primogénito. Entonces ocultó la información a mi padre y él pagó el doble de la cantidad solicitada por los enviados de Barbarroja, pero no como rescate sino para que me dieran muerte y así asegurarse él la sucesión. Mi temor fue mayúsculo, pues los legítimos a ocupar mi lugar en mi ausencia son mis descendientes, en concreto mi hijo Fernando, y temía ya por la vida de mis vástagos más que por la mía. Podéis imaginar lo que sentí al saber de tamaña felonía, conjurada por alguien de mi misma sangre. El demonio se alojó en mi mente. Sabía que Jaireddín ordenaría que me dieran muerte, pues para ello le había pagado mi hermano, pero también pude ver que las ambiciones del corsario carecían de escrúpulos. Le ofrecí entonces poner mi espada y mi destreza como militar a su servicio para salvar mi cabeza. Jaireddín se lo pensó durante unos días, tras los cuales accedió con unas condiciones que, gracias al cielo, se cumplieron. Así es como conseguí mi libertad y en breve recuperaré mi lugar y ajustaré cuentas a los que me traicionaron.

Muhyí mira a su padre y a Gadea, nadie dice nada. Un ronquido de Galcerán interrumpe el silencio. Hisham le da un codazo y le dice:

–Muchacho te has quedado dormido y no has escuchado la historia de García.

–La he oído tantas veces que podría recitarla de memoria. Este hombre tiene una imaginación desbordante.

–No me crees, pero aun así mantengo la promesa que te hice: cuando sea Duque de Alba de Tormes quiero que seas uno de mis capitanes, enviaré a mis hombres a buscarte. –Sentencia García que permanece en pie con la cara elevada, la mirada perdida en el techo y las manos asidas a su cinturón con porte marcial.

Todos sonríen con cautela y se miran entre ellos con complicidad ante las increíbles divagaciones de García. Muhyí valora con gesto serio el relato que acaba de escuchar, parece coherente y creíble de ejecutar por personas ambiciosas en desmesura. Sabe que la avidez de poder de los hombres no conoce límites.

Una tempestad de lluvia, granizo y nieve les impide durante días abandonar la casa de Galcerán en el Valle de Arroyo Marín. Reconfortados por la hospitalidad de Isabel y nutridos por modestas comidas y cálido vino, aguardan que el cielo se despeje y los caminos se vuelvan transitables.

Llevan más de una semana en la aldea y han estrechado lazos con los vecinos.

Esther ha disfrutado, por primera vez en su vida, de juegos con otras niñas y niños de su edad. Muhyí y Gadea han comprobado que la felicidad puede ser algo tan sencillo como ver a su hija correr y reír. Gadea ha llegado a sugerir que no le importaría quedarse a vivir en aquel sitio maravilloso, pues unos ancianos incluso le han ofrecido a Muhyí la posibilidad de cuidar sus tierras como aparcero. Pero Muhyí sabe que su padre anhela regresar a *Hisn Xenex*, aunque solo sea por cerrar un círculo con su pasado, y él tiene que cumplir el encargo de Ruy Crespo y entregar los documentos. Respecto a estos extraños manuscritos empieza a incomodarse, pues ve como su obsesión por cumplir el cometido está dirigiendo su vida. Conoce bien lo que sufrió su familia por algo parecido, cuando *Yahya Al Nayar* encargó a su padre la custodia del misterioso cofre.

–Tal vez no sería una mala idea quedarnos a vivir en este hermoso lugar, como dice Gadea. Mi padre lo aceptaría. –Piensa Muhyí sentado bajo una encina mientras mira a su hija y varios niños más jugando a un juego en el que trazan rayas en el suelo y lanzan piedrecitas. *–No sé, lo que sí es seguro es que volveré a ver a Galcerán, siempre y cuando no se haya ido a servir de capitán con Don García Álvarez de Toledo, tercer Duque de Alba de Tormes.* –Continúa pensando con una sonrisa en el rostro.

Una mañana de un sol tibio que borra las escarchas con su sola mirada, tras despedirse de Galcerán y su generosa madre, Muhyí y sus acompañantes siguen camino tras casi dos semanas de estancia en Arroyo Marín.

Tras subir las exigentes cuestas para salir del profundo valle, mediado el día, llegan a las cercanías de Archidona, una villa de casas blancas colgadas a los pies de su fortaleza, rodeada de fértiles cultivos de olivares y huertos con frutales variados.

–¡Muhyi! ¡Muhyí! ¿Eres tú? –Grita la voz desesperada de un hombre que pastorea ovejas junto al camino, en una loma alfombrada de hierba tierna, salpicada de encinas.

El joven tira de las riendas, sorprendido de ser reconocido por alguien en un lugar en el que nunca ha estado. Hisham refrena las mulas y se pone la palma de la mano sobre los ojos para evitar el sol que tiene de frente, tratando de distinguir al hombre que llama a Muhyí.

–¡Soy Diego, Diego de Fernández! –Dice el pastor saltando una pedriza con dificultad.

–¿Diego? ¡No puede ser, te dábamos por muerto! –Grita Hisham desde el pescante del carro, cuando escucha el nombre de su amigo.

Diego se acerca a ellos, se quita un tosco sombrero de fieltro con las alas raídas, y saluda efusivamente a Muhyí que ha saltado del caballo. Hisham se apea del carro y se funde en un abrazo con su compañero de penalidades durante tantos años.

–¡Creíamos que el malnacido de Omar te habría matado! –Dice Hisham mientras contempla la cara desfigurada de su amigo por una cicatriz aburuñada en el pómulo derecho.

–No lo consiguió, y eso que lo intentó con denuedo, veo que tampoco contigo, amigo. –Responde Diego con su habitual jovialidad, dando una palmada en la espalda de Hisham.

–Sí, Dios nos ha dado una oportunidad, y ha sido tan generoso que nos ha permitido volver a nuestra tierra, y que nos podamos encontrar de nuevo. –Asiente Hisham mirando a su gente.

–¿Cómo conseguiste sobrevivir a las garras de Omar? –Inquiere Muhyí.

–Aquel día llegó a las rocas, cuando yo estaba con tu padre y tu hija, venía acompañado por dos hombres, corpulentos y malcarados, como él. Mientras Omar discutía con tu padre, los otros dos me maniataron, me golpearon y me llevaron a una Galera. Allí siguieron sacudiéndome sin piedad hasta hacerme perder el conocimiento. Después de uno o dos días, no recuerdo con

exactitud, el barco se hizo a la mar. Hicimos una larga travesía, creo que hacia Argel. Una noche, navegando cerca de la costa, Omar me llevó a la cubierta, y me arrojó al mar, después de acuchillarme por todo mi cuerpo con una saña inhumana. –Relata Diego al tiempo que sube su camisola y muestra costurones negros por todo su cuerpo. –Pero Dios fue piadoso y quiso que unos pescadores me recogieran del agua al amanecer, justo antes de perder las fuerzas para mantenerme a flote. Días después, cuando mis heridas empezaron a sanar, tomé un barco que partía de *Bujía* hasta *Almariyya*, y desde allí conseguí llegar a mi tierra. –Concluye Diego abriendo los brazos con humilde complacencia.

–Pues de esa alimaña ya no tienes que preocuparte. –Interviene Muhyí con gesto serio. –Cuando salía de Argel, con mi libertad y la de los míos conseguida, me lo encontré en el puerto, seguramente haría escasas horas que te habría arrojado a ti por la borda. Allí acabó su funesta existencia, luchó como un cobarde y como tal huyó saltando al agua. En aquel puerto debió morir desangrado, devorado por las fieras del mar. –Concluye Muhyí rígido y enervado con solo recordar la escena.

–Pero… ¿Tú no viste a Omar agonizar? ¿Has dicho que saltó al mar todavía con vida? ¡Para dar por muerto a ese hijo de Satanás habría que quemarlo vivo, luego coger el polvo de sus cenizas y mezclarlo con aceite hirviendo y finalmente prender ese aceite hasta que se consuma! –Exclama Diego con los ojos como platos y las venas de la garganta marcadas como cuerdas. –Cuando me tuvo preso en la bodega del barco me interrogó durante horas sobre vosotros. No consiguió sacarme nada y por eso me torturó con saña. Sabe mucho sobre ti Hisham, mucho más que yo que he pasado tantos años contigo, sabe cuál es vuestro destino y lo que allí os espera. Y hacia ti Muyhí… hacia ti siente un odio inenarrable. Ese Omar es un monstruo. No vayáis a *Hisn Xenex*, si ha sobrevivido os buscará, no alberguéis duda sobre eso. Quedaros a vivir aquí, en mi casa hay espacio y el campo necesita de brazos para trabajar. –Concluye Diego con la cara aterrorizada.

–No hay de qué preocuparse, cuando se arrojó al mar estaba tan mal herido que es absolutamente imposible que sobreviviera. –Dice Muhyí tratando de convencerse.

Diego niega con la cabeza arrugando la boca, y dice.

–Quiera Dios que así sea. Pero yo también fui arrojado al agua dándome por muerto y aquí estoy.

– 22 –
LA CIUDAD BERMEJA

Cercanías de la alquería de Tájara, 18 días del mes de Dhu al-Hiyya, año 922 de la Hégira.
(Enero del año 1.517 del calendario Cristiano)
(Mes de Shevat del año 5.277, calendario Hebreo)

A petición de Hisham, el grupo se ha quedado varios días en Archidona, en la modesta casa donde se aloja Diego. Los antiguos compañeros de trabajos forzados en la cantera del presidio de Fez no se han separado ni un instante durante esos días: han hablado, han reído y han bebido hasta emborracharse, prometiéndose ambos que harían lo imposible por volverse a ver.

Diego le ha contado a Hisham sus planes de futuro: vive en casa de un hermano de su madre. Se hará cargo del rebaño de cabras y de las tierras, propiedad de un poderoso noble sevillano, que viene cuidando su tío, ya anciano, enfermo y sin hijos. También anda cortejando a la hija del herrero, una moza metida en años a la que el amor le ha sido esquivo; las cosas parecen ir por buen camino, pues el propio herrero le ha dado el visto bueno.

Hisham se marcha satisfecho y reconfortado de ver a su leal compañero con la vida encaminada hacia un destino de humilde felicidad.

El día ha nacido brumoso y frío, igual que la noche que lo ha alumbrado. Una espesa niebla aterrada en las llanuras, humedece de forma palpable el ambiente. Atraviesan las extensas vegas del Genil, contemplando, en la lejanía, sobre el manto algodonoso de las brumas, la imponente mole blanca y majestuosa de las montañas granadinas. Esther las admira fascinada, con los ojos como platos y la boca abierta.

–¡Oh abuelo, esas montañas llegan al cielo! –Exclama la niña soltando una estela de vaho cálido.

–Están muy cerca del cielo, pero no pueden llegar a tocarlo. En una de esas cumbres está la tumba del sultán *Muley Hacén*. –Dice Hisham apretando el brazo con el que cobija a su nieta, sentada a

su lado en la carreta.

–¡Ah sí, recuerdo esa historia! Ese hombre era el hermano de *Al Zagall*, que también fue sultán de Granada y después de *Almariyya*. *Al Zagall* era tu amigo. ¿A que sí?

–Así es pequeña, veo que no olvidas lo que te cuento. Cuando estemos en *Hisn Xenex* te llevaré a visitar la fabulosa *almunia* de *Torre Asuad*, donde *Al Zagall* pasaba temporadas de reflexión y solaz.

–¿Y por qué tenemos que ir a *Hisn Xenex*? Podríamos quedarnos a vivir en Granada. García no para de hablar de esa ciudad y dice que es la más bonita del mundo.

–Es cierto que es una ciudad hermosa, sin igual en lo que yo conozco; sin embargo es necesario que vayamos a *Hisn Xenex*, no para quedarnos a vivir allí, pues no sabemos ni siquiera en que situación está aquella villa. Ya sabes que en *Hisn Xenex* está enterrada una parte importante de mi pasado, que ha condicionado el destino de nuestra familia: allí nos aguardan cosas muy valiosas. Además, tu padre tiene que cumplir un importante encargo de Ruy Crespo, un hombre que le ayudó mucho. Por lo demás, me es indiferente dónde decidamos vivir, no veo ningún problema en venirnos a Granada. –Explica Hisham a su nieta con voz tranquila.

–Lo entiendo abuelo, es igual donde vivamos, lo importante es que estemos todos juntos. Pero me gustaría ver Granada ya que pasaremos cerca. Si nunca vuelvo por aquí, me quedaré sin verla. –Suplica la pequeña acariciando con su manecita la piel curtida de la mejilla de su abuelo.

–Pero debes tranquilizarte, no llegaremos a Granada hasta mañana por la tarde.

Tras pasar la noche en una alquería llamada *Tájara*, reanudan al camino al amanecer. Durante todo el día han de seguir la umbría y transitada senda que discurre junto al serpenteante curso del caudaloso Genil. Muhyí no ha visto jamás huertas tan feraces y vastas como las que alfombran los márgenes del generoso río. Interminables líneas de árboles frutales cubiertos de flores de distintos tonos que van del rosa al blanco puro, delimitan las parcelas de tierras oscuras primorosamente aradas. Hay frondosas higueras, bajo cuyo porte podría construirse una aldea, enormes palmeras que rasgan el cielo, espesos bosques de arbustos que sumergen sus raíces en el río y tupidos cañaverales llenos de aves que gritan sin descanso. Los prados de cereales lucen una variada gama de matices verdes, salpicados por millares de destellantes gotas de rocío que el tímido sol todavía no ha conseguido apagar.

–¡Ahí la tenéis! ¡Granada, la ciudad bermeja! ¡Y su majestuoso palacio! ¿Acaso hay algo tan bello en las infames tierras de *Berbería*? –Exclama García señalando con el dedo, justo después de doblar el recodo del camino.

Todos alzan la cara y contemplan en lontananza, la extensa ciudad amurallada, tendida sobre suaves colinas en torno al brumoso río Darro. Una ciudad postrada ante su portentoso vigía de piedra dorada: la Alhambra, y coronando la bella estampa, las cumbres nevadas de la sierra, agrisadas por el atardecer.

Con los últimos claros del día, llegan al pie de las murallas granadinas. Ante la puerta de Elvira se alinean carretas, caballerías y gentes a pie. Lo soldados que custodian la entrada, examinan las mercancías y piden documentos a los que pretenden el acceso.

Hisham y Muhyí se miran, sabiendo que no tienen cédulas de identidad. García se adelanta y se pone al frente del grupo.

–Dejadme hablar a mí con el oficial de las puertas. Yo tengo salvoconducto por mi noble origen.

García muestra un documento a un joven soldado con cara de niño que de inmediato les franquea la entrada, inclinando el torso y haciendo casi una reverencia.

–¿Qué es eso que le has mostrado a los guardianes? –Se interesa Muhyí.

–Es una *albalá* lacrada por el comendador de Antequera, con esto podríamos entrar hasta en el dormitorio del rey. –Responde García carcajeándose con suficiencia.

–Nunca vas a dejar de sorprendernos. –Interviene Hisham.

Siguiendo a García, progresan por las estrechas callejuelas atestadas de gentes nerviosas que van y vienen. Las campanas de todas las iglesias comienzan a repicar con insistencia provocando una sensación de desasosiego entre los transeúntes.

–¡Algo ocurre, es el toque de arrebato! –Informa García con gesto preocupado.

De pronto, un batallón de soldados a pie se abre paso a empellones entre la multitud. A la cabeza de la mesnada va un oficial alto de piel morena y barba afilada. Cuando pasa junto a García ambos cruzan la mirada y, sin decir nada, se quedan de pie uno frente al otro, hasta que finalmente se abrazan efusivamente. Se apartan a un lado de la calle y durante unos instantes conversan animosamente, riendo, gesticulando y braceando con intensidad.

–Es un buen amigo. –Informa García cuando vuelve junto a sus compañeros. –Es Alonso de Granada y Venegas, antes llamado Alí

Omar Al Nayar, ahora es uno de los hombres más poderosos de esta ciudad.

–¿Conoces a Alí Omar? ¡Es el hijo de Yahya Al Nayar! Su padre fue el traidor que condenó a mi familia a una vida de sufrimientos sin medida. –Exclama Hisham con los ojos muy abiertos y apretando los puños.

–Pues sí, conozco bien a Alí Omar, hemos batallado juntos en *Berbería*, es un gran militar. Y también conozco a su padre, Yahya Al Nayar, al que los reyes concedieron el título de regidor perpetuo de Granada. Los Al Nayar han sido una de las familias más poderosas de esta ciudad, y por lo visto lo siguen siendo. Por cierto, mañana iré a comer a su casa, si queréis me podéis acompañar, Alonso ha insistido mucho en que acuda, e incluso os convida a vosotros también. –Concluye García.

Hisham nota como se le acelera el pulso, querría huir, salir de inmediato de Granada, o tal vez quedarse hasta conseguir encontrarse cara a cara con el taimado Al Nayar y ceñir sus manos sobre su cuello hasta ahogarlo. Pero sabe que lo segundo es imposible, además de muy arriesgado para todos. Deben abandonar la ciudad cuanto antes.

Han pasado la noche en una humilde posada en el barrio del *Sened*, un arrabal mugriento y embarrado de cuestas imposibles en la ladera del Albaicín. García sale temprano, viste sus mejores ropas y se dirige a la zona noble de la ciudad.

Muhyí sale a dar un paseo por la ciudad con la pequeña Esther. Suben por las empinadas calles empedradas hasta la zona más elevada del barrio del Albaicín. Sentados en un murete, contemplan, al otro lado del río Darro, la dorada belleza de la Alhambra, cuya beldad se crece al recibir los primeros rayos de un tenue sol invernal. Ambos están maravillados al ver tanta belleza. Después bajan hasta la ribera del río, una ajetreada calle llena de baños, bazares y tahonas que desprenden embriagadores olores a pan recién horneado. Muhyí entra en uno de los hornos y compra a su hija un bollo de pan de aceite cubierto con almendra molida y miel.

A media mañana, de regreso a la posada, se encuentran con García, que parece especialmente alegre.

–Tengo buenas noticias para vosotros. –Informa el cristiano nada más verlos.

–¿De qué se trata? Se te ve muy contento. –Se interesa Muhyí.

–Vengo de visitar al arzobispo de Granada, el excelentísimo

señor Antonio de Rojas Manrique, pariente de mi madre. Él me ha dado esto. –Dice García mostrando unos pergaminos atados con un lazo azul oscuro.

–¿Qué es eso?

–Son cédulas de identidad para todos vosotros. No podéis continuar por el mundo sin identificación. Ahora debéis comportaros como *moriscos*, como conversos a la fe cristiana; y tenéis nuevos nombres. Conservad estos documentos y recordad cómo os llamáis si apreciáis vuestra vida.

–¿Cómo lo has conseguido? –Pregunta Muhyí, pensando que quizá García sí sea en efecto el noble que dice ser.

–Ya te he dicho quién soy: el futuro Duque de Alba de Tormes; seré por tanto uno de los hombres más destacados del reino. Conozco bien a las gentes poderosas y así es fácil conseguir cuanto se quiera. –Responde García, moviendo la cabeza y pestañeando con frivolidad.

–Gracias por tu ayuda, no tenemos con que pagar lo que haces por nosotros. Por cierto, mañana mismo hemos de continuar el camino, así lo quiere mi padre. ¿Nos acompañarás o te quedas en Granada? –Interroga Muhyí palmeando la espalda de su amigo.

–Me temo que nos quedaremos todos. Las cosas están muy tensas. Al parecer, grupos de *moriscos* andan revueltos y hay conatos de levantamientos contra el poder cristiano en los valles de *Al Buxarrat*. Las autoridades granadinas han cerrado las puertas de la ciudad y una ingente tropa cristiana está acuartelada en el castillo de El Padul, en espera de un ataque sobre los exaltados. Tendremos que permanecer aquí el tiempo que sea necesario; dada la situación, éste es un lugar seguro.

–A mi padre no le va a gustar tener que retrasar aún más nuestro viaje, anhela llegar a *Hisn Xénex*.

–Para él tengo otra noticia que seguro le alegrará. –Concluye García dibujando una amplia sonrisa en su rostro.

Antes de mediodía Muhyí y su familia acompañan a García a la casa de Don Alonso de Granada. Se han adecentado lo mejor que han podido, aunque sus ropas no son las adecuadas para la ilustre casa que les agasaja. Hisham va refunfuñando y de mala gana. A regañadientes ha decidido acompañarlos a comer a la casa del hijo de uno de los hombres que más ha odiado en su vida. Lo hace solo por complacer a García, que tanto les está ayudando, y después de saber, para su sosiego, que Yahya Al Nayar murió hace ya años en la villa de Andarax.

–Padre, ¿estás seguro que ese hombre no te reconocerá? –Pregunta Muhyí temeroso.

–No me reconocería ni el mismo Al Nayar, las huellas del tiempo y los sufrimientos me protegen de mis antiguos enemigos. Además, Alí Omar era solo un muchacho cuando lo vi por última vez, yo tampoco lo reconocí ayer a él.

Antes de cruzar el río, en una amplia plazuela, un hombre sentado tras un humeante brasero les ofrece vino especiado. García se acerca al vendedor y le entrega unas monedas a cambio de tres toscos vasos de cerámica rebosantes de la cálida y olorosa bebida. Mientras se reconfortan con pequeños tragos, Muhyí repara en un mendigo que tirita agazapado en el suelo como un puñado de ropa vieja. Se acerca a él y le entrega el vaso de vino caliente. El menesteroso levanta la cara labrada de profundas arrugas y da las gracias abriendo los ojos lechosos. Con avidez, de un sorbo, apura todo el vino, mientras una pequeña parte le chorrea por las junturas de los labios llagados.

–Gracias señor, que Dios os premie por vuestra generosidad. Permitidme que os obsequie con unos versos. El trovo es la única riqueza que poseo. –Dice el mendigo incorporándose con apuros.

–Adelante, te escuchamos. –Interviene Hisham.

¿Qué esperaban cosechar
los sembradores de sales?
¿Qué aguardan desenterrar
los que enterraron maldades?
¿Acaso esperan morir en paz
si vivieron como infames?

Hay una justicia divina
y su aliado es el tiempo
que cobrará por su inquina
el más elevado precio.

–Permíteme un consejo trovador. No pronuncies esas soflamas en público si quieres prolongar tu penosa existencia. –Aconseja García dejando una moneda de cobre en la mano negra y encallecida del desdichado.

A la hora convenida llegan al barrio de los alfareros, y se detienen ante la entrada de una casa–fortaleza de varias alzadas, adosada a la muralla. Su fachada, de sillares de piedra, es sobria y

lisa, aunque está discretamente blasonada. Solo hay una puerta grande y cuadrada en la planta baja, dos balcones gemelos en la principal y dos ventanucos a modo de aspilleras en las almenas que coronan el frontal.

Un mozo con librea oscura de botones dorados dobla la cintura y bate el brazo invitándoles a entrar.

–Adelante, Don Alonso les espera en la sala de los ilustres.

Tras atravesar el zaguán, entran a un patio rodeado por una galería arcada. El suelo está empedrado formando cuatro grandes triángulos, y hay numerosos tiestos con plantas verdes. Por un extremo del claustro acceden a la escalera, con peldaños y balaustrada de mármol blanco, que les conduce al distribuidor de la planta principal. El sirviente les abre las dos hojas de una gran puerta de madera labrada y ante ellos aparece un inmenso salón rectangular, con paredes adornadas por mosaicos de guerreros y el techo profusamente decorado con coloridas filigranas en yesería e inscripciones doradas sobre fondo negro. Al final de la sala, tras una gran mesa primorosamente engalanada con mantelería de seda, cubertería de plata y candelabros de oro, junto a la chimenea, aguarda el anfitrión; en pie, sonriente y con una copa de cristal en la mano.

Sentados a la mesa, regalados con la suave música de un *rabel*, los comensales disfrutan de un suculento menú. Ante ellos hay panecillos recién horneados, cuencos con ensaladas y bandejas de quesos con carne de membrillo. Al poco, los sirvientes comienzan a traer platos calientes: un puchero de sopa de gallina, una cazuela de guiso de caza con verduras y costillares de cordero braseado aderezado con una salsa de miel especiada. Una sirvienta se ocupa exclusivamente de servir la bebida. Es una muchacha morena, de sonrisa pícara y ojos grandes y cálidos. Permanece junto a una mesa auxiliar llena de jarras de licores, rellenando las copas de los convidados. García no le aparta la vista y la joven le corresponde con medias sonrisas y oportunas caídas de párpados, incluso consiente disimulados roces cuando se acerca a servirle vino.

Tras la comida, prolongan la sobremesa junto a la chimenea, degustando dulces, aguardientes y licores de canela. La pequeña Esther se deleita con un cuenco de trocitos de frutas caramelizadas mientras se balancea en un caballito de madera. El anfitrión invita a García a acompañarle a una salita contigua, para conversar a solas de cosas importantes. La charla se prolonga durante más de una hora, en la que García engulle varias copas de orujo de cerezas.

A media tarde, García comienza a sentirse indispuesto y deciden abandonar la casa de Don Alonso de Granada, no sin antes agradecer la grata hospitalidad.

A mitad de camino hacia la posada, el cristiano empieza a tiritar y a sudar copiosamente. Su piel toma un color cerúleo y las piernas le comienzan a fallar. Clavado de rodillas en un callejón, vomita hasta que las arcadas amenazan con arrojar su propio estómago por la boca. Muhyí y Gadea lo toman por las axilas y lo arrastran hasta la posada. Al llegar lo dejan caer en un jergón convulsionando, semiinconsciente.

–¡Me han envenenado! ¡Ese cabrón insistió en invitarme a comer para envenenarme! Es cómplice de mi familia. ¡Protegeos de él! –Dice García en un momento de lucidez, escupiendo salivajos amarillentos.

–Busca aceite, se lo daremos a beber para diluir la toxicidad. Es lo único que se me ocurre. –Dice Hisham a Gadea.

–Yo iré a buscar a un médico, preguntaré al posadero. –Interviene Muhyí yendo hacia la puerta con desesperación.

–Está emponzoñado, no hay salvación para él. Morirá en horas y nada se puede hacer. Por los síntomas, creo que es extracto de *acónito* lo que ha ingerido. Últimamente es demasiado frecuente el uso de este veneno mortal. –Sentencia el viejo sanador que ha traído Muhyí, agachado junto al cuerpo casi sin vida de García.

Al día siguiente de la muerte del cristiano, Muhyí intenta ser recibido por el arzobispo granadino, para informarle del fallecimiento de su pariente. No lo consigue, por lo que sube al barrio del Albaicín y habla con el párroco de una pequeña capilla. Un sacerdote grueso, con la piel blanca y grandes ojeras, se compromete a decirle una misa de difunto a García, antes de darle cristiana sepultura en un cementerio de los arrabales. A cambio exige un generoso donativo para la parroquia, sin poder evitar que una sonrisa le curve los labios.

Tras los oficios, cargan el cuerpo del finado en la carreta y el exiguo cortejo fúnebre, encabezado por el cura, sale de la ciudad en dirección al camposanto.

Muhyí percibe sobre ellos una amenaza latente desde el envenamiento de su compañero, sabe que no están seguros y cualquiera de ellos puede ser una próxima víctima.

Aprovechando que están todos fuera de las murallas y tienen la

carreta y las mulas, propone a su padre huir de Granada tras enterrar el cuerpo de García.

– 23 –
HISN XENEX

Hisn Xenex, 9 días del mes de Safar, año 923 de la Hégira.
(Marzo del año 1.517 del calendario Cristiano)
(Mes de Adar del año 5.277, calendario Hebreo)

Esperanzados, aunque extenuados por semanas de camino y penalidades infringidas por el duro final del invierno, Muhyí y su familia se acercan por fin a *Hisn Xenex*. Es medio día cuando llegan a la alquería de *Uzel*. Los recuerdos se amontonan en la mente de Hisham: desde aquí huyó a *Gualeila* tras la emboscada a los soldados cristianos. Lo hizo con el paladar amargo por dejar una parte de su vida atrás.

–Ha cambiado hasta el paisaje. Antes todas estas tierras eran fértiles huertas llenas de frutos, y en esas viviendas que hoy están casi derruidas vivían muchísimas familias. En aquélla de allí planeamos el ataque a los soldados cristianos que vinieron a arrasar el pueblo; conseguimos matarlos a todos. ¡Ya solo queda desolación y abandono! –Dice Hisham con tristeza.

–¿Es posible que *Hisn Xenex* esté totalmente deshabitado? Desde que hemos salido de *Thabernax* no hemos visto a nadie, y estos caminos se ven poco transitados. –Advierte Muhyí.

–No sé, espero que no. Prefiero no imaginarlo así. –Responde Hisham negando con la cabeza. –Paremos aquí, junto a este pozo, para descansar y abrevar los caballos. –Añade señalando un brocal de piedra casi cubierto de maleza junto a un cañaveral.

De repente, de entre los espesos matorrales, surge un ser que casi no parece humano. Tiene melena y barbas blancas, largas y amasadas de suciedad, viste con restos de ropa jironada que apenas cubren su cuerpo de piel oscura como el cuero. Se acerca a ellos y se postra de rodillas alargando los brazos con las palmas abiertas esbozando una sonrisa tétrica.

Muhyí extiende los brazos intentando proteger a su familia de la extraña aparición y, acto seguido, esgrime su puñal a la defensiva.

–¿Quién eres? ¿Qué quieres de nosotros? –Inquiere el joven con el cuerpo tenso.

–No temáis señores, solo os pido caridad. Soy Jartún, el cancerbero de las siete puertas. –Responde el andrajoso con voz gutural, después carcajea de forma desacompasada y añade: –Hace años cometí crímenes atroces, de los que no me arrepiento. Los malvados me buscan para darme muerte. No digáis que me habéis visto si no queréis que la maldición del Poderoso caiga sobre vosotros.

El viejo desconocido clava la mirada en Hisham, y lo escruta durante instantes. Muestra cara de sorpresa, con la boca abierta y señalando con el dedo.

–¡Y tú…, tú te arrepentirás de haber vuelto! –Concluye el anciano.

Hisham se estremece incómodo, y un escalofrío recorre su espalda. Sonríe forzadamente y mueve la cabeza con lástima. Saca una hogaza y un pedazo de queso y se lo entrega. El desconocido lo toma y gruñe satisfecho como un cachorro amamantándose. Se gira con un movimiento felino y desaparece en la espesura de la que ha surgido.

–Los ojos de ese hombre me recuerdan a alguien, pero no puedo saber a quién. –Dice Hisham mientras arruga la boca y cierra los ojos, buceando en sus recuerdos.

A media tarde llegan a *Hisn Xenex*. Es un pueblo fantasma, algunas casas son ya montones de escombros, y las que quedan en pie tienen las hojas de puertas y ventanas arrancadas. Toda la vega está inculta y tupida de maleza. A través de las callejuelas, llenas de matojos, suben a la plaza y continúan sin ver a nadie; sin embargo una casa, frente a lo que fue la mezquita, parece habitada. La hoja de un postigo que se cierra denota que son observados por alguien desde el interior.

Muhyí baja del carro y golpea la aldaba. Desde un ventanuco, un anciano desconfiado pregunta qué quieren. Tras intercambiar un saludo, el viejo pierde el miedo y sale de la casa.

–Soy el único habitante del pueblo, mi esposa ha muerto a principios de invierno y mis hijos fueron reclutados a la fuerza para el ejército del conde. Hace meses que no sé de ellos. Yo solo aguardo la llamada de Dios, tengo más de setenta años así que no me puede quedar mucho. –Explica abatido el anciano.

Es un hombre ajado, con barba blanca y pelo desordenado, de cuerpo bajo y con aspecto de haber sido muy grueso en su lozanía.

–¿Como os llamáis señor? –Pregunta Muhyí.

–Soy Bahir, y vosotros, ¿Quién sois y qué habéis venido a buscar

aquí?

Hisham afina los ojos y observa con detenimiento al viejo. Baja de la carreta y se acerca a él.

–¿Eres Bahir? ¿Bahir ben Hailúm, el molinero? –Pregunta finalmente con insistencia.

–Lo soy. ¿Acaso nos conocemos?

Hisham abre los brazos frente a él y exclama:

–Soy Hisham, el hijo de Saleh, el yerno de Yawad. Tú te ocupabas de mi molino. ¿Me reconoces ahora?

Los dos se abrazan y se separan para volverse a mirar. Hisham le presenta a su familia, y pasan el resto de la tarde conversando en casa de Bahir, junto al fuego, contándose las penalidades sufridas por cada uno desde que se separaron.

Bahir explica con detalle lo acontecido en *Hisn Xénex* desde la marcha de Hisham.

–Estas tierras fueron entregadas por los reyes cristianos a un noble llamado Juan Téllez Girón, Conde de Urueña. Tan solo estuvo por aquí en dos ocasiones, de eso hace ya bastantes años. –Dice Bahir con desprecio. –He oído decir que el Conde de Urueña vendió sus posesiones a un tal Enriquez, Señor de Baza y tío del rey Fernando, pero eso no lo se con seguridad. Lo cierto es que no solo estas tierras, sino todas las comarcas ahora rinden tributo a los señores que ayudaron a los reyes en la conquista de Al–Ándalus. Ese fue el pago por los servicios prestados. Esos nobles son gente muy rica y con grandes posesiones que deben rentarle más que estos míseros y despoblados territorios, a juzgar por el poco aprecio que le hacen. Pero los reyes se reservaron para sí las mejores zonas, todos los pueblos de la costa y la ciudad de *Almariyya*, son territorios de la corona. Ah! ¿Recuerdas la *almunia* de *Torre Asuad*?

–Por supuesto que la recuerdo, era propiedad del sultán *Al Zagall*. –Asiente Hisham.

–Pues esa finca, a la que ahora llaman Torre Negra, ha sido también reservada a la corona. Tras la capitulación de *Almariyya*, a *Al Zagall* le permitieron mantener algunas posesiones, *Torre Asuad* era una de ellas. Después se marchó a *Berbería*, y todas sus posesiones pasaron a la corona.

–¿Por qué no hay nadie? ¿Por qué abandonaron las gentes este lugar? –Se interesa Muhyí extrañado.

–Todas las comarcas del interior están casi despobladas desde hace años. El proceso comenzó con la pragmática de conversión forzosa dictada por la reina Isabel pocos años antes de su muerte: todos los musulmanes debían convertirse al cristianismo o

abandonar Al-Ándalus. Además, a los que se quedaron, el recaudador del conde les exigía unos impuestos imposibles de pagar, y por todo ello las gentes se fueron marchando. Finalmente solo quedamos diez familias en *Hisn Xenex* y dos o tres en Torre Negra. Después el conde trajo a una veintena de cristianos de las tierras del norte, para repoblar y cuidar los campos, pero eran gentes blandas para estos duros terrenos. A los pocos meses todos abandonaron estos parajes y se marcharon, unos a las villas de la costa y otros volvieron a sus lugares de origen. Ya solo quedo yo… y un loco que malvive en una cueva de *Uzel*, hace meses que no sé de él, es posible que haya muerto ya. –Concluye Bahir con un profundo suspiro.

–Sigue vivo, hoy hemos visto a ese demente haraposo. ¿Quién es? Me recuerda a alguien. –Pregunta Hisham.

–Es Jartún, el antiguo alguacil. Él fue quien organizó una magnífica emboscada a los cristianos que asolaron este pueblo. En ella les dieron muerte a todos y desde entonces al lugar donde ocurrió recibió el nombre de Hoya de la Matanza.

–¿Cómo no lo he reconocido?...Yo participé en esa refriega. –Exclama Hisham llevándose la mano a la frente.

–Pues él parece que sí te ha reconocido a ti. –Apostilla Muhyí.

–Entonces el viejo Jartún no está tan loco como creía. ¡Pobre hombre! –Comenta Bahir.

–¿Has dicho antes que en *Torre Asuad* viven algunas familias? ¿Cómo me gustaría volver a ver esa magnífica *almunia*? Era un pedazo del paraíso en la tierra. –Se interesa Hisham suspirando de añoranza.

–Pues allí no ha cambiado nada, sigue siendo un lugar idílico, lleno de esmerados cultivos, rebaños que pastan relajados y gentes que trabajan con humildad. Es como un oasis en este desierto de desolación y abandono. Yo conozco bien al capataz, si pasáis por allí decidle que vais de mi parte y seréis bien recibidos. –Expone Bahir satisfecho.

–Sí, sería una magnífica idea. –Tercia Muhyí.

–¿Y la fortaleza? ¿Qué le ha ocurrido? –Pregunta Hisham apuntando con el brazo a través de un ventanuco hacia lo alto de la montaña.

Bahir mueve la cabeza y arruga el cejo, contrariado.

–Eso ocurrió pocos años después de la conquista cristiana. Tras comenzar las primeras rebeliones de los musulmanes que no soportabamos el yugo de los *rumís*, la corona envió a una mesnada de soldados cristianos, que se empleó durante meses en destruirla,

hasta casi no dejar piedra sobre piedra. Derruyeron las diez torres y los lienzos de murallas, volaron con pólvora las construcciones del interior y cegaron los aljibes. Decían que para evitar que los díscolos con el poder se encastillaran y se hicieran fuertes.

El anciano se pone la mano sobre la frente, negando con la cabeza con gesto de incredulidad, manteniendo unos instantes de espeso silencio, antes de continuar.

–Y tu casa, si ves la que era tu casa no darás crédito… la destruyeron y la quemaron el mismo día que te marchaste. Lo arrasaron todo, aplicándose con una saña nunca vista. –Dice Bahir dando un manotazo en horizontal al aire. –¿Por qué te fuiste Hisham? Se habló mucho de tu huida, pero cada uno decía una cosa distinta sin saber cuál era realmente la verdad. –Concluye mirando fijamente a los ojos a su interlocutor.

–Es una larga historia Bahir, prometo contártela entera, pero ha de ser otro día. Antes del anochecer me gustaría ir al molino y visitar la tumba de mi hijo. –Se excusa Hisham haciendo ademán de levantarse.

–¿De tu hijo? Tu hijo se marchó contigo. –Dice Bahir extrañado.

–No, no es la de mi hijo Taher, la de él está en un monte junto a las pozas de sal de *Monteleva*, y también la visitaré otro día. Me refiero a la de mi hijo Muhyí, el que fue asesinado en el vientre de Aisha, antes de nacer. –Aclara Hisham con las lágrimas bordeando sus párpados.

–Ya entiendo, ese es el motivo por el que está tallado en la piedra sobre el molino el nombre de Muhyí; porque ahí está su tumba. Mucho se ha especulado en el pueblo sobre esa inscripción, pero nadie supo atinar con su origen. –Asiente Bahir, comprendiendo ahora el significado del misterioso epitafio.

Mientras Gadea y Esther se quedan en casa de Bahir, poco antes del anochecer, con la ayuda de un bastón y la de su hijo, Hisham recorre el camino escalonado que conduce al molino que le perteneció.

Cuando llegan junto a las paredes de la construcción casi derruida, Muhyí alza la vista hacia donde le indica su padre. Contempla la inscripción con su propio nombre, aunque hecha en memoria de su hermano.

Hisham se postra en el suelo y tiene unos momentos de contrición ante la tumba de su hijo. Muhyí pone una mano sobre su hombro y lo acompaña con recogimiento.

De vuelta al pueblo, a poco de abandonar el molino Hisham se detiene y cruza el brazo delante del pecho de su hijo.

–Mira ¿ves esa zarza? –Pregunta señalando con el bastón hacia la espesura. –Tras ella hay una profunda grieta en la roca, ahí dejé oculto el cofre, y ahí debe estar si nadie lo ha encontrado.

–¡Vamos a comprobarlo! –Exclama Muhyí dando una zancada en dirección al sitio indicado.

–Está anocheciendo, y te puedo asegurar que será una ardua labor sacarlo. Si hemos esperado casi treinta años podremos esperar un día más. –Sentencia Hisham con aplomo.

Ha amanecido un día despejado. Las cumbres nevadas de la sierra protestan lanzando destellos cegadores al sentirse agredidas por los rayos del sol de media mañana. Hisham y Muyhí llegan al escondrijo del cofre exhalando bocanadas de vapor, por el frío y la emoción de tan ansiado momento.

–Padre, ¿y si el cofre ya no está?

–No pasará nada, seguiremos nuestra vida, seguro que con más fortuna que en los últimos años, aunque sin las riquezas que nos proporcionaría encontrarlo. –Responde Hisham con naturalidad.

–¿Y qué haremos con el documento que justifica la traición de Al Nayar? En el supuesto de que lo encontremos.

–Eso carece ya de valor. Sabemos que Al Nayar hace años que murió, y ya has visto que su familia es gente de la nobleza cristiana. Removiendo eso ahora no haríamos más que crearnos problemas y enemigos muy poderosos. Sacaremos lo objetos de valor y los pergaminos los dejaremos ahí. –Dice Hisham cuando ya están ante los matorrales.

Muhyí se arrastra por el suelo embarrado bajo la arañante zarza y, atendiendo a las indicaciones de su padre, consigue llegar hasta la base de la pared de roca. Con un machete corta arbustos y maleza durante un buen rato, hasta que aparece una grieta oscura y estrecha. Haciendo ímprobos esfuerzos consigue remover una enorme piedra que cubre la oquedad. Con dificultad mete todo su brazo extendido y parte del torso en la lúgubre cavidad hasta que palpa algo.

–Toco un objeto envuelto en tela. ¡Ya lo tengo, es muy pesado! –Grita Muhyí dando tirones de la tela que se deshace a la presión.

–Shh… calla y no grites. –Le advierte Hisham. –Arrástralo hasta aquí si puedes, o mejor intento yo llegar hasta ahí.

Ocultos tras la espesura, Muhyí arranca los trozos de tela que quedan protegiendo el cofre. Aparece un baúl de madera tallada,

ennegrecido, con bordes y herrajes de bronce cubiertos de moho azulado. Forzando con el puñal abre la tapa, y aparece un rollizo de badana atada con una cinta de cuero.

–Eso son los documentos, déjalos a un lado y abre la bolsa de cuero. –Dice Hisham fijando la mirada en la cara de su hijo.

El joven toma una pesada bolsa de cuero, cuarteado por el tiempo, la saca del baúl con esfuerzo y corta la atadura que lo cierra. Un fulgor dorado se refleja en sus ojos, cuando millares de monedas de oro reciben el reflejo de los rayos de sol que se cuelan entre los matorrales. Muhyí no da crédito a lo que tiene delante, no imaginaba algo tan impresionante. Sumerge la mano entre las monedas, y removiendo con los dedos, oculta el brazo hasta el codo, palpando brazaletes, pulseras y collares tambien de oro y con brillantes incrustados.

Toca una daga y la saca. Es una formidable *gumía* de hoja curvada con las cachas de madera de sándalo e incrustaciones de jade, guarnecida en una funda de oro labrado con inscripciones coránicas. Saca el puñal de la vaina y en la hoja dorada aparece la inscripción *"Abu Abd Alláh Muhammad, emir de los creyentes y sultán de Granada"*

–Es el verdadero nombre de *Boabdil* –Aclara Hisham. –El último sultán de Granada, un personaje para olvidar. Esta daga le perteneció.

–Padre, ¿qué vamos a hacer con tantas riquezas? –Pregunta Muhyí en voz baja, con los ojos muy abiertos.

–Lo principal es ser precavidos y no hacer ostentaciones que nos evidencien y despierten la codicia de los demás. Me gustaría ir a *Almariyya*, podríamos intentar comprar el taller que fue de mi padre, si aún sigue funcionando. Debemos establecernos cuanto antes y aparentar una vida modesta y discreta.

–No te olvides de la misión que tengo por cumplir, he de llevar los documentos de Ruy Crespo a *Alocainena*. –Aclara Muhyí.

–Sí, no lo he olvidado ni un solo momento. Es algo que me intranquiliza, pero que habrás de concluir cuanto antes.

Se quedan varios días en *Hisn Xenex*, en los que Hisham y su familia tienen oportunidad de martirizarse al contemplar el estado de desolación de la fortaleza, la antigua casa de Hisham, la mezquita, la casa de su suegro y todo cuanto les rodea.

Llegado el día de partir hacía *Almariyya*, tras despedirse del hospitalario anciano, Hisham decide hacer una visita a Torre Negra.

Cuando el camino corona la loma, aparece ante ellos el verdor

exuberante de los cultivos y el rojo oscuro de las tierras aradas. La *almunia* de Torre Negra es una extensa planicie rodeada de montañas moteadas de oscuras encinas, en cuyo centro se alza majestuosa la poderosa torre de oscura piedra, que da nombre al lugar.

–Es un sitio muy hermoso. –Dice Gadea con la boca abierta.

–Sí, lo es. Está igual que cuando estuve aquí la última vez. –Afirma Hisham con melancolía.

–¡Mirad eso! Parecen mantos de nieve. –Dice Esther señalando con el brazo.

–No, no es nieve, son almendros repletos de flores blancas, en esta época muestran todo su esplendor.

Continúan por el camino hasta que encuentran a un hombre arando. Le preguntan por el encargado de la finca y les indica la dirección de una pequeña construcción junto a la noria.

A la sombra de un parral, en el brocal de una enorme balsa de piedra cuadrada, abastecida por un caño cristalino de agua procedente de la noria contigua, está sentado Jerónimo Muley, el capataz. Es de estatura mediana y figura delgada, tiene el gesto tranquilo y su cara ovalada exhibe una sonrisa agradable.

Él es el responsable de Torre Negra, en la que viven y trabajan media docena de familias. Coincidiendo con el final de las épocas de recolección, suelen recibir la visita del corregidor real, que se lleva una parte importante de lo recolectado, aunque a veces no viene y el capataz ha de fletar los envíos al concejo real de Vera. La vida de los moradores de este valle discurre tranquila y sosegada, gracias a la bonanza del terreno, la afabilidad de Jerónimo Muley y el relativo abandono por parte del administrador real.

Hisham y sus acompañantes son recibidos con agrado al presentarse como amigos de Bahir. El capataz les muestra los primorosos cultivos, los sistemas de riego con acequias y *atarjeas*, la noria traccionada por un asno hastiado, y la enorme torre, reservada exclusivamente para alojamiento del corregidor y sus ilustres invitados cuando vienen a pasar jornadas de caza y asueto.

Tras la visita, son agasajados con una comida frugal. A media tarde abandonan el lugar.

–¡Este es un sitio idílico para vivir! –Exclama Muhyí girando la cara antes de perder de vista el fértil valle.

Hisham no responde de inmediato, medita lo que acaba de decir su hijo y finalmente concluye lacónico.

–Sin duda lo es. *Al Zagall* lo llamaba su retiro dorado, pero nunca fue para él ni una cosa ni la otra.

Antes de dirigirse a *Almariyya* deciden pasar por *Alocainena*, para que Muhyí pueda hacer entrega de los documentos de Ruy Crespo en el lugar encomendado: la alquería de Monte Sion.

Consumen el resto del día atravesando áridas y despobladas llanuras hasta llegar a las faldas de Sierra Alhamilla, donde hacen noche en una posada. Hisham recuerda que ya se alojó aquí hace años con su familia, cuando huían de las garras de Al Nayar, camino de las pozas de sal de *Monteleva*.

Al día siguiente, Muhyí toma la carreta y se dirige a *Alocainena*. Aunque su padre ha sido reticente, ha preferido no hacerse acompañar para ser más discreto en la encomienda. Al llegar a la villa, pregunta por Monte Sion a dos niños que juguetean con un perro.

Atraviesa la población, casi deshabitada y se interna en una rambla asombrada por olivos centenarios. Cuatro viviendas sobre un montículo coronado por altas palmeras componen la alquería de Monte Sion, lugar donde se supone debe encontrar a la persona que recibirá los manuscritos de Ruy Crespo.

La mirada desconfiada y fría de una anciana que lava ropas en una acequia recibe a Muhyí.

–Que el Creador os guarde señora. –Dice el joven con timidez desde el pescante de su carruaje.

–Que Él te guíe muchacho. –Responde la mujer de forma cortante.

–Yo, yo… busco al Guardián de la Palabra de *Ein Sof*. –Dice Muhyí dubitativo con voz queda.

La vieja levanta la cara y clava la mirada en el joven, arroja la sábana blanca que frota al agua y se incorpora.

–Baja del carro y sígueme. –Informa mirando en todas direcciones

La anciana se interna en una casa de paredes blancas y ventanas adornadas de flores. Muhyí la sigue nervioso apretando los pergaminos que lleva en su regazo.

Una vez en el interior, la mujer habla sin preámbulos:

–Debes ser uno de los emisarios. La cofradía del Guardián de la Palabra de *Ein Sof* está ahora en la ciudad de Vera. Los malvados descubrieron esta sede, por suerte pudo ser desmantelada antes de que llegaran. Tendrás que ir allí y preguntar por el diácono de la iglesia mayor, se llama Isaías Benhamiel, él es ahora el Guardián de la Palabra. Ahora vete de inmediato y nunca digas que has estado aquí, te lo ruego. –Concluye la anciana señalándole la puerta.

Muhyí refrena las mulas brúscamente, con el rostro rígido de miedo. Desde el collado contempla a varios hombres armados en la puerta de la posada donde le esperan su padre, su hija y Gadea. Unos cuervos negros graznan desde la altura haciendo que el corazón quiera escapar de su pecho. De forma instintiva baja de la carreta y esconde los pergaminos de Ruy Crespo en el hueco de una pedriza. Espolea las mulas y se acerca a la fonda.

Dos soldados malcarados, vestidos con *aljubas* verdes ribeteadas de dorado en cuello y puños, cruzan sus lanzas ante el pecho de Muhyí, mientras protegen sus torsos con *adargas* de cuero.

–¿Quién eres? Identifícate ante un oficial del duque. –Le dice un tercer hombre con voz hosca.

Muhyí tartamudea sin articular palabra hasta que, con torpeza mete la mano en un cajón del carro y saca las cédulas de identidad que les proporcionó García en Granada.

–Aquí tenéis señor, estos son mis documentos. –Dice finalmente alargando los pergaminos.

–¿Tienes algo que ver con él? –Pregunta el oficial señalando a Hisham, al que sacan prendido por dos hombres.

–Sí, es mi padre, y ahí están también sus credenciales, y las de la mujer y mi hija. –Responde Muhyí amontonando las palabras con voz temblorosa.

El militar mira con detenimiento las cédulas de identidad, mientras un silencio tenso congela la mirada que cruza Muhyí con su padre.

–Está bien, todo es correcto. –Concluye el oficial devolviendo los papeles. –Id con cuidado, los caminos están acosados por partidas de moriscos exaltados que viven del pillaje.

Está oscureciendo cuando, en la lejanía, avistan la villa de *Thabernax*. La imponente silueta del robusto castillo se recorta en el horizonte como un oscuro fantasma. Los graznidos de un grupo de cuervos rompen el silencio, mientras se dejan mecer en círculos por la brisa vespertina. Ya cercanos a la población, cuando atraviesan una encajonada y arenosa rambla, las ruedas de la carreta se hunden impidiendo el avance. Las mulas bregan penósamente para avanzar ante las instrucciones de Hisham y el empuje inútil de Muhyí, Gadea y Esther.

–¡No vamos a poder salir de aquí! –Se lamenta Muhyí mientras seca el sudor de su frente con la manga de la camisola.

–Ahí vienen varios hombres, quizá puedan ayudarnos a desatascar la carreta. –Dice Hisham aliviado señalando a unas

sombras oscuras que avanzan hacia ellos.

Cuatro hombres, emboscados en capas, llegan a la altura de la carreta. Sin mediar palabra, desenvainan espadas y rodean al grupo de Muhyí.

Hisham abraza a Esther intentando enajenarla de la situación. Gadea toma la mano de Muhyí, percibiendo como se tensa y desplaza la vista por los acosadores, valorando la dificultad en la que se encuentran.

–¡Arrodillaos los hombres y poned las manos en alto! –Grita uno de los asaltantes, un individuo bajo y fornido.

–¡Hacedlo o moriréis todos! –Gruñe otro mientras presiona con la punta de la espada en el costado de Hisham.

Muhyí suelta la mano de Gadea y cruza una mirada con su padre. Ambos se apartan de la carreta e hincan las rodillas en la arena.

Sendos golpes en la nuca les hacen caer de bruces en el suelo perdiendo la conciencia.

El frío del amanecer despierta a Muhyí. Siente la cabeza pesada y el cuerpo débil y descoordinado. Levanta la vista al cielo cuajado de brillantes estrellas en torno a una luna redonda y clara. Trata de ubicarse, los recuerdos de la amenaza de los cuatro hombres acuden a su mente y un grito desesperado sale de su garganta.

–¡Esther!

Se incorpora clavando los codos en el suelo, hasta que consigue ponerse en pie. A unos pasos de él permanecen impasibles las mulas, prendidas a los tiros de la carreta que sigue varada en la arena. Al avanzar tropieza con algo, es el cuerpo de su padre que yace boca abajo. Se agacha y lo vuelve.

–Está muerto o… quizá inconsciente. –Piensa Muhyí notando como se le anuda la garganta y se le humedecen los ojos.

Gadea y Esther han pasado la noche engrilletadas y ateridas de frío y miedo. Están en una gruta profunda, húmeda y lóbrega, excavada en la tierra; a la que accedieron desde un barranco. Los captores las arrastraron durante cientos de metros por un laberinto de cavernas hasta llegar a donde se encuentran ahora. Es un lugar en el que la gruta se ensancha en un espacio amplio y con el techo acampanado, coronado por una oquedad por la que se cuela la luz de la mañana, anunciando que ha amanecido.

Los dos hombres que las custodian, sentados junto a una fogata, mordisquean unos mendrugos de pan y beben vino de una jarra de barro. Llevan ropas oscuras y de sus cinturas cuelgan espadas.

–Son corsarios, malditos corsarios. Los mismos que me esclavizaron, los mismos que nos han retenido durante años en la isla de Djerba. Nunca nos vamos a librar de ellos. –Se lamenta Gadea en silencio, mientras besa la frente de su hija.

Uno de los guardianes se incorpora y se acerca a las prisioneras con una tea en la mano. Es un hombre bajo y robusto, con barba tupida y ojos pequeños y hundidos. Escupe al suelo mientras levanta la antorcha y escruta las caras atemorizadas de las dos mujeres.

–Rashid, son muy bellas estas cristianas, aunque una es muy joven todavía. Seguro que Ahmed nos reconpensará por esta captura. –Dice volviendo la cara a su compañero.

–Said no te hagas ilusiones, ese Ahmed es una rata malnacida, siempre escatima en el pago por nuestros servicios; sabe que tenemos que deshacernos de los prisioneros con premura y se aprovecha de ello. –Responde el compañero mientras echa unas brozas a la hoguera.

–Habrá que buscar una guarida más segura que esta, algún lugar alejado de *Thabernax*. Este ya no es un sitio fiable en el que retener a los prisioneros por muchos días.

–Ahmed llegará mañana. Esta vez tiene que pagarnos bien. ¡No estoy dispuesto a humillarme más, prefiero matar a las dos mujeres antes que regalarlas! –Grita Rashid ofuscado al tiempo que lanza la jarra de vino contra el suelo haciendo saltar los trozos por toda la estancia.

Esther hunde la cara en el regazo de su madre ahogando su llanto desconsolado.

–¿Nos van a matar? –Pregunta la niña entre convulsiones.

Hisham ha recuperado el conocimiento. Muhyí le ha echado agua por la cara y le ha ayudado a incorporarse. Han dejado la carreta clavada en la arena, han desenganchado las mulas y han ido al pueblo a buscar a las autoridades para denunciar el rapto de Gadea y Esther. Están sorprendidos de que no les hayan robado nada de lo que llevan, ni siquiera el dinero, que es mucho. *–Quizá los asaltantes no hayan imaginado que pudieramos portar algo de valor.* –Piensa Muhyí.

Ambos mantienen una reunión con el alcaide de *Thabernax*. El regidor viste una librea roja con ornatos dorados, pantalón lazado al tobillo y botas bajas de piel. Es un hombre cincuentón, corpulento y de barriga abultada, tiene el pelo canoso y la cara amable y rojiza, cruzada por un enorme bigote bajo el que se oculta

la boca. Tras ecuchar la exposición de Muhyí sobre los hechos ocurridos la noche anterior en la rambla cercana a la población, se deja caer pesadamente en una silla, y cruza las manos sobre su pecho, a modo de escudo, antes de responder.

–Eso que me cuentas es muy lamentable, aunque demasiado frecuente, por desgracia. Los *monfís* son una lacra que no es fácil combatir. Dices que no pudiste ver la cara de los asaltantes, que llevaban capas oscuras… Os seré sincero, es posible que las mujeres estén ya ocultas en algún lugar alejado de la sierra, en espera de ser embarcadas en alguna galera corsaria hacia las costas de *Berbería*, donde serán vendidas como esclavas. Yo apenas cuento con una decena de hombres a mi servicio, una fuerza ridícula para combatir a esos asesinos. –Concluye el alcaide con el rostro impasible.

–¡Pero necesitamos ayuda! ¡Se trata de mi hija y mi mujer! ¡Por el amor de Dios! Le puedo pagar para que nos asista. –Ruega Muhyí mostrando una pequeña bolsa de monedas.

El regidor aguza la mirada y arquea una ceja. Alarga la mano y tantea las monedas.

–Está bien. Enviaré a dos de mis hombres a que recorran los lugares frecuentados por esa gentuza. Es todo cuanto puedo hacer. Esperad fuera.

Muhí entrega la talega al alcaide y sale junto a su padre a una plaza amplia. Ambos, cabizbajos se sientan en un poyete, junto a un bullicioso surtidor de agua.

Un anciano delgado y barbudo, con ropajes desaliñados, apoyado en una vara nudosa, se les acerca. Se sienta muy cerca de ellos y carraspeda antes de hablar.

–He podido escuchar vuestra conversación con el alcaide… No os va a ayudar, ni él ni sus hombres. Todos están atemorizados por Ahmed y sus secuaces. –Dice el desconocido mirando en todas direcciones para comprobar que nadie los observa.

–¿Quién eres? ¿Quién es Ahmed? –Pregunta Muhyí clavando la mirada en el viejo.

–Yo soy alguien que os puede ayudar, solo os debe importar eso… aunque podéis llamarme Imram. Y Ahmed es un bandido que se oculta en la sierra con un grupo de hombres; viven del saqueo y el pillaje. Ha tejido una gran red y en cada pueblo hay una partida de rufianes que secuestran y roban para él.

–¿Porqué nos quieres ayudar? ¿Cómo nos vamos a fiar de ti? –Inquiere Hisham.

–Os ayudo por venganza. Mi hijo era uno de los hombres que trabajaban para Ahmed, y hace poco fue asesinado por uno de sus

compañeros, un desalmando llamado Said Kazani, aunque todos lo conocen como *el hurón*, porque hace su vida en una madriguera.

–¿Qué puedes hacer para ayudarnos a recuperar a mi mujer y mi hija? –Pregunta Muhyí desesperado.

–Según le habéis descrito al alcaide, donde las capturaron es en el Barranco de los Molinos, conozco bien el lugar donde las ocultan. –Dice Imram sin ambajes.

–¿Y cuanto pides a cambio de tu ayuda? –Inquiere Muhyí palpando su *faltriquera*.

–No quiero dinero, soy un anciano sin familia a las puertas de la muerte y no ansío bienes ni riquezas. Tan solo quiero ver muerto al que asesinó a mi hijo. Así podré abandonar este mundo en paz.

–¿Y qué podremos hacer nosotros? Mi padre está impedido de la pierna, y ellos son varios hombres, al menos cuatro. –Dice Muhyí, abriendo los brazos y encogiendo el cuello.

El anciano escruta con la mirada los alrededores de nuevo, y agacha la cabeza junto a Muhyí antes de hablar.

–Veréis, vuestras mujeres estarán recluidas en una gruta que comunica el castillo con la Barranco de los Molinos. Esta sima era una antigua vía de escape de la fortaleza en caso de ataque o asedio. Ahora el castillo está abndonado y el acceso a la gruta por allí arriba está cegado de escombros; y la entrada del barranco siempre está vigilada y custodiada por los hombres que trabajan para Ahmed.

–No veo la forma de liberarlas sin la ayuda de los hombres del alcaide. –Interviene Hisham negando con la cabeza.

El viejo levanta la mano solicitando paciencia a sus interlocutores.

–Dejadme concluir. Esa gruta tiene un acceso intermedio a través del interior de una casa del pueblo, algo que nadie conoce.

–Pero… ¿Cómo vamos a entrar a esa casa? –Interroga Muhyí.

–Muchacho, vas a entrar tú solo, y el acceso a la gruta está en mi propia casa. Os explico el plan que ejecutaremos… –Expone el anciano, sintiéndose reconfortado al recibir el máximo interés de sus interlocutores. –Tu padre y yo bajaremos al Barranco de los Molinos, cerca de la entrada de la cueva. Allí haremos algo para llamar la atención de los guardianes, mientras tanto, tú entrarás a la gruta por mi casa y liberarás a las mujeres. Después te quedará lo más dificil, matar al *hurón*; si no lo haces, ninguno de vosotros saldrá bien parado.

–Lo veo muy complicado, sobre todo lo de dar muerte a ese hombre. Necesitaríamos la ayuda de más hombres –Dice Hisham

con gesto contrariado.

–No puede intervenir nadie más, no quiero hombres del pueblo en este asunto. Ese es el trato, si sois capaces de hacerlo contad conmigo, si no, hemos terminado la conversación. –Sentencia el desconocido haciendo ademán de ponerse en pie.

–Lo haremos. –Dice Muhyí con firmeza, sujetando el brazo Imram para que no se levante. –Pero necesito antes acceder a la gruta y hacer visita de reconocimiento.

–Cuenta con ello muchacho. Ahora seguidme, no debemos perder tiempo. En un par de días suelen entregar las capturas a Ahmed.

Muhyí sale del estrecho agujero que hay al fondo de una habitación cueva de la casa Imram. Se incorpora, escupe, tose y sacude el polvo que cubre todo su cuerpo.

–Las he podido ver. Están bien las dos, aunque encadenadas. El que las custodia es Said *el hurón*, coincide con la descripción.

–Es una buena noticia, ahora hemos de planear como sacarlas de ahí. –Dice Hisham tras soplar en señal de alivio.

–Ya he pensado como lo haremos. –Habla Muhyí dirigiéndose también al viejo. –Dejadme que beba agua y os explico el plan que he ideado.

La caída de la tarde se acelera en la profundidad encajonada de la Rambla de los Molinos. Unas ráfagas de viento inconstantes arrastran nubes de polvo, mientras los últimos rayos de sol tiñen de un color anaranjado uno de los farallones que amurallan el cauce. Tras un frondoso cañaveral, dos hombres vigilan la entrada a la gruta. Otro vigía permanece en un altozano, oteando en todas direcciones. Tan solo Said Kazani está dentro de la cueva, custodiando a las prisioneras.

Una flecha de fuego cruza el cielo silvando e impacta en los matorrales más espesos, en un extremo del cañaveral que oculta la entrada de la cueva. En instantes el fuego prende y todo el seto arde bajo llamas gigantescas. Los dos soldados que protegen el acceso a la sima, corren despavoridos por la rambla, para evitar ser alcanzados por las lenguas de fuego, azuzadas y embrutecidas por el viento.

Con la noche cerrada Hisham y el anciano llegan a la casa. Dentro espera Muhyí con Gadea y Esther. Los tres están bien, aunque ennegrecidos de tierra tras reptar por la gruta para escapar del cautiverio. Hisham se abraza a las mujeres y todos respiran

aliviados.

–He cumplido el trato. –Dice Muhyí con satisfacción al anciano.

–Las has liberado, y me alegro por ello, pero no tengo la certeza de que hayas dado muerte a ese hijo de perra. –Protesta Imram.

–Quieres más garantía que esa. –Concluye Muhyí señalando a un rincón de la estancia, donde está la cabeza del *hurón*, sobre un charco de sangre.

– 24 –
EL GUARDIÁN DE LA PALABRA

Almariyya, 11 días del mes de Safar, año 924 de la Hégira.
(Febrero del año 1.518 del calendario Cristiano)
(Mes de Adar del año 5.278, calendario Hebreo)

Almariyya es una ciudad que intenta recuperar el pulso tras la despoblación sufrida en los últimos años. Gracias a las gentes venidas de las comarcas interiores de la península y al comercio portuario, se mantiene cierto nivel de actividad. Se han abierto comercios que llevaban años abandonados, y algunas casas deshabitadas han sido ocupadas por los repobladores llegados del norte.

Muhyí y su familia llevan casi un año establecidos en la ciudad. Han adquirido un modesto taller de hilado y, gracias a los conocimientos de Hisham y al denodado esfuerzo de todos, en poco tiempo han logrado cierta reputación en la ciudad.

Muhyí anda nervioso e inquieto, ha viajado dos veces a la ciudad de Vera y no ha conseguido entregar los documentos a la cofradía secreta. Nadie le da señales del diácono Isaías Benhamiel. En un tercer intento, un acólito le ha indicado con discreción que la persona que busca se oculta en una pequeña villa en la Sierra de los Filabres llamada *Balafiq*.

De regreso a *Almariyya*, decide ir en busca de su contacto. Muhyí llega a *Balafiq*, un pueblo casi sin almas. Asustado, recorre las calles solitarias, hasta que se cruza con un niño sucio que tira de las riendas de un asno. Lo hace parar y le pregunta por la gruta de Mardam, pero el pequeño hunde su cabecita entre los hombros y continúa su camino. Los goznes de una puerta chirrían y un anciano de piel lechosa y ojos azulones pregunta.

–Forastero ¿por qué buscas la gruta de Mardam?

–Que Dios os bendiga señor. –Saluda Muhyí amigable. –Ando buscando a Isaías Benhamiel.

–No sé quién es y no sé nada de esa gruta. –Responde el anciano con vehemencia cerrando la puerta con fuerza.

–¡Busco al Guardián de la Palabra de *Ein Sof*! –Dice Muhyí

tratando de hacerse oír.

El anciano sale de nuevo, muda el gesto mientras mira en todas direcciones y finalmente le pide que le siga.

Recorren a pie una senda estrecha, cruzan un bullicioso riachuelo por un inestable puente de maderos, y se encaraman por una fragosa pendiente. Tras una dura subida llegan a la ladera de una atalaya rocosa sobre la que se adivina una fortaleza derruida. Cobijados por las sombras de un farallón de rocas negras, en el que quedan algunos lienzos de muralla, avanzan con dificultad entre la espesa vegetación. El anciano levanta el brazo y pide a Muhyí que se detenga junto a él, después saca una daga y golpea de forma rítmica una piedra blanca de aspecto marmóreo. A continuación se sientan a la sombra de un pequeño serbal y esperan pacientemente, sin hablar entre ellos.

Al poco rato escuchan un silbido lejano. A unos cincuenta pasos de ellos, de entre la frondosidad de un enorme acebuche, aparece un hombre ya metido en años, menudo, de cuerpo fino y cara alargada. Tiene una barba delgada y encanecida acabada en dos puntas y los ojos grandísimos y expresivos. Viste una sobria *almalafa* negra ceñida por un cordón de esparto y va descalzo.

–¡Isaías, ha llegado un emisario! –Dice con prudencia el anciano, presentando a Muhyí desde la distancia.

El misterioso ermitaño hace señales con la mano para que se acerque el joven, mientras el anciano queda sentado a la sombra del arbusto.

–Bienvenido seas hermano. ¿Quién te envía? –Saluda Isaías con misticismo, esbozando una sonrisa agradable, cuando tiene a Muhyí ante él.

–Cumplo una misión por encargo de Ruy Crespo.

–Vivimos los peores tiempos. –Responde el anciano. –La Cofradía ha sido descubierta, muchos han sido asesinados, y los supervivientes nos hemos tenido que dispersar. Han llegado ya otros emisarios, pero, por seguridad, los documentos están separados, ocultos en distintos lugares. Esperaremos el momento propicio para unirlos todos y mostrar al mundo el Gran Acuerdo. La paciencia es el más poderoso de nuestros aliadados. Hace mucho tiempo que nuestros antepasados empezaron esta misión, muchos han ido quedando en el camino, pero otros les sucedemos y continuamos la labor y, de igual modo, iremos entregando el testimonio a otros hermanos más jóvenes, como tu. Así ha sido y así será hasta que se alcance el objetivo.

–Yo… yo no pertenezco a esa Cofradía, no soy un hermano, no sé

nada de este asunto. Tan solo quiero entregar los documentos y retirarme. –Balbucea Muyhí a modo de excusa, tratando de acabar cuanto antes.

–Yo no puedo tomar esos documentos ahora. Soy uno de los hombres más buscados, mi cabeza tiene un alto precio. –Esgrime Isaías haciendo barrera con la palma de su mano.

–Pero llevo muchos años custodiándolos, es un milagro que no se hayan extraviado. ¿Qué hago con ellos? –Pregunta Muhyí nervioso.

–Muchacho, estás en un error, eres un emisario, y eso te convierte ya en un miembro de la Cofradía, conoces nuestros secretos, nuestros lugares y nuestras nobles intenciones. Eres un enemigo más para los poderosos. –Sentencia Isaías con firmeza, viendo como la sangre abandona la cara de Muhyí dejándola de un color cerúleo. –Por tanto, llevarás esos documentos a un lugar discreto y los ocultarás. Dejarás las claves que te daré grabadas en la roca, para que testimonien su lugar a nuestros descendientes. Llegado el momento podrán ser localizados y sacados a la luz. Ahora toca esperar, ser pacientes y discretos.

Durante largo rato, Muhyí recibe instrucciones del Guardián de la Palabra. Le dicta las inscripciones que ha de cincelar y, entre ambos y a propuesta del joven, consensuan un lugar para ocultar los documentos.

De vuelta a *Balafiq*, el anciano interroga con insistencia al joven. Le pregunta sobre la conversación con Isaías, sobre su procedencia y lugar de residencia. Muhyí le contesta con desgana y sin detalles.

Con los últimos claros del día, acosado por las tinieblas de la noche invernal, Muhyí se aproxima a *Hisn Xenex*. Desde que ha tenido el encuentro con Isaías, las palabras que una vez le dijo su madre han resonado en su cabeza como martillo sobre yunque. *"Somos muy vulnerables y nuestra seguridad depende de no asumir riesgos innecesarios, hemos de evitar los problemas a toda costa… Eres igual que tu padre… Solo espero que el Creador te conceda mejor ventura que a él."*

–¡Maldita sea! ¿Por qué me tengo que ver metido ahora en esta sórdida trama, por muy loable que sea? –Grita sin ser oído por nadie.

Sumido en sus amarguras, llega ante la puerta de la casa del viejo Bahir, el único habitante de la villa. Desmonta y golpea la aldaba mientras lo llama en voz alta.

Viendo que no hay respuesta empuja la puerta, que cede bajo un quejido áspero.

Muhyí se lleva las manos al rostro sofocando un grito y reculando sobre sus pasos. La escena que tiene delante es desmesurada, incluso para él que ha visto tanto.

Un cuerpo yace en el suelo, supone que el de Bahir, por las ropas que cubren con holgura el torso y piernas. Las manos y los pies son racimos de huesos, y la cara es una calavera hueca por cuyos orificios asoman ratas avivadas por la curiosidad. Por el estado del cadáver, intuye que debe llevar mucho tiempo muerto. Hay un hedor insoportable en la estancia.

–Pobre Bahir, devorado por las alimañas. Que el Altísimo te haya acogido en su regazo. –Dice Muhyí antes de vomitar hasta sus propias entrañas.

El joven se cubre la cara con un paño y, tras ahuyentar a los roedores, toma los huesos y los introduce en un saco de arpillera. En el centro de la plaza, frente a la entrada de la mezquita, ahora en ruinas, cava una fosa y entierra los restos de Bahir.

Muhyí pasa la noche en el molino que fue de su padre, junto a la tumba de su hermano y bajo la inscripción con su propio nombre. Acosado por pensamientos oscuros y pesadillas soporta la interminable noche, hasta que por fin llega el ansiado amanecer.

Con la escarcha todavía crujiendo bajo sus pies, baja hasta la esquina del molino principal de la fortaleza, junto a un precipicio del barranco. Bajo una de las esquinas, excavado en la dura roca hay un silo. Allí deposita los documentos de Ruy Crespo, envueltos en cuero. Los cubre de maleza y lastras de piedra, después arroja tierra hasta llenar por completo la cavidad. Sobre el lugar, en una cara plana de la roca esculpe tres inscripciones, copiando los textos que Isaías Benhamiel le ha manuscrito en un pergamino: una en la lengua de los musulmanes, otra en lengua hebrea y otra en lengua de los cristianos. La tarea le lleva todo el día.

Pasa una noche más en el barranco, tan aciaga y eterna como la anterior. Al día siguiente antes de abandonar el lugar, reza sobre la tumba de su hermano.

De vuelta hacia *Almariyya*, Muhyí abandona el camino y sube a unas colinas. Mientras su caballo descansa, acurrucado junto a un risco y bajo la caricia del sol de media mañana, contempla extasiado la *almunia* de Torre Negra, hasta que se queda dormido por un rato. Después regresa al camino y continúa en dirección a *Thabernax*.

Cuando llega a *Uzel*, se detiene para dar de beber a su caballo. Cauteloso, vigila en todas direcciones por si aparece el extraño anciano haraposo.

En efecto, de entre los cañaverales, sale arrastrándose el viejo, con un profundo corte en el cuello y chorreando sangre por el pecho.

Muhyí tira de las riendas del caballo sin que haya terminado de beber y se dispone a montar.

–¡Espera muchacho! ¡No me abandones! ¡No me dejes morir! –Grita el viejo masticando su propia sangre.

–¡Maldita sea! ¿Por qué creo que esas palabras siempre preceden a grandes problemas? –Masculla Muhyí ya subido a la silla.

El anciano repta un poco más hacia él y continúa hablando entre ahogos.

–¡Han sido soldados de Dios! ¡Monjes guerreros con sobrevestas blancas con una gran cruz roja en el pecho! Dicen ser los Custodios del Templo de Jerusalén y buscan a los miembros de una sociedad secreta. Les he dicho que yo era el guardián de las siete puertas y me han rebanado el cuello entre risas. –Concluye el viejo con un hilo de voz y la cara lívida.

–¿Por qué sociedad secreta preguntaban? ¿Han dicho su nombre? –Se interesa Muhyí, sin percatarse que el anciano ya ha expirado.

Sentados junto a la chimenea, Muhyí relata a su padre y a Gadea lo acontecido en Vera, en *Balafiq* y en *Hisn Xenex*.

–¿Así pues, ahora los documentos de Ruy Crespo están en el silo bajo el gran molino? –Pregunta Hisham.

–Sí, y sobre él he hecho tres inscripciones. Una en árabe, que contiene las primeras *suras* del sagrado Corán, otra en la lengua de los judíos, que según me anunció Isaías dice algo sobre el jardín de las idolatrías y una tercera en la lengua de los cristianos, que contiene el nombre de uno de los miembros de la cofradía, al parecer un prelado de Roma de gran relevancia.

–Pues ahora toca olvidar ese oscuro asunto y centrarnos en nuestro negocio. Que sean los miembros de esa exotérica hermandad los que se ocupen de ello. Tú ya has cumplido tu misión. –Concluye Hisham.

–Hay algo más que todavía no os he contado. –Dice Muhyí con agobio.

–¿De qué se trata? –Interviene Gadea azorada.

–Hallé a Bahir muerto y devorado por las ratas. –Muhyí hace una pausa al ver la cara de estupefacción y tristeza de su padre. –Bueno, eso no es lo más inquietante. Cuando pasé por *Uzel* también encontré al viejo andrajoso con el cuello segado, agonizando. Me dijo que lo habían atacado monjes guerreros con túnicas blancas y

cruces rojas en el pecho; que preguntaban por una cofradía secreta.

–¿Monjes guerreros? ¿Con ropas blancas y una cruz roja? No sé, debe ser una coincidencia. Hace días han estado merodeando por aquí hombres que coinciden con esa descripción. Han hecho muchas preguntas, aunque de mí han obtenido pocas respuestas. –Dice Hisham.

–Yo creo que las coincidencias no existen, hemos de estar precavidos. –Sentencia Muhyí con la mirada oscurecida.

Las despiadas ráfagas del viento de levante roban las lágimas de las mejillas de Hisham en cuanto brotan de sus ojos, llevándolas en dirección al mar. Agachado sobre la tumba de su hijo, murmura palabras silenciosas con recogimiento.

Muhyí permanece junto a su padre, postrado igualmente, sintiendo un nudo en la garganta.

–Padre, no se rezar. Nunca lo he hecho. –Se confiesa Muhyí.

–No te preocupes, rezar es pedir lo que deseas, da igual que lo pidas a un Dios o a tu destino. –Responde Hisham mientras se incorpora con dificultad y tiende un brazo sobre los hombros de su hijo. –Yo hace tiempo que dejé de implorar a las divinidades. En mi etapa de falso cristiano en Melilla relajé mi fe. Ahora rezo al cielo para que nos proteja, al sol para que nos ilumine y al viento para que lleve mis palabras hasta el paraíso donde descansa tu madre.

–Yo tambien me acuerdo cada día de ella, y ahora junto a la tumba de mi hermano Taher, su recuerdo es aun más doloroso. –Responde Muhyí.

–No viviré lo suficiente, pero tú eres joven y algún día podrás cruzar el mar y visitar su tumba en el Valle Maldito.

–Lo haré padre, lo haré. Y aunque no sepa rezar, allí pediré por ella y por ti, para que vuestras almas pemanezcan unidas por toda la eternidad. –Asiente Muhyí recibiendo un abrazo de su padre.

El joven se despega para secarse las lágrimas y contempla la grandeza de las vistas que se abren a sus pies. Aguza la vista sobre la bruma marina. Al otro lado está Berbería, el lugar donde ha nacido y ha pasado su infancia; el lugar donde ha quedado sepultada su madre. Su corazón se divide entre dos mundos separados por una imensidad azul y por barreras sociales y religiosas aun más inexpugnables que el propio mar. Vuelve la vista y observa los extensos lagos salinos, de colores rosados, que se extienden junto a la línea de costa.

Están en la cima de las montañas negras que se adentran al mar en las proximidades de las pozas de sal de *Monteleva*.

–¿Padre, cuánto tiempo estuvísteis ocultos en ese lugar? Nunca me has hablado de esta estapa de tu vida.

–Extuvimos más de un año, escondidos de Al Nayar y sus hombres. Fue un tiempo amargo. Tu hermano Taher llegó muy enfermo, y a los pocos días de llegar murió. Despues se sucedieron los días oscuros. La tristeza y el miedo nos atenazaban y el trabajo en las salinas era muy duro. –Se sincera Hisham con su hijo.

–¿Por qué aquí? ¿En esta montaña tan inaccesible? –Inquiere Muhyí señalando la tumba de su hermano.

–Sabía que nuestro destino estaba en Berbería, allí estábamos resueltos a huir. Elegí este lugar porque es elevado, poco accesible y en los días claros desde aquí casi se pueden distinguir las montañas del otro lado. Nidaleh, tullido como estaba, me ayudó a subir el cuerpo de Taher, entonces no podía imaginar que me traicionaría como lo hizo. –Responde Hisham negando con la cabeza.

–Espero que esa alimaña haya recibido su merecido, la última vez que lo vi yacía en el suelo con mi puñal clavado en su espalda. Ahora deberíamos irnos, antes de que sea más tarde. –Sugiere Muhyí.

–Si vayamos bajando. Te agradezco que hayas hecho el esfuerzo de ayudarme a subir hasta aquí. Yo solo no habría sido capaz con esta pata de madera. –Dice Hisham levantando el pie.

–Yo deseaba tambien conocer las pozas de sal de *Monteleva*, y sobre todo visitar la tumba de mi hermano.

Cuatro años y medio después…

– 25 –
ESTREMECIMIENTO

Almariyya, 2 días del mes de Shawwal, año 928 de la Hégira.
(Agosto del año 1.522 del calendario Cristiano)
(Mes de Av del año 5.282, calendario Hebreo)

La fama de los tejidos obtenidos en el taller por Muhyí y los suyos ha alcanzado gran notoriedad en la comarca. Incluso desde ciudades lejanas como Sevilla y Córdoba, llegan encargos de vestimentas y telas refinadas de elaborada factura para gentes de la nobleza. Se han especializado en tejidos de la más alta calidad, como el *ciclatón*, el *sharb, tafetanes* y linos de fina traza.

Gadea ha conseguido una destreza sublime en el bordado y, con la ayuda de dos aprendices, saca adelante una ingente cantidad de trabajo.

Esther, que es ya una hermosa jovencita de catorce años, se ocupa de hacer novedosos diseños de vestimentas y filigranas decorativas para plasmarlas en las telas. Crea originales entorchados, engastes de pedrería, caireles de cristales de distintos colores, brocados de trazos inéditos, ribetes con dibujos al gusto de los clientes, y todo tipo de abalorios, alhajas y complementos.

Hisham, aunque es ya un anciano, se mantiene tan activo como sus mermas físicas le permiten. Ayuda y asesora al resto de la familia y es un pilar fundamental en el próspero negocio. Su mente ha conseguido aflorar los conocimientos sobre tejidos y tintes que desde niño aprendió.

Muhyí dirige todo el negocio con sabia maestría. Se encarga de aprovisionar el género y de abastecer los pedidos de los clientes. En ocasiones viaja para recibir encargos importantes y tomar medidas a los orondos cuerpos de aristócratas y gobernantes, con el fin de hacerles ostentosas vestimentas con las que mostrar su opulencia ante la plebe.

Un día recibe una misiva que contiene un encargo importante. Ha de viajar de inmediato a Priego, en cuyo castillo es citado por la Marquesa Doña Catalina Fernández de Córdoba y su esposo el Conde de Feria. Los nobles desean que les tome medidas a todos los

miembros de la familia y les prepare vestidos para la boda de un destacado miembro de la casa ducal de Medina Sidonia.

Muhyí aprovecha su regreso de Priego para visitar en Archidona a Galcerán de Marín y a Diego de Fernández.

Galcerán consume sus días de forma humilde y discreta, cultivando las tierras y pastoreando ovejas. Su madre, aunque muy anciana, sigue aferrada a la vida con determinación.

Diego le cuenta con amargura sus penalidades: apenas un año después de casarse con la hija del herrero, ésta murió de parto, y poco después también la hija que había traído al mundo. Su vida se ha oscurecido tras perder el amanecer que le supuso formar una familia y establecerse. Muhyí le propone que se traslade a *Almariyya*, pues necesitan ayuda en el taller, y quién mejor que él.

–Diego, sabes que en nosotros tienes una familia. Mi padre te aprecia y habla con frecuencia de ti. Te hará bien venir a nuestro lado… y para nosotros serás una ayuda inestimable. –Propone Muhyí con expresión sincera.

Diego devuelve una mirada de gratitud a su amigo y no duda un momento en dar una respuesta.

–Acepto con gusto tu propuesta, cuando quieras partimos, mi equipaje es liviano.

–Mañana mismo emprendemos viaje. Quiero regresar por Málaga para comprar unas partidas de género.

En los quehaceres rutinarios se desenvuelve ahora la vida de Muhyí, entregado a su familia, a su negocio y viviendo con holgura, gracias a su próspero taller y al fabuloso botín del cofre que ocultó su padre en *Hisn Xenex.* Una vida de trabajo, mesura y felicidad.

El asunto de los inquietantes documentos de Ruy Crespo y los extraños personajes de la cofradía secreta son ya un mero recuerdo del pasado, algo que apenas acude a su mente.

Una mañana de finales de verano, un personaje misterioso entra en el taller. Es un hombre adusto, alto y delgado, con barba corta y cara ovalada. Viste una *marlota* blanca de terciopelo, guarnecida con un volante sobre los hombros biselado con un ribete rojo, un pantalón gris plata laceado bajo las rodillas y botas bajas de piel vuelta. Lleva un gorro redondo y oscuro, y de su cuello prende un ostentoso crucifijo plateado.

Gadea lo recibe como a un cliente más y, tras saludarle, le pregunta qué desea.

–Un hombre aguarda en el taller, pregunta por el emisario. Por el acento parece extranjero. –Dice la mujer desde la entrada del almacén, dirigiéndose a Muhyí con preocupación.

Muhyí nota como se le demacra el rostro y se le velan los ojos. Algo que daba por olvidado ha regresado.

–Voy ahora mismo, ocúpate de doblar estos paños.

Sale con paso dubitativo y, a contraluz, en la entrada de su taller, advierte la silueta oscura y rígida del visitante. Respira hondo y pregunta.

–¿En qué puedo ayudaros señor?

–Es llegado el momento. –Contesta el desconocido con voz gutural.

–No entiendo. ¿A qué se refiere con que es llegado el momento? –Inquiere Muhyí sin acercarse.

–¡No te hagas el distraído! ¡No he cruzado media Europa para responder a preguntas impertientes! –Grita el recién llegado con las venas de la frente abultadas. –¡Necesito que me entregues lo que tienes!

Muhyí reflexiona apresurado. El misterioso hombre no ha mencionado nada del Guardián de la Palabra de *Ein Sof*, ni de la cofradía secreta, dos claves necesarias para entregar los documentos de Ruy Crespo. Tenso y azorado, responde tratando de dar contundencia a sus palabras.

–No tengo nada que os pertenezca.

–¡Eres un mísero insensato! ¿Acaso crees que tu hija va a regresar si tú no colaboras?

Muhyí recibe estas últimas palabras como martillazos en su cabeza. Recuerda que su hija ha ido a entregar unas *almalafas* al palacio del obispo. El suelo se desvanece bajo sus pies.

Declina la tarde cuando Muhyí llega a *Hisn Xenex* escoltado por tres hombres. Han galopado todo el día desde *Almariyya*. Al frente del grupo va Simón de Letrán, el hombre que ha ido a buscarlo al taller.

Simón es un monje guerrero italiano. Su vida está entregada a la causa de recuperar las extintas esencias de los templarios. Bajo la tutela de la máxima autoridad católica, se ha creado una hermandad secreta que se hacen llamar Custodios del Templo de Jerusalén. La misión de esta entidad es evitar a toda costa cualquier intento de menoscabar la supremacía del cristianismo frente a las demás religiones y, en última instancia, recuperar el sagrado lugar de Jerusalén para la cristiandad.

Muhyí cabalga flanqueado por dos hombres ceñudos, vestidos con sobrevestas blancas adornadas con cruces rojas y fuertemente armados. El joven mira de reojo a un lado y otro, y ve imposible una maniobra de evasión.

Cuando escucha a los soldados llamar a su jefe, recuerda que "Simón de Letrán" es el nombre cristiano que cinceló en la roca, sobre el silo donde están los documentos. *–Se trata un poderoso personaje de las élites cristianas, según me dijo Isaías Benhamiel, pero no parece actuar de forma amigable. Algo debe haber ocurrido entre los miembros de esa cofradía.* –Piensa atenazado por el miedo y la incertidumbre.

Tras atravesar el pueblo, llegan al fondo del barranco, donde aguardan tres hombres, dos de ellos visten la misma indumentaria blanca con cruz roja en el pecho que sus custodios. El tercer hombre es Isaías Benhamiel, lo que le tranquiliza, pues si está el Guardián de la Palabra de *Ein Sof*, éste debe ser el final de esta macabra historia. Ya es solo cuestión de sacar lo documentos y dar por acabada su misión.

Sin embargo, cuando está más cerca, aprecia que la situación de Isaías es delicada: tiene las manos atadas con una cuerda y también los pies, y en su rostro hay signos evidentes de violencia.

Muhyí es bajado de un tirón del caballo y maniatado. Isaías le dirige una mirada de desánimo mientras mueve la cabeza con pena.

–Simón, este miserable dice no saber el lugar exacto donde han ocultado los documentos de los judíos. –Habla uno de los hombres que custodia a Isaías, mientras le descarga un codazo en el pecho que le hace caer de espaldas.

–No te preocupes. Estoy seguro que nuestro amigo sí colaborará. Tenemos a su preciosa hija en nuestro poder y eso es siempre un aliciente para refrescarle la memoria. –Contesta el italiano dando una fuerte palmada en la espalda de Muhyí mientras ríe con estruendo.

Dejan los caballos atados en el abrevadero del barranco y, siguiendo a Muhyí, el grupo llega a pie hasta el silo excavado en la roca donde se ocultan los documentos.

Mientras dos hombres sacan tierra del silo, otro se emplea en golpear la roca con una pesada daga hasta borrar la inscripción que cinceló Muhyí con el nombre de Simón de Letrán.

Cuando extraen el rollizo de cuero se lo entregan al italiano, que lo desenvuelve para examinar con detenimiento los pergaminos.

–¡Malditos ilusos! ¡Pretenden hacer creer al mundo que todos

somos iguales! ¡Qué falacia! –Dice mientras escupe con desprecio sobre los documentos.

–¡Matad al judío! Esto es todo lo que necesitamos. –Sentencia Simón envolviendo de nuevo los documentos.

Sin mediar un instante, uno de los hombres que custodian a Isaías le hunde un puñal bajo las costillas, dejando que el anciano se desplome como un trapo.

–¿Qué hacemos con él? –Pregunta uno de los soldados que custodia a Muhyí.

Simón medita unos instantes, mientras mira al reo arrugando la boca.

–No puede quedar con vida, es un riesgo innecesario para nosotros. –Interviene otro de los hombres.

–Sí, llevas razón. Matadlo también. –Concluye Simón haciendo un gesto fulminante con el brazo.

El hombre que tiene prendido a Muhyí le da un rodillazo en la espalda, haciéndole caer de bruces al tener las manos atadas. La espada del verdugo gruñe al salir de la vaina, mientras Muhyí gira la cabeza para contemplar aterrorizado como la iza para descargarle un golpe mortal. Un silencio pastoso inunda el ambiente, aplacando incluso el canto de los pájaros y paralizando la brisa.

En ese instante varios silbidos rompen la tétrica quietud y tres de los hombres caen al suelo al mismo tiempo, con sendas flechas de ballesta atravesadas en sus cuellos. Simón y el único de sus hombres que queda en pie, echan mano a la espada, pero sin llegar siquiera a desenfundar son igualmente ensartados mortalmente en el pecho.

Muhyí queda paralizado de rodillas, esperando quizá una saeta sobre su cuerpo. Con temblor se incorpora y de inmediato, de entre la espesura del barranco, aparecen tres hombres armados con ballestas. Cuando se acercan, Muhyí reconoce solo a uno de ellos, es Diego de Fernández.

–¡Gracias a Dios que hemos llegado a tiempo! –Grita Diego con alborozo al comprobar que Muhyí está sano y salvo.

–¿Y mi hija? ¿Dónde está Esther? –Pregunta Muhyí con terror en la mirada.

–No te preocupes, está a salvo. Y tu padre y Gadea también. –Responde Diego con una sonrisa tranquilizadora.

–No sabía que tenías tan buena puntería. –Articula a decir Muhyí.

–Yo tampoco. –Dice Diego que mantinene la ballesta en las manos temblorosas.

Uno de los acompañantes de Diego toma una espada del suelo y

remata sin piedad a los soldados que agonizan con las flechas atravesadas en el cuello y pecho.

Muhyí se acerca a Isaías, que se mantiene con un hilo de vida, desangrándose por la herida del puñal que tiene hundido bajo las costillas. Se postra de rodillas ante él y se agacha al ver que intenta decirle algo.

El anciano respira con dificultad y la sangre se le amontona en la garganta. Haciendo un ímprobo esfuerzo, consigue hablar, mirándolo fijamente a los ojos.

–Lleva los documentos al sótano de la Catedral de *Almariyya*, deposítalos en una hornacina que hay oculta bajo una losa del suelo; está justo bajo la vertical del altar mayor. –Isaías boquea acopiando aire para poder continuar. –Con eso habrá concluido nuestra misión. Serán otras generaciones las que reanudarán la tarea. –Concluye dando un estertor y cediendo ante la muerte.

Entierran a Isaías en el silo del que han sacado los pergaminos y dejan a los demás a la intemperie para entretenimiento de los animales carroñeros.

Los cuatro hombres consumen la noche cabalgando hacia *Almariyya*.

Nada más llegar, con los primeros claros del día, Muhyí se dirige a la catedral, erigida sobre la que fue la mezquita mayor de la ciudad musulmana. Entra como un fiel cristiano más a rezar. Con disimulo busca el acceso al sótano y baja hasta localizar una gran losa en el suelo que consigue levantar con su puñal. Deposita los documentos en el amplio hueco, donde hay otros pergaminos, por los que no se interesa en averiguar su contenido. Abandona el templo con el sosiego de haber cumplido la palabra prometida a Ruy Crespo, incluso arriesgando su vida y la de los suyos.

Como un día más, a media mañana el taller hierve de ajetreo. Gadea y Esther dibujan patrones sobre un lienzo de seda extendido sobre una mesa grande. Diego y otros operarios descargan una carreta de rollizos de paño. Muhyí y Hisham, en el patio trasero, realizan cálculos y mezclan productos en una tina que hierve sobre el fuego, intentando conseguir novedosos tintes.

De repente un crujido sordo de origen desconocido los paraliza a todos, manteniendo el estruendo y la sacudida del suelo durante interminables instantes. Las paredes y el suelo se mueven y los muebles, las estanterías y los materiales caen al suelo.

–¡Salid todos al patio! ¡Parece ser un terremoto! –Grita Hisham

Almariyya se convierte en poco rato en un caos de gritos, lamentos, maderas, escombros, polvo y desolación. Las gentes corren sin rumbo por las calles, entorpecidas por piedras y enseres, en medio de una nube de polvo.

La práctica totalidad de los edificios de la ciudad sucumben como hielo en el fuego ante la imponente convulsión; hasta los más sólidos como la catedral, palacetes nobles o algunas torres de la alcazaba, colapsan por completo. Bajo las techumbres arrasadas se escuchan gritos de dolor y los heridos, con la sangre amasada por la tierra sobre sus rostros, lloran de impotencia buscando a sus seres queridos.

El frente de costa es arrasado por una enorme ola marina que penetra por las callejuelas hasta los barrios del interior, arrastrando todo a su paso.

La ciudad de *Almariyya* queda completamente devastada, no quedando casa habitable en barrio alguno. Los escasos supervivientes a la catástrofe salen a las huertas de extramuros, buscando el cobijo del cielo.

De igual modo, decenas de pueblos en los valles cercanos, quedan arrasados y su habitantes perecen enterrados bajo los escombros.

Durante semanas y con la ayuda de una hueste de milicia enviada por el Rey, se cavan enormes fosas en las afueras y se entierran a los muertos por millares.

Nadie quiere volver a la ciudad, ni siquiera para buscar los pertrechos que hayan podido quedar.

– FINAL –
EL VALLE DE LA VIDA

Torre Negra *(Hisn Xénex)*, 22 días del mes de Ramadán, año 928 de la Hégira)
(Mayo del año 1.523 del calendario Cristiano)
(Mes de Iyyar del año 5.283, calendario Hebreo)

El valle de Torre Negra es un inmenso mosaico de vivos colores, cuyo ambiente huele a un cálido aroma dulzón. El verde primaveral de los trigales comienza a dorarse, y las flores silvestres exhiben su vistosidad por todos los rincones. Almendros, vides, higueras, membrilleros y cerezos, miman sus frutos bajo sus protectoras sombras, bendecidos por la bonanza del clima y la calidad de las aguas de la noria que fertiliza este lugar privilegiado. Las ovejas y las cabras medran aburridas, solazadas en los frondosos pastizales.

Una brisa suave trae a la cara de Muhyí el aroma de la naturaleza: de la tierra húmeda, de las flores del campo, de los animales, de la hierba recién cortada...

–Así huele la felicidad. –Piensa, sin poder evitar que una mueca de contrariedad se dibuje en su rostro.

Levanta la cara y observa el sol huidizo tras las cimas de poniente. Con la rodilla hincada en tierra intenta traer a su mente recuerdos agradables compartidos con su padre. No reza, porque apenas sabe, pues casi nunca lo ha hecho. Pero, en silencio, implora a los entes supremos, si los hay, que acojan con generosidad el alma castigada y dolorida de su progenitor.

Toma un puñado de tierra de la que cubre la tumba y la huele. Cuando baja el brazo observa como varias lágrimas que resbalan por su mejilla caen en la palma de su mano, desapareciendo absorbidas por la tierra. Lanza el contenido de su mano al aire y contempla como se difumina atravesado por los rayos dorados del sol claudicante.

Muhyí parpadea para disipar la humedad de sus ojos y respira con profundidad para despejarse. La ausencia de su padre le está resultando muy dolorosa; aun así se siente reconfortado de tener su

tumba cerca. Fue una ardua labor traer el cuerpo sin vida desde *Almariyya*, pero al menos descansa en este valle al que tanta admiración le profesaba.

Durante el infernal terremoto de *Almariyya*, Hisham no pudo salir a tiempo del taller y un madero de la techumbre lo golpeó mortalmente. Muhyí y los demás huyeron con presteza al patio, convirtiéndose así en algunos de los escasos habitantes de *Almariyya* que salieron ilesos de la catástrofe.

Con el frescor del atardecer Muhyí abandona la tumba de su padre y se aproxima hacia la vivienda. Según desciende por la suave colina, observa con satisfacción la enorme hacienda que ahora es de su propiedad. Sus laboriosos empleados abandonan los huertos y los corrales, tras la tarde de faena, y se dirigen hacia sus viviendas, en las cercanías de la gran noria, saludándolo con afectuoso respeto cuando pasan junto a él.

Cuando llega a la entrada de la inmensa torre de piedra negra de tres plantas, que ahora es el hogar de su familia, cabizbajo, se sienta en un poyete y aspira el olor a leña y a comida cocinándose. Mira satisfecho como su mujer e hija, sentadas bajo una frondosa enredadera, preparan una masa de harina, huevos y mantequilla. Están haciendo *mamules* rellenos de dátil, las galletas preferidas de Muhyí.

Frente a él, Diego bracea sudoroso junto a la boca incandescente de un horno de lomo rojizo. Saca bandejas de carne de cordero condimentada con hierbas aromáticas que llenan el ambiente de un delicioso aroma.

–¡Gadea, ya podéis traer las galletas para hornearlas, y avisad a todos los jornaleros que la comida está preparada! –Grita Diego para hacerse oír.

La joven, con diligencia, se acerca con una gran bandeja plana llena de pastelitos con forma alargada, se la entrega a Diego y desaparece en dirección a las viviendas de los empleados.

Muhyí ha querido que esta noche cenen juntos todos los habitantes de Torre Negra. No tiene nada que celebrar, pero de vez en cuando le gusta compartir la mesa con todas las personas que trabajan para él.

Gadea lava sus manos tras acabar de moldear los últimos *mamules* y se acerca a Muhyí con tranquilidad. Cuando está junto a él le planta un sonoro beso en la mejilla y le regala una ténue sonrisa.

–Sé que vienes de la tumba de tu padre. Yo tampoco lo olvido. –

Dice apoyando la cabeza sobre su pecho. –Pero ten por seguro que su alma estará plena de gozo al ver que sus seres queridos disfrutan al fin de una vida tranquila y holgada. Además, él está con nosotros, y su cuerpo descansa en este valle, que era su lugar deseado para que viviera toda la familia.

–Lo sé Gadea, es un alivio tener su tumba junto a nosotros. –Responde Muhyí, tomándola de los hombros para separala del pecho y mirar a sus ojos. –Llevas razón, lo que importa es que estamos en este lugar, que para mi padre era especial, y eso me llena de gratitud hacia él y también de orgullo. Al menos nosotros hemos cumplido su ansiado sueño. Nos quedan muchos objetivos por alcanzar juntos en esta vida… Pero ahora merecemos vivir esta nueva etapa con tranquilidad y esperanza.

– FIN –

EPÍLOGO

Terminé de escribir esta novela el 31 de enero de 2.018, esa noche hubo una “Luna de Sangre”. Se trata de un eclipse lunar, provocado porque la tierra se posiciona entre la luna y el sol, y al no recibir los rayos solares, el satélite toma una coloración entre anaranjada y roja; un acontecimiento de gran belleza.

Esta sincronización no se había producido desde hacía 150 años según los investigadores.

El mismo acontecimiento que ocurrió la noche en que Muhyí se encontró por primera vez con su padre en la Isla de Alborán.

Se trata de una extraña coincidencia que me sobrecoge, y para mí tiene un valor simbólico especial, pues cuando decidí el nombre de esta novela no sabía en absoluto que en esta fecha acontecería una noche de “Luna de Sangre”.

RELACIÓN DE PERSONAJES

Históricos:

Al Zagall: Abú Abd Alláh Muhammad Ibn Said, sultán de Granada, cuyo sobrenombre *Al Zagall* significa *El Valiente*. Hermano de Muley Hacen y tío de Boabdil.

Alí Omar: hijo de Yahya Al Nayar, llamado Alonso de Granada y Venegas, tras su conversión al cristianismo. Tuvo importantes cargos de gobierno: alguacil mayor de Granda y alcaide del Generalife. Como militar fue capitán general de mar y tierra.

Alonso de Granada: hijo de Yahya Al Nayar, llamado antes de su conversión al cristianismo Alí Omar.

Antonio de Rojas Manrique: religioso y hombre de estado, hijo de familia noble, su padre fue Gómez Rodríguez de Rojas, III Señor de Requena, y su madre Isabel de Carvallar, dama de la reina Isabel. Entre otros cargos eclesiásticos fue arzobispo de Granada entre 1.507 y 1.524.

Aruj Barbarroja: marino de origen turco, nacido en la Isla de Lesbos (en 1.473 aprox.), fue uno de los cuatro hermanos Barbarroja. Lideró el pillaje y saqueo de las costas del Mediterráneo. Los Barbarroja llegaron tener un enorme poder, fijaron su cuartel general en la isla de Djerba (Los Gelves). Sirvieron a la marina turca y conquistaron Argel y Tremecén. Murió en Túnez, en 1.518 luchando contra los españoles.

Barbarroja: apodo con el que se conoció al más temible corsario que surcó las aguas del Mediterráneo en el siglo XVI, un turco llamado Aruj. Este sobrenombre se debió al color rojizo de su barba o quizá a que sus hombres le conocían como baba Aruj (padre Aruj), y de ahí que por deformación los españoles le llamaran Barbarroja *(baba Aruj)*. El hermano de Aruj, llamado Jeireddín, a su muerte, heredó su apodo y su poder.

Boabdil: Abú Abd Alláh Muhammad, último sultán de Granada, apodado el Desdichado. Hijo se Muley Hacén y sobrino de Al Zagall.

Gómez de Suárez: capitán de las tropas del duque de Medina Sidonia y desde 1.497 primer alcaide cristiano de Melilla.

Gonzalo Mariño de Ribera: tercer alcaide cristiano de Melilla, desde

1.500 a 1.510. En 1.506 dirigió la conquista de la ciudad de Kudiat-Cazaza (Alcudia de Cazaza).

Jeireddín Barbarroja: marino de origen turco, nacido en la Isla de Lesbos (1.475), fue uno de los cuatro hermanos Barbarroja. Sucedió a su hermano Aruj en el patrocinio del pillaje y saqueo de las costas del Mediterráneo. Los Barbarroja llegaron tener un enorme poder, fijaron su cuartel general en la isla de Yerba (Los Gelves). Sirvieron a la marina turca y conquistaron Argel y Tremecén. Murió en Estambul en 1.546.

Juan Alonso Pérez de Guzmán: Tercer duque de Medina Sidonia.

Muhammad al Sayjel ben Yahya: Sultán de Fez.

Muley Hacén: Abú al-Hasan Alí ben Saad, sultán de Granada, hermano de Al Zagall y padre de Boabdil.

Pedro de Estopiñán: contador del duque de Medina Sidonia. Oficial al cargo de las tropas ducales que ocuparon la ciudad de Melilla en septiembre de 1.497.

Yahya Al Nayar: alcaide musulmán de las ciudades de Almería y Vera. Cuñado del sultán Al Zagall. Converso cristiano llamado Pedro de Granada, nombrado regidor perpetuo de la ciudad por los reyes.

Novelados:

Abraham Raozí: judío que compró a Hisham los negocios heredados en *Almariyya*.

Aisha: esposa de Hisham ibn Saleh, madre de Muhyí.

Álvaro de Arade: prisionero cristiano, apodado *el portugués,* condenado a trabajos forzados en la cantera de Fez.

Bahir ben Hailúm: anciano de Hisn Xénex, en su juventud fue molinero al servicio de Hisham

Bizconde: apodo, por ser bizco, de un marinero corsario al servicio de Aruj, llamado Maladeh.

Bralik: perro de Muhyí.

Cosme: soldado cristiano en Melilla.

Diego de Fernández: prisionero cristiano, compañero de Hisham en Fez, hermano de Rodrigo.

Dunya: de nombre cristiano Gadea, muchacha en el burdel de Fez regentado por Nadima.

Efraim Raozí: comerciante judío en Fez. Hijo de Abraham Raozí.

Elías: mesonero, dueño de la posada del Halcón en Melilla.

Elián ben Harel: judío que vivió en Hisn Xénex, era el molinero del castillo.

Eliana: mujer judía en la ciudad de Kariat Arkmane, prima de Ruy

Crespo y esposa de Ismail Abu.

Esther: hija de Muhyí y Gadea.

Faysal Altani: ex soldado del sultán de Fez.

Faraj: joven músico y trovador de Fez. Discípulo de Salim.

Gadea: de nombre musulmán Dunya, muchacha en el burdel de Fez regentado por Nadima.

Galcerán de Marín: marinero que acompaña a Muhyí a Al-Ándalus.

García Álvarez: marinero a cargo del barco de Muhyí en el regreso a Al-Ándalus, ha sido mercenario de Barbarroja durante años. Dice ser primogénito del Duque de Alba de Tormes.

Germán de la Herrada: prisionero cristiano, compañero de Hisham en Fez.

Goliat: marinero, apodado el Judío, a las órdenes de Aruj Barbarroja.

Hisham ibn Saleh al Hisn Xení: prisionero musulmán en Fez. Antes fue comerciante de tejidos en la villa *Hisn Xénex* (Senés - Almería), hasta su exilio a *Berbería*.

Hugo de Almansa: capitán bajo mando del duque de Medina Sidonia.

Imane: prostituta en el burdel de Fez regentado por Nadima.

Isaías Benhamiel: diácono de la iglesia mayor de la ciudad de Vera.

Ismail Abu: marino judío, propietario de un barco, en la aldea de Kariat Arkmane.

Jahenna: esposa de Kamal, hija de Yahiza, la sirvienta del padre de Hisham.

Jartún: último alguacil musulmán de Hisn Xénex.

Jerónimo Muley: capataz de la finca de Torre Asuad en Hisn Xénex.

Jetur al-Hariz: jefe musulmán de la fortaleza de *Kudiat-Cazaza* (Alcudia de Cazaza).

Kaled: hijo del mesonero de la aldea de Maljarna, en *Berbería*.

Kamal: esposo de Jahenna, ha sido empleado de Hisham en Al-Ándalus.

Luis de Arana: prisionero cristiano, compañero de Hisham en Fez.

Maladeh: marinero corsario al servicio de Aruj Barbarroja, apodado el Bizconde, por ser bizco.

Marcela: hija del mesonero de la posada del Halcón en Melilla.

Muhyí: hijo de Hisham y Aisha.

Nadima: propietaria de un burdel de Fez.

Nidaleh: antiguo esclavo Andalusí, padrastro de Omar.

Omar: sobrino de Aisha, hijastro de Nidaleh.

Rais: marino en el barco de Ismail Abu.

Raissa: prostituta en el burdel de Fez regentado por Nadima.

Rashid al Kebdani: comerciante del reino de Fez asesinado por Kamal.

Redwan al Asken: oficial musulmán a cargo del presidio de Ibassane en Fez.

Rodrigo de Fernández: prisionero cristiano, compañero de Hisham en Fez, Hermano de Diego.

Ruy Crespo: rabino Judío nacido en Almariyya.

Sahar: anciana ciega, amiga de Ruy Crespo, que vive en un valle perdido en el Reino de Fez.

Said Kazani: monfí, bandolero de la villa de Thabernax.

Salim: músico y trovador callejero en la ciudad de Fez, exiliado de Almariyya, ha sido compañero de presidio de Hisham.

Salman: marinero corsario al servicio de Aruj Barbarroja.

Salmanian Zulegui: oficial del sultán de Fez.

Simón de Letrán: monje guerrero italiano perteneciente a una hermandad secreta llamada Custodios del Templo de Jerusalén, seguidores de las esencias de los Templarios.

Suleyman: posadero de la ciudad de Tremecén.

Taher: hijo de Hisham y de Aisha.

Telat: mujer judía que vivía en Hisn Xénex, esposa de Elián ben Harel.

Yunam: Juan de Álora, cristiano amigo íntimo de Ruy Crespo.

Glosario de lugares.

Al Buxarrat: Alpujarras, comarca montañosa que ocupa parte de las provincias de Almería y Granada.

Almariyya: actual ciudad de Almería.

Alocainena: villa perteneciente a Almería, actual municipio de Lucainena de las Torres.

Al-Yazair: reino medieval, con capital homónima, en el norte de África, coincidente, en parte, con la actual Argelia.

Balafiq: villa perteneciente a Almería, actual municipio de Velefique.

Bab al Khemis: villa al sur de la ciudad de Tremecén, en el actual Marruecos.

Berbería: denominación que se le daba en la edad media a los territorios del norte de África.

Bolteruela (La): nombre originario del que surgió el municipio de La Puebla de Don Fadrique, en la provincia de Granada.

Bugía: actual ciudad costera de Béjaïa, en la región de la Cabilia, al norte de Argelia

El Khandak: ciudad de la isla de Creta, actual Heraklión.

Gelves (Los): isla muy próxima a las costas de Túnez, actualmente llamada Djerba.

Gualeila: villa perteneciente a Almería, actual municipio de Uleila del Campo.

Hisn Xénex: villa perteneciente a Almería, actual municipio de Senés.

Jherada: actual Yerada, ciudad del norte de África, en el interior oriental del actual Marruecos, cercana a la frontera argelina.

Kudiat-Cazaza: Alcudia de Cazaza para los cristianos, activo puerto comercial en la costa norte del actual Marruecos, al oeste de la ciudad de Melilla.

Mililiat: actual ciudad de Melilla.

Monteleva: salinas cercanas a la actual localidad de Cabo de Gata, en la provincia de Almería.

Porto Santo: isla portuguesa en el océano Atlántico, actualmente llamada Madeira.

Reino de Tremecén: reino medieval en el norte de África con capital

en la ciudad de Tremecén, que ocupaba parte de la actual Argelia,.

Reino de Fez: reino medieval en el norte de África, coincidiendo con parte del actual Marruecos, con capital en la ciudad de Fez.

Sefarad: topónimo con el que la tradición judía ha identificado a España.

Sened: barrio de la ciudad de Granada, actualmente llamado Zenete.

Tájara: antigua alquería fortificada, localizada en la actual pedanía de Torres, del término municipal de Huétor Tájar, provincia de Granada.

Thabernax: villa perteneciente a Almería, actual municipio de Tabernas.

Torre Asuad: alquería en el sureste del término municipal de Senés, provincia de Almería, actualmente conocido como Torre Negra.

Yehawel: manantial a las afueras de la ciudad de Tremecén, actual Marruecos.

Uzel: alquería al sur del municipio de Senés, provincia de Almería. Actual pedanía de Los Nudos.

Glosario de palabras.

Acadio: lengua semítica extinta, que se habló en la antigua Mesopotamia en el segundo y tercer milenio antes de Cristo.

Acónito: planta de flores azuladas, de la que se extrae una sustancia muy tóxica llamada aconitina.

Adarga: escudo mediano de cuero con forma de corazón.

Ad-duhr: segunda de las cinco oraciones diarias del Islam, se realiza cuando el sol está en el punto más elevado.

Agareno: denominación genérica dada a todos los musulmanes, por su descendencia de Agar, que tuvo un hijo con Abraham llamado Ismael.

Albalá: documento público en el que se hacía constar alguna circunstancia.

Albañal: lugar lleno de suciedad y desperdicios. Sumidero al que se arrojan las inmundicias.

Alfanje: sable de hoja ancha, corta y curvada.

Alfoz: pequeña aldea rural.

Aljuba: vestidura medieval consistente en un cuerpo ceñido en la cintura, abotonado, con mangas y con faldeta que solía llegar hasta las rodillas.

Alláh: Dios.

Almalafa: vestidura musulmana que cubre desde los hombros a los pies.

Almatraya: ornamentación a base de cerámica vidriada sobre el suelo o parte baja de las paredes.

Almuédano: persona que convoca a los musulmanes a la oración desde el alminar de la mezquita.

Almunia: finca campestre o casa de campo.

Añafil: instrumento musical de viento. Trompeta de metal recta y alargada.

Arcabuz: arma de fuego de avancarga, antecesor del mosquete. Muy usada por la infantería europea del siglo XV al XVII. Tenía poco alcance, apenas 50 metros, pero su poder de fuego era letal, pudiendo perforar una armadura.

Argallera: especie de sierra pequeña, compuesta por una madera alargada, con una hoja metálica afilada incrustada en el centro, y

acabada en sendas empuñaduras en los extremos, de forma que se acciona con ambas manos.

Árnica: planta herbácea flores amarillas, tiene propiedades antiinflamatorias.

Asr: tercera de las cinco oraciones diarias del Islam, se realiza por la tarde.

Atarazanas: lugar cercano al puerto donde se construían o reparaban barcos.

Atarjea: conducción de agua hecha con ladrillos y argamasa.

Ataurique: decoración vegetal típica del arte islámico. Arabesco.

Baldaquí: trono o templete sobre cuatro columnas, profusamente decorado.

Borceguíes: Tipo de calzado de piel, llegan hasta poco más arriba del tobillo y se ajustan con cordones.

Cábala: sabiduría milenaria relacionada con el judaísmo que trata de dar respuesta a todos los enigmas de la existencia. Su significado es "recibir".

Cardo: planta comestible, es pequeña y verde con espinas en las hojas y tallos, desarrolla unas flores en forma de copa con pétalos morados. Florece a principios de la primavera.

Cártamo: planta herbácea con flores de origen mediterráneo. Algunas especies tienen propiedades medicinales y otras colorantes como el Carthamus Tinctorius.

Carraca: embarcación medieval de gran capacidad, normalmente con tres mástiles. La estructura de su casco, amplia y redondeada, las hacía ideales para el transporte de mercancías.

Ciclatón: tejido muy valioso confeccionado a base de seda e hilos de oro.

Cimitarra: sable de hoja curva y alargada.

Coca: embarcación medieval, generalmente de pequeño tamaño, de casco trincado (tablones superpuestos). Dotada de un único mástil con vela cuadrada.

Codo: medida de longitud equivalente a 0,50 metros aproximadamente.

Colleja: Sylene Vulgaris. Planta herbácea de escaso porte, con hojas comestibles, lanceoladas de color verde claro. Prolifera en las zonas templadas de la Península Ibérica próximas al litoral.

Días de impureza: así se denomina a los días de menstruación de las mujeres en el Sagrado Libro del Corán, que propugna que los hombres se abstendrán de mantener relaciones con una mujer en tal estado. Sura 2, Aleya 222.

Dije: joya para colgar de una gargantilla o collar.

Dirham: moneda muy usada en Al-Ándalus y norte de África, con valor equivalente a la décima parte de un Dinar de oro.

Dulzaina: instrumento de viento con doble lengüeta. Tiene forma de flauta alargada que finaliza en una apertura acampanada.

Ein Sof: término utilizado en la Cábala para nombrar la esencia de Dios. Expresión hebraica que literalmente significa "sin fin". Se refiere al Arquitecto del Universo, al Sumo Hacedor.

Falcata: espada de hoja ancha y curvada.

Faltriquera: bolso de tela o cuero que se lleva a la cintura.

Felú: moneda de cobre de poco valor.

Fusta: embarcación medieval estrecha, ligera y rápida. Se impulsaba por remos y vela, era muy parecida a una galera, aunque con una extraordinaria maniobrabilidad.

Galeota: embarcación pequeña, impulsada a remos y, normalmente, con una sola vela latina. Su principal característica era la velocidad y la provisión de artillería.

Genízaro: soldado de infantería turca, especialmente adiestrado para la batalla.

Guadamecí: adorno de piel, normalmente de cordero, labrada y pintada.

Gumía: puñal pequeño de hoja curva.

Hamman: baños, usados tanto para al cuidado personal como lugar de reunión para la tertulia.

Harira: sopa de alto poder nutritivo a base de carne, tomates y legumbres. Se suele consumir en el mes de Ramadán.

Herpil: saco grande de red destinado a transportar paja o forrajes.

Hidromiel: vino de miel, bebida alcohólica obtenida de la fermentación de una mezcla de miel y agua.

Hiyab: velo islámico usado por las mujeres sobre la cabeza para ocultar el pelo.

Honda: tira de cuero o trenza de lana, cáñamo, esparto u otra materia semejante, que se usa para tirar piedras con violencia.

Ishá: última de las cinco oraciones diarias del Islam, se realiza desde la desaparición total de la luz del día hasta el amanecer.

Kheilá: comunidad judía de una ciudad.

Kijelej: galletas de masa fina horneadas, se le suelen poner semillas de amapola.

Kosher: denominación que dan los judíos a los alimentos preparados según los preceptos de su fe.

Lagenaria: planta trepadora perteneciente a la familia de las cucurbitáceas, cuyo fruto son unas calabazas con forma de pera usadas como cantimploras. Calabaza del peregrino.

Líbico: forma más antigua del alfabeto bereber, también llamado tifinagh.

Lombarda: cañón de gran tamaños, también llamado bombarda.

Mamules: galletas redondeadas hechas con harina de trigo y rellenos de nueces.

Marjal: medida de superficie en las tierras de regadío, equivalente a un cuadrado de 48 codos de lado. Unos 500 metros cuadrados aproximadamente.

Marlota: prenda de vestir medieval a modo de túnica corta ceñida al cuerpo.

Mezquita aljama: mezquita mayor y principal de una ciudad.

Milla: medida de longitud equivalente a mil *codos manuales*, equivaliendo cada codo a 0,50 metros aproximadamente.

Monfí: es el nombre con el que se conocían a los moriscos disidentes con el poder cristiano, que en el siglo XVI y XVII ejercía el bandolerismo. Del árabe: desterrado.

Moriscos: palabra derivada de "moro", con la que nombraban a los musulmanes de Al-Ándalus bautizados tras la pragmática de conversión forzosa dictada por los reyes cristianos en 1.502.

Nabid: licor obtenido de la maceración de dátiles y pasas.

Nigella sativa: también llamada semilla negra, es una planta aromática con tallo recto, de porte mediano, color verde oscuro y con flores azuladas. Sus semillas negras han sido usadas como remedio curativo desde la antigüedad por sus propiedades anti-inflamatorias y anti-bacterianas.

Pan de pita: pan plano, normalmente de harina de trigo, horneado sobre las paredes del horno.

Planta jabonera: planta herbácea vivaz con propiedades beneficiosas para la piel (Saponaria Officinalis).

Poma: también llamada pomadera, especie de bola de orfebrería perforada que, llena de plantas aromáticas, se portaba a la cintura a modo de adorno y con fines aromáticos.

Rabel: instrumento musical pequeño de origen árabe. Consta de una caja ovalada y un mástil con tres cuerdas que se tocan con un arco.

Rifeño: habitante del valle del Rif en el norte de África.

Rumís: denominación con la que se aludía a los cristianos en Al-Ándalus.

Sábila: nombre común de la Aloe Vera, planta con propiedades medicinales sobre la piel.

Sefardí: judío de origen español.

Serrallo: parte de la vivienda musulmana donde habitan las

mujeres.

Shaduf: también llamado cigoñal, es una máquina simple (palanca) que se usaba para elevar agua de un pozo, río o canal.

Sharb: tejido de lino fino.

Shejitá: modo ritual en que deben ser sacrificados los animales para el consumo de los judíos: colgados boca abajo y con un corte limpio y profundo en la garganta con un cuchillo afilado y sin mellas. El Shojet es el matarife especializado en este modo de sacrificio de reses.

Sura: cada uno de los versículos que componen las aleyas del Corán.

Tahalí: cinturón de cuero para sujetar la espada o el puñal.

Ulmaria: (Filipendula ulmaria) es una especie de planta herbácea perteneciente a la familia de las rosáceas.

Yahveh: nombre con el que los judíos nombran a Dios.

Zanatas: tribu bereber, originariamente nómada, procedente del norte de África, de la actual Argelia.

Zaragüelles: calzones anchos propios de la vestimenta musulmana.